
ROSAS INGLESAS
El Alma de un Escocés
DEBUTANTES VICTORIANAS 3
Mile Bluett

El Alma de un Escocés

DEBUTANTES VICTORIANAS 3

Mile Bluett



Escuela Rosas Inglesas

English Roses School

for Distinguished Young Ladies

Título: El alma de un escocés
Libro 3
Serie: Debutantes Victorianas
Autora: Mile Bluett.
©Mile Bluett, diciembre, 2025.
Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Índice

Mile Bluett

Índice

Sinopsis

Dedicatoria

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

Epílogo

Nota de la autora

Aquí podrás enterarte de qué sigue PRÓXIMAMENTE.

Mis libros de Romance Histórico

Mile Bluett

Sinopsis



«Cuando un sentimiento se aloja en lo profundo del alma, nada puede detenerlo».

El irreverente de Las Highlands, **Cailean MacAlister**, es célebre por su destreza como jinete, su puntería infalible y el sarcasmo que tanto amigos como rivales reverencian. Por lealtad, rechazó unirse a la arriesgada empresa que dirigen sus mejores amigos, aunque la propuesta le pareció tentadora. Su prioridad es clara: sacar adelante la destilería familiar. Pero, cuando la ruina amenaza con destruir su legado, solo queda una salida: un matrimonio por conveniencia.

Florence Fairbairn, ahijada de sus padres, se encuentra en una encrucijada similar. Sin dote, su única esperanza es casarse con un caballero con medios que pueda asegurar el futuro de sus padres y hermanos. Ese caballero no puede ser Cailean: él apenas se sostiene. Sus padrinos no merecen que Florence distraiga al primogénito de sus obligaciones. Su deber es salvar el título.

Pero ellos guardan un secreto, uno que ha latido en silencio durante demasiado tiempo. **Atrapados entre el honor y la llamada de sus corazones febriles, ¿qué gritará con más fuerza?**

Dedicatoria

Para mis queridas lectoras de romántica, gracias por el cariño y la lealtad.

Deseo que sumergirte en este nuevo universo de mis

DEBUTANTES VICTORIANAS,

***alumnas de* English Roses School**

for distinguished young ladies,

les haga soñar y vivir la intensidad de las pasiones de los protagonistas.



Prefacio



Florence Fairbairn acarició la pequeña perla que pendía de una cadenita en su cuello, la que venía a juego con unos aretes del mismo material. Joyería delicada, pero que le daba elegancia con un aire de sencillez. Era un regalo especial que la hacía ruborizarse cada vez que recordaba quien se la había obsequiado en total secretismo. Fue una suerte, que nadie indagó por su origen, seguramente pensaron que era una joya familiar sin más importancia. Para ella era una muestra de devoción absoluta y venía a confirmarle lo que siempre había sospechado.

Se refugiaba en sus perlas como amuletos que la contenían tras el golpe que acababa de recibir, de su gran desilusión. Después de esforzarse durante tres años en la escuela donde estudió, English Roses School, sufrió una devastadora derrota y su sueño se desmoronó.

No bastó aferrarse a la esperanza, ni esforzarse día y noche por ser una de las mejores alumnas. No fue suficiente para ganar el ansiado premio dotado de treinta mil libras que habría representado su salvación. Una fortuna que podría haber sido su dote. Una que la habría situado en una mejor posición en el mercado matrimonial esa temporada.

Tratando de contener sus lágrimas, con el futuro incierto delante de sus narices, intentó concentrarse en las flores que bordaba para un ajuar que, tal vez, jamás usaría. En su porvenir, la probabilidad de quedarse solterona pisaba con fuerza; aunque no podía aceptarlo. Menos si sus padres apostaron todo a ella, y la enviaron a estudiar al costoso internado en Londres.

A su lado, la condesa de Kennox, Fiona MacAlister, una bondadosa dama y la mejor amiga de su madre, también bordaba. La mujer, que era su madrina, conoció a Eve, la madre de Florence, cuando ambas estudiaron en el mismo internado del que acababa de egresar ella.

Como la familia de Florence vivía en el campo, con más hijos en su haber, y la situación de los suyos era precaria, la habían mandado con la madrina, como única esperanza. Al ver a la muchachita casi en los huesos y sin posibilidades para el futuro, Fiona se apiadó de sus circunstancias y la aceptó a sus apenas doce años. Lo que la bondadosa condesa ignoraba era que, con el tiempo, su marido le revelaría la inminente quiebra que se cernía sobre ellos.

Al final, tras muchos esfuerzos, lograron que Florence entrara al prestigioso internado por caridad, lo que le daba perspectivas. Para los Fairbairn fue un alivio tener una boca menos que alimentar, aunque les dolía vivir lejos de su hija.

—¿Todo bien, querida? —Fiona suspiró contenta con los resultados, con lo que pudo lograr hacer de Florence Fairbairn. Aunque seguía delgada, ganó peso durante esos años hasta lucir una figura saludable. Y, a pesar de que perder el concurso fue una derrota para la muchacha, para la condesa nada estaba perdido. Estaba segura de que aún podía hacer un buen matrimonio, la joven poseía muchas virtudes que un hombre sensato valoraría más que una dote.

La paz de las mujeres no se dilató. El esposo de su madrina y patriarca de la familia atravesó la estancia, directo hasta el sillón orejero cercano a la chimenea, donde el suave fuego crepitaba. Se dejó caer pesadamente e inhaló con fuerza, sosteniéndose la cabeza con ambas manos.

Malcolm MacAlister poseía una apariencia feroz. Cuando Florence llegó a su casa, aquel le pareció intimidante. Con el pasar de los años, se acostumbró tanto a él que lo quería como a un segundo padre.

Su primer impulso fue preguntarle si se encontraba bien, pero lady Kennox le hizo una seña discreta para que lo ignorara. El conde no parecía tener un buen día y ellas no podían hacer nada para mejorarlo.

En medio de ese intercambio entre las mujeres, el primogénito y único hijo de la familia apareció como una tromba, persiguiendo a su padre. Traía un fuerte disgusto por cómo miraba y no tardó en expresarlo. Sus labios fruncidos, el entrecejo arrugado y los puños apretados.

Cailean MacAlister, con su tamaño imponente y su cabello pelirrojo, logró que el corazón de Florence comenzara a palpitar desbocado. Él era como un vendaval cuando se agitaba, más cuando algo interfería con su voluntad: así fuesen sus padres.

Florence acarició sin darse cuenta la perla sobre su recatado escote y tembló.

Un cruce de miradas fugaz entre Cailean y la debutante logró esquivar a la entretenida condesa, que concentrada en lo que perturbaba la paz de su marido, aún no se percataba de la furia de su hijo.

La joven tuvo que bajar los párpados, avergonzada, y clavar los ojos en su bordado. Era imperioso disimular para que no se notara su arrobamiento, sus mejillas no podían lucir más rojas y su pecho subía y bajaba descontrolado.

—¡¿Entonces no puedo posar mis ojos en mujer alguna?! ¡¿La única salida para mí es un matrimonio por conveniencia?! —inquirió Cailean con la voz más elevada que su tono desenfadado habitual, guardándose los sentimientos que lo motivaron a tal reclamo. Necesitaba indagar más antes de exponer sus inquietudes.

La madre sorprendida y preocupada volvió la vista *ipso facto* hacia él, quien jamás se dirigía a su progenitor en ese tono. Al parecer le reclamaba tras una discusión inconclusa, de la que ninguno de los dos mastodontes pelirrojos quedó conforme. Y, aunque Fiona no ignoraba el carácter forjado a hierro y fuego de su hijo, jamás lo había visto explotar contra Malcolm.

Florence dejó de mover la aguja sobre su bordado, hubiese querido tener el poder de desaparecer por arte de magia, para no escuchar algo tan privado. Aunque los condes de Kennox la recibieron desde hacía años, y como sus tutores se encargaban de cuidarla y protegerla, ella sentía que era un momento íntimo de la familia que estaba invadiendo.

—Cailean, puedes fijarte en una dama casadera, siempre que su dote sea sustanciosa —se sinceró lady Kennox, rematando la frase con un suspiro, tratando de salvar la discrepancia entre padre e hijo.

La condesa detestaba tocar temas relacionados con dinero, pero entendió por dónde venía el heredero, y prefirió ser directa. Era consciente de que su «retoño» era un hombre apasionado que revolucionaba a las jovencitas, incluso a damas de más experiencia.

¿Tendría sus sentimientos comprometidos? Suplicó al cielo que no fuese así. Se despreciaría a sí misma por tener que exigirle que renunciara al amor. Pero la situación familiar los obligaba a depositar sus esperanzas en Cailean, en el casamiento que pudiese conseguir. Él no le había confesado que tenía puestos los ojos en dama alguna, y eran cercanos, más que otras madres e hijos.

—En ese caso prefiero esperar —aseguró Cailean bajando el tono de su voz, pero sin abandonar la firmeza para reforzar la seriedad del asunto.

—No tenemos tanto tiempo —recordó el padre.

La desafortunada economía de la familia ponía a Cailean en una posición vulnerable frente a las matronas que anhelaban fortuna para sus hijas. Sin embargo, era muy popular entre las señoritas que suspiraban a su paso y más de una se desvaneció con tal de captar su atención. Para quienes buscaban ascender en la escalera social, el hijo de un conde era una opción digna de mirar dos veces.

—Ahora los tiempos son complicados para nuestras arcas; pero quizás más tarde nuestra economía se estabilice y pueda escoger a mi prometida…

Un gruñido del conde bastó por toda respuesta. Conocía a su hijo y su genio indomable; pero como cabeza de familia no estaba dispuesto a tolerar la desobediencia. Lo hizo trabajar desde los trece años a su lado, en los campos, en el alambique, para que se hiciera un hombre fuerte.

Lo enseñó a pelear a los puños y a usar las armas para defenderse, a montar a caballo y a jamás bajar la cabeza. Justo a su imagen y semejanza, pero después lo mandó a Oxford cuando entendió que debía superarlo para llegar más lejos de lo que él pudo. No obstante, nada domó la voluntad de Cailean, era tan hosco y obstinado como él mismo.

Florence agradecía que los MacAlister la quisieran tanto que la consideraran como una hija, y que no le guardaran secretos. Tocaban el tema que fuera delante de ella, en señal de absoluta confianza. Sin embargo, a veces, era preferible ser ajena a las situaciones que indirectamente le afectaban. Claro que los condes no tenían ni idea de lo que se fraguaba bajo sus narices.

—No albergues esas esperanzas, hijo. Si hubiese una solución próxima, tu padre ya la habría encontrado. —Lady Kennox trató de sonar dulce, pero fue tajante—. El matrimonio es nuestra opción más viable. Por eso he convocado a la casamentera para que venga mañana…

—No aceptaré ese tipo de intromisión en mis decisiones. Cancela la cita o lamentaré hacerle un desaire a la dama. La vida es una sola para amarrarme a una mujer por la que no siento ningún afecto —defendió su postura. Su padre lo contemplaba con las pupilas dilatadas. Malcolm no cejaría. Era hombre de pocas palabras y ya había hablado, no redundaría en el tema.

Florence entendió el motivo tras los reclamos de Cailean, su padre debió comunicarle sus planes de matrimonio.

—Hijo, el amor… podría llegar con el tiempo. —Lady Kennox continuó mediando entre los hombres que amaba, no podía tolerar una fractura en su relación. Hasta el momento habían sido inseparables. Kennox era protector con su hijo, y aunque sus

muestras de afecto distaban de caricias o mimos, siempre tenía un consejo certero que darle para el futuro, una enseñanza. Daría su vida por él. Por su parte, Cailean creció admirando a Malcolm, respetándolo y cada vez más, pareciéndose a él—. Tu padre y yo nos casamos con quien nuestros mayores nos ordenaron y hemos sido muy felices.

—Tuvieron una suerte envidiable, pero no dejaré mi futuro en manos del azar; menos en las de una casamentera —chasqueó la lengua, fastidiado—. ¿Y si la mujer que yo eligiese fuese una que vale más que mil dotes? ¿No podrían hacer una excepción? Me comprometo a dejar el alma, mi aliento, en sacar adelante a la familia.

—Eso ya lo hace tu padre —siguió la madre y miró de soslayo a Malcolm.

El conde solo negaba ofuscado, resoplaba y gruñía. ¿Acaso su hijo no comprendía que la vergüenza teñía su rostro por tener que pedirle algo semejante, contrario a sus principios? ¿Por qué no obedecía y lo liberaba de la pesada carga, de exigirle a su único hijo que accediera a un arreglo tan poco honorable?

La condesa sí lo notaba, y se afligía por su marido, por su hijo.

—Cailean, puedes continuar colaborando con tu padre —insistió tan sofocada. Verlos en pleno duelo la entristecía—. Pero, un matrimonio por conveniencia es inevitable. No cambiaremos de idea. Te pondré un ejemplo absurdo para que entiendas hasta dónde estamos dispuestos a sacrificarnos tu padre y yo. Supongamos que eligieses a Florence. No hay señorita con más dones a mis ojos, además del inmenso cariño que le tengo…

La pausa dejó a Cailean y Florence en ascuas. Él observó a su madre con un gesto inexpresivo, como si ese supuesto no le hubiese causado un escalofrío en la espina dorsal. La joven simulaba que no prestaba atención, pero hasta contuvo la respiración a la espera de las palabras de Fiona.

—Continúa, madre. ¿A dónde quieres llegar? —siseó Cailean como si el fastidio fuese su mayor problema.

—Si eligieses a Florence, ni siquiera así daríamos nuestra bendición. El honor de la familia es más importante y, la supervivencia. Tu obligación es hacer un buen matrimonio. —Carraspeó y su vista volvió a su marido sumido en la seriedad, renuente a atender las demandas de su hijo. Fue una bendición que reparara en Malcolm o la condesa habría percibido los pozos insondables de las miradas de su hijo y su ahijada entrecruzarse, mientras ambos escuchaban esas palabras—. Claro, que mi ejemplo es absurdo porque sé que Flor y tú se adoran como hermanos. A mis ojos son hermanos de crianza.

—Madrina, yo… —Florence titubeó, ya era demasiado para ella, quiso huir para darles privacidad.

—¿Te has sonrojado, pequeña? Disculpa por usar tu nombre para ilustrar un supuesto. Es que Cailean, a veces es… —Suspiró mortificada—. Hijo, deberías imitar a Flor, quien jamás da dolores de cabeza, ni a sus padres ni a nosotros. Ella se esforzó por obtener ese premio, por tener una dote y atrapar a un buen partido. Y, a pesar de no haber ganado el concurso, continúa poniendo de su parte. ¿Por qué no puedes ser tan obediente como Flor?

—¿Obediente? Demonios, madre, soy un hombre… —bufó hastiado—. Ya pasó la etapa en que alguien podía decirme qué hacer. Soy un buen hijo, pero no lo confundan con sumisión porque los defraudaría.

—¡Nadie espera que seas sumiso, Cailean! Dejaría de reconocerte como hijo —rugió el conde poniéndose de pie con un ruido estrepitoso tras arrastrar la silla—. Si no deseas casarte para salvarnos de la ruina… ¡Por todos los infiernos! ¡No lo hagas! ¡Y cuida tu maldito vocabulario delante de las damas! Te mandé a Oxford para que aprendieras a comportarte mejor que yo. Respeta a Florence y a tu madre… Nadie tiene que sacrificarse por salvar a esta familia, es mi tarea. Sacaré adelante el negocio, como siempre lo he hecho. Y, Florence, pequeña rosa inglesa, disculpa nuestros hoscos modales. Solo es una mala racha. No te angusties.

El hijo torció el gesto al escuchar las maldiciones empleadas por su padre para reprenderlo por su elección de vocabulario.

Kennox salió hecho una furia negando, dejando a Cailean con la palabra en la boca, quien intentó seguirlo; pero su madre lo detuvo por el brazo para ponerle fin a la discusión. Florence trató de perderse en su bordado, con las mejillas muy rojas.

—Ambos necesitan hacer buenos casamientos —zanjó la condesa. Ella era cariñosa con los dos, pero firme cuando se requería—. Flor para ayudar a su familia, quien se ha sacrificado y ha puesto todas sus esperanzas en una alianza matrimonial. Se lo debe a sus padres que han ahorrado para mandarla a esa escuela con el único propósito de ser elegible para los solteros más cotizados. Y tú, Cailean, para salvar a los tuyos. ¿Quieres ver arruinados tu título, tu herencia? Sabes que tu padre jamás mendigará una limosna, antes nos morimos de hambre… Es orgulloso y obstinado, lo sé. Pero se rompe el alma por rescatarnos de esta situación desesperada. No se quedó como un noble tradicional viviendo de sus rentas o de lo que hacen la mayoría de los escoceses que tienen tierras: criando ovejas. Fue un paso más adelante, transformó la tradición de su familia, que hacía su propio *whisky,* en un negocio próspero. Sabes que empezó siendo rentable, aunque tenga sus altas y bajas, como ahora.

—Últimamente son solo bajas… —rumió Cailean sin dar su brazo a torcer—Porque, aunque mi padre tiene la visión, se apega tanto a la tradición que refieres que no ve más allá de sus narices.

—¡Cailean! Podrás estar en desacuerdo, incluso enfadado, pero no vuelvas a hablar así sobre tu padre. Él no lo merece. Ha sido el padre más protector y cómplice que he visto jamás con un hijo.

Florence suspiró tan hondo, ya sin poder reprimirlo, que madre e hijo la miraron al mismo tiempo. Ella aprovechó para hacerse escuchar.

—Madrina, necesito ir a refrescarme. Pido permiso para retirarme —musitó decidida a huir de la presencia de ambos, antes

de que ya no pudiese mantener sus sentimientos acallados. Se negaba a seguir escuchando.

—¡Y yo voy a cabalgar antes de que explote! Perdóname la escena, dulce Flor. ¿Me perdonas? —Su voz como un trueno se ablandaba cuando se dirigía a ella, siempre.

—Por supuesto que… No tengo nada que perdonar… —Lo miró a las pupilas con ternura.

—Lamento mucho decepcionarte, madre, pero sigo sin estar de acuerdo con lo que han acordado para mí. —Negó con fastidio y se dispuso a salir.

—Hijo, no tienes que ser tan drástico. Hay jóvenes debutantes hermosas y encantadoras esta temporada. —Lady Kennox no cejaba; incluso se puso de pie para intentar detenerlo—. Por ejemplo, lady Charlotte, la hermana de tu mejor amigo. Malcolm y yo hemos puesto los ojos en ella… Su padre, el marqués de Blair, ahora se ha retirado al campo y quizás no sepa de nuestra situación. Aún podrías tener una oportunidad de ingresar a tan distinguida familia.

Los ojos de Cailean casi se ponen en blanco. Lady Charlotte Moray, la hermana de Zachary, podría tener muchos atributos, pero no había atracción entre ellos.

—¿Olvidas los detalles que atormentan a mi pobre amigo? El marqués es una joya que no querrás tener jamás en tu colección. Se ha retirado a Escocia a lamer sus heridas, pero no significa que dará su aprobación —alegó con sarcasmo. Su madre conocía muy bien a Zachary Moray y lo que sufrió al crecer con un padre como el suyo —. No le simpatizo, jamás me daría la mano de su hija. Además, a Charlotte la veo como una hermana, nunca la he mirado con otros ojos.

—Pero no deberías, en realidad no es tu hermana.

—Florence tampoco —se desahogó.

La condesa lo observó tratando de descifrar su mensaje.

Florence, que ya estaba de pie, con intenciones de abandonar el bordado en la butaca, apretó tanto la tela que la aguja insertada en el algodón perforó uno de sus dedos. Un gritito se escapó de su boca acaparando la atención.

La sangre comenzó a emanar en gotas que mancharon el delicado paño de batista.

—Oh, por Dios, mi niña, hemos molestado tus castos oídos. Perdona al insolente de Cailean. Por supuesto que te quiere como una hermana y eres parte importante de esta familia, aunque él use cualquier argumento incómodo para conseguir su propósito. Y tú, hijo, eres un tonto si no aprovechas tu cercanía con Zachary para acceder a su hermana. Es más, tu amigo estaría feliz de saber que Charlotte queda en las mejores manos, porque tú eres un buen hombre, con valores bien cimentados de los que carecen muchos caballeros solteros.

Antes de que la condesa corriera a socorrer a Florence, ya Cailean estaba junto a ella. Con delicadeza tomó su dedo y lo metió en su boca para succionar hasta la última gota y procurarle un poco de alivio, sin dejar de mirarla a los ojos con toda la intensidad que albergaba su valerosa alma.

Florence casi se derrite por el arrebato de devoción de Cailean. Se sentía como una frágil avecilla entre sus manos, temblaba sin poderlo evitar. Pero, al mismo tiempo, sabía que no existía lugar más seguro que a su lado. Casi al punto del embeleso recordó que la condesa estaba ahí, en primer plano, observándolos.

—¿Ves lo que digo, hijo? —se jactó Fiona como quien siempre tiene la razón—. Jamás podrás comparar tu afecto hacia lady Charlotte con el apego que sientes por Florence. La cuidas y procuras como si fuera de tu sangre. Flor y tú han crecido juntos. Es la única hermana que, de verdad, puedes reconocer.

La aludida entendió que, la que realmente estaba ciega ante lo que sucedía en su casa era la condesa. La dama los amaba tanto a los dos que era incapaz de ver como la tentación y la lujuria —

impulsos para nada fraternales— se cernían en la oscuridad, acechándolos.

—Estoy bien, gigante pelirrojo. No es necesario que me salves —dijo Flor sacando su dedo de esa boca seductora y reprimiendo un gemido ante la deliciosa sensación que la recorrió entera. Era la primera vez que sentía la lengua masculina acariciar su carne y provocó que el calor la invadiera, abrasando sus mejillas.

—Solo quería asegurarme —aclaró él también reprimiendo las ganas de lanzarse a sus labios. Trató de imprimirle su normal tono jocoso a la situación antes de que su madre dejara de flotar en su burbuja y comprendiera lo que ocurría—. Pero, veo que sobrevivirás. Estuve a punto de creer que ibas a desangrarte, pequeña hada traviesa, mi *wee sìth*[1].

—Lo más grave que podría ocurrir habría sido que manchara la elegante alfombra persa que tenemos bajo los pies. —Florence también jugó. Él era enorme y rudo, pero su tosco sentido del humor lograba imprimirles a las situaciones incómodas un aire simple y relajado que ella adoraba.

—En ese caso, sí que estaríamos a punto de velarte y enterrarte. Nuestro estirado mayordomo inglés te habría decapitado. ¿Manchar la alfombra persa? Tal ofensa a sus esfuerzos por mantener la limpieza impoluta de esta respetable morada merecería un castigo —soltó con fingida indignación, un gesto que derritió más a Florence y que dibujó una sonrisa inocente en sus labios.

—Se comportan como un par de chiquillos y ya están en edad de casarse. Parece que fue ayer que Florence llegó a esta casa — agregó la condesa sonriendo. Ellos volvían a ser los mismos de siempre, lo que contribuyó a aligerar el ambiente, tras la necesidad de aclararle a Cailean lo que se esperaba de él. Debía desposarse con una señorita con posibilidades—. Ahora soy yo la que va a descansar un rato, esta conversación me ha fatigado. Cailean, pídele a un lacayo que traiga algún ungüento para el pinchazo del dedo de Florence. Y, después, querido, invítala a cabalgar contigo para que

olvide el mal rato. Nada como un paseo matutino en Hyde Park. Lleven un lacayo por si a Florence se le ofrece algo…

—No creo que pueda ir a montar, su doncella tuvo el día libre y no hay nadie más que me acompañe como carabina… —recordó Florence ilusionada por la posibilidad de salir a montar a caballo con él.

—Ni que fuera necesario a estas alturas… Nada cambiará porque ahora has debutado, Flor. Cailean y tú seguirán siendo los mismos. El mundo sabe que estás a salvo con él. Incluso, las lenguas más dadas al cotilleo están al corriente de que como nuestra ahijada, él te ve y te cuida como una hermana menor.

La condesa se dirigió hacia sus habitaciones con una mirada condescendiente. Sintió que era generosa al dejarlos pasear a sus anchas como hacían cuando estaban en sus tierras en las Highlands. Así se aplacarían los ánimos por la desagradable discusión. Pondría la mano al fuego por cada uno y estaba muy segura del afecto fraternal entre ellos.

Cuando Cailean y Florence quedaron a solas ya no disimularon la intensidad en la superficie de sus miradas.

—Tenemos que parar —le susurró ella agitada—. Ya la escuchaste… No hay un futuro para nosotros.

—Lo sé, pero no estoy dispuesto a complacerlos.

—Tal vez tú no…

—Vamos a cabalgar, es necesario que hablemos lejos de estas paredes.

—Quizás mañana… Hoy sería demasiado. Necesito pensar a solas. —Lo envolvió con su mirada, una caricia suave que reconfortaba el alma.

Cailean exhaló con fuerza y salió de allí antes de dejarse llevar y cometer una locura. Siempre que sus ojos se perdían en los labios rosados de la muchacha lo asaltaba la misma idea atrevida. La boca de Flor había permanecido demasiado tiempo sin ser jamás besada…

Y él no era de hielo, aunque su dureza de carácter a veces hiciera a sus conocidos pensar en esa posibilidad.

Florence entendió que ese escocés testarudo no iba a ceder y que lo llevaría a un enfrentamiento con sus padres, uno que sería funesto. Ella no podía ser la causa de que sus tutores, hacia los que sentía un inmenso agradecimiento, se indispusieran con su único hijo.

Si su intención era que las discrepancias no dividieran a los MacAlister, solo había un camino. Debía tomar una decisión, una que la devastaría, pero que sería la más honorable.

1



3 de marzo de 1874

Querida Florence

Con gran emoción te comunico que he decidido convocar a las debutantes que no ganaron el Premio Cumberland a un nuevo concurso. Podría ser una versión especial que solo se realizará este año, pero las bases serán justas, lo garantizo. De lo contrario, iría contra mis principios. Tal vez lo llame Premio Cumberland-Hayden. Aunque los Cumberland son antipáticos, no puedo deshacerme de ellos porque aportaron la primera donación en conjunto con el Comité de Damas que están involucradas en English Roses School.

Además, así continuamos en la misma línea. Y el Hayden es para hacer una pequeña diferencia con el concurso que realizamos todos los años. Confío en que la noticia renueve tus esperanzas, así como las de Charlotte, Emily y Valery.

Deseo verlas cuanto antes. Por cierto, ya estoy en Londres.

Ettie

Cuando Florence terminó de leer la carta de su querida amiga Henriette, quien recientemente se había casado con el duque de Hayden, su corazón latió más aprisa. El apetito volvió tras varios días sin poder terminar el desayuno que tomaba en sus aposentos. La realidad era que los eventos a los que acudía la dejaban exhausta y despertaba más tarde de lo habitual. Lady Kennox la animaba a quedarse más tiempo en la cama y tomar los alimentos en su habitación, para reponer sus energías. En la noche la quería radiante y dispuesta para brillar en los eventos de la temporada.

Con un hambre voraz devoró los huevos escalfados, los frutos rojos, las tostadas con mantequilla y bebió aprisa el té con leche. La doncella la miraba atónita, Florence era muy menuda y de baja estatura, casi parecía frágil, y no solía desayunar con avidez.

—¿Todo bien, señorita Fairbairn? —preguntó Fenella, la doncella escocesa de su madrina, quien la asistía también cuando estaba en la casa y quien no tenía reparos para decir lo que pensaba. La apreciaban tanto que le daban la libertad de opinar, aunque a veces sobrepasara los límites—. Milady se alegrará cuando sepa que usted comió como se debe… Necesita aumentar unas libras… Así podrá pescar un marido esta temporada.

—¿Sabes si el joven MacAlister ya salió a su paseo matutino en Hyde Park? —respondió con otra pregunta, ignorando sus comentarios.

Fenella la miró intrigada, sin ocultarlo.

—Supe que aún desayuna con su padre en el comedor, como debería hacer usted, pues no es una señora casada. Solo una esposa está justificada si se queda prolongando el descanso entre las sábanas después del alba. Pero a usted su señoría la tiene tan mimada… La quiere muchísimo… Es como la hija que la vida le negó… Debe dar gracias todas las mañanas.

—El cariño es recíproco y, claro que lo agradezco. —Florence contestó y suspiró o Fenella no pararía.

—Usted se merece cada gramo de afecto que los condes le brindan. —Sonrió—. Una niña dulce, respetuosa y tan aplicada en la escuela de señoritas.

—Ya no soy una niña, cumplí veinte años. Uno más y ya seré mayor de edad.

Fenella ignoró su intención, para ella continuaba siendo la chiquilla que llegó del campo en los huesos… Estaba más recuperada que entonces, pero seguía siendo tan delgada.

—Hasta yo hubiese querido que la vida me hubiera obsequiado una hija así, pero me quedaré soltera —se quejó la mujer—. A mis

treinta y cinco no creo encontrar un esposo. Ya estoy en el ocaso de…

—Fenella, mi ropa de montar, ahora. No perdamos tiempo. —Le dolió interrumpirla, pero si no lo hacía, iba a perder la oportunidad de…

—¿Va a cabalgar? ¿Con el joven? No puedo acompañarla, señorita. Milady aún no despierta. Además, detesto subirme a un caballo. —Recordó la última vez que escoltó a Florence a Hyde Park con los hijos de los marqueses de Blair y el joven MacAlister.

—No te apures, te evitaré el disgusto. Milady dice que con Cailean no necesito carabina. —Le guiñó un ojo con total descaro.

—Claro, qué carabina necesitaría con su hermano.

Florence negó incrédula. ¿Acaso Cailean y ella eran tan buenos disimulando? ¿O Fenella era tan ingenua como su madrina?

Y sí que tenía que darse prisa. La primavera trajo consigo una nueva oportunidad de la mano de Ettie, quien ahora era la dueña de la escuela donde ambas estudiaron. Su amiga, quien ganó el concurso que Florence perdió, poseía un generoso corazón. Ahora que su posición era inmejorable, decidió donar el premio. No podía estar más agradecida.

Si Florence ganaba en el nuevo certamen del que Ettie hablaba en su carta, tal vez su sueño podría hacerse realidad. Tal vez treinta mil libras serían suficientes para aliviar en algo las necesidades de sus padres y sacar adelante la destilería de los condes de Kennox.

Necesitaba saber más al respecto, y visitar a Ettie cuanto antes.

La esperanza renacía.

Ataviada, se presentó en el comedor y tras saludar al conde y a su hijo se sentó en el sitio que siempre solía ocupar. Los rostros de los hombres no disimularon su admiración al verla. Lucía el traje de amazona confeccionado con el tartán rojo y verde de los MacAlister,

regalo de Fiona, y que la señorita portaba para demostrar que honraba a sus padrinos.

—Bienvenida, Florence. Te ves estupenda. Alegras mis ojos.

Ella agradeció con el gesto y, en silencio, observó a los dos caballeros, padre e hijo siempre se habían llevado bien. Jamás había visto una discusión tan fuerte entre los dos como esa que tuvieron, cuando Cailean precisó que no aceptaría un matrimonio impuesto.

Lo miró de soslayo, deteniéndose en cada cualidad de Cailean, que llevaba años despertando en ella una atracción difícil de ignorar.

Él también la miró con cierta picardía con el rabillo del ojo, mientras el conde estaba distraído devorando unas suculentas costillas de cordero. Entre los jóvenes, muchas veces las palabras sobraban, pero aún ella no tenía la seguridad de, si algún día, se declararía con serias, firmes y definitivas intenciones.

El hijo de su madrina y heredero del título de Kennox la miraba así como si tuviesen un *affaire* secreto desde hacía tiempo. Se llevaban pocos años y ella siempre lo había admirado no solo por su nobleza y poderío, sino también por su físico, el que le atraía sin remedio.

Ningún otro la había hecho temblar o le sacudió las entrañas. Sin embargo, jamás hubo promesas de amor, aunque la amistad y lealtad entre ambos era tan abundante como el agua del mar.

A pesar de todas las señales, Flor no era ingenua. Sabía que lo único que sus familias podían hacer por ellos ya lo habían hecho: mandarla al colegio a ella y pretender casarlo a él con una joven con una dote considerable.

Tras terminar sus estudios, Cailean, se convirtió en un partido más cotizado que antes. Era solo inalcanzable para quienes no tuviesen una dote importante o necesitasen a un prometido acaudalado para sí mismas.

Florence, por su parte, podría convertirse en una solterona declarada. Su estatus sería irreversible, si en un tiempo breve, un caballero no se sentía atraído por su belleza discreta, y la aceptaba

sin dote, solo por sus virtudes. Habría sido muy diferente si hubiese ganado el premio Cumberland.

—¿No tomarás nada, querida florecilla inglesa? Estás tan pensativa. ¿Algo te aflige? —le preguntó lord Kennox, quien ya pasaba de los cincuenta años. Pese a su edad, contaba con un físico impresionante, que le heredó a su hijo.

Su naturaleza hizo una parte, pero también el ejercicio que realizaba tanto en la destilería en las Highlands, como al comercializar el *whisky* en Edimburgo y Londres. Kennox no se limitaba a su papel de supervisar la producción y asegurar las conexiones comerciales, sino que se involucraba desde la raíz en el proceso y era lo que más le gustaba.

Se unía a sus trabajadores para cultivar y extender la cebada para su secado, disfrutando cada uno de los pasos hasta envasar el producto final y transportarlo en las barricas de roble recicladas de jerez español.

Cailean poseía el tamaño, la complexión, el color del cabello de su padre, así como los músculos labrados con esfuerzo. Sus ojos tenían un color verde menta que iluminaba su rostro y que Florence jamás encontró en otro ser humano, a ella le daba mucha paz.

Tras concluir en Oxford, el heredero trabajaba hombro a hombro con su progenitor. Pero el conde lo prefería al frente de los tratos comerciales. Lo anterior porque tenía conocimientos y habilidades que Malcolm por falta de estudios no llegó a cultivar. Eran hombres rudos, acostumbrados a emplear la fuerza bruta para sacar adelante su labor ancestral.

Sin embargo, los rasgos faciales de Cailean venían de la madre. No poseían una belleza excelsa, pero eran atractivos, tenían un *je ne sais quoi* que provenía del apellido MacKenzie al que era difícil resistirse. Era sensualidad más que hermosura y bastaba para enloquecer corazones; sobre todo, si venía ligado a una personalidad cautivadora.

—Padrino, ya he desayunado. Pero me apetece cabalgar y mi madrina le sugirió a Cailean que me acompañara una mañana de

estas. —Su vocecilla melodiosa y casi inocente no dudó ni un segundo al plantear lo que pretendía hacer.

El conde de Kennox arqueó una ceja y contempló los ojos castaños y expresivos de Florence, unos que no estaban acostumbrados a mentir y, que tal vez solo lo hacían cuando de ello dependía su bienestar o el de sus seres queridos. Quizás era más perceptivo que su esposa y, posiblemente, descubrió cierta agitación en Florence. La miró durante unos segundos más, después negó como si la idea que le pasó por la cabeza fuese disparatada.

Ella contuvo el aliento para disimular hasta que él decidió dar su veredicto.

—Tienes mi permiso también. Esas jornadas de bailes, obras de teatro, conciertos y salones de té son una pérdida de tiempo. Me opondría si mi esposa y tu madre no se ofuscaran fervientemente, asegurando que es la única forma de acceder a un cortejo. En mi época los padres planeaban un compromiso con un buen partido, nos libraba de cometer una estupidez. Yo no puedo estar más contento con mi mujer.

—Vamos, Florence… —Cailean se puso de pie para librarla del sermón de su padre. Si no lo hacía, Malcolm la convencería de casarse con el hijo de algún conocido con una fortuna modesta.

—Pero, hijo, no has terminado de desayunar… —Se sorprendió, Cailean solía devorar los alimentos como si se aproximara una hambruna—. Y Florence, ¿seguro probaste bocado hoy? Estás tan menuda que tus padres pensarán que no te cuidamos lo suficiente.

—Estamos bien, papá. —Cailean tomó una manzana muy roja y jugosa para comerla de camino a las cuadras donde estaba su caballo.

Florence montaría el de su madre, como siempre. A los condes les habría encantado poder regalarle uno a la muchacha, pero en todos los años que ella vivió con ellos jamás pudieron permitírselo.

—Lleva una más para Florence y unos bollos con mucha mermelada. Oblígala a comer; de lo contrario, no habrá paseo.

¿Cómo conseguirás esposo si pareces tan frágil como una ramita, pequeña?

—Papá… Vas a ruborizarla. No se habla del aspecto físico de otro, menos si es una dama —lo sermoneó Cailean, algunos modales aprendidos en Oxford o de su amigo Zachary lo hacían parecer, en ocasiones, más civilizado.

—Flor es como una hija para mí, sabe que mis intenciones son las mejores.

—Tomaré una manzana. Y no se preocupe, me alimento. Es mi naturaleza, pero soy fuerte —dijo Florence para terminar la discusión.

Con una prisa apremiante, abandonaron el comedor tras compartir una mirada cómplice y fugaz justo cuando Malcolm estaba distraído.

Ambos sabían que juntos se hundirían por completo, debían hacer matrimonios en direcciones opuestas para salvar a la familia de la bancarrota inminente. Pero sus corazones parecían dos imanes atrayéndose, aunque rendirse al deseo pudiera destruirlos.

Sin intercambiar palabras se dirigieron hasta el mozo de cuadra, quien ensilló el corcel que iba a montar Florence, mientras Cailean se ocupó de su alazán, sin dejar de observarla.

Después se acercó a ella para ayudarla a montar. Flor pretendió hacerlo como amazona, como le enseñaron en su escuela. Algunas cosas habían cambiado tras el paso de Florence por las aulas de English Roses School.

—¿Es una broma? —inquirió él, sarcástico, y después su voz adquirió un tono mandón—. Jamás te he visto montar así… Sube a horcajadas en la montura, como siempre.

—No estamos en tu finca en Escocia, en Rotten Row puede vernos media aristocracia. Muchos van a pasear al mismo lugar. Una señorita debe…

—*Och, nae*[2]*, wee sìth*, montarás como te enseñé. Si te caes del caballo y te quiebras el cuello, media aristocracia irá a tu

entierro, pero después continuarán como si nada. En cambio, tu familia y la mía sí lo lamentarán. Insisto, monta como es más natural, nos mantendremos lejos de todos los demás. —No estaba dispuesto a ceder y, aunque su tono autoritario irritaba a Florence, también le fascinaba. Más, cuando le decía *wee sìth* con ese tono varonil y descarado, la hechizaba por completo. ¿Así quién podía rebatirle?

Ella lo pensó por un par de segundos y estuvo de acuerdo, de la otra forma no iba a disfrutar la salida. Cailean se encargó él mismo de cambiar la silla de montar de lado que solía usar su madre, por la de horcajadas.

Cuando los dos estuvieron encima de sus caballos, salieron a trote lento hasta Rotten Row donde aceleraron el paso. Un lacayo los seguía, no podían saltarse todas las normas, aunque estaban tentados.

Florence iba adelante, Cailean le marcaba el paso y el lacayo guardaba una distancia prudente. Lo convenientemente a la vista para acallar rumores, lo suficiente distante para no entorpecer el paseo.

Andaban pensativos, sobre todo él, porque cuando, anteriormente, la condesa sugirió que cabalgaran, ella se negó de forma tajante. Otro le habría preguntado: «¿A qué juegas?», pero no él. Sabía que Florence no era de las que envolvían a los hombres para tenerlos a sus pies, sin que mediara un sentimiento honesto. No se dedicaba a romper corazones. Por eso, eligió bien sus palabras.

Se emparejó a Florence tras hacerle una seña al lacayo para que se alejara todavía más de ellos.

—¿Qué ha cambiado? —Su voz no salió como esperaba, relajada y amable; por el contrario, resultó muy grave.

—Mi amiga del colegio, Ettie, la que se casó con el duque de Hayden, donará el premio, habrá un nuevo concurso. Quizás ahora yo podría ganar. Sabes que tuve grandes posibilidades la última vez… —Con un guiño desafiante agitó su caballo y salió a todo

galope, seduciéndolo para que la siguiera. Un juego que repetían continuamente en verano, cuando estaban en sus tierras en Escocia. Pero sin la presión de los condes poniendo fecha de caducidad a la soltería de ambos.

—Flor… —Pensó reclamarle. Sin embargo, ella se alejó a toda prisa. Sujetó las riendas con más firmeza y le dio el gusto de perseguirla. Su instinto de cazador se activó, era la única presa en el mercado matrimonial que le producía tal efecto.

Él no había revelado sus sentimientos, ella tampoco. Las palabras de certeza no habían sido pronunciadas, no eran necesarias. Ambos lo sentían y, cuando cruzaban miradas, no podían ocultarlo… Era como un fuego interior que los abrazaba en silencio.

Al principio fue una chispa inocente, una que se alimentó en secreto, mientras eran espectadores demasiado cercanos de los mejores y peores momentos de las vidas del otro.

Los largos períodos que Florence pasaba en la escuela eran una bendición, aplacaban la chispa para que la hoguera no se desbordara antes de tiempo. Pero los reencuentros durante Navidad y el verano eran muy esperados por cada uno.

Cailean azuzó a su caballo y no tardó en alcanzarla. La sonrisa de la muchacha fue su mayor recompensa. Se guardó para sí sus anhelos más íntimos, los que lo atormentaban en sus sueños al recordar esa boca.

—Sígueme, florecita inglesa —le soltó él cuando logró rebasarla y continuó cabalgando hasta alejarse del camino que solían compartir los visitantes del parque.

Cuando él sintió que estaban en un sitio seguro, frenó y desmontó de un salto, para después amarrar su corcel a un árbol cercano. Ella no tardó en llegar. Él, como un caballero, la ayudó a descender y puso a su caballo junto al suyo. Después le extendió una mano y la invitó a caminar.

—¿Qué ibas a decir, escocés enorme, o como te dicen tus amigos, Laird? —bromeó como acostumbraban antes del estallido de él ante su madre.

—Ganar un concurso podría ser la solución para ti, pero jamás para mí, Flor.

Ella lo miró sin entender, pero si era la resolución perfecta, la que tanto había pedido al Altísimo.

—No comprendo… Con la dote, yo… —Quiso añadir: «sería elegible para ti», pero no se atrevió a terminar la frase. Aunque la intensidad de sus ojos y su intención la abrasaba, Cailean aún no declaraba sus sentimientos.

—No sería merecedor de tu amor si tienes que rescatarme con una dote —confesó con la franqueza que lo caracterizaba.

Florence quedó sin palabras. Había soñado tanto con escucharlo hablar sin reservas de sus sentimientos… No obstante, el orgullo parecía pesar más que lo que guardaba en su corazón.

—¿Por qué te aferras a tu ego? ¿Acaso una mujer no puede rescatar a su hombre? ¿Te pondrás en esa tesitura?

—Flor… —gruñó en tono mandón, frunciendo el entrecejo.

—¿Tu dignidad de caballero, orgullosamente viril, se vería afectada si una señorita te rescata del infortunio? —desafió imprimiéndole a su voz un tono ofendido.

—Flor… —otro reclamo, esa vez no fue un gruñido.

—Cailean, no soy de las que se quedan cruzadas de brazos… Si quiero algo lucho con todas mis fuerzas por conseguirlo… —Hizo silencio de manera abrupta, le estaba diciendo sin rodeos que lo quería a él y que lucharía por él.

El pelirrojo entreabrió los labios para replicar, pero tuvo que cerrarlos y humedecérselos para sopesar lo que ella acababa de declarar. Sin pensarlo dos veces la tomó de la mano y la aproximó con más brusquedad de la que esperaba a su cuerpo. Al notar que su fuerza —resultado de su desesperación y sus ansias desbordadas — era desmedida, trató de aplacarse. Con ella su toque se volvía delicado, aunque se sentía inútil procurándolo. No sabía ser suave, dulce o tierno. Se veía tan pequeña junto a su cuerpo que su impulso de protegerla lo dominaba.

Cailean haría lo que fuera por complacerla, cumpliría sus caprichos, le bajaría la luna. Solo tenía que pedirlo.

—¿Me quieres, Flor? Oh, Flor. —Su febril corazón retumbaba tan fuerte contra su pecho, que amenazaba con partirlo en dos.

En un impulso absolutamente romántico, Cailean tomó entre sus dedos la diminuta perla que descansaba sobre el pecho de la joven, y la acarició con afecto mientras la miraba a los ojos con una determinación que podría desnudarle el alma. Ese regalo que el mismo le hizo ahorrando su asignación, para que ella la luciera en su puesta de largo.

Sabía que los señores Fairbairn no podían permitírselo y quiso darle esa felicidad. Los padres del escocés ya habían corrido con todos los demás gastos y regalarle una joya habría sido excesivo. Para ella fue embarazoso porque cuando la condesa quiso prestarle una de sus joyas para que la usara en esa ocasión, descubrió que Flor tenía cubierto ese aspecto, y asumió que le pertenecía de antaño. Era un juego tan poco ostentoso que no despertó el recelo de nadie en la casa.

Él seguía contemplándola con gesto dubitativo…

—¿Yo? ¿Eh? Quise decir que… —Se sonrojó y él la miró con ilusión.

—Porque yo te quiero, Florence. —Le acarició uno de los mechones que se escaparon de su recogido durante la carrera a caballo. Exhaló pesado, casi pletórico. Llevaba tanto tiempo deseando mirarla de frente y poner en palabras lo que ya no era secreto para ambos.

—También te quiero —confesó al fin tras una exhalación, mirándolo con una devoción casi mística.

Florence haría lo que fuera por complacerlo, cumpliría sus caprichos, le bajaría la luna. Solo tenía que pedirlo.

—Pero no lo digas porque existe una nueva esperanza, acéptalo sin reservas… Como lo hago yo. Te quiero, no tengo dudas de que te quiero. Porque sobre mi tumba vas a desposar a otro hombre…

Antes lo reto a muerte y que sobreviva quien más te merezca. Soy yo quien va a luchar para llevarte al altar, tú no tienes que hacer nada más que esperar.

—No seas testarudo, Cailean. ¿Acaso no podemos luchar juntos? —Le sonrió con dulzura, conmovida. Cuánto deseó escucharlo prometer que pelearía…

—Es inaceptable que tú tengas que rescatarme del pozo donde me hundo. Si ganas esa dote, úsala para ayudar a tu familia o para lo que decidas. No la necesito. No pienso quedarme cruzado de brazos como esos peleles aristócratas con arcas vacías que precisan la dote de una señorita para mostrar algo de honorabilidad. Seré digno de ti por mérito propio.

—Ya lo eres, tonto —le dijo con cariño y admiración, depositándole una mano sobre el pecho duro como una roca.

Un dedo de él recorrió los labios entreabiertos de la joven. La piel de la espalda de Florence se erizó por completo, al igual que la cima de sus pechos. Nunca había sido recorrida por tal sensación. Casi se quedó sin aliento… Más cuando él se acercó, reduciendo el espacio entre sus cuerpos. Cailean la elevó por la cintura para que quedara a la altura de su rostro, porque era muy pequeña en comparación con él.

Florence casi se deshace de gozo entre sus fuertes manos que la elevaron como si fuese tan ligera como una pluma. Su toque, su tacto, su calor, la dureza de sus pectorales la estremecían por completo… Ella sintió que estaba a punto de besarla. Su corazón palpitó más descontrolado aún.

Pero aquel beso no sucedió, terminó reducido en una exhalación que emergió de la boca masculina. Flor apretó sus dedos sobre la tela de la chaqueta del hombre, ante el deseo insatisfecho de probar los labios gruesos y bien definidos del escocés. Tuvo que conformarse con tan solo el aliento a menta fresca sobre su boca.

—¡Maldición! —masculló él también al límite del deseo, tratando de contener las ganas de arrasar con la virginal inocencia de esos labios. Se suponía que un caballero no maldecía frente una dama,

pero Cailean se mostraba tal cual era delante de Flor, incluso con su vocabulario afilado o mordaz.

—No te refrenes, bésame —le ordenó, sin una gota de la timidez que todos creían que poseía. Él no. Sabía de la intensidad de las miradas que compartían, de las risas acalladas y los gestos seductores con los que lo había conquistado.

—Serás mi esposa, debo respetarte. Es cuestión de honor, hasta que no tenga los medios para casarme contigo… Mi familia y yo prometimos cuidarte y no puedo corromper tu inocencia. Si te beso no sé si consiga frenar. No estamos en el sitio ni en el momento correcto. —Enumeró mil razones para refrenarse. El honor de un MacAlister era tan elevado como una montaña, a ella le constaba, lord Kennox era igual.

Si ella no daba el primer paso, él no iba a besarla hasta que su fortuna cambiara y los dos terminarían consumidos por las ganas…

Pero ella era decidida y valiente, aunque pareciese lo contrario. Y esa cualidad fue la que enamoró por completo a Cailean, la que le hacía perder la cordura.

Los labios de Florence se estamparon contra la boca varonil robándole el habla… Fue un acto impulsivo. Él se sorprendió, pero después no… Así era Florence. Alentado por su instigadora favorita, Cailean no necesitó más incentivo para reaccionar. La enlazó con más fuerza por la cintura, apretándola contra su pecho, como si le perteneciera… Como si estuviera destinada a convertirse en su mujer… Y respondió a ese beso con toda la pasión que había tratado de aplacar durante los últimos años.

Su ávida lengua exploró esa dulce boca que lo fascinaba, se estaba dando un festín… El sabor de la miel y la lavanda se apoderó de todos sus sentidos. Esas ensoñaciones febriles de madrugada anhelándola… Tantas noches inquietas por un deseo que lo enloquecía… Y, ahora, la encantadora y traviesa embaucadora le estaba dando una lección de valor y arrojo. Una lección que no olvidaría. Demostraría que estaba a la altura con cada lametón y

caricia, con cada acción que llevaría a cabo en su futuro para merecerla.

—Te quiero tanto, Flor, quería seguir las reglas de un cortejo en forma… —confesó entre beso y beso con la respiración entrecortada.

—¿Y quién dijo que no lo haremos? Solo que pondremos nuestras propias reglas… Estoy segura de que ganaré ese concurso y ya nada podrá interponerse. —Estaba convencida, porque cuando todo parecía perdido llegó esa carta a llenarla de fe… Era una señal y ella se aferraría a ganar como su única salida. Nadie la convencería de lo contrario.

La miró ceñudo, ella era insistente con el tema de la dote, pero él le demostraría que haría su propia fortuna.

—No importa si no ganas, nada va a apartarte de mí. Serás mía. Voy a proveerte de todo lo necesario, como corresponde. Ya he trazado un plan para librar a mi familia y a la tuya del apuro.

—En ese caso, escocés orgulloso, debes apurarte. Porque mi plan ya se puso en marcha y pronto tendré los medios para hacerte mío, sin objeciones. —Jugó con uno de los mechones pelirrojos que enmarcaban el rostro del varón.

—¿Me estás provocando? ¿Es un desafío? —La salpicó de besos, estaba loca y la adoraba por eso.

—Llámalo como quieras si al final termino siendo tu prometida, sin que nuestros padres se sientan decepcionados de ambos.

—Nadie se sentirá decepcionado de ti, Flor. En todo caso, yo asumiré las consecuencias… si ellos se enteran antes de que tenga los medios para poder pedir tu mano. Diré que te atraje, que no te di opciones…

—Eso nunca, grandullón. Estamos juntos en esto. Los dos asumiremos las consecuencias. Bésame ahora de nuevo, antes de que tu perezoso lacayo aparezca y nos delate ante el conde.

—No se atrevería a tanto, ni aunque mi padre sea intimidante. —La apretó con voluptuosidad estrechando sus torsos, atrayéndola por las caderas contra su hombría, y repitió cegado y posesivo.

—Serás mía.

—Ya soy tuya, te ganaste mi corazón hace bastante tiempo —le confirmó disfrutando la calidez de su abrazo.

—Mía —gruñó gozoso y excitado sobre esos labios juguetones que lo provocaban. Ella le estaba jurando lealtad y él depositaría su corazón en sus manos, le sería fiel su vida entera. Cailean no lo dijo con todas sus letras, pero opinaba exactamente igual, también le pertenecía a Flor, y estaba convencido de que ella lo sabía, la seguridad en su rostro era indiscutible—. Si no es contigo, no me casaré con nadie más, florecilla traviesa.

Y sin más palabras o juramentos, degustó la boca femenina con desespero.

¿Cómo podrían renunciar a esos besos cuando volvieran a la casa, a la realidad?

2



Cailean MacAlister se encontraba en el sitio que menos imaginó que pisaría. Su propósito era concertar un negocio que podría sacar adelante la Destilería MacAlister. El lugar al que llegó no era otro que el colegio para señoritas English Roses School.

Los besos de Florence lo espolearon con fuerza para desafiar al cabeza de familia. Su padre tenía unas ideas erradas de cómo acrecentar la fortuna familiar, eran maneras arcaicas. Él había estudiado en Oxford a diferencia de su progenitor, y había sido testigo de los negocios exitosos de su mejor amigo: el rey Midas, Zachary Moray. Con tales enseñanzas acumuladas, estaba impaciente por llevarlas a la práctica.

Hacía poco tiempo, se le ocurrió que el dueño de la escuela, Valentine Severn, duque de Hayden, podría ser un buen inversor para su amigo Zachary. Y este último le hizo un planteamiento clave. ¿Por qué no usar ese contacto en su propio favor?

No era descabellado. El negocio familiar iba en declive y el duque era conocido por invertir sus fondos en empresas que le generaran buenos dividendos. Así acrecentó su fortuna.

El sitio era inmenso, era la primera vez que lo pisaba. El mármol le dio la bienvenida en la fachada, donde destacaba una leyenda labrada con el nombre de la institución. En el vestíbulo el lujo se impuso, un lacayo lo condujo por pasillos con paredes recubiertas con paneles de nogal de un metro de altura. Después seguía un papel tapiz color ocre apagado con motivos de rosas en un tono más oscuro, casi imperceptibles.

Siempre había creído que el internado donde estudió Florence por tres años era más iluminado. Trató de imaginarla conduciéndose por esos corredores y sus latidos se aceleraron.

Sus pensamientos sobre la pupila de sus padres dejaron de fluir cuando lo anunciaron en el despacho del duque.

—Bienvenido, lord MacAlister. —Fue el recibimiento del dueño, después le ofreció sentarse frente a él.

Cailean olvidaba que socialmente era lord MacAlister por cortesía, odiaba que se refirieran a él de esa manera. Prefería, si acaso, MacAlister sin más adornos o Laird como le decían los amigos. Su apodo hacía alusión a su rudeza y su esencia escocesa que se delataba por cada poro, en sus maneras de conducirse y de la que estaba orgulloso. De haber nacido en otra época habría sido el honorable *laird* de un clan.

El duque ocupaba un escritorio de ébano con patas de gárgolas y ribetes de oro. Los muebles barrocos de maderas oscuras estaban resaltados con innumerables detalles en oro, como en el resto de la propiedad. Tal distintivo imprimía a la escuela un aire sombrío similar al aura del dueño.

—Puede llamarme MacAlister a secas. Siempre busco la manera de librarme del título de cortesía.

—En ese caso, puede decirme Hayden. Después del buen rato que me hizo pasar, tras poner a la señora Sable en su lugar en aquella fiesta del té, creo que los tratamientos están de más entre nosotros.

—Ni me lo recuerde, todavía Florence me culpa por no callarme frente a esa señora. Asegura que la maestra Sable la descartó justo después de la fiesta del té. Florence terminó riéndose conmigo de la estirada mujer, no lo pudo evitar.

—Y tiene razón la señorita Fairbairn.

—¿Me está tomando el pelo? ¿Confirma que la señora Sable le dio una puntuación negativa en el concurso? ¿Y qué lo hizo tan solo por no mantenerse como una estaca clavada a su silla durante la

recepción del té? ¿Por reír ante mis comentarios? —puntualizó eso último.

—Podría decirse que sí. La señora Sable no dio un veredicto favorable de la participación de la señorita Fairbairn en ese intervalo del concurso. Según la maestra: «No mantuvo la compostura y mostró sus dientes más de lo que se considera apropiado para una señorita».

Cailean sintió que la sangre se convertía en lava dentro de sus venas, quería buscar a la señora Sable y decirle ahora sí todo lo que pensaba de esa amargada maestra.

—*Diabhal* [3]—murmuró entre dientes cuando la cólera lo desbordó—. Esa mujer se ha ganado un enemigo. Florence es la señorita más dulce y tímida con otros que he conocido. Si no pudo contener la risa es porque hemos crecido juntos y no puede resistirse a mis bromas. La culpa es toda mía.

—¿No puede resistirse? ¿Eh? —Observó Valentine muy irónico. El rubio era conocido extraoficialmente como Ogro Gruñón, apodo que se ganó por su reputación. Era huraño con la mayoría. Sin embargo, a Cailean le agradaba su mordacidad, sentía que ambos poseían cierta aura oscura que los hacía congeniar y entenderse con una mirada—. Confieso que para mí también fue divertido. Yo habría puesto a esa arpía en su lugar, pero debía cernirme a mi papel de dueño de la escuela. Lo hice después, ya puede estar tranquilo. Esa maestra ya no trabaja con nosotros. No podía permitir que alguien que maltratara o humillara a mis estudiantes continuara enseñando aquí.

—Me alegra su decisión. Es bueno que la arpía ya no esté en la ciudad, o la obligaría a ponerse de rodillas y disculparse con Florence.

—Si vuelve seré el primero en avisarle, me encantaría ver eso. —Una mueca torcida bastó para indicar que le divertiría muchísimo que Sable pagara esa deuda pendiente.

—Si regresa le notificaré para que lo disfrute en primera fila.

Valentine negó muy complacido.

—Mi amada esposa, quien ahora se ocupará de la escuela, revisó el proceso del concurso y encontró muchas irregularidades causadas por la señora Sable y sus juicios vengativos y llenos de dolo en contra de cada concursante. Buscaba favorecer a su protegida y fue un desastre.

—Pero no pudo con su esposa, Florence me contó que la duquesa triunfó contra toda previsión.

—Es que Ettie es invencible. —Una sonrisa se dibujó en su mirada, aunque sus labios permanecían sellados—. Es una pequeña guerrera mi amada mujer. Y parte de su triunfo se debe a sus amigas. Me contó cómo la señorita Grant, ahora lady Moray…

—Sí, se casó con mi amigo.

—Me comentó que ella, lady Charlotte y su Florence; e incluso, lady Valery unieron esfuerzos para alertarla de los planes de la arpía Sable y su hermana la bruja Cumberland. Gracias a eso, Ettie pudo ganar.

—Florence, la pupila de mis padres, es como una hermana para mí. Por eso la protejo de quien se atreva a molestarla —carraspeó. Aún le daba vueltas en la cabeza la forma en que el duque se refirió a ella, «su Florence». ¿Será que por más que se esforzaba, su rostro era tan transparente con respecto a Flor que sus sentimientos eran percibidos con facilidad? Primero, su amigo Zachary descubrió lo que sentía por la ahijada de sus padres, ahora el duque hacía esa insinuación.

—Entiendo. —La suspicacia en el tono de voz y la mirada del duque era inevitable.

—Creo que ya hemos hablado mucho del concurso. Pero es otro el motivo de mi presencia aquí.

—Cierto. —El brillo en la mirada del duque aún no cambiaba, como si disfrutara verlo tratar de disimular lo que sentía por Florence —. Disculpe por citarlo aquí. Mi tiempo es limitado. Mi esposa ha convocado a las participantes del último concurso y requiere mi presencia. Solo me quedan veinte minutos para escucharlo. ¿Le ofrezco un brandy?

—De hecho, he venido acompañado. Yo le ofreceré un *whisky*.

—De la Destilería MacAlister supongo —expuso. Cailean asintió con orgullo y puso sobre la mesa el maletín que lo acompañaba—. No puedo esperar.

Con un sonoro clic se abrieron los dos broches de metal del maletín de madera y ante ambos apareció dos botellas con el líquido ambarino y dos *quaichs*,[4] copas poco profundas con dos asas, símbolos de la unión y la hospitalidad escocesas.

—Espero que no lo decepcione.

Cailean ceremonioso sirvió la bebida como si de oro líquido se tratara, con sumo cuidado y elegancia, y acto seguido ofreció una copa a Valentine.

El duque admiró el color de la bebida y después dio un sorbo. Ya había tenido la oportunidad en el pasado de probar el *whisky* de esa casa, pero lo que le estaban presentando superaba con creces sus degustaciones anteriores. Siempre se preguntaba por qué el *whisky* MacAlister no era más conocido si la calidad era excelente. Lo entendió cuando Cailean le habló del celo con que la familia cuidaba su modo de producción, limitando la cantidad y evitando grandes inversiones.

—Al contrario, me ha causado una excelente impresión y eso que no soy un ávido bebedor. Jamás me excedo. La pregunta no es si el *whisky* tiene mi aprobación, sino su padre. ¿Qué opina el conde de Kennox de su intención de asociarnos? También he investigado, sé que los problemas que enfrentan parten de la falta de capital, y que su padre se niega a aceptar dinero que venga de terceros.

Cailean bajó la cabeza, aún se preguntaba qué lo llenó de valor para dar ese paso. Él lo sabía. Fue la renuencia que vio en los ojos de Florence ante la única salida que tenían ambos: decepcionar a sus padres.

Los condes de Kennox la acogieron desde que era una niña, le dieron refugio, sustento y sobre todo cariño y confianza. Florence no era de las que traicionaban. Por eso jamás le permitió que Cailean le

hablara de amor. Sin embargo, ninguno de los dos era tonto, desde tiempo atrás se dieron cuenta de lo que sentían en sus corazones.

Florence solo giró a verlo cuando escuchó del nuevo concurso… Era tan abnegada. Confiaba que su esfuerzo le valdría para ganar. ¿Y si volvía a perder? ¿Se retractaría? Ella era incapaz de decepcionar a su madrina.

—Yo me ocupo de mi padre.

—Espero que sí, porque soy tan tenaz como un mastín con una presa.

—Tengo algo más que mostrar.

—Supongo que es la segunda botella.

Le sirvió para que pudiera probar y Valentine lo hizo a conciencia.

—La anterior es nuestra joya, la de más valor, para conocedores del agua de vida —continuó Cailean—. Proviene de una única malta fuerte de las Highlands. Solo bebedores con un paladar exigente saben apreciarlo. En cambio, esta otra botella es la que nos hará ricos: mi creación. Bueno, a usted más rico de lo que es. Para mí representa un punto de inflexión en mis arcas. Mi padre piensa que mezclar el grano devalúa la bebida. Sin embargo, el paladar inglés prefiere un sabor más suave. Mezcla de maltas y granos pensada para el comercio.

—¿Pretende negociar con casas *blender*?

—No, pretendo producirlo a gran escala, trasladarlo en barricas por ferrocarril hasta Aberdeen y de ahí en barco hacia Londres. Embotellarlo como uno de los productos de la marca MacAlister y comercializarlo.

Valentine reflexionó un par de minutos, como si los engranajes de su cabeza estuvieran operando al máximo de su potencial.

—Usted me ha traído un hueso a mi puerta que resulta demasiado tentador, MacAlister. Ahora lo quiero y suelo ser bastante obsesivo cuando algo me atrae. Tengo muchos negocios de los que ocuparme. Pero en estos momentos ha quedado un hueco enorme

en mis responsabilidades. Ettie tomará las riendas de la escuela como dueña, y mi hermana, lady Bonnie, como directora, formará con ella una alianza. Al principio, cuando la escuela quedó bajo mi mando renegué de la tarea con creces. Pero con el tiempo le tomé aprecio. Y odio dejar mis obligaciones; sin embargo, no puedo interponerme entre mi esposa y la pasión que veo en sus ojos por tomar las riendas del colegio. Así que necesito enfocar mi energía en algo que me rete, novedoso, y su *whisky* lo es.

—Lo escucho —dijo admirado por su visión, como si el siguiente escalón para el negocio tomara forma en su mente.

—Dos botellas, con el escudo MacAlister, si a su padre no le molesta, les dará distinción. Dos versiones acordes a la exigencia del paladar de dos tipos distintos de consumidor. Estoy impaciente por viajar con usted a Escocia a empaparme del proceso de producción. Si lo que veo en su destilería me agrada voy a invertir. Estoy bastante seguro de que es un negocio que no dará pérdidas. Su bebida es oro líquido y está por encima de las propuestas que existen hoy en el mercado.

Ambos sonrieron con las miradas. Para Valentine el acuerdo significaba un reto que engrosaría sus arcas. Para Cailean representaba la salvación de un legado que amenazaba con extinguirse… El rescate de su familia y la de Florence… Y el poder estar para siempre al lado de la mujer que amaba.

—No voy a defraudarlo.

—¿Cuándo viajamos a Escocia?

—Solo deme unos días para prepararlo. —En realidad era para convencer a su padre—. Entonces, si lo que conoce en nuestras tierras cumple con sus expectativas, ¿tenemos un trato?

—Así es. Si la destilería soporta la suma que me estás solicitando invertir, tenemos un trato. Uno que me emociona. Tu *whisky* merece llegar a más personas, Cailean. A partir de ahora puedes llamarme Valentine. Mi esposa quiere mucho a tu Florence, estoy seguro de que nos veremos seguido. Ahora que es duquesa parece que está a punto de revolucionar mi vida. Yo era un ermitaño

y Ettie me ha sacado a la luz, acabamos de llegar a Londres y mi agenda está desbordada de compromisos sociales que no sé cómo voy a cumplir. Aunque por ella soy capaz de sonreírle por guardar las apariencias, hasta a mi propio enemigo.

—Supongo que nos veremos más seguido, Valentine. Florence, la ahijada de mis padres, es muy cercana a tu esposa. —Hizo hincapié en el lazo que los unía, negándose a aceptar que el duque ya diera por un hecho su devoción por Flor—. Hablaré con mi padre. Voy a preparar el viaje a casa.

—¿Invitarás a la señorita Fairbairn? Aunque es un viaje de negocios mi esposa adora los paisajes de Escocia. Me encantaría llevarla, si tiene compañía femenina. Odiaría que se aburriese.

—Si ella acepta.

Valentine disimuló una sonrisa y después le pidió que volviera a llenarle su *quaich*.

3

Para Florence volver a entrar en la oficina de la antigua directora Holt venía de la mano con sentimientos encontrados… ¿Los últimos tres años habían sido los mejores de su vida? Siempre se lo preguntaba. Los días en la casa de los Kennox eran fabulosos, más durante las vacaciones en Escocia, cuando montaba a campo traviesa a caballo con Cailean. O en las charlas interminables donde reflexionaban acerca de cómo debería ser el mundo de justo con quienes tenían corazones bondadosos.

Sin embargo, cada septiembre, regresar a la escuela fue un martirio. Le gustaban las lecciones y algunas maestras, pero unas le hicieron su permanencia ahí un poco miserable. Por ejemplo, la señora Sable, hostigándola de continuo. A pesar de que esta mujer era la tía de su mejor amiga: lady Valery Belcher, la trataba como si fuese una criatura indigna de consideración. Y Florence soportó con estoicismo para no renunciar a la escuela y romper las esperanzas de su madre y su madrina. Ellas aseguraban que English Roses School era lo mejor que le podía pasar.

Inspiró profundamente y traspasó el umbral de la puerta. Ettie ya estaba ahí. Era tan extraño verla ahora en su papel de la duquesa de Hayden y la dueña de la escuela. Sin embargo, la nueva posición no cambió a su amiga. Ettie se apresuró para saludarla y la abrazó con su efusividad de siempre.

—Oh, querida Florence. ¿Creías que te ibas a librar de mí? Tengo tantos planes para nosotras. —Ettie siempre conseguía disipar la tristeza de Florence, como si fuese experta en abrirse paso entre

las tempestades más violentas, como si fuera la emisaria del arcoíris y trajera su luz y color al final de un fuerte torrencial.

—Ettie. —También la abrazó, y en sus brazos encontró una calidez que la reconfortó—. Espero que tu luna de miel haya sido estupenda.

—Merece que las invite a mi nueva casa para tomar el té, y entonces les contaré todo. —Hizo un alto para cubrirse la boca, quizás recordando alguna travesura romántica con su duque—. O casi todo.

Lady Bonnie Severn, la cuñada de Ettie, quien ocupaba el escritorio de la directora, en su nuevo puesto, se puso de pie para saludarla también. Bonnie llevaba solo un par de meses en la posición, hasta hacía poco había sido la maestra de Etiqueta y Modales. Fue una de las profesoras más dulces y comprensivas del colegio.

—Querida Florence, mi alumna más aplicada. Bienvenida a tu casa, English Roses School.

—Lady Bonnie, es un gusto saludarla. En septiembre, cuando entren las nuevas alumnas, ni siquiera llegarán a imaginar lo afortunadas que son. Me habría encantado tenerla como directora y haber prescindido de la maestra Sable. —Suspiró de alivio.

—Me agradaría que me llames Bonnie y me tutees, más si vamos a trabajar juntas.

—Por supuesto, será un honor. Pero, ¿trabajar juntas? ¿A qué te refieres? —El adelanto la tomaba por sorpresa. Ettie la citó en la oficina de Bonnie una hora antes para saludar a sus amigas y ponerse al corriente con ellas, previo a que llegaran las demás estudiantes del último año que ya habían debutado. La razón era comunicarles del nuevo Premio Hayden-Cumberland. Una oportunidad para las que perdieron el anterior concurso.

—Lo siento, creo que me he adelantado. Pensé que Ettie ya les había comunicado la idea.

—La diré en cuanto estén todas —dijo la duquesa.

Y, no hubo necesidad de cuestionamientos. Emily y Charlotte hicieron su entrada, juntas y sonrientes. Emily, ahora lady Moray tras casarse con el hermano de su acompañante, les sonrió con su sencillez y dulzura habitual. Lucía radiante, el amor brillaba en su semblante dotándole de una cuota extra de confianza.

A su lado, lady Charlotte Moray, hija del marqués de Blair, también se acercó a abrazarlas y saludarlas con su desenfado y seguridad de costumbre. No importaba si la vida la había lastimado, o si su estricto padre la hubiese presionado tanto para tratar de reducirla al papel de la perfecta rosa inglesa que no iba acorde con su carácter. Nada borraba en ella las ganas de vivir y luchar.

—Directora lady Bonnie, es maravilloso que sea usted ahora quien dirija la escuela. Ya me habría gustado prescindir en mi tiempo de la señora Holt. —Se refirió a la anterior directora.

—Puedes llamarme Bonnie, Charlotte. Las amigas de mi cuñada también son mis amigas —sostuvo tras intercambiar una mirada afectuosa con Ettie.

—Oh, Emily, ¿condesa de Moray? —la abordó Ettie entre feliz y sorprendida aún—. Cuando Charlotte me lo dijo no podía creerlo. Si en el último baile te veías tan mortificada con lord Moray. ¿Cómo sucedió este desenlace?

—Es una larga historia que empieza muchos años atrás, tendré que invitarlas a tomar el té para contárselas. —La aludida le respondió con cariño.

—No puedo esperar —aseguró Ettie tomándole las manos—. ¿Eres feliz? Me dijo Charlotte que es un matrimonio por amor.

—Tan feliz que a veces pienso que estoy soñando —contestó Emily—. Igual no puedo creer que lady Bonnie ahora sea la directora de la escuela y tú la dueña. Vendrán tiempos de júbilo para las alumnas, sin dudas. Las dos juntas son lo mejor que pudo sucederle al colegio.

Las amigas de la duquesa sentían cierta deferencia con Bonnie, quien fue su maestra. Pero, aunque Bonnie era mayor que ellas, se llevaban pocos años. No fue difícil que congeniaran con rapidez.

—Me encantaría que dejen de hablarme como si aún fuese su maestra. Bonnie está bien. Más ahora que… —Iba a revelar el motivo por el que las citaron antes que, al resto, pero decidió esperar a que quien convocó a la reunión hiciera los honores.

—Bonnie ha dicho que Ettie nos revelará algo importante —alertó Florence a las recién llegadas—. Ya no puedo esperar.

—Solo falta Valery, aguardemos por ella —indicó Ettie.

En el pasado, Ettie, Charlotte y Emily sintieron cierto recelo hacia lady Valery Belcher. Ser la sobrina de la maestra Sable, la más repudiada y temida por las alumnas, no la dejaba en la mejor posición. Todavía más, si Sable trataba de beneficiar siempre a su sobrina, perjudicando en el proceso a quienes se cruzaran en el camino de Valery.

—Mi querida Valery, cómo ha sufrido por culpa de la obsesión de su tía por hacerla destacar —comentó Florence, quien adoraba a la aludida.

—Sí, tenía todos los elementos para ganar el concurso, como muchas de nosotras —ratificó Ettie—. Sin embargo, el asedio de Sable fue contraproducente.

La actitud de la maestra generó rivalidad y hostilidad en ciertas alumnas hacia la joven. No obstante, Florence fue la única que se dio la oportunidad de conocerla y descubrir que Valery no era como su tía y que no estaba feliz con el lugar que ocupaba. De hecho, era una víctima más de la señora Sable, quien le exigía demasiado para que fuese una de las mejores estudiantes.

Tanta presión hizo que Valery terminara convirtiéndose en una joven triste y exhausta. Y la insistencia de su tía por defenderla a costa de perjudicar a otras pupilas, la dejó muy sola. Pocas querían acercarse a ella.

De no ser por Florence, quien intercedió por ella con Charlotte, Emily y Ettie, ahora Valery no tendría a nadie.

La aludida se paró con timidez en el umbral de la puerta. No estaba segura de merecer tal honor. Pero sin su valioso aporte,

aunado al de Florence, Charlotte y Emily, Ettie no se habría erigido como la ganadora del Premio Cumberland. Sin embargo, aunque agradecía tener la amistad de cada una, en los últimos meses la vida la golpeó como jamás imaginó. Y la angustia derivada de sus problemas, se reflejaba en su rostro. No podía disimularla, incluso, a pesar de haber aprendido a comportarse como una dama desde muy pequeña.

—Valery querida, adelante —la invitó a pasar la duquesa—. Y te advierto que si le dices lady Bonnie a mi cuñada te dirá también que la llames por su nombre de pila. Primero porque mis amigas son sus amigas, segundo porque ahora que trabajaremos juntas, será lo más apropiado. ¿Te parece bien?

Todas sonrieron ante sus palabras, incluso Valery.

—¿Trabajaremos juntas? —preguntó la aludida sin dejar de sorprenderse como las demás.

—Así es. Claro, si cada una está de acuerdo. Ya saben que gobierno la escuela desde que tomé posesión. Y como nueva directora Bonnie la dirige desde esta oficina. Pero, por costumbre de directivas precedentes, existe un Comité de Damas que se encarga de apadrinar a ciertas alumnas que no cuentan con los medios para solventar su permanencia aquí. Ese mismo comité compuesto por lady Cumberland, lady Richmond —dijo para referirse a la tía y madre, respectivamente, de Valery—, lady Abbott y ahora mi querida suegra, entre otras damas respetables de la sociedad, tiene cierta injerencia en los asuntos del colegio. Lo anterior debido a sus aportaciones económicas. Ejemplo de ello es el Premio Cumberland que se realiza cada año, las treinta mil libras son donadas por las damas, y lleva el nombre de la creadora, quien otorgó el monto completo para el primero que se formalizó.

—¿Adónde quieres llegar, Ettie? —preguntó Charlotte enarcando una ceja y después arremetió sin nada de delicadeza—. Ahora que ostentas el poder, ¿piensas disolver ese comité? Será un golpe contundente para esas damas que se creen dueñas y señoras de la

escuela, con excepción de tu suegra. Es justo que dejen de campar a sus anchas. Lady Bruja debe de una vez ser puesta en su lugar.

Florence carraspeó y le hizo una seña a Charlotte que se extendía sin darse cuenta de que lady Cumberland era hermana de la madre de Valery.

—No se limiten por mí, sé que mi tía se lo ha ganado a pulso. —Valery dijo al notar que todas la miraban. Sabía que ninguna apreciaba a lady Cumberland, a la señora Sable, ni tampoco a su madre—. Lamento el daño que… Y reconozco que llamarlas Bruja y Arpía es poco en comparación con la estela de lágrimas que mis tías dejaron a su paso.

—Por suerte, la Arpía está refundida en el campo, donde no podrá enseñar a nadie jamás. —Se adelantó Bonnie para referirse a la señora Sable, a quien odiaba, no solo por lo que le hizo a su madre y a ella. Sino por maltratar a las alumnas que ella tanto se esforzaba por defender—. La señora Sable siempre fue déspota con las señoritas, se creía intocable porque tenía el respaldo de lady Cumberland, la antigua directora y mi difunta tía Imogen cuando estuvo al frente del colegio. Ahora son tiempos mejores.

—Sí, son tiempos mejores. —Ettie volvió a tomar la batuta—. Y lamentamos, Valery, que tu madre y tus tías hayan tomado el rumbo equivocado, pero tú no eres como ellas, por eso eres una de nosotras.

—Y lo aprecio, Ettie. Sin ustedes no tendría nada —soltó en una exhalación, las demás lo sabían. Los rumores de los altos salones sonaban cada vez más. Los duques de Richmond, padres de Valery, estaban a un paso de la ruina. Causada justamente por el esposo de Ettie, quien era implacable con sus enemigos y Richmond tuvo la estúpida idea de enfrentarlo. Eso no había mermado la amistad de las dos jóvenes damas, Valery comprendió que su progenitor no se había portado bien.

—Lamento tus circunstancias, y las de Charlotte y Florence —musitó Ettie sobrecogida, todas compartían su sentir—. Por eso, y por las demás concursantes que tampoco ganaron, y también lo

merecían, se me ha ocurrido donar el dinero para un nuevo concurso: el Premio Hayden-Cumberland.

La esperanza brilló en los ojos de las aludidas ante la mención de lo que les refirió en las cartas.

—Habla ya, nos tienes en ascuas —pidió Emily.

—No las he citado aquí para comunicarles ese propósito que ya casi es una realidad. Ya lo hice en las misivas que les envié a cada una. El motivo es otro, quiero instaurar un nuevo comité, donde nosotras seis uniremos esfuerzo e ingenio para reformar la escuela: Emily, Florence, Charlotte, Valery, Bonnie y una servidora.

—¿Un comité? —Florence no entendía.

—Tengo muchos planes sobre lo que deberíamos enseñar… —continuó Ettie—. Bordar es excelente, música y lenguas, así como etiqueta, modales, hacer la presentación en sociedad… Pero, después de lograr cada una de estas habilidades que se enseñan aquí. ¿Qué les queda a las alumnas? No todas cuentan con dotes atractivas, ni harán matrimonios convenientes… Tal vez no pueden atrapar a un buen partido o no quieren, porque la libertad de la soltería les parece más seductora a largo plazo. O, porque el amor les llega y no en la persona de estatus o arcas favorecidas. Quiero enseñar algo que a futuro les brinde herramientas para enfrentarse a la vida como lo hacen los hombres. Deseo blindarlas, que estén preparadas con miras al porvenir.

Sus amigas estaban en silencio, maravilladas. Bonnie sonreía. Ya había hablado mucho al respecto con su cuñada y coincidían. Ella, a sus veinticuatro años, era una de esas damas más deslumbrada por su papel como directora que esperanzada en atrapar a un marido para que le resolviera la vida. Influir en el futuro de sus alumnas la llenaba por completo.

—Cuenta conmigo —dijo Florence—. Me siento totalmente identificada. Siempre fui una buena estudiante, pero sé que tengo mucho que dar. Me habría encantado aprender más de lo que me enseñaron aquí.

—¿Me preguntas a mí? —ironizó Charlotte—. Creo que ya sabes la respuesta. Yo entré a la escuela casi a rastras, porque mi padre supo jugar muy bien sus cartas.

—Sí, definitivamente sí —respondió Emily feliz.

Valery asintió y una lágrima resbaló por una de sus mejillas.

—Lo siento. Estoy algo sensible —añadió la última.

Las seis se tomaron las manos como muestra de afecto, solidaridad y esperanza. Sabía que no la tendrían fácil frente al comité de damas existentes, pero tenían propósitos distintos. Y, antes de abandonar la oficina para dar por inaugurado el concurso delante de todas las demás debutantes de esa temporada, la duquesa hizo el último anuncio:

—Comité Rosas Inglesas, es el nombre que he pensado. Incluso ya encargué que hicieran unas agendas preciosas con un escudo para trabajar, y haré una fiesta del té para darnos a conocer.

—Suena fabuloso lo de darnos a conocer —protestó Charlotte—. Pero el nombre no me convence. Para empezar, soy escocesa, aunque haya crecido en Francia. Jamás me he identificado con los valores que intentan imprimirles a las jóvenes damas que son consideradas rosas inglesas.

—Charlotte querida, no seas obstinada y rebelde —le reclamó su cuñada y le guiñó un ojo—. ¿Quién dice que una rosa inglesa, además de elegante y hermosa, no puede ser también valiente e inspiradora? Y sí, eres escocesa, pero igual algo inglesa de corazón. Recuerda que somos hermanas y decidiste que mis padres también fueran los tuyos, sin opacar a la querida Marianne.

Marianne era la madre de Charlotte, a quienes ambas adoraban; pero como Charlotte tenía una relación fracturada con su padre, se había refugiado en el cariño que le brindaban los progenitores de Emily.

—A mí me gusta, hace honor al nombre de la escuela y todas hemos salido de aquí —señaló Bonnie—. Las señoritas y damas casaderas inglesas, o en su defecto escocesas o irlandesas, hemos

sido enmarcadas en un papel muy limitado. Creo que es hora de demostrar nuestro potencial.

Ettie abrió los brazos y asintió, dando a entender que esa era su intención.

—Espero que no se echen para atrás —dijo señalando un caballete que permanecía cubierto en una esquina y que nadie le había prestado atención—. Ya mandé a hacer el escudo y lucirá idéntico a mi idea.

Bonnie lo trajo al centro con ayuda de Florence y la duquesa hizo los honores, descubriéndolo.

La leyenda «Rosas Inglesas» podía leerse dentro de un marco circular de arabescos, sobre dos rosas cruzadas.

—Es precioso. Me encanta. —Florence estaba muy emocionada, sintió que le reconfortaba el alma.

Era el aliento que necesitaba para no perder la esperanza. El valor de luchar por sus sueños y por Cailean volvió a recorrerla. Era cierto que no podía defraudar a sus padrinos casándose con su único heredero y alejándolo de sus responsabilidades. No debía condenarlo a la ruina y condenarse a una vida de miseria… Pero si luchaba por cambiar su situación sería diferente.

Apenas había debutado, ¿y si se esforzaba por salvar a todos los que dependían de ella de un modo más loable que no fuera casándose con un hombre con medios? Ganar el premio definitivamente era la solución que tanto necesitaba.

4



Cailean con los brazos cruzados miraba fijamente a la nada. Su mente estaba ocupada en el ultimátum que le dieron sus padres. También en el beso robado que Florence y él se dieron bajo la escalera cuando nadie miraba. Eso lo consumía.

Desde que fueron completamente sinceros el uno con el otro, se arriesgaban más. Se besaban a escondidas detrás de las columnas, en la biblioteca. Caricias furtivas cuando nadie miraba. Abrazos clandestinos cuando los demás estaban distraídos. Y la tortura de saberse bajo el mismo techo todas las noches. Solo su rectitud mantenía la virginidad de Florence intacta.

Llevaba dos noches sin poder dormir, dando vueltas en la cama, preguntándose por qué no irrumpía en los aposentos de la muchacha y reclamaba lo que su corazón deseaba.

La exigencia de sus progenitores para que buscara una esposa con una dote considerable volvió a fustigarlo. La que en boca de su madre parecía una súplica, un ruego… Y en la de su padre un ferviente llamado al honor. Y Cailean detestaba que lo hostigaran, no toleraba las imposiciones, sacaban a relucir su rebeldía.

—¿Dónde tienes la cabeza? —Su primo por la línea materna, Broc MacKenzie, tuvo que preguntar.

Broc se dio cuenta de que Cailean estaba absorto por completo. Dejó al caballo al que terminaba de colocarle las herraduras en manos de uno de los mozos de cuadra que lo ayudaban, para que se lo llevara a su cubículo. Y caminó hacia él. No le pasó desapercibido que algo le preocupaba demasiado.

Zachary, amigo de ambos, dejó el banco de madera desde donde había observado a Broc trabajar y se acercó también. El cuestionamiento hacia el pelirrojo lo hizo interesarse en lo que hablaban.

—Nada —contestó Cailean, pero el aroma y el sabor de los labios de Florence lo estaban enloqueciendo. Estaba a punto de abandonar allí a sus amigos y salir a buscarla, tomarla de la mano y huir a Gretna Green o a una iglesia que los convirtiera en esposos sin trámites tardados o requisitos complicados y absurdos—. Se supone que vine a admirar al magnífico semental que acaban de comprar. No a aburrirlos con el enjambre de abejas en mi cabeza.

—Problemas, eres el único que no llamaría las tribulaciones por lo que son —observó Zachary—. ¿Puedo ayudarte de alguna forma, Laird? Últimamente estás más callado de lo habitual, y el silencio es bueno, pero no cuando viene de ti, que hablas hasta por los codos.

Cailean le lanzó una mirada ofendida, pero la terminó rematando con sarcasmo. Solían llevarse así, la ironía siempre era el camino fácil entre ellos para evadir lo que les molestaba. Eran hombres rudos que detestaban lamentarse cuando algo los aquejaba. Preferían actuar… Pero en esta ocasión, él no estaba actuando… Al contrario, seguía cruzado de brazos y eso no le gustaba nada.

—Hablará cuando tenga que hablar, cuando las palabras guardadas amenacen con ahogarlo. O, lo resolverá por su cuenta, como siempre. —Broc negó fastidiado, jamás mostraría su preocupación.

—Se trata de honor, lealtad y afecto —dijo el confrontado al fin, y los otros dos escoceses lo atendieron sin exigirle que fuera más explícito—. Mi padre lo ha dado todo por mi familia, por mí… Sus consejos siempre fueron acertados. Y, aunque me educó con mano firme, jamás me juzgó o me desalentó. Fue la roca a la que podía aferrarme mientras crecía. Ahora que soy un hombre no lo puedo defraudar. Saben que nunca me doblegaría ante nadie, pero el honor, la lealtad y el afecto no me permiten abandonar a mi padre

ahora que está al borde de la ruina. Por eso me aferro a sacar adelante la Destilería MacAlister en vez de iniciar un negocio por mi cuenta. Soy hijo único, no puedo darles la espalda.

Zachary y Broc exhalaron con fuerza al unísono, entendían a lo que se refería.

—Tu padre es un gran hombre y entiendo que contrariarlo se puede sentir como una traición —aseguró Zachary, acercándose más y palmeándole el hombro.

—Y mi madre… —continuó Cailean, y sin frenarse añadió lo que tenía en el corazón, porque con ellos podía hablar con libertad y su situación económica no lo avergonzaba—. Mamá es la mujer más dulce y generosa que conozco, recibió a Florence cuando su familia pasaba por dificultades, a pesar de que para nosotros era difícil sostener a otra persona más…

—¿Te refieres a la señorita Fairbairn? —preguntó Broc sin entender por qué traía a la joven a colación, creyó que tal vez servía para ejemplificar la solidaridad de su tía.

Zachary sí sabía la razón de mencionarla… Había pasado más tiempo que Broc en los salones de Londres en la presencia de Cailean y Florence Fairbairn y pudo observar…

Broc se lo perdió porque jamás había sido invitado a una fiesta del té, a un gran baile, una tertulia o demás eventos de la alta sociedad londinense. Ni habría asistido de haber recibido una tarjeta solicitando su presencia. Simplemente, él y cualquier circunstancia sofisticada no combinaban.

A la inauguración de The Crest Stud, el criadero de caballos que inició con Zachary, tuvo que acudir porque era uno de los dueños y no le quedó otra opción. Además, no departió con los asistentes. Se mantuvo con los animales.

—Sí, me refiero a ella —aclaró Cailean—. Mis padres tienen fe en la arcaica idea de que una dote es la solución más pronta a nuestros problemas. Salvaría el título y la Destilería MacAlister.

—¿Tu padre te exige casarte con una dote? —Broc no entendía nada—. Recuerdo bien que mi tía tenía una dote muy modesta y no fue impedimento para que contrajera matrimonio con él.

—Igual fue un matrimonio arreglado —explicó Cailean.

—Pero no por una fortuna —replicó Broc, inconforme—. No puede obligarte.

—No me lo ha exigido. Lo ha pedido y le ha encargado a mamá que interceda. Sabe que nunca le niego nada. Y ella ha acudido a una casamentera. El honor de mi padre no le permitiría exigirme que despose a una mujer que no ame, pero sutilmente lo ha insinuado con otras palabras.

—¿Sutileza? —El sarcasmo cruzó el rostro de Broc—. Mi tío podría ser tan sutil como un elefante en una cristalería.

—Es una forma de decir. —Se alzó de hombros, Broc y él mismo eran prueba de que hombres tan rudos, casi silvestres como ellos, no podían ser sutiles ni aunque pusieran todo su empeño en ello.

—¿Cuál casamentera? —preguntó Zachary intrigado. Si la condesa ya estaba visitando a una casamentera con sus demandas, la situación de su amigo era peor de lo que imaginaba.

—La tal lady Abbott —respondió creyendo que era el menor de sus problemas—. La tía de tu amigo el doctor Edward Raleigh.

—Definitivamente sí estás en problemas —indicó Zachary con gran aspaviento—. Edward me ha contado de su tía… Es como una piedra en el zapato… Como un atizador para el fuego… Debes buscar la manera de escabullirte. Edward lleva años haciéndolo, y me ha asegurado que la dama es más insistente cada vez. Peligrosa. Terminas en el altar con la dama que ella elija si no tomas medidas drásticas. Si lady Abbott escribe el nombre de un caballero en sus libretas de notas el infeliz no dura soltero… Se rumorea que lady Abbott es infalible, quien pone en su mira termina casado en muy pocos meses. Tendrías que ser tan hábil como Edward para escapar de sus artes de casamentera.

—¿Qué pasó con tu cita con el duque de Hayden? ¿Harán negocios juntos? —interrumpió Broc. Quizás su primo no necesitaba decepcionar a sus padres al expresar su negativa a casarse por conveniencia. Si el dinero volvía a llenar las arcas de los MacAlister ya no sería necesaria una dote, y menos una casamentera.

—Hayden mostró interés y desea viajar a Escocia a conocer la destilería y nuestros procesos de producción. Pero aún no he hablado con mi padre. Odio decirlo, es más testarudo que una mula. El *whisky* MacAlister es el orgullo de nuestros patriarcas por generaciones, se niega a dar participaciones en el negocio familiar. Y ni qué decir de mi creación, un *whisky* más suave con una mezcla que no aprobaría.

—Solo puedo recordarte que eres un guerrero, tendrás que pelear para que tu padre te escuche sin perder en el proceso su admiración y su cariño —advirtió Zachary, a lo que Broc solo asintió con mucha seriedad.

Con el consejo de su amigo en la mente, Cailean llegó a la casa. Era un alivio tener con quien desahogarse sin ser juzgado. Tenía intención de dirigirse rápidamente hacia sus habitaciones como una bala, pero se detuvo para dejar su sombrero y su capa en las manos del lacayo, el mismo que lo acompañó al paseo a Hyde Park, Clark.

No tenían tanto personal de servicio como los de su rango acostumbraban, no solo por la economía. Los MacAlister eran bastante austeros, pero trataban a cada criado casi como familia, garantizándoles seguridad y una paga modesta, pero decente.

Una sombra de inquietud en el rostro de Clark lo hizo detenerse.

—¿Quieres decirme algo?

—Su madre está a punto de despedirse de cierta dama, creo que le va a interesar.

Cailean negó casi convencido de que se equivocaba, ¿por qué le importaría con quien se reunía? Pero, de pronto vio más allá. Clark no podía decirlo con todas sus letras, no obstante, el heredero comprendió que era una advertencia importante.

Sin dudarlo se dirigió al mayordomo que estaba cerca.

—Richardson, anúncieme con ellas…

—Pero, milord, me podría costar mi trabajo… —rebatió el hombre.

—Dirás que yo pedí ver a mi madre de inmediato…

Cuando Cailean puso un pie en el salón de recibir de día y encontró a lady Abbott muy sonriente conversando con su madre, entendió dos cosas.

La primera que Clark había visto en Hyde Park más de lo que debía, por eso le advirtió que sus intenciones con Florence peligraban. Un acto de solidaridad. Los criados siempre sabían los secretos mejor guardados de sus amos.

Y, la segunda, que la razón por la que la casamentera más renombrada de Londres estaba en su casa, distaba de ir a tomar el té con su madre.

Dedujo con prontitud que su madre no jugaba cuando le habló de la necesidad de casarse con una señorita con una dote considerable. Lady Abbott contemplaba a la condesa con una mirada perspicaz, que le hizo imaginar la razón de su visita.

—Lady Abbott, madre… —saludó circunspecto, esperando que no lo echaran. Estaba muy interesado en saber qué maquinaban a puertas cerradas sobre su persona.

—Oh, joven MacAlister, qué oportuno. Así podré saludarlo antes de marcharme. Aunque no sé si llamarle joven MacAlister sea apropiado. ¿Con qué alimentan a estos muchachos en las Highlands? Son gigantes. ¿Y usted sigue soltero? —La risa coqueta de lady Abbott jamás faltaba. Suspiró. Recordó cuando logró conseguir, según ella, que lord Normanby se casara. Era un desperdicio que dicho marqués siguiese soltero. Desde aquel hombre desdichado que

ahora estaba radiante con su marquesa, no le había motivado tanto conseguir esposa para un caballero.

—Parece que sí, aún no he desfilado frente al altar.

—Que sigue soltero es muy *muy* lógico. Fue solo una pregunta de rigor. Pero puede verse a simple vista. —Más risitas atrevidas.

—¿A qué se refiere? ¿Por qué es tan evidente? —Su voz salió muy gutural, la mujercita era tal y como la describió Zachary, estaba destrozando su paciencia.

—Una dama quiere a un caballero y usted, aunque lo es en teoría, necesita aplicarse en la práctica —explicó lady Abbott como si hablara del clima—. Jamás lo he visto bailando. Con ese tamaño y esos músculos no creo que pueda sincronizarse con una melodiosa contradanza. Necesitará un tutor.

—Primero muerto. No me gusta bailar. —Fue casi un gruñido, su madre lo amonestó con la mirada, convencida de que Cailean iba a ahuyentar a la casamentera.

—O, ¿cree que bailar afecta su masculinidad? —Más risitas traviesas. Se notaba que esa mujer de mediana edad no tenía otra cosa en qué divertirse. De verdad disfrutaba atormentar a los solteros—. Una dama sabe qué tan hábil será su esposo en la noche de bodas según se desempeña en la pista de baile.

La mirada del pelirrojo era transparente, tenía un pensamiento: las casamenteras deberían ser extinguidas como una plaga.

Lady Kennox tuvo un acceso de tos, tras la osadía de lady Abbott que hablaba sin tapujos. Pero al ver que su hijo se quedó callado, comprendió que era lo que necesitaba su desobediente y rebelde vástago. Se convenció en ese instante, que la dama sería su mejor aliada si quería domar a Cailean y persuadirlo de casarse cuanto antes.

—Pamplinas —objetó el escocés al fin con una mueca retorcida en los labios, y una risa sardónica en la mirada. Entendía por qué vía lady Abbott pensaba espolearlo, pero no se sobresaltó. Él podía ser todavía más atrevido y descarado que ella. Así que la retó—. La

mujer que se case conmigo agradecerá al Creador que no gaste mi energía en la pista. Dejaré toda mi destreza y el fuego para la noche de bodas, y las que seguirán después.

Lady Kennox despegó los labios para sermonearlo por su osadía. Lady Abbott era de armas tomar, una experimentada matrona. Pero, al parecer, jamás había lidiado con un cliente tan mordaz y atrevido como su hijo. Entonces, la dama le tomó la delantera.

—Gracias a Dios, es bueno saberlo. Ya me estaba preocupando su aversión al baile. —Otra risita atrevida seguida de una ceja arqueada. Calculaba hasta donde llegaría la temeridad de ese escocés—. No quiero estafar a una señorita concertando su matrimonio con un hombre aburrido. Menos con uno que no pueda cumplir con el mínimo de los requisitos que se esperan de un esposo.

—Creo que podemos concentrarnos en el motivo que la trajo aquí, lady Abbott, sin explorar tan a fondo la idoneidad del candidato. Mi hijo es un hombre sano que cumplirá con sus responsabilidades cuando le llegue el turno de casarse. —Lady Kennox se había ruborizado, a diferencia de los otros dos que se miraban como si estuvieran en un juego de cartas.

—De acuerdo, continuemos poniéndole remedio a la soltería que aqueja al mundo. Para eso me ha llamado, lady Kennox. Es tan bonito el amor. —Lady Abbott parecía muy feliz de visitar a la condesa. Nada la sacaba de su papel.

—Pero, por eso está usted aquí, ¿no? Para que mis circunstancias cambien —insistió Cailean en continuar enfrentando la situación que no dejaría en manos de su progenitora—. Me gustaría saber las opciones que se barajan. Si va a brillar en su papel de casamentera, tendrá que prescindir de mi madre y hablar conmigo en persona. No me gusta dejar en manos de otros mis asuntos.

—Oh, qué interesante. —Lady Abbott soltó unas hilarantes carcajadas, llena de emoción—. ¡Cuánto entusiasmo! Me encantaría buscarle una esposa cuando llegue la oportunidad.

—¿Y no es lo que está intentando hacer aquí y ahora?

—Es que me ha dejado pasmada. ¿Se acuerda de las palabras que me dijo en la fiesta del té hace poco? Porque tengo muy buena memoria. Cito: «¿Es usted, hermosa dama, la que se ocupará de torturar, digo, "evaluar" a las pobres señoritas aquí presentes o le corresponde a la señora frente a mí que no deja de contemplarme?» Y después, añadió ante las demandas de la señora Sable sobre qué opinaba sobre el matrimonio que estaba donde quería estar: soltero. Por eso me resulta tan divertido saber lo rápido que ha cambiado de opinión. Ahora parece que me exige que le encuentre una esposa. —Ella no disimulaba su entusiasmo. Cailean, por su parte, se sentía como una tetera con el agua a punto de ebullición, aunque se esforzara por disimularlo—. Me fascinará ser su casamentera. Pero tendremos que concertar otra cita, mi agenda está muy ocupada.

Cuando la visitante añadió esas últimas palabras él no entendió nada. Su cara mostró la confusión. ¿Otra cita?

—Querido, ¿por qué no tomas asiento y te despejas un poco? —La madre estaba avergonzada por la intromisión—. No sé qué habrás pensado, pero lady Abbott no está aquí para buscar una prometida para ti.

—¿No? —inquirió mientras se sentaba en un amplio sofá color borgoña frente a las damas.

—No. La he consultado para Florence —aclaró lady Kennox que seguía tan roja como el carmín.

Los dedos de Cailean casi dañan la tela del sofá, se aferró con tanta fuerza. Casi dice un disparate, pero la casamentera se le adelantó:

—¿Lady Kennox? —A lady Abbott se le iluminó el rostro como si hubiese encontrado la cura para una terrible enfermedad—. Si su ahijada es una joya tal y como me la ha descrito… ¿Por qué dejarla en manos extrañas? Y más aún, si algún día necesitará una nuera… ¿Por qué no casar a su único hijo con la joven a la que quiere como si la hubiese traído al mundo? Digo, él parece tener dos pies izquierdos, pero no es feo, la señorita podría llegar a adorarlo. La

naturaleza lo dotó de ciertos atributos que las damas admiran. Es solo cuestión de adiestrarlo para que aprenda las maneras de un caballero. Tiene estudios, será conde. Usted ganaría a la hija que tanto quiere como nuera y él se quedaría con una de las mejores alumnas de English Roses School. Tuve la oportunidad de verla debutar y posee exquisitas maneras. Sería una añadidura excepcional al apellido MacAlister. Su propia rosa inglesa por matrimonio.

Cailean sintió que el aire se quedaba atorado en el trayecto a sus pulmones, casi tuvo que toser para no ahogarse. Miró a su madre más ansioso por la respuesta que quien interrogaba.

Sería un golpe de suerte si la astuta casamentera se ponía de su parte sin saber que le hacía un favor. Como su progenitora no despegaba los labios, quiso tomar la delantera y asegurar que le parecía acertado. Él desposaría a Florence. Sin embargo, antes de que interviniera, su madre se dignó a contestar.

—Sería raro para ellos… Florence y Cailean se adoran… como hermanos. Ambos deben casarse, pero por separado. —Lady Kennox estaba convencida de que la razón que dio era válida. No se sintió mal por omitir otra verdad más incómoda. Ellos eran buenos partidos para alguien más, no entre sí. Cailean no le convenía a Florence, y viceversa.

—¿Está segura de seguir adelante con las intenciones del pretendiente que he encontrado para su protegida? —Lady Abbott agregó con pesar. Vio algo en la mirada del joven que a su madre le pasó desapercibido cuando sugirió unirlos.

—Sí, por supuesto, Florence estará encantada con el pretendiente. Hablaré hoy mismo con ella —dispuso lady Kennox.

—En ese caso es hora de marcharme, queridos. Seguimos según lo acordado. Ha sido un placer visitarlos.

—El honor ha sido mío, lady Abbott —aceptó la condesa.

—¿De qué pretendiente está hablando? —Cailean seguía con esa palabra dándole vueltas en la mente. Parecía una broma de mal gusto, una que no estaba dispuesto a consentir.

—Florence lo ha conseguido… —aclaró lady Kennox sin poder apreciar las emociones que sus palabras exacerbaban en su hijo—. Tiene un pretendiente, uno con medios y un nombre distinguido. No posee título, pero es el siguiente en la línea sucesoria de los condes de Cumberland después del hijo de la pareja. Y, según refiere lady Abbott, goza de excelentes conexiones. Heredó de su abuelo materno una enorme casa en Londres y tierras en Kent. Y, lo mejor, está buscando una esposa joven, bonita y con una gran educación.

—¿No estarán hablando de Cornelius Banes? ¿Llegarán a un acuerdo sin consultar a Florence? Ella debe ser informada. —Lo que sea para ganar tiempo antes de que su plan con el duque de Hayden lo salvara del funesto destino. Esperaba que el primo de Marcus Banes, el impertinente hijo de los Cumberland, no fuera a quien se referían. Repasó mentalmente la lista de los Banes que iban detrás de Marcus. ¿A cuál se referían? Él no estaba al corriente del árbol genealógico de esa familia. También estaba Frederick Banes, el dueño del periódico *The Golden Gazette*—. ¿Quién se ha interesado en Florence?

—Hijo, lady Abbott debe marcharse. ¿Por qué no hablamos cuando se haya ido? —La madre apeló a la razón, Cailean estaba mostrando unos modales pésimos, ella no lo había educado tan mal.

—Le dejaré mi tarjeta, milord. Solicite una cita para resolver su problema. —Lady Abbott concluyó con un guiño.

—Mi soltería no es un problema… —Empezó a protestar. Su problema era otro. Tendría que quitar del medio a como diera lugar a quien sea que se interpusiera entre él y Flor.

Su madre, sin dar crédito a la actitud de su primogénito, le dirigió una mirada de advertencia, sus modales cada segundo se ponían peor.

—¿Seguro? Podríamos citarnos en Gunter’s para conversar. Y no se sonroje, milord, nadie pensará que me está cortejando. Todos saben que cuando un joven se reúne conmigo para degustar una taza de té, o en su defecto, un delicioso helado… Lo hace para discutir su futuro —arremetió lady Abbott con una ceja arqueada.

Sin perder tiempo dejó el diminuto papel perfumado con rosas en manos de Cailean y desapareció conducida por el mayordomo.

5



Con la esperanza palpitando en lo profundo del alma, Florence aguardó con las demás alumnas del último año. Desde que debutaron y participaron en el concurso casi ya no acudían a la escuela. Estaban en los trámites correspondientes para recibir sus diplomas de egreso. El propósito del colegio había sido cumplido: formarlas como perfectas rosas inglesas y prepararlas para su presentación ante la reina, suceso que fue un éxito. Así como el Premio Cumberland, concurso que transcurrió en cinco pasos.

Después de que Ettie, con su esposo al lado, dio la bienvenida, Bonnie, en su función de la nueva directora repartió delicadas hojas con bordes redondeados, donde podían leerse las bases del concurso en que todas se inscribieron al inicio de la temporada. Premio que ganó la nueva duquesa de Hayden.

Mientras la hermana del duque repartía los pliegos, el antes mencionado aprovechó para escabullirse. Seguro tenía otros asuntos que atender y ya había cumplido al recibir a las alumnas que habían debutado esa temporada.

Florence aprovechó para leer.

PREMIO CUMBERLAND PARA SEÑORITAS DE ÚLTIMO AÑO

English Roses School for distinguished ladies

Comité de Damas Fundadoras

Las señoritas demostrarán sus talentos en las áreas enlistadas a continuación. Se les notificará de la fecha y la hora en las que deben

evaluarse. Los docentes o responsables a cargo de cada reto calificarán basándose en criterios preestablecidos. La ganadora de cada reto será quien ostente el mayor puntaje y la ganadora del concurso quien lidere la competencia general. En caso de empate, un jurado compuesto por cinco damas fundadoras elegirá a la ganadora en cada reto o en la etapa final.

Retos:

Bordado: Diseño a libre elección, se exigen que se usen hilos de oro.

Presentación: Ejecución de la presentación delante de la reina, con especial atención a la reverencia.

Música: Dominio de un instrumento de manera plausible o cantar con excepcional talento.

Etiqueta y Conversación: Para probar su desempeño social en una conversación.

Baile: Habilidad sin fallas en un gran baile: gracia, actitud y destreza.

El premio consistirá en treinta mil libras, entregadas al tutor de la joven. La familia podrá disponer del uso del monto, aunque se sugiere que sea utilizado para incrementar la cantidad fijada como dote.

Las antiguas bases hicieron que sintiera un vuelco en su estómago. Cuánto denuedo y lágrimas puso en el concurso precedente. No obstante, esta vez se sentía más fuerte y menos nerviosa. Los besos de Cailean aún hacían palpitar sus labios, eran un aliciente que la dotaría de confianza para enfrentar los retos que fueran.

Ettie con una de las copias en sus manos la rasgó delante de todos sin nada de delicadeza.

—Estimadas compañeras de clases, del antiguo concurso solo se tomará en cuenta el desempeño en la música, de quien así desee hacerlo. Y lo último, el monto final: treinta mil libras. Así que las

animo a hacer lo mismo porque los retos de esta convocatoria especial no tendrán nada que ver con la precedente.

Todas corearon al unísono «oh», la dueña de la escuela venía a romper las reglas que rigieron el concurso hasta la fecha.

—Como podrán ver, queridas alumnas, el premio al que las estamos convocando nace de la generosidad de mi cuñada —continuó explicando Bonnie—. Tendrán otra oportunidad de competir y ganar, si se da el caso. Sin embargo, las bases serán muy diferentes. No están obligadas a participar.

—¿Nos dirán ya de qué se trata? Nos tienen en ascuas. —Una voz impaciente interrumpió a la joven directora que estaba a punto de revelarlo.

Florence se volvió en dirección a la voz desagradable con deseos de exigirle silencio. Ella también estaba ansiosa por escuchar qué tendría que hacer para conseguir convertirse en la ganadora. Entonces descubrió a lady Lavinia Warrington y tuvo que acallar su asombro. ¿Cómo osaba presentarse? Más, después del escándalo suscitado por su hermana. Aún estaba fresco.

Lady Susette —hermana de Lavinia— trató de impedir que Emily terminara casada con su actual esposo, además protagonizó un rumor que pululaba aún de boca en boca, de salón en salón. Se decía que cometió una imprudencia con el hijo de los condes de Cumberland, con la intención de conducirlo al altar. Nadie sabía si era verdad, pero la joven desapareció de la escena social. Se comentaba que la mandaron a la finca de campo de su familia. Y el libertino de Marcus Banes fue enviado a América, como castigo a su conducta libertina, hasta que cambiara su actitud.

Lavinia estuvo a punto de ganar, casi se queda con el premio. Pero Florence sabía que sucedió porque lady Cumberland pretendía favorecerla. Al final no pudieron lograr su cometido.

—Para eso las hemos citado, lady Lavinia.

—No me gustaría que me hagan perder el tiempo. ¿Cómo estaremos seguras de que el concurso será justo con las participantes? ¿Quién será el jurado? Digo, ahora es una duquesa y

la dueña de la escuela. Hasta ayer, era una más de nosotras. ¿Cómo sabremos que no tendrá favoritismos a la hora de elegir?

Florence calló lo que pensaba. Sabía que Ettie era lo suficientemente apta para responder a Lavinia como se merecía. Pero ganas no le faltaron de hablar. De modo que se sorprendió cuando de su boca brotaron las palabras. ¿De dónde venía su rebeldía?

—Le recuerdo, lady Lavinia, a usted y a todas las que ya se están sumando a sus reclamos, que Ettie no tenía necesidad alguna de donar el premio. Ya era suyo. Y ha tenido la generosidad de darnos la oportunidad a las demás de alcanzarlo, ahora que la buena fortuna le sonríe.

Lavinia le dedicó una mirada de desaprobación. No toleró que Florence interviniera.

—Gracias, Flor —dijo Ettie y respiró fuerte antes de proseguir—: No seré yo quien juzgue y elija a la ganadora. Por lo tanto, lady Lavinia, sus supuestos son infundados. Ahora, permitamos que la directora nos comparta las nuevas bases, solo para el Premio Cumberland-Hayden. El cual es un capítulo especial que no tiene nada que ver con el que se realiza todos los años.

—De acuerdo —continuó Bonnie con una media sonrisa y comenzó a repartir las hojas con la información actualizada a las demandas de la creadora del nuevo premio.

Chillidos, exclamaciones y murmuraciones comenzaron a escucharse a medida que las hojas se desplegaban de mano en mano.

PREMIO HAYDEN-CUMBERLAND PARA DEBUTANTES DEL ÚLTIMO AÑO

English Roses School for distinguished ladies

Directiva

Las señoritas demostrarán sus talentos en las áreas de su elección, siempre que la habilidad que presenten demuestre ser

viable para:

Sostenerse mediante el inicio de un negocio rentable o,

Dirigir una obra con futuro para la caridad.

Tendrán dos meses a partir de la fecha para planear su idea o perfeccionar el talento que les permitirá la primera opción.

Al cabo del plazo otorgado se les notificará la fecha y la hora en las que deben presentarse ante el jurado con sus propuestas. El jurado elegirá la alternativa más factible. En caso de empate, el premio se podrá dividir en dos o tres partes. Por lo que las ganadoras podrán ser una, dos o tres.

El jurado estará compuesto por personas destacadas de nuestra sociedad o con habilidades loables.

-Rose Osborne, marquesa de Bloodworth, ganadora del concurso de las rosas, creadora de la rosa Blushing Girl y dueña del imperio de las rosas de invernadero en Londres.

-Daisy Montagu, la condesa de Pembroke, quien ha destacado como escritora de cuentos de hadas.

-Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice, quien dedicó su dote y lo que recauda anualmente en eventos de caridad, para una bella misión: una biblioteca donde enseña a leer y brinda abrigo a niños de familias humildes.

-Kilian Everstone, vizconde Sadice, excelso pintor, coleccionista de arte y dueño de la galería Dance of the Starlings.

-Frederick Banes, influyente periodista, propietario de The Golden Gazette.

-Zachary Moray, conde de Moray, exitoso hombre de negocios a quien su éxito le ha valido para ser conocido como el Rey Midas, porque todo lo que toca lo convierte en oro.

-Valentine Severn, duque de Hayden, excelente pianista y dueño de English Roses School.

El premio consistirá en treinta mil libras, enteras o divididas, según sea la cantidad de ganadoras. Serán entregadas a la joven. La familia no podrá disponer del uso del dinero. La ganadora o las ganadoras elegirán si lo usan para su propia dote o para otro fin.

—Es escandaloso —soltó Lavinia—. No es lo que se espera de una rosa inglesa.

—¿Es posible algo así? ¿Por qué querría un premio que servirá para ayudar a otros? —inquirió una de las estudiantes.

—¿Establecer un negocio? Es indigno. Lo que deseo es casarme, no tomar el papel de un hombre en la sociedad —secundó otra—. Mis padres se opondrán por completo a mi participación.

—La condesa de Cumberland exigirá que se quite su título del nombre del premio —protestó Lavinia visiblemente ofendida, sentía que le hicieron venir en vano.

—Es inconcebible. ¿Y cómo conseguiremos una forma de participar? Poseo el talento de tocar el piano, ¿de qué manera me labraría la vida con eso? Pretenden que la hija de un barón termine de institutriz o maestra de música. Es indigno de mi rango —arremetió otra de las alumnas que poseía una dote modesta y que soñaba con acrecentarla para atraer a un pretendiente de mejor posición. No buscaba ocuparse en persona de su manutención.

Los murmullos llegaron hasta Ettie que permaneció estoica como una piedra de mármol. Sabía que las jóvenes estarían esperando unos retos que resaltaran la pasividad frente a las posibilidades de independizarse que les ofrecía. Sin embargo, creía firmemente que la mayoría de las señoritas ahí presentes podían lograrlo, si la sociedad les daba la oportunidad, si ellas mismas se daban la oportunidad.

—Para algunas podrá parecer escandaloso, las que opinen de ese modo pueden retirarse y continuar con sus vidas. —Ettie era valiente, demasiado, y disimuló que su idea no recibiese mejor aceptación. Tal vez era adelantada para su tiempo—. Las que deseen quedarse tienen abiertas las puertas de la escuela hasta la fecha del concurso. Pueden usar la biblioteca o pedir algún consejo a nuestros maestros. Lady Bonnie hará la lista de las interesadas. A las demás les deseo suerte con lo que continúe para sus vidas. Ahora me despido, tengo un compromiso ineludible. Y, por cierto, las detractoras no tienen que molestarse en correr la voz acerca de la

disparatada propuesta de la joven duquesa de Hayden… Las bases del concurso aparecerán mañana en *The Golden Gazette*.

Cuando Ettie se despidió de sus amigas y salió de allí dejando a las jóvenes en compañía de Bonnie, que escribía sus nombres en una hoja, Florence alcanzó a oír que Lavinia se lamentaba sin ningún recato.

—Es una desfachatez… Se ha perdido por completo la razón del concurso… ¿Qué será de English Roses School en manos de Ettie? Aún no entiendo qué singular mérito encontró en ella el duque de Hayden.

—No permitiré que murmures a sus espaldas —la confrontó Florence y Valery ya estaba a su lado, apoyándola. Emily y Charlotte no tardaron en acercarse.

—Su excelencia para ti, Lavinia. —Charlotte no la soportaba. Los Warrington, los padres de Lavinia, ella y su hermana, fueron muy cercanos a su progenitor, el marqués de Blair. Debido a eso tuvo que aguantarlos más de lo que le hubiese gustado. Todos en esa familia eran odiosos—. ¿Necesita clases de etiqueta, milady?

—Estudiamos juntas… —protestó la interpelada.

—Seguirá siendo Ettie para quienes merezcan llamarle así. Si usted opina de la forma que lo hace, es justo que se retire de la escuela y del concurso.

—¿Se anotará en la lista, lady Charlotte? ¿Qué dirá su padre? —la provocó Lavinia. Seguía buscando que las jóvenes se pusieran en contra de la persona que ostentaba la cima de la jerarquía en English Roses School.

—¿Y usted? —desafió Charlotte con fiereza—. De lo contrario, no entiendo por qué no se ha marchado ya.

Lavinia se cruzó de brazos y la retó con la mirada, también sentía animadversión por toda la familia Moray.

—Que se anote Florence… Aunque dudo que tenga la capacidad de deslumbrarnos con habilidades como los que exige el desfachatado concurso. No obstante, parece que para ella fue

concebido este segundo certamen. La duquesa está buscando cómo ayudar a su amiga en desgracia —atacó. El veneno que destilaba le divertía. La aludida sintió una opresión en el pecho al escuchar que Lavinia ventilaba la penosa situación de su familia sin nada de delicadeza—. Joven de familia venida a menos que vive de la caridad de sus tutores, sin dote, el concurso es la única esperanza para que sus padres no se mueran de hambre en el campo.

—Oh, entonces debería contener su lengua y anotarse… Lady Lavinia, es de dominio público que su familia tampoco está surcando sus mejores tiempos. —Charlotte sabía que su padre había arruinado a los Warrington y que Lavinia también necesitaba ganar la jugosa suma para tener una dote que le procurara un buen matrimonio.

Cinco de las jóvenes que por un momento se pusieron del lado de Lavinia la dejaron y fueron a dar sus nombres a la directora. En cambio, tres hijas de notables aristócratas que tenían sus dotes aseguradas prefirieron marcharse, pero tampoco se quedaron junto a Lavinia. Como compañeras de estudios habían compartido tres años y sabían que Charlotte no era mentirosa. Si el barco de Lavinia estaba por hundirse, —más el rumor de la ruina de su hermana Susette—, prefirieron huir de su lado.

—Si aún tiene honor, debería retirarse, lady Lavinia, y no escribir su nombre en la lista —sugirió Florence desafiante. Aunque la humillación sufrida tintaba sus mejillas, se defendió con valentía —. Si piensa tan mal del concurso y de quién ha dotado al premio de las libras, por honor no debería participar.

—Yo… —Lavinia balbuceó. Al parecer, lo insinuado por Charlotte era cierto, porque pese a su renuencia, continuaba ahí aferrada a ganar el concurso esta segunda vez—. Supongo, Florence, que la certidumbre de tener un pretendiente dispuesto a casarse con usted, pese a su casi extinta dote, le ha infundido valor.

—¿De qué está hablando? No tengo pretendiente… —Florence palideció. ¿Cómo sabía la malintencionada que Cailean y ella se querían? ¿Hyde Park? ¿Pese a que fueron cuidadosos alguien los vio y llegó a su conocimiento? Respiró hondo y trató de mantener la

calma. Lavinia quería turbarla, sabía que Florence era una aspirante de notables aptitudes, a quien descartaron injustamente.

—Aunque terminar casada con Cornelius Banes no sé si me haga tanta ilusión como a usted Es un libertino y dudo que cambie sus hábitos tras el matrimonio. —La ponzoña se transformó en desprecio mientras las palabras abandonaban los labios de la hija de los Warrington.

Florence, Emily y Charlotte se miraron a los ojos al mismo tiempo. Las dos últimas sin entender por qué su amiga no las había puesto al corriente del acontecimiento. La primera desconcertada por completo. No comprendía qué estaba ocurriendo.

6

Dos días después, Cailean esperaba en Gunter's. Golpeó los dedos contra la superficie de la mesa, cuando un sirviente del prestigioso establecimiento trató de tomarle la orden y él explicó que esperaba por una dama.

El hombre lo miró extrañado cuando la dama en cuestión apareció ante ellos. El escocés se puso de pie con diligencia para ayudarla cortésmente a ocupar un sitio frente a él. No era la persona que el sirviente imaginó cuando el lord refirió que alguien vendría. La mujer podría ser su madre o una tía, lo superaba por bastantes años.

—Lady Abbott, bienvenida. ¿No considera que estamos en un sitio muy público, más para que tengamos esta conversación? —inquirió atisbando algunos pares de ojos sobre los dos.

—Si le inquieta mi reputación, mejor preocúpese por usted. Ahora mismo todos los aquí presentes se están enterando de que está buscando esposa. —Una sonrisa pícara afloró en sus labios—. ¿Para qué otra cosa se reuniría conmigo? No se angustie por encontrarnos a la vista de la buena sociedad. Es como matar dos aves de un solo tiro. Será magnífico. Las matronas vendrán a mí para conocer si sus hijas tienen la oportunidad de ser elegibles para convertirse en la esposa del heredero MacAlister.

Otras carcajadas sonoras, pero moderadas, emergieron de su garganta.

—¿Se divierte? ¿Me castiga por mi mordacidad aquel día en la fiesta del té? Ya me habían advertido de que usted es temeraria. —Enarcó una ceja y la miró a los ojos, no era de los que se encogían

ante reto alguno. Ni siquiera cuando una dama con conexiones trataba de ponerlo en su lugar.

—Usted es tan peculiar, milord. Me sorprende lo rápido que llamó a mi puerta. —Sacó su libreta y su pluma estilográfica, acción que despertó la curiosidad de los demás comensales que sabían quién era la prestigiosa casamentera y con qué exponentes de la nobleza estaba emparentada. Después lo instó a ir al grano—. ¿Cuáles son los requisitos que busca en una prometida?

Lo dejó sin palabras. Pero, impaciente, ella lo espoleó con su insistente mirada hasta que él logró despegar los labios.

—Yo…

—¿No tiene idea de cómo le gustaría que sea su futura esposa o prefiere dejarse sorprender por mi buen juicio? Porque supongo que no me pidió un encuentro para perder el habla.

Cailean apretó la boca en una mueca que, a cualquier otro, pudo parecerle amenazante, a lady Abbott solo la envalentonó.

Las bebidas ordenadas no tardaron en llegar disipando el ambiente. Una deliciosa y caliente taza de té para cada uno, junto a emparedados de carnes frías, pepino y crema agria con hierbas finas.

—¿Y entonces? ¿No sabe lo que está buscando, milord?

—No es eso… —Cailean dio un sorbo a su té para humedecer su garganta que comenzaba a secarse por el interrogatorio inclemente de la casamentera. ¿Cómo le decía que no estaba ahí para buscar esposa, que la convocó para convencerla de que ningún caballero estaría a la altura de Florence? ¿Y que, si seguía por ese camino, tratando de unir a su tierna flor con quien sea, malgastaría sus esfuerzos?

—Me parecía. Un hombre con su temple sabe bien lo que quiere. No tiene cara de indeciso…

—¿Acaso puede leer el rostro? —Estaba pasmado, el duelo que sostenía con la mujer le recordaba a su primera pelea a los trece años, cuando un chico rudo, dos años mayor, le asestó una bofetada

tras otra sin dejarlo reaccionar. Hasta que, a riesgo de perder su reputación, tuvo que inspirar fuerte y arremeter contra su atacante con toda su furia, hasta hacerlo caer de bruces. Jamás volvió a molestarlo. Y, cabe recalcar, que nunca volvieron a tomarle la delantera en otro altercado.

—¿Es la señorita Fairbairn? —soltó lady Abbott sin contemplaciones y él casi se atraganta con su bebida.

Cailean tuvo que toser profusamente para no ahogarse y atrajo las miradas. Lady Abbott disimuló una risita de triunfo y dio un largo trago a su té, dejando en claro que era una dama sagaz y que, si el escocés pensaba que sería sencillo salirse con la suya, aún no la calaba bien.

—Oh, milord, no sé cómo su madre no lo ha notado aún. Usted entró a aquella sala como un soldado dispuesto a luchar por evitar que lo casaran con otra que no fuera la señorita Fairbairn.

—Por favor, milady, hable un poco más bajo y sea discreta. Si alguien la escuchara, la reputación de Florence podría quedar en entredicho —susurró escandalizado por la soltura con la que la dama hablaba.

—Oh, me conmueve su intención, milord. Un hombre rudo con modales y tan protector cuando se trata de defender el honor de la doncella que… ¿Usted la ama?

Cailean bajó la cabeza, casi derrotado. Todo marchaba de mal en peor. Lady Abbott parecía que disfrutaba torturarlo. ¿Le informaría a su madre sobre el hallazgo?

—No importa quién la consulte para buscar esposo para Florence o para mí, pierde su tiempo. Apelo a su honor para que se retire con elegancia y discreción ahora…

—¿O qué sucedería? ¿Sería capaz de amenazar a una dama, milord? ¿Ahora entiende por qué prefiero citar a los caballeros en lugares públicos? Algunos son tan efusivos… Más si son agrestes y que podrían inmovilizar a una fiera con una de sus manos. He escuchado rumores… de su brutalidad… Estoy debidamente enterada de que una vez casi trituró la mano de un contrincante de

su amigo lord Moray en una subasta de caballos. No me gusta reunirme a solas con escoceses que no saben controlarse cuando una situación se sale de control.

—¿Algo en contra de los escoceses, milady? Por supuesto que no voy a amenazarla. El hombre con quien tuve el altercado se lo merecía por completo, hice justicia. Pero con una dama… Jamás… Mi padre me enseñó sólidos valores…

—También lo he escuchado. Cálmese, caballero de las Highlands, solo estoy probándolo, para ver si mantiene la compostura cuando una dama lo lleva al límite. Si voy a ayudarlo a conquistar a la señorita Fairbairn debo saber de qué madera está hecho.

—¿Ayudarme? —Tuvo que controlarse para no resoplar como un toro bravo. Lady Abbott era exasperante, pero al parecer, con buenas intenciones—. En realidad, he venido a Gunter □ s porque me complace. Noté que estaba interesado en la señorita Fairbairn, y las historias de amor imposible me ablandan el corazón.

—¿Habla en serio? —Esa mujer lo dejaba sin palabras. Su rostro era un poema.

—No soy de las que pierden el tiempo. ¿Cuáles son sus planes para cortejarla?

La cara de Cailean fue tan trasparente que lady Abbott hizo un sonido más alto de lo apropiado al meter aire a sus pulmones.

—Ella le corresponde —afirmó sorprendida—. Por el Altísimo, qué situación tan delicada. Y bajo el mismo techo.

—Soy honorable y la haré mi esposa.

—Su madre no me informó de su fortuna, pero soy muy diligente como investigadora. Sus arcas sufren un mal momento y precisa una esposa con una dote considerable, justo de lo que la señorita Fairbairn carece. Y ella, pobre criatura, necesita un matrimonio muy conveniente. Supongo que como caballero honorable ha trazado un plan para resolver el conflicto que está a punto de separarlos para siempre.

—Estoy cerca de firmar un acuerdo que traerá capital de nuevo a mis arcas… Solo necesito unos meses…

—Haré lo que pueda para detener a su madre… Pero lady Kennox denota cierta urgencia en casar a la señorita Florence. Y me temo que después irá tras usted, no descansará hasta que tenga el lazo sobre su robusto cuello.

—No sé cómo agradecerle, milady, por unirse a mi causa… Si alguien la perturba… Si un desalmado la molesta me ofrezco para darle un escarmiento… Puedo quebrar algunos huesos —ofreció tajante, con tanta seguridad que lady Abbott se sobresaltó.

—Por lo más sagrado, milord, espero no necesitar ese tipo de ayuda. No lo favorezco para granjearme su agradecimiento… Adoro las historias de amor, por eso trataré de hacerle ganar tiempo, pero le aconsejo que busque aliados. —Bebió el último sorbo de su taza de té y con un guiño cómplice, anunció su partida.

MacAlister se puso de pie, aún sorprendido por el giro que tomó la conversación.

7

Con sentimientos encontrados, Florence tomó la mano ruda y curtida del enorme escocés, que la ayudó a subir al carruaje rumbo a la estación ferroviaria. El roce de sus dedos sobre los suyos la estremeció. Temblorosa, correspondió el gesto, mientras ambos simulaban que un intercambio tan íntimo no ocurría entre los dos.

El cubículo se sentía atestado y si eran descuidados alguien podría sospechar. A su lado, Cailean tomó asiento muy callado. A veces deseaba tener sus nervios de acero. Ella, en cambio, era un manojo de nervios, emoción y mariposas enamoradas revoloteando sin control dentro de su estómago. Pues frente a ella, lady Kennox y su doncella ocupaban los otros asientos mullidos, con los semblantes muy serios.

—¿No nos acompañará lord Kennox? —le preguntó a su madrina con cierta inocencia, más preocupada porque descubrieran lo que ocultaba en lo profundo del alma.

—No en esta ocasión, querida. —La dama compartió una mirada fugaz con su hijo, lo que llamó la atención de la joven.

—¿Volveremos pronto? —Le preocupaba que el viaje intempestivo en medio de la temporada social arruinara su participación en el nuevo concurso, al que se aferraba con todas sus fuerzas.

—Solo estaremos una semana, lo suficiente para cumplir con la razón de este viaje.

Florence arqueó una ceja, los motivos de partir a las Highlands no le fueron aclarados y se moría por deseos de preguntar. Sus ojos se cruzaron con el diluido verde menta de los iris de Cailean, y algo

en ella se sobrecogió. Con una simple mirada él le dio a entender que le explicaría después. Y ella tuvo que desviar la vista a propósito, o su madrina comenzaría a sospechar. Era inevitable que su pulso se acelerara cuando el pelirrojo le clavaba las pupilas de esa forma que parecía que desnudaría su alma, hasta irrumpir en los lugares más recónditos. Esos que nadie había explorado.

—Los duques de Hayden desean conocer nuestra propiedad en Escocia, seremos sus anfitriones —informó la condesa—. Tu presencia ha sido requerida. La duquesa disfrutará más del viaje si su apreciada amiga la acompaña.

—Oh, mi querida Ettie. —El rostro de Florence se iluminó. Le vendría muy bien descansar del trajín de Londres y los compromisos. Era un alivio poder refugiarse en la propiedad de campo de sus tutores, un sitio al que podía llamar hogar y donde había pasado los mejores años de su vida—. ¿Los veremos en la estación del ferrocarril?

—Ellos llegarán un día después de nosotros —informó la condesa.

La noticia asombró a Florence de buena manera, era un regalo, un soplo de aire fresco antes de seguir. Además, su participación en el concurso no corría peligro si Ettie también se ausentaba durante el mismo período. Y, sobre todo, estaría la amplia mansión de campo con él… Donde tenían tantos sitios suyos… Donde podían pasar tiempo a solas.

Cuando llegaron a la estación, vieron a Zachary y Emily arribar a la par que ellos. Una grata casualidad. Se preguntó si también viajarían a Escocia, mientras se saludaban entusiasmados.

—Muchísimas gracias, lady Kennox, por invitarnos —agregó Emily sin soltar la mano de su esposo—. Será maravilloso pasar una semana acompañándolos en sus tierras.

Zachary hizo una pequeña reverencia para corresponder el gesto.

—Queridos amigos, siempre se aprecia un viaje a las Highlands. —Hizo un guiño cariñoso a lady Kennox y a Florence, y después

saludó con afecto a su amigo.

Lo que atrajo la atención de Florence fue la sorpresa en el rostro de Cailean, como si tampoco supiera que los condes de Moray estaban incluidos. Pero se recompuso rápido y se alegró por poder contar con ellos en ese viaje.

Cailean y Zachary cursaron juntos la universidad y eran muy cercanos, los mejores amigos. Siempre apoyándose en las buenas y las malas circunstancias de la vida.

Emily y Florence no podían estar más felices, tras tres años en English Roses School su vínculo se había fortalecido.

—Al fin arribé. Debí aceptar el ofrecimiento de mi hermano de pasar por mí. Casi no llego. Nuestro cochero es muy lento. —La melodiosa voz de Charlotte hizo que las mujeres miraran en su dirección. Se acercaba a toda prisa con su doncella, el cochero y dos lacayos detrás con su voluminoso equipaje.

—¡Oh, Charlotte! ¿Tú también? Este viaje será inolvidable. —Florence no daba crédito.

—Que comience la aventura —canturreó Charlotte emocionada.

—Oh, sí que comience —agregó Cailean con tono sarcástico, ofreciéndole el brazo a Florence para conducirla al tren.

A punto de subir al vagón de primera clase que les correspondía, un carraspeo los detuvo en seco. Todos voltearon hacia el recién llegado mientras la algarabía en sus rostros se disipaba. ¿Por qué él? ¿También estaba invitado? Fue el pensamiento colectivo, lo conocían.

Cailean quedó muy serio, lo habría apartado del grupo de un empujón, pero aquel caminaba hacia ellos. Cuando el hombre se detuvo ante la condesa, con aire jovial, el heredero MacAlister quedó todavía más tenso, al comprobar que la añadidura, obra de su madre, también viajaría con ellos. ¿Qué otra cosa podía significar la expresión bobalicona en el rostro del recién aparecido mientras los saludaba?

Cornelius Banes, sobrino de los condes de Cumberland, saludó con especial efusión a Fiona, para después dirigirse a Florence. Era un hombre casi tan alto como Cailean, con mirada de águila que llegaba a incomodar. Cabello castaño oscuro, delgado pero fuerte. Sus ojos amarillos provocaron un sobresalto a la altura del estómago de Florence, más porque no se los quitaba de encima.

—Estimada lady Kennox, me honra responder a su invitación. Es una estupenda idea y ha reunido a un grupo muy interesante. Más sabiendo que los duques de Hayden se nos unirán mañana. —Fue lo primero que dijo Cornelius.

—Señor Banes, es una dicha contar con su presencia —correspondió la condesa—. El aire de Escocia le sentará muy bien antes de regresar al ajetreo de la temporada. Un breve suspiro rodeado de naturaleza… Nos vendrá estupendo a todos.

—Y buen *whisky*, tengo entendido que nos darán un recorrido por la destilería y sus procesos de producción —continuó Cornelius y tan distraído con la protegida de los Kennox, que no percibió la mueca torcida en la boca de Cailean, que ya estaba ideando cómo deshacerse de la competencia.

—El recorrido es solo para el duque de Hayden, no está incluido en la invitación de mi madre. —Cailean fue seco y cortante, sin importarle lo que opinara su interlocutor.

—Hijo, ¿qué pensará el señor Banes? Claro que puede unirse si le interesa.

Cailean chasqueó la lengua dando a entender que ni en sus sueños Cornelius iba a pisar la destilería. No pasaría toda una mañana en su compañía, develándole los secretos de su negocio ancestral.

—No lo creo. —El escocés lo despachó sin miramientos—. Son negocios, y por lo que veo usted ha venido por placer. No pretendo extenuarlo, señor Banes. Mejor disfrute de los verdes pastos.

—No es mi intención entorpecer los negocios. Su madre me dijo… Supongo que entendí mal… Y tiene razón, lo más estimulante de este paseo es la maravillosa compañía. Señorita Fairbairn, ¿me

permite ayudarla a subir al vagón? —se dirigió a Florence con exceso de galantería.

A ella se le erizó la piel que le recubría la espina dorsal. Después observó de reojo a Cailean que bufaba mirando hacia otra dirección, como si le molestara contemplar a un demonio, uno que estaba dispuesto a aplastar.

—Se lo agradezco, señor Banes, pero ya había aceptado el ofrecimiento de lord MacAlister —musitó incómoda.

Cailean la escuchó y agradeció al Altísimo por su ingenio para sacarlos del entuerto. Entonces, se apresuró a ofrecerle de nuevo su brazo.

—Oh, su hermano de crianza. Pensé que viajaríamos sentados uno al lado del otro en el vagón. O eso me notificó lady Kennox. —Cornelius se mostró confundido, como si esperase un recibimiento más cálido de parte de la señorita. Cailean casi lo aniquila con la mirada cuando se refirió a su persona de esa manera.

—Lady Charlotte se sentará a mi lado, me lo ha pedido y fue imposible decirle que no. Ella es bastante convincente —contestó Florence para librarse de tener que soportarlo y dejar su vínculo con Cailean al descubierto.

—Sí, Florence y yo tenemos mucho de qué hablar. Si cambiásemos de asiento aburriría al grandullón de Laird, no es tan comunicativo. Él estaría mejor al lado de mi hermano, pero como Zachary no se despega de la dulce Emily, me temo que usted tendrá que sentarse junto a MacAlister. Creo que se harán buena compañía. A los hombres les encanta compartir momentos de silencio, seguidos de asuntos de negocios y otros momentos de silencio. —Charlotte sabía que Florence no le pidió nada, pero captó la incomodidad de su amiga y acudió en su rescate.

Mientras Cornelius cavilaba en por qué aquel viaje para cortejar a Florence, propuesto por lady Kennox, no comenzó con buen pie, Florence se dejó conducir hacia su asiento por Cailean.

—¿Sabías tú acaso que este señor Banes estaba invitado? Me ha sorprendido más que los Moray y Charlotte. Ni siquiera somos

cercanos —susurró ella para que solo Cailean la escuchara.

—Despierta, *wee sìth*, son cosas de mi madre que está jugando a la casamentera. Un hada pequeña y traviesa como tú debería ser más avispada. Cuatro damas y cuatro caballeros jóvenes. Dos parejas establecidas y dos por formarse. Un número infalible. —También hablaba muy bajo, pero estaba mortificado—. Cuando le pedí a mi madre que distrajera a mi padre, para hacer este viaje, con la finalidad de que Hayden conozca la destilería, no imaginé que armaría una encerrona. El duque desea invertir, pero solo si le agrada lo que ve en nuestras tierras. Papá no hizo preguntas, piensa que es un viaje de amigos.

—¿Por qué no decirle la verdad a lord Kennox? ¿Tu madre se ha vuelto tu cómplice? —La sorprendió. La condesa jamás había contrariado a su marido.

—Papá es muy testarudo. ¿Acaso no lo conoces? Si Hayden accede, no aceptaré un no por respuesta de mi padre. Le haría entender que no hay otra solución. Mamá sabe que no tenemos otro camino.

—¿No era más fácil que fueran Hayden y tú, sin tanto adorno? —Se giró discretamente para admirar al variado grupo.

—Hayden quiere llevar a su esposa y exigió compañía femenina para la duquesa. Dijo que sería maravilloso que nos acompañaras. No me pareció mala idea en ese momento. Pues yo quería pasar el tiempo contigo —confesó y ella lo miró con ternura. Era lo que se adueñaba de su corazón cada vez que ese hombre inmenso se ponía romántico—. Por supuesto, que contigo en el viaje, mi madre no se quedaría atrás, es tu carabina. Pero no imaginé que convocaría a otras personas.

—Me agrada que nos acompañen Emily y su esposo, incluso Charlotte —agregó con inocencia.

—Mi ingenua Flor, también me simpatizan. Pero debes ver más allá del follaje. Mi madre ha aprovechado la situación, tiene intenciones ocultas. ¿No te das cuenta? Se le ocurrió invitar a

Cornelius Banes para que te conozca más y viceversa. Es tan incómodo —masculló la última frase, mostrando su desagrado.

—Sí, me di cuenta —agregó con dulzura—. Pero no debes preocuparte. No me parece atractivo ni en el físico ni en su personalidad. No sé qué le ven las debutantes de esta temporada que caen rendidas a sus pies.

Cailean soltó un gruñido.

—Es extraordinariamente rico. No tendrían que preocuparse nunca más por el dinero, es joven y tampoco es feo. Creo que es mejor partido que esos viejos podridos de dinero, que andan detrás de una debutante. Y, sobre todo, más conveniente que otros jóvenes con los bolsillos vacíos.

—Supongo que si lo dices así, podría tener sentido. Pero haría muy infeliz a su esposa. Él es como Marcus, libertino, traidor y tan empalagoso que resulta repugnante. Solo bailé una vez con él y no me quedaron ganas de repetir.

—¿Te ha molestado? —Volteó a verlo con ira, mientras exigía que Florence relatara los detalles. Ardía en deseos de ponerlo en su lugar.

—¿Crees que me dejaría molestar por un caballero? He pasado demasiado tiempo a tu lado, sé cómo ahuyentar a los impertinentes. —Se burló dulcemente de él para robarle una sonrisa. Casi lo consigue, pero Cailean no estaba feliz, su madre arruinó su viaje de ensueño al incluir a Cornelius.

—Charlotte está por la misma razón —continuó él poniéndola sobre aviso con una ceja arqueada. Entonces fue Florence la que sintió un pálpito en el pecho—. A mi madre se le ha ocurrido que así, yo podría convivir más con ella y, quizás, enamorarme… Tiene una dote considerable. Y para mi madre el matrimonio es cuestión de intercambios.

—¡Por el Creador! —Su tono de voz hizo que algunos miraran en dirección de ambos, que ya estaban llegando al asiento que ella no tardaría en ocupar.

—No tienes de qué preocuparte, mi florecita inglesa. Ya te lo he dicho. Soy tuyo. —Y ahora sí, al confesarlo, una leve sonrisa curvó sus labios, una que no llegó a sus ojos, pero bajó los párpados, conmovido. Siempre que hablaba de su amor por ella, no podía disimular la emoción de plenitud que lo embargaba.

Y, aunque ella sintió cierto alivio cuando él le reiteró sus sentimientos, se preocupó por los giros de las circunstancias. Cayó sobre la silla casi sin fuerzas. Y ahora fue ella quien sostuvo los largos dedos de Cailean entre los suyos, aferrada, negándose a soltarlos. Lo hizo al fin cuando él los apretó suavemente con afecto, para tratar de calmarla y reiterarle que lo tenía por completo. Ella intentó serenarse, las intenciones de su madrina no debían hacer mella en su seguridad, pero la turbaron. ¿Su amiga Charlotte? ¿Sentiría ella algo por Cailean? ¿Lady Kennox le habría ilusionado con un posible compromiso con su hijo? No podía contribuir a romperle el corazón. La situación era complicada y lamentable.

El viaje que prometía ser un soplo de aire fresco o un remanso de paz en medio de la agitada temporada se convirtió en una inquietud inmediata, que lo único que consiguió fue aumentar su angustia.

8

La mañana siguiente a su llegada, Cailean trató de que la mueca de malhumor de su rostro se borrara. Se incorporó de un salto de la cama y comenzó a prepararse. Estaba dispuesto a saltarse el desayuno, pasaría más tarde a la cocina a buscar algo que comer para no desfallecer. Lo que fuera para evitar verle la cara a Cornelius esa mañana. No le agradaba la idea de dejarlo con Florence, pero sabía que ella podía esquivarlo con maestría. Ya había tenido bastante la noche anterior cuando se sentaron a la mesa para cenar.

Si volvía a enfrentarse a él y lo escuchaba emitir alguna frase con la intención de conquistar a su amada terminaría por asestarle un puñetazo en el rostro. Y no podía arruinar la razón principal por la que viajó a casa.

Al mediodía arribarían los duques de Hayden y debía estar listo para recibirlos… y de mejor talante, no en medio de una guerra por disputar el corazón de una dama. Debía confiar en Florence y en su habilidad para mantener a los moscones apartados.

Se tomó unos minutos para apoyarse en el alféizar de la ventana y contemplar el valle que caía hasta perderse en el río Spey. Kilbraith era la última propiedad que le quedaba a su padre en Escocia. Su progenitor y su abuelo, paulatinamente, habían tenido que vender las otras casas que heredaron de sus antepasados. Pero la mansión y sus tierras, obtenidas muchos años atrás por un tatarabuelo por matrimonio, era en ese momento todo lo que les quedaba, sumado a Kennox House en Londres.

Volver a Speyside siempre era un alivio para su corazón; sin embargo, en ese momento no se sentía así. Y todo se debía a la

presencia de Cornelius.

Tras asearse y vestirse para la ocasión, se dirigió a la puerta con el gesto grave, mientras sus preocupaciones le daban vueltas en la cabeza. Antes de abrir para salir hecho una furia, dos toques le hicieron frenar. Abrió de golpe sin preguntar quién era y se encontró a su madre.

—¿Cómo es eso de que no bajarás a acompañarnos en el desayuno? —La voz de su madre, con un genio similar al suyo, le hizo frente.

—Es como te informó el sirviente. Tuve la amabilidad de avisarte.

—¿Amabilidad? Nuestros invitados esperan para pasar al salón, en ausencia de tu padre debes ser el anfitrión a mi lado.

—No estoy seguro. Además, no me consultaste para hacer tu larga lista de invitados. De modo que tampoco me necesitas para atenderlos. —Sabía que su madre pretendía empatarlo con Charlotte y no estaba dispuesto a alargar ese asunto—. Me estoy preparando para la llegada de Hayden, es lo único que me importa.

—¿Me reclamas por invitar a lady Charlotte, el señor Banes y los condes de Moray?

—No te reprocho nada. Solo no estoy dispuesto a prestarme al juego que has entretejido tan hábilmente. No vine a cortejar a Charlotte. Vine a hacer negocios con Hayden con la finalidad que ya conoces, evitar la ruina familiar.

—Hijo, yo intento lo mismo. Quizás por la única vía que conozco. El matrimonio es una forma tan válida como cualquier otra. Si no lo fuera, hoy no tendríamos Kilbraith como hogar. Recuerda que esta propiedad fue ganada gracias al matrimonio, nuestro apellido viene de otras tierras, pero aquí se asentaron los MacAlister dándole un giro a sus antiguas tradiciones marítimas.

—Madre… —Cailean siempre le decía «mamá», pero en esa ocasión su tono no era hosco ni rebelde; por el contrario, sonó con

un aire de solemnidad—. Madre, no seguiré escondiendo lo que siento… ¡Maldita sea!

—¡Cailean MacAlister! —lo sermoneó por perder la compostura al final y gritar una maldición en su presencia. Inhaló con fuerza para serenarse y vio que él hacía lo mismo—: Habla, hijo mío. ¿Te preocupa algo más allá que mis intentos de emparejarte?

Él carraspeó y retomó el aire de solemnidad.

—Amo a Florence y… —Frenó cuando por fin lo soltó y sintió que el oxígeno que quedó atrapado en sus pulmones pudo salir, para volver a inhalar.

—Todos la amamos… —dijo con ingenuidad—. Tal vez quieres salvarla de quedar unida a un hombre que Florence no eligió. Quizás, Cornelius Banes no era la mejor elección solo por ser rico y estar emparentado con la nobleza; pero los matrimonios se han arreglado desde tiempos inmemoriales.

—Creo que no me has entendido —porfió tratando de hallar serenidad, de otro modo no se podría explicar.

—Sé que te gustaría que ambos eligieran libremente con quien desposarse, pero tenemos prisa y…

—Estoy enamorado de Florence. Todo lo que hago por salvar la empresa familiar no es solo por nosotros, los MacAlister. También es para ser digno de ella y poder desposarla.

A Fiona el corazón se le encogió y tuvo que darle vueltas en la mente a las palabras que acababa de escuchar. Algo mareada traspasó el umbral de la puerta donde habían sostenido la discusión y buscó donde sentarse, las piernas le temblaban. Cayó sobre la suavidad de un sillón orejero y volvió a contemplar el rostro de su hijo. Había sinceridad y un eco profundo que se repetía, sin palabras: «estoy enamorado de Florence».

Conmovida por el dolor que percibía en la mirada de su hijo por fin despegó los labios.

—¿La amas? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me confesaste que…? —Calló de golpe, la voz se le rompió. No soportaba ver sufrir

a su hijo.

Él asintió levemente. Respiró hondo y prosiguió, como pudo, sosteniéndose de grandes dosis de honestidad. La única vía que encontró para sobrellevar esa conversación.

—La adoro. Surgió de manera natural, o quizás desde que nos vimos por primera vez… No lo he analizado, pero no tengo dudas de que el sentimiento arraigado en mi corazón es fuerte… Jamás podré olvidarla.

—Hijo, sé que no lo revelarías mirándome a los ojos si no estuvieras convencido. ¡Por Dios! ¿Qué he hecho invitando al señor Banes aquí? No seré una barrera que te aleje de la joven que amas. Pero las circunstancias son tan difíciles para los Fairbairn, para nosotros… ¿Y ella? ¿Sabes qué siente Flor? —preguntó angustiada, necesitaba saber si Florence correspondía a su hijo.

Cailean no pudo añadir nada más que:

—Voy a hacerme cargo… De los Fairbairn, de nosotros… Pero, por el amor a todo lo sagrado, no seas mi verdugo, no te interpongas…

—Aún no me dices qué piensa ella. ¿Conoce de tus intenciones?

Uno de los lacayos se quedó con el puño en alto cuando intentaba llamar a la puerta de la habitación de Cailean. Los estómagos de los invitados protestaban y los anfitriones no aparecían para guiarlos al comedor. El hombre se quedó en silencio al descubrir a sus señores, en medio de lo que parecía ser una conversación muy seria.

—Ya estoy lista para bajar. Se me ha ido el tiempo por completo. —Trató de disimular su conmoción—. Mi hijo no podrá acompañarnos, él…

—He cambiado de opinión. Vamos, mamá, te acompaño al comedor. Tenemos que agasajar a nuestros invitados. —Le tendió su brazo. «A todos menos a uno», se dijo para sus adentros.

—En realidad, no subí por el desayuno, aunque sí es cierto que sus invitados ya se ven hambrientos. Perdón —se disculpó por el

exceso de franqueza—. Sus excelencias, duques de Hayden, están abajo.

—¿Los duques? ¿Su llegada se adelantó? —preguntó Cailean ligeramente asombrado, pero sin darle demasiada importancia.

—¡Oh, por Dios! ¡Qué vergüenza! Y no estuvimos abajo para el recibimiento.

—Tranquila, mamá. —Se veía relajado y no dejó que los nervios de su madre lo contagiaran—. No es necesario que los recibamos con todo nuestro séquito de criados enfilados en la entrada principal. Serénate, todo estará bien.

—Es que estamos en sus manos.

Cailean exhaló con fuerza y negó lleno de seguridad. Sentía que su futuro estaba en «sus propias manos», no en las de nadie más.

Los duques llegaron antes de lo previsto, y para Cailean no supuso un problema que sus excelencias no fueran recibidos con pomposidad. Encontró al joven matrimonio conversando con los demás invitados, y tras las palabras habituales de bienvenida les ofreció subir a sus habitaciones a refrescarse.

—Ordenaremos que en breve les suban el desayuno a sus aposentos. —Lady Kennox hizo eco del ofrecimiento de su hijo—. Nosotros estábamos por pasar al comedor.

—En ese caso, preferimos acompañarlos, si lo consideran apropiado —apuntó Valentine.

—Más que apropiado —secundó Cailean—. ¿Pero no están extenuados del viaje?

—Estoy cansada de permanecer tantas horas sentada, me apetece más una animada conversación y probar los guisos de su cocinera, milord. —La duquesa de Hayden, Ettie, iluminó la estancia con su gracia y su sencillez. Esas cualidades la hacían adaptarse de inmediato a las circunstancias. Tan diferente a los que ostentaban su

rango—. Nuestra luna de miel fue en Escocia, la comida es espectacular.

—En ese caso, sus excelencias, hagan los honores de pasar a nuestro comedor —dijo lady Kennox encantada con el joven matrimonio.

Todos ocuparon sus asientos y comenzaron a degustar los manjares, mientras reían y departían de forma amena. Los ojos verde menta de Cailean estaban fijos en la conversación de la duquesa de Hayden, que hablaba con las demás mujeres llena de ilusión sobre sus planes para English Roses School, pero con el rabillo del ojo no perdía de vista a Cornelius. El invitado incómodo al parecer no se daba cuenta de que no terminaba de encajar.

Incluso, Zachary aprovechó un momento la noche anterior cuando quedaron a solas, para interrogar a Cailean, extrañado por la presencia de aquel. Cailean fue sincero y le contó los planes de su madre, a lo que Zachary reaccionó con preocupación, pues estaba al corriente de los sentimientos de su amigo. Así que, en la mesa, aunque mostraba interés en la charla de las damas, y las aportaciones del duque, estaba muy atento a la reacción de su amigo. Lo conocía y sabía que estiraba su paciencia al límite ante las pullas de Cornelius, quien parecía bastante fastidiado por no conseguir la atención esperada de Florence.

—El desayuno ha sido maravilloso, pero ya deseo conocer la destilería —indicó el duque cuando lady Kennox dio por terminado el desfile de alimentos.

—¿Ahora mismo, excelencia? —preguntó Cailean, creyendo que los recién llegados preferirían descansar del largo viaje.

—No puedo esperar. —Hayden se veía expectante, e intercambió una pícara mirada con su esposa. Le motivaba el trato que estaba a punto de conseguir con los MacAlister.

—Pues es un momento excelente —aceptó el pelirrojo.

—Si no es inoportuno, me gustaría mostrarles a mis amigas mi lugar favorito de la propiedad, el campo de lavanda —intervino Florence y las demás mujeres la miraron con emoción. Estaban tan

inspiradas por aquel paseo al aire libre en las Highlands—. Llevo tanto tiempo hablándole a Ettie al respecto que… En fin, parece la ocasión ideal, los caballeros estarán ocupados.

—Por supuesto, querida. Es una idea estupenda —dijo lady Kennox—. Deberías igual mostrarles las colmenas donde recoges la miel de lavanda. También el cuarto donde preparas ese estupendo bálsamo para los labios, que te enseñó a hacer mi suegra durante esa temporada que pasó con nosotras. Yo aprovecharé para ponerme al corriente con el ama de llaves sobre el menú de la semana.

—¿Nos acompañas Zachary? —ofreció Cailean con naturalidad, sin darse cuenta de que ignoraba a Cornelius por completo. A quien le negó el recorrido al inicio del viaje, cuando estaban por subir al vagón.

—¿Usted también se nos unirá, señor Banes? —preguntó el duque solo por cortesía, ajeno a la tirantez entre el interpelado y MacAlister. Aunque Cornelius tampoco era santo de su devoción.

—Me temo que estoy más interesado en conocer el campo de lavanda —contraatacó Cornelius muy centrado en el propósito de su viaje.

Cailean sintió la tensión endurecer su mandíbula, y tuvo que aflojarla conscientemente antes de dañarse en los dientes.

—Vamos. —Zachary tuvo que darle una palmadita en la espalda para que dejara de mirar fijo a su oponente como si deseara acabarlo ahí mismo.

—Sí, vamos. —El suave golpe en la espalda lo hizo reaccionar.

No estaba tranquilo. Dejar a ese perro acompañar a las mujeres lo puso sobre alerta. Pero terminó preso en la trampa que usó para atrapar a Cornelius, quien como zorro astuto usó las palabras de Cailean en su contra.

—Las escolto, ilustres damas. Florence, ¿me permite tenderle mi brazo? Será un honor conocer de sus intereses más personales. —Cornelius esbozó una cínica sonrisa mientras su brazo permanecía

extendido en dirección de Florence que se quedó petrificada, pensando en la reacción de su amado.

Cailean tenía esa mirada, no dudaría en lanzarse a la yugular de su rival, si aquel volvía a espolearlo.

Era inevitable darse cuenta de que Cornelius ya se olía las intenciones de Cailean con Florence, y que le divertía molestar. Era una forma de golpear su orgullo, tal y como fue herido el suyo cuando ella lo rechazó en el tren.

Zachary atajó la situación a tiempo. Conocía a su amigo y sabía que, como polvorín estaba a punto de explotar, lo que entorpecería las negociaciones. Hayden era un estratega frío y calculador, al igual que Zach, no querría negociar con un caballero de temperamento impulsivo. Sabía que alguien que no fuese capaz de controlarse, no sería buen aliado en los negocios.

—Pensándolo bien, yo también acompañaré a las damas. Sé que tienen negocios que discutir y no haré de mal tercio. Florence, tome mi brazo. Respetemos la etiqueta, señor Banes. A la anfitriona del campo de lavandas le corresponde acompañar al exponente de más jerarquía. Sé que Emily no se pondrá celosa. Esposa mía, acompaña a Banes.

Emily no tardó en corresponder, ella y su marido se entendían con una mirada. Y supo que su intención era evitar una catástrofe.

Ettie y Charlotte se tomaron de la mano, felices de poder mantenerse alejadas de la cara de pocos amigos de Cornelius, a quien no le quedó más remedio que bajar la cabeza y seguir al grupo, con Emily a su lado.

La condesa de Moray era firme, y con su expresión le dio a entender a Cornelius que se comportara de una vez o ella misma lo pondría en su lugar. En su posición de mujer casada, y con su esposo presente, era la mejor compañía para aquel. Así, el truhan no podría comprometer a ninguna de las damas.

—Diviértanse mucho —soltó Cailean entre dientes, demostrando que podía ser más frío y despiadado de lo que Cornelius imaginaba.

Le daría un escarmiento, por todos los cielos, solo aplazaría el momento hasta cuando fuera más conveniente. Zachary lo sabía, podía leerlo en sus ojos. Lo conocía demasiado bien. Y, por alguna razón, el duque, que era hábil interpretando gestos, también se dio cuenta de que Cornelius era un imbécil que estaba jugando con fuego.

A Hayden le gustaron las agallas de Cailean, y más, que supiera controlar su ánimo belicoso para no darle rienda suelta delante de las damas. El duque de Hayden también odiaba a Cornelius y Marcus Banes, ambos eran dos malas hierbas que requerían ser arrancadas de raíz para que nunca volvieran a brotar.

—Su excelencia, es hora de encargarnos del asunto que lo ha traído a Kilbraith. Lo veo en la entrada. Iré al estudio por unos planos que ayudarán a que el recorrido sea más rico. —Una mirada fugaz entre Florence y él fue suficiente, se entendían con la más leve señal. Se dirigió a las damas para disimular antes de retirarse—. Les deseo que tengan un hermoso paseo.

—Por supuesto, aprovecharé para deleitarme con las vistas. Kilbraith es un espectáculo. —Hayden estaba deseando comprar una propiedad en Escocia, a su esposa le había fascinado el castillo donde pasaron la luna de miel.

Mientras él se alejaba, pudo escucharla hablar, sus labios se curvaron en una traviesa sonrisa.

—Qué cabeza la mía, queridas amigas, casi olvido que en mi habitación tengo unos frascos que necesitarán para llevarse un precioso botín de estas tierras. No me tomará más de cinco minutos. Si lo desean también pueden esperarme afuera admirando las vistas. —Florence les dijo a las mujeres y aquellas estuvieron de acuerdo.

Cuando Flor llegó al estudio, el pelirrojo ya la esperaba, cerró la puerta tras de sí y la abrigó con su cuerpo. La miró a los ojos con picardía, lleno de complicidad, una que se fraguó con los años.

—Preciosa mía, vas a matarme. Ya no puedo pasar un minuto más alejado de tus labios. Estoy sediento de ti desde que los probé por primera vez, ahora los necesito cada minuto.

Ella se sentía tan pequeña entre sus brazos, pero para él no era un problema. La elevó del suelo para acercarla a su boca expectante y capturó sus labios de miel, el postre más suculento. No mentía. Iba a desfallecer si tenía que esperar un minuto más para degustarla. Lo necesitaba como respirar, como al agua, como al alimento… Florence se había convertido en la flama que lo mantenía de pie, que lo mantenía listo para la batalla.

La lengua de él exploró sin tregua cada recoveco de la boca femenina, mientras sus brazos fuertes la apretaban contra su torso. La pasión desbordante de aquel semental era una ola embravecida, una que bañó a Florence por completo y ella, casi sumisa, se dejó empapar desde lo más profundo de su ser. El deseo vibraba entre sus piernas, en su vientre y se escapó como un dulce gemido.

—Oh, por Dios, grandullón, ¿qué haces conmigo? —No mentía, ella estaba siendo arrasada por una fuerza masculina que jamás había probado. Los secretos de la pasión, que permanecieron vedados para una señorita de su clase, ahora se develaban todos al mismo tiempo.

Sus brazos la estrecharon muy fuerte, como si se negara a soltarla y tuviera que hacerlo en contra de su voluntad.

—Si Cornelius se pone impertinente le das un rodillazo en su entrepierna. Odio tener que dejarte con él. —Su voz sonó grave por el deseo que puso su cuerpo a arder.

—No creo que se atreva a tanto. Se aburrirá cuando vea que no obtendrá lo que quiere y desistirá. Tendrá que desviar su atención hacia otro objetivo.

Cailean resopló, esperando que el indeseable visitante no hubiese descubierto en su dulce flor lo mismo que él veía en ella… O no renunciaría jamás.

La besó con pasión una última vez antes de dejarla marchar.

9

El campo de lavanda estaba en plena floración, el aroma que se percibía en el aire era embriagador y tan reconfortante como una manta caliente para el invierno. Los rayos del tímido sol rebotaban contra el morado de los pétalos, haciendo que todos olvidaran el raro intercambio de palabras entre Cornelius y Cailean.

Las mujeres ignoraron la prudencia y el decoro y soltaron los brazos de sus acompañantes. Echaron a correr a través del campo, entre los sembradíos, hasta perderse entre las espigas. Charlotte incluso se dejó caer de espaldas para quedar completamente cubierta por la lavanda. Emily negaba sobrecogida entre tanta belleza, y Florence reía a plenitud.

—¡Me he perdido y he renacido en el paraíso en la tierra! —gritó Charlotte dando rienda a su habitual y desbordada alegría.

—Me robaré una ramita para ponerla debajo de mi almohada —dijo Emily y tras cortar una rama y llevarla a su nariz, volvió al lado de Zachary para que también la oliera.

—Esto es asombroso, Flor… —Ettie pasó un dedo por su labio inferior recolectando un poco del bálsamo que usaba desde que su amiga tuvo a bien compartir con ella la receta de la familia MacAlister. Al fin podría ver donde había comenzado todo—. Casi mágico. Tal y como me lo contaste aquella vez. ¿Quién querría vivir en Londres teniendo la posibilidad de perderse en esta porción tan increíble del mundo?

—Coincido totalmente contigo. —Florence se sentía plena, imaginaba un futuro para ella y Cailean ahí. Su pecho no podía albergar más esperanza.

Cornelius, abandonado, permaneció al borde del campo, aburrido hasta los huesos. No le interesaba la lavanda, menos la miel o cualquier actividad que no fuese citadina. Aquel recorrido recién empezaba y ya lo tenía hastiado y preguntándose cómo terminó convencido de hacer aquel horroroso viaje.

Si lady Kennox no hubiese advertido que en cada baile se quedaba admirando a la señorita Fairbairn no estuviese metido en ese lío. La dama le dio esperanza y él como estúpido pensó que tenía posibilidades. No era feo, pero tampoco tan agraciado como sus primos Marcus o Frederick. Por lo que creyó que su fortuna sería suficiente para casarse con la señorita que más le atrajo esa temporada. Odiaba ser ignorado, y Florence lo rechazaba con elegancia cada vez que intentaba acercarse.

Creyó que con lady Kennox de acuerdo tendría la posibilidad de casarse con la señorita. No poseía título, y aunque tenía excelentes conexiones, las hijas de los lores siempre lo ponían en segundo lugar a la espera de cazar a un aristócrata.

Florence le pareció una candidata ideal: hermosa, de perfectas maneras, con excelentes conexiones y con una dote tan precaria que no estaba en posición de escoger. Él quería casarse, tener un heredero y ganarse unos puntos con su tío lord Cumberland, quien ahora estaba decepcionado de su primogénito.

No se habría aferrado a Florence de haber sabido que a la muchacha no le simpatizaba, pero odiaba ser retado y Cailean parecía un toro embravecido cada vez que él daba un paso en dirección a la señorita. Los Banes jamás se rendían y se le había metido entre ceja y ceja, conquistarla, aunque ya no la desposara, aunque solo fuera para fastidiar a ese escocés que por ser el hijo de un conde se sentía superior.

Una abeja comenzó a zumbarle cerca del oído y tan lleno de furia como estaba no tardó en aplastarla entre sus fuertes y endurecidas palmas.

—¡No! —gritó Florence, pero fue demasiado tarde. Cornelius ya se limpiaba los restos del insecto sobre la lana de su pantalón.

—Me iba a picar. Solo reaccioné —soltó Cornelius molesto ante las miradas acusatorias de las damas. Aunque no gritó, su tono fue más elevado de lo que se consideraba educado.

Zachary casi lo aniquila con sus ojos tan azules como el océano, que parecían dos dardos envenenados.

—Si tan nervioso lo ponen las abejas agradeceríamos que se refugie en la casa —espetó sin pensarlo, ya sin poder contenerse.

—A mí también me da miedo imaginar que me claven su aguijón, pero jamás se me ocurriría asesinarla. —Emily secundó a su esposo.

Ettie tenía los brazos en jarras, y se notaba que respiraba hondo para guardarse sus palabras. Odiaba las injusticias, ella misma había rescatado a muchos animales en el pasado cuando era estudiante en English Roses School.

—Valiente pretendiente es usted, señor Banes. —Charlotte sí que no se tragó lo que pensaba—. Pretende hacerle la corte a mi amiga y se comporta con tan poca propiedad.

—No pretendo hacerle la corte —corrigió ofendido—. Casi estamos comprometidos, solo es una formalidad que terminemos de sellar el trato.

Nadie disimuló el asombro, en especial Florence, quien espantada se llevó una mano al corazón. ¿Qué había prometido lady Kennox en su nombre?

—Como sea —intervino Ettie que ya no pudo mantener sus labios sellados—. Mi amiga lo invita para mostrarle sus abejas, su gran pasión, ¿y se le ocurre aniquilar a la primera que se le acerca?

—Lo siento. Reaccioné sin pensar. ¿Cómo puedo compensárselo, señorita Fairbairn? —Su rostro no mostraba arrepentimiento, y menos deseos de ser perdonado. Solo dijo lo que se esperaba de un caballero para encajar en «sociedad». Pero su orgullo sufrió un golpe que difícilmente olvidaría. Parecía que buscaba el pretexto para alejarse de aquellas miradas inquisitivas cuanto antes. Ese «no» de Florence lo tomó como una afrenta, ¿si

se casaban lo desafiaría en público de igual forma? Primero en el tren lo desairó al rehusarse a sentarse a su lado. Ahora lo humillaba delante de los demás—. Me retiraré, no quiero incomodarlos más. Nos vemos a la hora del almuerzo. Disfruten el recorrido.

Nadie le suplicó que se quedara. Todos respiraron a sus anchas cuando se retiró. Hubo un par de minutos en los que el silencio se extendió, Florence trataba de asimilar esas palabras que Cornelius pronunció convencido: «casi prometidos».

Si Cailean hubiese estado presente habría explotado, sin posibilidad de contención. Un escalofrío la recorrió tan solo de imaginar que ese hombre terminara siendo su esposo, durmiendo en su cama, besándola con intimidad.

—Las colmenas están al costado del campo de lavanda, son poquitas. La miel que recolectamos apenas da para nuestro consumo. —Florence soltó titubeante. Necesitaba sacarse de la mente la imagen de ese canalla como su marido. No fue un secreto para los presentes, que el incidente con Cornelius la dejó inquieta. Su entusiasmo por mostrarle a sus amigas el sitio favorito de la propiedad, mermó ante la incomodidad que le producía ese visitante en particular.

—Podemos dejarlo para después, Florence. —Emily fue comprensiva, le sonrió con calidez.

—No. Ya estamos aquí y sé que Ettie no puede esperar —debatió renuente a que Cornelius les arrebatara ese momento.

Pero no se sacaba la angustia del pecho. Conocía a Cailean, no aguantaría durante mucho tiempo más las petulancias del sobrino de los Cumberland y temía que un desplante mayor a aquel podría perjudicar a la familia MacAlister en general.

—Continuemos. A diferencia de la miel, la lavanda sí es uno de los productos que comercializa la finca, al igual que la lana de las ovejas que pastan en las laderas. Aunque el *whisky*, como ya deben saber, es lo que sostiene al condado. La destilería también tiene su encanto, a orillas de un riachuelo que alimenta los alambiques. Deben conocer todo. Los carros llevando la cebada desde los

campos hasta los hornos de malteado. Los almacenes de piedra y techos de pizarra con chimeneas en forma de pagoda…

—¿Quieres tomarte un descanso, Florence? —preguntó Ettie sosteniéndole una mano con familiaridad—. No tienes que mostrarnos todo ahora.

—No, sigamos, por favor —pidió y tomó con fuerza la mano que Ettie tenía sobre la suya, para guiarla hasta las colmenas.

Uno de los trabajadores ya estaba allí, tras brindarles el traje apropiado, les mostró cómo recolectaban la miel. Las chicas temían, pero probaron suerte y ninguna terminó recibiendo una picadura de las diminutas anfitrionas.

Un rato después, ya estaban en una habitación pequeña adosada a la construcción principal, donde Florence con maestría preparó varios frascos de vidrio con el dulce y dorado líquido para sus amigas, depositando dentro de cada recipiente un trocito de panal. También les obsequió bolsitas de gasa con ramitas de lavanda en su interior.

Y sin esperar más, ella mostró cómo preparaba el bálsamo para los labios que también servía para rasguños, pequeñas heridas, zonas agrietadas. Todas lo probaron con algarabía, asegurándole que ya no podrían vivir sin aquel.

—Cuando se me acabe te pediré otro, Flor —le dijo Charlotte con la nariz cerca del suyo, disfrutando del aroma.

—Podrás hacer el tuyo, ya te he explicado cómo… —Flor añadió con dulzura.

—No lo creo, para ti es tan fácil. Yo no tengo habilidad para mezclar remedios… Además, tendría que viajar hasta Kilbraith para conseguir esta estupenda miel de lavanda…

—Entonces puedes acudir a mí, te lo repondré cuando se agote —susurró con cariño. Y, aunque estaba disfrutando de compartir con sus amigas su mundo, aquel que mantuvo solo para ella y la familia

hasta ese momento, las palabras de Cornelius seguían alimentando su inquietud en lo profundo.

—Tienes un don, Florence. ¿Lo sabes? —preguntó Ettie con ternura.

Florence asintió con modestia, lo sabía. Por eso la abuela de Cailean la eligió para legarle en vida su tradición familiar.

—Creo que estamos aburriendo a lord Moray —observó ella al fin.

Todas notaron que el aludido aún no se introducía en la estancia. Pero continuaron en lo que estaban, a excepción de Emily.

—¿Quieres probar, escocés? —le ofreció esta última acercándose a su esposo que no se decidía a traspasar el umbral de la puerta, apostado contra la madera como un celoso guardián.

—Lo probaré cuando tú lo uses, Sirena —le susurró con un guiño seductor.

Emily negó con mil mariposas revoloteando en su estómago. Fue una suerte que las demás estuvieran entretenidas y hablando tan alto que no los escucharan coquetear con descaro. Le envió un beso con la mano y no tardó en volver a ser imbuida por la alegría de sus amigas, que querían llevarse todo y dejar vacío el rincón de Florence.

Zachary negó convencido de que estaba bien en la puerta. Era terreno de damas. Lamentó perderse el recorrido por los campos de cebada y la destilería. No obstante, sabía que con Cornelius en Kilbraith, debía estar atento a las mujeres. Cailean había depositado su confianza en él, así podía dedicarse a los negocios con cierta tranquilidad. Ya recorrería el sitio en otra ocasión.

Cuando el paseo terminó y todas volvieron a la casa con su cargamento valioso directo a sus habitaciones para guardarlo, Florence decidió ir a la biblioteca. La visita a los campos de lavanda la había inspirado. Eso aunado a la revelación de Cornelius la hizo

desear un momento a solas para debatir con su conciencia sus próximos pasos, los que debían ser certeros. No podía titubear.

La biblioteca de Kilbraith, no era la más completa o grande que había conocido, pero tenía lo necesario. Al menos lo que a ella le interesaba: libros sobre plantas, con dibujos que le ayudaban a identificarlas y que nombraban sus propiedades y cómo podían ser utilizadas. Lanzó una mirada sobre los libros con encuadernado de cuero marrón. Tras hacer su elección se sentó en una de las mesas con uno enorme y lo abrió en la sección correspondiente a la lavanda y se puso a leer.

Suspiró y volvió a repasar en su mente las bases del Premio Hayden-Cumberland. Estaba decidida. Ya sabía cómo iba a participar.

Unos pasos firmes sobre el suelo de mármol la hicieron girarse casi convencida de que se trataba de Cailean que, tras terminar su charla de negocios, buscó el momento de quedar a solas con ella. Él conocía muy bien cuáles eran sus rincones preferidos de la propiedad. La sonrisa se desdibujó de su rostro al ver que se equivocaba.

Cornelius traía una expresión muy diferente a la del tren y la del paseo de la mañana cuando todos le reclamaron.

Florence, precavida, cerró con un chasquido seco el libro que consultaba y decidió que sería mejor llevarlo consigo para leerlo en su habitación. No le convenía quedarse ahí con él. Si bien, en la casa únicamente se hospedaban amigos, incapaces de dañar su reputación si se enteraban de que ella y este particular invitado habían pasado tiempo a solas, Cornelius representaba un peligro, lo tenía escrito en la mirada.

—¿Adónde vas? —le preguntó él apretando los dientes, tratando de disimular su ira sin éxito.

—A descansar del paseo, señor Banes, para alistarme para la cena. ¿Nos vemos más tarde? —Puso todo su empeño para no irritar a la bestia que parecía dormida en el interior de ese hombre.

—¿He dicho que puedes retirarte? —La tomó con dureza por el brazo—. ¿Así serás cuando te conviertas en mi esposa?

Florence respiró hondo, sin forcejear. La presión de los dedos la lastimaba, pero le preocupaba más la proporción del daño que podría ocasionar aquel encuentro. Increíblemente, lo que menos temía era a Cornelius, su verdadero temor era a la reacción de Cailean… Lo había visto luchar cuando se suponía que debía mantenerse alejada.

El heredero MacAlister era una tempestad escarlata cuando alguien osaba molestarlo. Tocar a la protegida de sus padres ya era una afrenta considerable… Pero tratar de esa forma a la mujer que quería, sería la perdición para sus enemigos.

Florence se armó de valor. Haber terminado de crecer junto a su salvaje protector la dotó de un lado agreste, uno que mantenía guardado, pero que podía sacar a la luz de ser necesario.

—¡Suélteme! —Lo miró desafiante, como Cailean le enseñó para que se defendiera llegado el momento. Ahora sí forcejeó y lo hizo con todas sus fuerzas, creyó que Cornelius cedería y le sorprendió lo seguro que estaba su oponente de conseguir su propósito. Era más fuerte de lo que pensaba y sus dedos cerrados sobre su brazo no cedieron.

—¡Qué sea la última vez que vuelvas a dejarme en ridículo delante de persona alguna! —Parecía que contuvo la furia desde que Florence le gritó frente a todos en el campo de lavanda, y por fin podía desahogarla—. Cuando seas mi esposa espero obediencia. Tu madrina prometió muchas cosas, y estoy comenzando a decepcionarme. Tantas cualidades enumeradas con respecto a tu educación y resulta que solo eres otra señorita malcriada

Florence abrió mucho los ojos, horrorizada.

—No sé qué le prometió mi madrina, pero tenga la seguridad de que no tuvo mi consentimiento. ¡Suélteme de una maldita vez! —Volvió a forcejear con más fuerza.

Los ojos de él se abrieron desmesuradamente al escuchar el vocabulario empleado por la señorita. No lo vio venir.

—¿Es brava? ¿Cree que tiene derecho a desafiarme? —Con la mano libre la asió por las mejillas, y clavó sus dedos en el centro de

cada una hasta que sintió dolor. La acercó a centímetros de su boca, mientras ella luchaba para librarse de su asedio sin éxito—. Tan pagada de sí misma sobre la pista, que nunca podía dignarse a dedicarme un baile. ¿Cuántos pretendientes hacen fila para obtener su atención? Imagino que su encanto no es suficiente con una dote tan miserable. Pero a mí no me importó, la quise porque creí que sería una magnífica esposa. Y ha resultado un auténtico desengaño. Repito, altanera… ¿Cuántos pretendientes hacen fila disputándose el honor de cortejarla? ¿Y se da el gusto de rechazarme?

—No es asunto suyo. ¿Quiere claridad? Se la daré ahora mismo. No voy a casarme con usted. Así sea el último hombre que quede en el mundo.

—No, no… No sea ilusa. Ya he perdido el interés… Tampoco voy a desposarla.

La soltó con violencia y la miró como a una criatura inferior. Los ojos de Florence estaban inyectados en sangre, no se dejó intimidar… Había sido difícil e innecesario llegar a esos extremos, pero se congratuló para sus adentros porque consiguió lo que buscaba. Ese hombre estaba a punto de emprender la retirada.

—Entonces ya no hay nada que hablar. Usted no tiene que seguir aquí en Kilbraith. Lo mejor es que regrese a Londres —Fue firme, aunque por dentro estaba aterrada por la reacción desmedida y llena de odio de Cornelius, que parecía volátil en ese instante. Trató de alejarse en dirección a la puerta, cautelosa.

—No he dicho que he terminado. —La tomó del cuello y la estampó contra uno de los estantes de libros, estos cayeron alrededor de ambos como agua de una cascada.

Florence abrió mucho los ojos cuando vio los labios entreabiertos de Cornelius aproximarse a su boca.

10

Gracias al auge del comercio ferroviario, la destilación de *whisky* también estaba en ascenso. Por consiguiente, el duque de Hayden mostró interés en los detalles que minuciosamente le explicó Cailean.

Parados frente a una mesa alta de cedro, el anfitrión mostró su mejor botella de *whisky* para terminar de tentar al duque, con la intención de que aceptara asociarse con él.

Desde donde estaban, junto a una ventana de la destilería, gozaban de una vista privilegiada. El verde valle envuelto en la escasa neblina con las ovejas pastando en las laderas de las bajas colinas. A lo lejos los cultivos de cebada, y más cerca los campos de lavanda que llenaban el aire con su aroma, mezclando el perfume de las flores con el olor a humo de la turba, que flotaba sobre los alambiques. Y, justo frente a sus ojos, en el centro, la enorme mansión con sus torres altas, que se elevaban como guardianas de lo que celosamente habían construido.

Era el momento propicio, Hayden aún lucía admirado por todo lo que presenciaron sus ojos. No solo era el dominio que tenían los MacAlister sobre sus tierras y el proceso de fabricación de la bebida, sino también el respeto y reverencia que ponían en aquella tradición. Era indudable que atendían el negocio con voluntad férrea, como el más sagrado de los compromisos. Con esa actitud y el valioso conocimiento, era imposible fallar. Tan solo precisaban capital para llevar la destilería al siguiente nivel.

El duque de Hayden ni siquiera había probado el líquido ambarino que observaba dentro de su frasco original, cuando dijo

convencido:

—Es inadmisible negarme. Solo un tonto dejaría pasar esta oportunidad. Teniendo al rey Midas como uno de tus mejores amigos, únicamente me queda una inquietud… ¿Por qué nunca te ofreció establecer una sociedad? —Se refería a Zachary Moray. Era una duda bastante obvia.

—Lo ofreció muchas veces. Seré vulgarmente honesto, aunque es algo que la mayoría preferiría no expresar en voz alta. Lord Blair siempre ha creído que mi amistad con Moray no es sincera, que soy un salvaje y pobre espécimen de las Highlands que pretende aprovecharse de la buena fortuna de su amigo. —Se refería al padre de Zachary, quien vivía en sus tierras debido a la convalecencia, tras ciertos problemas de salud que lo alejaron de Londres—. Mi orgullo jamás me permitió aceptar. No solo porque considero a mi amigo casi un hermano, también por no darle la razón a Blair.

—Lord Blair tampoco me agrada. Repudia a otros escoceses y se cree superior a ellos, traiciona a quienes confían en él. Me asombra que su hijo, sea lo opuesto habiendo crecido con su ejemplo. —Se aclaró la voz—. Si te ha tildado de oportunista has actuado con honorabilidad para callarle la boca. En tu lugar habría hecho lo mismo. Si ya tenías mi respeto, ahora lo tienes más.

—Gracias, Hayden. También tienes el mío.

—Llegando a Londres firmaremos los documentos que ya estarán preparando nuestros abogados… —Decidió sin titubear. Cailean no tardó en servir los recipientes de cristal, conmovido—. No puedo esperar. Coincido contigo, aunque el *whisky* más fuerte de turba gusta más a los escoceses de Tierras Altas, el malteado más suave que cada vez es más popular aquí en Speyside será un éxito. La Destilería MacAlister produce los dos y eso me deja más que sorprendido e interesado en invertir. No hay manera de negarse.

—Convencer a mi padre de producir *whisky* secado con carbón llevó años de insistencia, estaba aferrado solo al secado mediante turba. Sin embargo, ampliar nuestro giro requirió de mayor inversión.

—Por supuesto. Fue inteligente hacerlo y ofrecer opciones al consumidor. Dejaremos el ahumado para los conocedores, pero explotaremos el más comercial.

—En Londres también podemos fundar una filial para el mezclado de granos y la producción de *blended*, como sugerí cuando establecimos contacto sobre el tema por primera vez.

—Entonces solo queda celebrar.

—En ese caso, salud, Hayden —dijo Cailean extendiendo la copita en forma de tulipán que usaron para la cata al final del recorrido—. *Slàinte mhath*[5].

—Salud, MacAlister, *slàinte*[6]. Me encantaría ver a tu padre en la firma, aunque ya me has dicho que tienes poderes para actuar en su representación, pero sería interesante conocerlo más. Es algo escurridizo. Es una pena que no haya podido acompañarnos. —Volvieron a alzar sus copas y bebieron hasta terminar—. ¿Te molesta si me quedo curioseando por los alrededores? Debo aprovechar mi visita. Veo que estás impaciente por volver con la señorita Fairbairn…

—Yo… —Ideó cómo escabullirse de la encerrona. Al parecer al duque le divertía espolearlo—. ¿Tan evidente soy? Pensé que era más discreto.

—Tal vez para los demás, yo tengo buen ojo y capto lo que para otros pasa desapercibido. —Dejó su recipiente sobre la mesa de cedro y se pasó la mano por el cabello color miel, mientras lo miraba con una expresión grave—. Por eso, aprovecho para advertirte. Cornelius Banes es tan pérfido como su primo Marcus; incluso, tal vez es peor. Aunque con ellos no se sabe cuál se lleva el premio al más sinvergüenza. No permitas que la protegida de tus padres termine con ese canalla. Se convertiría en una mujer muy desdichada.

Cailean hizo una mueca de desagrado hacia el destinatario de las palabras del duque, y fueron suficiente incentivo para apurar su regreso a la casa. Esperaba que los visitantes del campo de lavanda ya estuvieran de vuelta. Él se había tardado bastante.

Cuando, tras llegar y preguntar por Florence, el mayordomo le comunicó que la señorita estaba en la biblioteca y que los demás descansaban en sus habitaciones, esbozó una sonrisa. Añoraba un tiempo a solas para compartir con ella. Precisaba revelarle que le confesó a su madre que la quería.

Lo último que esperó encontrar fue a la joven asestando un rodillazo por las partes pudendas de Cornelius Banes, el que pudo esquivar el golpe con agilidad. La expresión en el rostro de Florence era feroz, una guerrera en plena lucha. Sin embargo, su atacante la superaba en fuerza y pericia. Aquel indecente le sujetó las manos a la espalda y le inmovilizó las piernas con las suyas, mientras intentaba estampar sus labios sobre los de la muchacha.

Cailean sintió que el aire se detenía a medio camino hacia sus pulmones, imaginó varios escenarios posibles tras irse y dejar a Flor en compañía de Cornelius, pero jamás pensó que el infeliz se atrevería a tanto. Arrugó el entrecejo y entró hecho una tromba.

—¡No la toques, escoria del infierno! —La voz masculina enturbiada por la ira salió gutural, oscura, como de ultratumba.

Agarró al sinvergüenza por los hombros y lo arrojó a dos metros, con tanta violencia, que Cornelius terminó proyectado contra una de las mesas, causando un gran estruendo.

Acto seguido, ignorando a su contraparte, corrió hasta Florence y la refugió entre sus brazos. Alarmado, la revisó en busca de un rasguño, una lastimadura, deseando resguardarla de cualquier sufrimiento, protegerla.

—¿Estás bien? —le preguntó a Florence que parecía asustada.

Ella asintió nerviosa, el labio inferior le temblaba.

—Lo estoy, gracias a Dios que apareciste. Pensé que… Pensé que nadie llegaría a tiempo, que todos estaban en sus habitaciones.

La alzó en sus fuertes brazos como si se tratara de una frágil y venerada criatura. Con devoción se dispuso a llevarla hacia sus aposentos, cuando un grito de horror de Florence lo previno.

Con un brazo la sostuvo para que su descenso al suelo no fuera tan abrupto, con la otra mano intentó detener una silla que Cornelius se proponía romper sobre su espalda.

—Corre, Florence —ordenó, pero ella no pudo obedecerlo, solo se alejó lo suficiente para que los bruscos movimientos de los hombres enzarzados en una pelea no la alcanzaran.

El primero en aparecer fue el mayordomo, quien conocía a su señor y no hizo gran aspaviento. Trató de convencer a la joven para que se retirara, fue en vano. Zachary fue el segundo en llegar, seguido de las mujeres, incluida lady Kennox, quienes también se agolparon afuera de la biblioteca.

Cailean asestó un puñetazo directo al rostro de Cornelius, y este se movió con rapidez, así que el puño fiero como una roca se impactó en su costado. El malnacido se tambaleó, pero logró mantener el equilibrio y tomar un florero de cristal de la mesa más cercana para usarlo como arma. Entendió que a los golpes no podría ganar.

Cornelius rompió el florero contra la madera de un estante, y empuñó el trozo más filoso hacia la cara del escocés.

Las damas gritaron al unísono, despavoridas, pensando lo peor. Sin embargo, Cailean esquivó a tiempo el puntiagudo cristal, llevándose solo un rasguño sobre la frente, de donde brotaron dos gotas de sangre que se convirtieron en un hilo rojo que fluyó hasta su mejilla. Hecho una furia, el pelirrojo arremetió contra Cornelius y de un brutal manotazo sobre la muñeca lo obligó a soltar el arma improvisada.

Se miraron como dos fieras enjauladas cuya supervivencia dependía de aniquilar al otro.

Lady Kennox entendió que la furia de su hijo debía tener una razón, se volvió a Florence y comenzó a revisarla, intranquila, mientras exigía una explicación acerca de lo sucedido.

—¿Qué te hizo ese hombre, niña mía? Dime qué ha puesto así a Cailean. —Era un manojo de nervios. Su mejor amiga dejó a Florence a su cuidado y le había fallado, necesitaba saber que

estaba bien. Temía por la dulce joven, no por su hijo, sabía que Cornelius no tenía oportunidad de vencer. El heredero había sido criado por su padre y el conde lo había preparado para enfrentar las luchas más cruentas.

La interpelada no podía despegar los labios, toda su concentración estaba puesta en Cailean, quien volvió a elevar a Cornelius y arrojarlo con más fuerza que la primera vez. El canalla cayó como un costal de patatas sobre otra de las mesas, causando un caos.

—¿Nadie va a separarlos? —inquirió Ettie, llevándose una mano al corazón, preguntándose dónde estaba su esposo. Necesitaba a Valentine ahí.

—Si intervengo, Cailean se encabritará más y querrá despellejarme vivo —contestó Zachary, quien estaba vigilante pero confiado. Sabía que Cornelius no era un problema para su amigo—. Es su pelea. Nadie debe intervenir.

—¿Qué sucedió, Florence? ¿Viste por qué empezó la discusión? —insistió Charlotte que estaba a punto de comerse las uñas.

—Seguro el supuesto prometido de la señorita Fairbairn ha sacado las garras y Cailean lo está haciendo entrar en razón —respondió Zachary sarcástico ante el silencio de Florence.

Pero cuando Cailean se acercó a Cornelius —que quiso ponerse de pie ya sin fuerzas— y cerró sus dedos sobre su cuello, alguien más apareció traído por la algarabía.

El duque de Hayden, quien surgió de la nada, se lanzó ante el fiero escocés a intentar detenerlo.

Zachary hizo una mueca de fastidio y aunó esfuerzos con el duque para tratar de aplacar a su amigo.

—¡Laird! ¡Demonios! ¡Ya tuvo suficiente! —gritó Zachary, sujetando con fuerza al huracán pelirrojo por los hombros. Trató de arrastrarlo lejos de su presa, mientras Hayden interponía su cuerpo, también labrado de fuertes músculos, entre Cornelius y Cailean.

—¡Vas a ensuciarte las manos con esa basura y arruinarás tu vida! ¡No vale la pena! —lo increpó el duque de Hayden con un rugido, sacando su lado más oscuro.

Todos hicieron silencio. Solo se escuchaban los quejidos de Cornelius tirado en el suelo y el aire que se escapaba pesado de las fosas nasales de Cailean, que trataba de serenarse.

A Florence no le importó que su secreto quedara en evidencia. Todos estaban tan alterados, ocupándose de calmarse a sí mismos que tal vez no repararían en ella. Corrió hasta Cailean y se detuvo frente a él. Tragó en seco y buscó su mirada. Él resoplando le tomó una de sus diminutas manos y la encerró dentro de la suya.

Lady Kennox fue la primera en hablar tras la larga pausa. En ese instante, el escándalo era lo que menos le preocupaba. Su sangre escocesa estaba bullendo más rápido que lo acostumbrado, y lo único que le importaba era proteger a los suyos. Así que mientras su hijo aplacaba sus demonios tomó el mando de la situación. Tenía invitados a los que procurar un momento de calma tras la tormenta, y una ahijada que alejar de las garras de ese impresentable. Porque, aunque nadie dijo nada, a ella no le quedaban dudas: Cailean defendía el honor de Florence.

—Richardson, que unos lacayos lleven al señor Cornelius Banes a su habitación y llamen al médico de ser requerido. Si puede sostenerse en pie que abandone la propiedad hoy mismo. —Lady Kennox no soltaba a Florence, su indignación estaba reflejada en su rostro. Jamás pensó que ese canalla no tendría modales y deshonraría su morada—. Puede quedarse en una posada en el pueblo en lo que consigue regresar a Londres. En nuestra casa ya no es bienvenido.

—Como ordene, milady —respondió el mayordomo.

—Por el Altísimo, Ettie, ¿te hicieron daño? —El duque estaba preocupado por el desastre que encontró a su regreso, pero nada lo angustiaba más que su esposa hubiese sido lastimada.

—Solo conmocionada por ver a dos hombres batirse como dos fieras salvajes. Con todo respeto, MacAlister, no quise referirme así a

su persona. Aún me recupero del sobresalto. Pero si Cornelius injurió a mi amiga, supongo que se lo merecía. —Ettie negó tras darse cuenta de la expresión que salió de su boca donde comparaba al pelirrojo con un animal. Ya no podía enmendarlo. Prefirió refugiarse en los brazos de su duque.

Emily y Charlotte aún seguían tomadas de la mano ante tal alboroto y sin quitar los ojos de encima a los lacayos, que alzaron por los hombros a Cornelius y se lo llevaron casi a rastras hacia las escaleras.

—¿Sí sabes que ese despojo putrefacto no se quedará cruzado de brazos en cuanto llegue a Londres? Tiene conexiones que podrían volverse peligrosas. —Hayden negaba desde su frialdad ducal, mientras analizaba que su nuevo socio tenía peor genio que él mismo cuando lo provocaban. En el pasado le habían apodado Ogro Gruñón. Se preguntaba si Cailean, no merecía más que él tal calificativo; sobre todo, cuando su mal humor era desafiado.

—Lo sé, pero no pude evitarlo. Detesto a las personas abusivas, más con una mujer, más con Florence. —Cailean no iba a decir en voz alta cómo encontró a Cornelius y a Flor, aunque confiaba en los allí presentes.

La honorabilidad de su amada pendía de un hilo si lo sucedido en la biblioteca traspasaba los muros de piedra de Kilbraith. La reputación de una señorita era muy frágil en boca de la persona equivocada.

—Sé lo que intentas evitar —dijo Emily angustiada—. Nosotros haremos un pacto de silencio ahora mismo. Todos prometerán callarse lo visto, aunque sea un insulto exigirlo. Lo haremos para la tranquilidad de Flor.

—No tienen que jurar nada, porque nada sucedió. —Florence defendió su honra y liberó a sus amigos de compromisos—. Ese infeliz intentó besarme sin mi consentimiento. En el justo momento apareció Cailean y no lo dejó. Fin de la historia. No hay comportamiento propio del que tenga que avergonzarme.

—No se inquiete por nosotros, señorita Fairbairn. —El duque se solidarizó por completo, pero lo que dijo a continuación era tan real como alarmante—. Sin embargo, Cornelius tiene aversión al ridículo, al rechazo, a la humillación. Está cortado por el mismo molde que Marcus Banes, lord Ashworth. Ahora solo quiere huir a Londres con la cola entre las piernas a lamer sus heridas, pero cuando supere que casi muere en este viaje, volverá a la carga. Y será más peligroso que antes y con más aliados. MacAlister, hoy le diste un escarmiento, pero debes estar preparado para su venganza.

Cailean exhaló con fuerza. No hacía falta que su excelencia continuara explicándose. Comprendió que, quizás, debió ser más enérgico con su madre. Tenía que haberle negado a Cornelius Banes subirse a ese tren. Ahora todo se había complicado.

—Es mi culpa, yo lo invité —se lamentó lady Kennox—. Solo quería buscar un buen candidato para desposar a Florence. Tendré que enfrentar las consecuencias. Por favor, discúlpennos, no deseo que se lleven una mala impresión de nosotros. No somos unos bárbaros.

—Oh, perdón, lady Kennox. —Ettie se sintió aludida y experimentó vergüenza, le ofrecieron hospedaje y la trataron tan bien. Intentó componerlo—. Si lo dice por mi expresión, retiro lo dicho. MacAlister no es una fiera salvaje. Es solo que…

—Su excelencia, la entiendo. Sé que mi hijo es implacable cuando intenta proteger a los suyos. Comprendo que, para una dama como usted, pudo ser impactante. —Y lo fue, Hayden no era una mansa paloma, pero peleaba sus batallas lejos de la vista de su esposa.

—Como dice mi madre no somos unos bárbaros —intervino Cailean con la respiración más acompasada y recuperando su usual tono irónico. Al tiempo que hablaba acomodaba sus vestiduras en su lugar y se peinaba con las manos para parecer menos feroz. No podía olvidar que la biblioteca estaba llena de jóvenes damas—. Sin embargo, su mote de fiera salvaje no me molesta, al contrario, me

simpatiza. Espero que pronto borre esa fea imagen de su mente, excelencia.

Ettie sonrió, a ella también le simpatizó ese enorme escocés que había luchado como un oso salvaje para defender el honor de su amiga. Se le hizo tan romántico. Escocia siempre la llenaba de inspiración, pero el romance clandestino de su bella amiga y el rudo *highlander* le dio una excelente idea para una nueva novela.

—Cuídate de mi esposa, Laird, o terminarás como el próximo héroe de sus libros. Justo ahora debe estar ideando cómo describir a la protagonista. —Hayden lo trató con familiaridad por el apodo que escuchaba que le llamaban lord Moray y las mujeres. De esa forma dejaba esclarecido que seguía contando con su respaldo. Sin perder un segundo, miró de reojo en dirección de Florence, a quien se le ruborizaron las mejillas por tamaña indirecta delante de todos.

—Lady Kennox, si le preocupa lo que pensamos mi esposa, mi hermana y yo, descuide —expresó Zachary para tranquilidad de la condesa, su amigo no necesitaba que le reafirmara que estaba de su lado de manera incondicional—. Estoy seguro de que los tres aprobamos que Laird le haya dado su merecido a Cornelius. En mi caso particular, no me asombra nada. Con su permiso llevaré a Emily y Charlotte a sus habitaciones para que se refresquen antes de la cena. Después de tal suceso, supongo que desearán tomarse unos instantes. Yo supervisaré que el señor Richardson despache pronto al invitado incómodo.

—Y que lo revise el médico —apuntó lady Kennox—. No quiero que ese sinvergüenza le adjudique a Cailean más huesos rotos de los que en verdad es responsable mi hijo.

—Me cercioraré en persona —afirmó Zachary con gentileza, quiso aminorar la culpa que ya sentía la madre de su amigo.

—Quiero pedir una disculpa a todos, este viaje no debía ser así. —Cailean estaba muy fastidiado y, aunque tuviera un temperamento imponente y parecía no importarle la opinión de los demás, en el fondo era un hombre de honor—. Damas, lamento que vieran esa

parte de mí. Quizá correspondería a un caballero retar a duelo a otro, pero la situación exigía una solución pronta y contundente.

Los espectadores comenzaron a disolverse tras asentir y Florence aprovechó para sacar a relucir su preocupación. Cailean la escuchó con atención.

—Madrina, ¿podemos hablar a solas? —Tenía una conversación pendiente con la condesa y no quería exponerla a la humillación si la cuestionaba delante de los demás. Por todo el afecto y el refugio que le brindó bajo su techo, le debía discreción si tenía alguna queja dirigida a su persona.

—Me gustaría escuchar. Presumo que está relacionado con Cornelius y no puedo quedar al margen. —Él estaba casi seguro de que se trataba de la acción tomada por su madre para emparejar a Florence con ese hombre. Aún no había podido revelarle que, él le confesó que estaba enamorado de ella.

—Habla, pequeña. Supongo que, a estas alturas, merezco los reproches de ambos. Su excelencia nos visita por primera vez y ocurre un altercado protagonizado por mi hijo. Si yo no lo hubiera invitado, si no lo hubiese escogido… Y para colmo en vísperas de ese importante negocio que tanto anhelas conseguir, hijo. Lamento si el duque se arrepiente porque deje de confiar en nosotros. —La condesa se veía tan dolida y llena de arrepentimiento.

—Cornelius aseveró delante de lord Moray y mis amigas que usted prácticamente le entregó mi mano —explicó Florence—. Dijo que solo era una formalidad sellar el compromiso. Por tal idea en su mente, se creía con derechos sobre mi persona y, por lo tanto, se ofendió con cada desaire que hice a sus avances. Le pregunto, ¿usted le aseguró que me casaría con él? ¿Estableció algún pacto?

Cailean resopló con fuerza, mientras negaba.

—Tal vez fui muy efusiva al intentar conseguir un esposo para ti, y al hablarle de tus cualidades —confesó lady Kennox—. Pero no. Siempre dije que tus padres y tú tendrían la última palabra. ¿Me crees, querida Flor? Mi intención jamás fue causarte un daño.

—Le creo. En lo adelante, consulte conmigo antes de buscar un esposo para mí. Sé que tuvo buenas intenciones…

—Me quedó claro. —La interrumpió. Dos lágrimas se escurrieron por sus mejillas, por las de Florence también. Cailean inspiró con fuerza, era mejor así, que ellas hablaran y se entendieran. Siempre habían sido muy unidas y podían superar lo acontecido—. Seré más cuidadosa. Por muy mal que esté la situación de tus padres… No consentiré que ligues tu vida a cualquier hombre que no te merezca. Tú tienes que estar a salvo, mi niña hermosa. Es una suerte que ese sinvergüenza mostrara ahora de lo que es capaz, y no cuando ya fuese demasiado tarde. Lo siento tanto, querida.

Se abrazaron. Y Cailean sonrió, mientras se pasaba un dedo por un rasguño en la frente que tenía un hilo de sangre que no dejaba de fluir.

—¿No necesitas que te vea el doctor, Cailean? —La madre se preocupó y recordó que era de carne y hueso. Tan acostumbrada a la rudeza de su esposo e hijo, a veces olvidaba que también sangraban.

—No, por Dios, no. Es solo un rasguño.

—No eres de piedra, grandullón —lo reprendió con cariño Florence—. Deja que te revise el médico. De todas formas, vendrá.

Él negó aguantando las ganas de besarla y abrazarla hasta fundirla en su cuerpo. Lo necesitaba, más cuando ella lo trataba así. La ironía de Flor siempre conseguía seducirlo. Pero tuvo que guardar las formas porque estaban delante de su madre.

La condesa ya sabía que él se sentía más que atraído por su protegida y probablemente no los dejaría a solas otra vez. Era la desventaja de revelar sus sentimientos.

—Prefiero que tú me cures con ese ungüento milagroso que te enseñó a preparar mi abuela. Si a mi madre le parece apropiado.

Lady Kennox carraspeó. Jamás había restringido el tiempo ni los lugares que compartían su hijo y su protegida. Pero al escuchar la

frase que salió de sus labios, creyó que era imperioso saber si su ahijada le correspondía. Tenía el presentimiento de que sí, y por ello estaba tan alarmada. ¿Cuántas cosas pudieron pasar frente a sus narices y ella, como idiota con la cabeza en las nubes, no tomó medidas? ¿Qué sucedía en realidad entre esos dos? Suspiró.

—Ve a tu cuarto, hijo, date un baño, sosiégate para que estés fresco para la cena. Aún tenemos invitados que atender. Pasaré a buscar el ungüento y te lo llevaré. Yo curaré ese rasguño en tu frente. No es grave, apenas sangra —arremetió con dureza. No volvería a fallar como la guardiana de la muchacha.

11



Florence fue la que se dio un largo baño. Aún recordaba que besó con amor el frasco con el preparado de miel de lavanda que su madrina pasó a buscar, antes de que se metiera en la bañera con agua caliente. En el pasado lady Kennox no se habría negado a la petición de su hijo. Nunca puso restricciones para que se encontraran a solas. ¿Sospechaba del sentimiento que la unía a él?

Como fuera necesitaba ver a Cailean y tenía que ser esa noche. Tras los acontecimientos era imperioso conversar.

Apresuró a la doncella de su madrina para que la preparara para la cena con casi una hora de antelación. Después se escurrió a la planta baja a deambular con la esperanza de encontrarlo. Sin embargo, a quien encontró pensativa en la salita previa al comedor fue a Charlotte. También había bajado antes.

—¿Qué haces tan sola aquí? —le preguntó y volvieron a su mente las dudas que la asaltaron en el ferrocarril. ¿Sabía Charlotte la razón por la que la invitó lady Kennox?

—¿Es aquí donde dijo la condesa que nos encontraríamos todos para tomar un tentempié antes de pasar al comedor?

—Sí, sí —respondió y se sentó a su lado, llena de expectativas por lo siguiente que diría.

—La verdad es que ya no podía continuar en la habitación. Fue un día intenso. Tenía muchas ideas dándome vueltas en la cabeza. Quería hablar con alguien, pero Emily y Ettie están ocupadas con sus esposos. Es una suerte que hayas aparecido. Estaba dando tiempo a que todos llegaran.

—Pudiste haberme mandado un mensaje con una doncella. Igual estoy algo inquieta —reconoció Florence y le sonrió. No pensaba desperdiciar la ocasión de realizar la pregunta y parecía el momento propicio. Quería a Charlotte y aclarar esa cuestión que la atormentaba sería lo mejor para no enturbiar los lazos que las unían —. ¿Sabes el verdadero motivo por el que mi madrina te invitó a Kilbraith?

—Zachary es el mejor amigo de Laird —dijo alzándose de hombros, era una pregunta que no se había planteado.

—Mi madrina tenía planes, concertar uniones, Cornelius Banes conmigo…

—¿Por el Altísimo? Ahora entiendo todo. —Su rostro reflejó el horror.

—Cailean contigo.

—Oh. —La miró sorprendida—. Oh, no, no, no. Ni, aunque fuese el último caballero disponible.

—Gracias al Creador, pensé que estabas interesada en Cailean porque te comportas tan desenfadada con él. —No fue agradable exponer sus dudas, pero resultó liberador.

—Digo, a mis ojos no tiene mácula, es muy atractivo y mi hermano lo aprobaría de inmediato. Además, mi padre quedaría horrorizado, lo que me encantaría… Pero no, jamás lo miraría con esas intenciones. —Y lo que dijo a continuación fue lo que más sorprendió a Florence—. Ese hombre es tuyo.

La naturalidad con la que Charlotte lo pronunció hizo que las mejillas de Florence se enrojecieran gradualmente. Suspiró llena de alivio, y el calor por la vergüenza no solo coloreó su rostro, sino que le hizo abanicarse con la mano, se quemaba viva.

—Lo siento, yo… Quisiera abordar ciertos asuntos con tu desenfado habitual, pero… Temí que te ilusionaras como resultado de los esfuerzos de mi madrina.

—Te has ruborizado. Florence… No es un secreto para nadie que él y tú… Hay que ver cómo te mira y el efecto que causa toda

esa fuerza arrolladora sobre ti. —Le guiñó un ojo con descaro—. Has hecho muy buena elección. Como amiga solo diré que te admiro. Ese hombre no puede disimular que, aunque es un lobo feroz, se vuelve un cordero a tus pies. Hará que el mundo se ponga de rodillas ante tu presencia. Para muestra la paliza que le dio a Cornelius por ofenderte. Yo no pienso casarme en mucho tiempo, pero si encontrara un hombre que me demostrara una gota de la pasión que Laird derrama por ti, podría cambiar de opinión.

—Yo… No sé qué más puedo decir.

—No te preocupes por lady Kennox, sus esfuerzos no causarán ningún efecto en mis decisiones. En realidad, ahora debe estar debatiendo para sus adentros si le corresponde hacer un cambio en sus planes. Laird no dejó dudas de su devoción hacia ti.

El estómago de Florence se tensó ante las palabras de su amiga. Charlotte tenía razón. ¿Cómo Cailean y ella podrían ocultar lo que sentían de ese instante en adelante? Y, lo peor, en cuanto llegaran a Londres, lord Kennox también lo sabría.

Los condes le habían tendido la mano cuando más lo necesitó, llegó casi en los huesos a Kennox House. Con afecto, su madrina la acogió con la intención de ayudarla. La alimentó, la vistió y gestionó su entrada a English Roses School. Lo anterior gracias a sus conexiones con el Comité de Damas, que favorecía a las jóvenes desafortunadas de cuna noble.

¿Y cómo respondió? Mordió la mano que le dio de comer. Una malagradecida. Cailean no podía ocultar que estaba dispuesto a todo por tenerla. Florence se culpó de desviar al heredero de su deber, al heredero de sus padrinos, quienes habían hecho tanto por ella.

—¿Estás bien, Flor? —Charlotte le tomó las manos, su amiga se había quedado casi paralizada con la mirada perdida.

—Yo… Yo… —Su mente daba vueltas sobre la misma idea. Era una decepción para lady y lord Kennox. La peor decepción.

—¿Charlotte? —Entonces fue ella quien le tomó las manos entre las suyas, casi como una súplica—. ¿Puedes hacerme un gran favor?

—Por supuesto —contestó de inmediato llena de lealtad y convicción.

—Excúsame con mi madrina. Dile que estuve aquí, pero me sentí indispuesta, que no podré asistir a la cena. Discúlpame con todos, por favor.

—Claro que lo haré. Florence, ¿no prefieres que me quede contigo en tu habitación? Puedo hacerte compañía. No sé qué es lo que te está atormentando ahora mismo, pero tienes mi completo apoyo. ¿Lo sabes? —Se soltó de sus manos y le acarició una mejilla. Con la valentía que la caracterizaba, no se mordió la lengua y preguntó lo que pensaba, aunque no fuese políticamente correcto—. ¿Es por tu escasa dote?

—Mi nula dote… No hay dote… —Tragó en seco. Decidió abrir su corazón. Ya no estaba dispuesta a andarse por las ramas o a tocar con pinzas temas incómodos. No con Charlotte que era tan auténtica y le inspiraba confianza.

—La condesa te quiere. ¿Quién mejor que tú para su hijo? ¿No haría una excepción?

Florence entendía la pregunta tan lógica que le hacía Charlotte y podría responderle que, desgraciadamente, su querida madrina también estaba atada de manos. Mas no era su verdad y se le hizo ingrato revelar las circunstancias de Fiona.

—No lo sé, Charlotte. Supongo que el tiempo tendrá la última palabra. Ahora preciso hacer una pausa. Más en este momento, después del altercado de la mañana. Necesito pensar. —Fue tan sincera que su amiga cesó de insistir, a pesar de que la naturaleza de Charlotte no le permitía renunciar cuando se proponía algo. Y, en ese instante, era partidaria de que el amor entre MacAlister y Florence triunfara.

—Ve a tu refugio, toma el tiempo que necesites. Yo te cubro las espaldas. —En una muestra abnegada de solidaridad la abrazó, y ese cálido abrazo llenó de consuelo el atribulado corazón de su amiga.

Cuando se separaron, Florence inspiró con fuerza y abandonó el sofá para escabullirse a sus aposentos antes de que alguien más viese y tuviera que dar explicaciones.

Hacía más de dos horas que había llegado a su habitación y hacía hora y media que la doncella apareció tras ser enviada por su madrina para saber cómo estaba. Le trajo una bandeja con su cena, pero Florence tenía el estómago inquieto y se negó a comerla. Le explicó que se retiraría temprano, que necesitaba dormir.

Tras ayudarla a cambiarse, Fenella se llevó la comida para dejarla descansar.

Pero Florence no pudo dormirse, estaba acostada en su cama con los ojos fijos en el dintel, cuando un ruido la alertó. Sintió pavor, creyendo que podría ser Cornelius que volvía a clamar venganza.

Al ver a Cailean traspasar el umbral con rapidez y cerrar la puerta tras de sí, el alma le volvió al cuerpo. Llevaba una taza de té de porcelana que tintineaba como una campanilla, y que lucía frágil en contraste con sus rudas manos.

Se levantó a toda prisa, casi de un salto de la cama, y corrió hacia él, quien ya caminaba apresurado hasta ella.

—¿Estás bien, Flor? —preguntó preocupado, mientras dejaba la taza sobre una mesita. Acto seguido, sacó un par de *scones*[7] envueltos en una servilleta de tela de uno de los bolsillos internos de su chaqueta y los depositó sobre la mesa. De otro de los bolsillos sacó una manzana y también la puso junto a los otros alimentos—. Supe que no has comido nada. No sabía qué te apetecía. ¿Qué te duele? ¿Hay algo que no me has dicho? ¿Él te lastimó? Dime, por fav…

Ella se le abrazó de golpe sin dejarlo terminar de hablar, como si tenerlo ahí fuera su aliciente más esperado. Era como rodear a un gigante, pero cuando sus cuerpos chocaron en un delicioso calor que

no tardó en envolverlos, al tiempo que se fundían en esa fuerte y reconfortante unión, supo que él era suyo.

Ese abrazo era el mismo que sus almas clamaron tras el episodio en la biblioteca. Él la besó en la coronilla desde su majestuosa altura y se perdió en el olor a lavanda de su pelo. Florence se aferró a la roca de su anatomía, precisando refugiarse en Cailean más que respirar. Ella era todo lo que el escocés ansiaba proteger: su pequeña hada traviesa, su *wee sìth*… Haría que quien la dañara pagara de la forma más cruel.

—No es eso, estoy bien. —Enterró la cara en su pecho. El aroma varonil la envolvía y la reconfortaba, no podía renunciar a su calor—. ¿Tu madre sabe que nos queremos? ¿Te ha dicho algo? Estoy que ya veo suspicacia por todos lados.

—¿Es eso lo que te tiene así, *wee sìth*? —Él, desesperado acunó el rostro femenino y lo elevó para mirarla a los ojos, no quería perderse ninguna emoción que le revelara qué la tenía tan angustiada.

—He decepcionado a tus padres. —Su rostro reflejó desilusión —. No quiero ser una desagradecida con ellos que se han portado tan bien.

—¿Pequeña hada traviesa? —Negó reflexivo.

—Dime, gigante de las Highlands. —Trató de sonar juguetona, pero estaba muy desanimada.

—Mis padres no son ingenuos… Ellos decidieron correr el riesgo de poner a dos jóvenes inquietos y apasionados bajo su techo. ¿Qué posibilidades había de que nos enamoráramos o de que termináramos queriéndonos como hermanos? Cincuenta y cincuenta. —Negó convencido de que sus padres habían tomado una decisión y ahora debían vivir con las consecuencias.

Se sacó la chaqueta, el chaleco y se liberó de la corbata que usó durante la cena para sentirse menos acartonado. Después dobló las mangas de su camisa hasta los codos, y abrió los primeros botones.

—Eres tan tentador como el pecado, mi gigante pelirrojo, no fui tan fuerte para resistirme a tus encantos. —Rio casi sin fuerzas, perdiéndose en la firmeza de su mirada, convencida de que no podía y no quería renunciar a él, menos intentar olvidarlo.

—¿Ves? Hay una solución que te exime. Cúlpame a mí, mi florecita inglesa. —Unas roncas carcajadas varoniles abandonaron su garganta. La besó en la frente con ternura y la abrazó con genuino cariño.

—Oh, grandullón, me haces reír hasta en las situaciones más deprimentes.

—Para tu tranquilidad quiero que sepas que hablé con mi madre al llegar a Kilbraith.

Ante tal revelación, el corazón de Florence que comenzaba a sosegarse se precipitó nuevamente en estampida, como una manada de corceles que rompen su muralla de contención y salen despavoridos.

—¿Qué has hecho? ¿Exactamente qué le dijiste? ¿Y, por el amor de Dios, qué expresó al respecto? —Quiso escapar de sus brazos, pero él redujo el cerco. Sin tanta ropa estorbando, el calor de sus cuerpos era más cercano.

—Bueno, esas son muchas respuestas. Y no vine aquí para hablar de mi madre. No dijo demasiado, pero tampoco armó gran aspaviento. Creo que está asimilándolo. Solo le adelanté que te quiero y que no me casaré con otra mujer que no seas tú. —Sonaba a algo que diría Cailean, contundente y conciso—. Está interesada en saber si me correspondes y preferí dejarla en suspenso. Ya nos trata con recelo, por eso no te permitió venir a mi habitación a traer el ungüento. Si le aseguro que también te sientes atraída por mí, pondría guardias en tu puerta para evitar que yo hiciese justo lo que estoy haciendo. No olvidemos que es tu carabina y que me conoce bien.

Florence sintió los brazos de Cailean apretar el círculo en torno a su cuerpo. Sus latidos, esos corceles que galopan en completa libertad tras romper todos los cercos, aceleraron el paso. Tal vez

después sería blanco de la incertidumbre, pero no teniéndolo a su lado.

—Bésame, Cailean. Bésame por las veces que quisimos hacerlo y nos aguantamos. Olvidémonos de todos, solo quiero ser besada por ti.

12

Las palabras de Florence obnubilaron los sentidos de Cailean. Como desesperado, la alzó de la cintura para que ella pudiese llegar a su boca. Devoró sus labios como poseído por el espíritu de la pasión más salvaje y desenfrenada. La deseaba, por Dios, cuánto la deseaba. Lo hizo todo el último año y se aguantó las ganas porque ella era casi sagrada para él.

Su devoción estaba impregnada de respeto, quería seguir todos los pasos: el cortejo, el firme compromiso, la boda religiosa… Pero para un rudo escocés como él, esos pasos eran tortuosamente complicados. Prefería conquistar a la novia con una ladina sonrisa y, cuando ella le asegurara con una tímida mirada que ya tenía su corazón, tomarla de la mano a hurtadillas y huir muy lejos para reclamarla como su mujer hasta el final de los días.

Pero Florence era la protegida de sus padres. Si escapaban juntos tendría que enfrentar la furia de Malcolm MacAlister, y no podía deshonrar a su propio progenitor, a quien le debía más que la vida.

Caminó sosteniendo el peso de la muchacha sin dejar de besarla hasta que cayó sentado en la cama con ella aún entre sus brazos. Era la primera vez que la veía solo con el camisón de dormir.

Ella se sonrojó levemente cuando notó que los ojos de él recorrían la blanca y sedosa tela sobre su piel. Hasta ese momento Florence recordó que su atuendo no era el apropiado, fue tanta su felicidad por tenerlo ahí, que su juicio se nubló por completo. Pero ya era tarde para ponerse una bata.

—¿Puedo? —preguntó Cailean extendiendo una mano y ella asintió.

Los dedos del hombre no tardaron en explorar a Florence. Acariciaron sus brazos, su cuello, su escote… Quería recorrerla entera con sus manos y aprenderse cada rincón de su cuerpo, para evocarlo con los ojos cerrados cuando no la tuviese cerca.

—¿Qué será de nosotros, Cailean? No quiero renunciar a tu amor, pero tampoco traicionar a tus padres o deshonrar a los míos —confesó con la angustia atravesándola—. ¿Cómo resolveremos esto si no gano el concurso?

Él percibía su temor, lo compartía. Después de sentirla así tan suya, no podría tampoco renunciar a Florence.

—Vas a ser mi esposa… —La miró a los ojos, convencido.

—También lo deseo, pero si no gano ese premio… —Insistió.

—Florence, el duque hará negocios conmigo. Me lo reafirmó en la cena. Ni el escándalo con Banes lo hará retractarse. Es un hombre de palabra. Con él como aliado, estoy seguro de que la destilería recuperará su fuerza de antaño. Ya no te preocupes más, corazón mío. Te juré que resolvería todos nuestros problemas. Confía en mi promesa. —Dejó de hablar porque las ganas de seguir besándola lo consumían y ella lo siguió en ese beso desenfrenado. Ninguno de los dos tenía la voluntad suficiente para frenar la fuerza del deseo que los dominaba.

Ella puso sus manos sobre las mejillas masculinas, y tras contemplarlo a su antojo, disfrutando de cada trazo esculpido de su rostro se mordió el labio. No podía negar que le encantaba y él lo notó, lo que no solo le levantó más el ego, le hizo sentir que estaban unidos por el mismo fuego. Él también se sentía así, completamente atraído, absorto, hambriento, con un apetito voraz por poseerla, por explorarla y calmar sus ansias desbordadas.

Cuando ella se aproximó para unir de nuevo su boca de miel a la suya, Cailean la emboscó tumbándola suavemente de espaldas sobre el lecho. Casi le roba una sonrisa, era lo que más le gustaba,

sorprenderla, ver cómo la felicidad iluminaba su semblante como un rayo de luz.

—¿Sabes cuántas veces quise hacer esto, colarme en tus aposentos y besarte sin que nadie supiera? —Se humedeció los labios y le besó la nariz, confesándole sus más íntimos y oscuros pensamientos.

—¿Y por qué tardaste tanto en decidirte? —Florence era experta en coquetearle y a él lo enloquecía. No se escandalizó por aquel secreto revelado, al contrario, lo incitó a que se dejara vencer por el deseo.

—Ya estoy aquí —gruñó bajo y la cubrió con su cuerpo, encañonándola con la dureza de su virilidad, que palpitaba reclamando ser atendida.

—Si supieras. A veces soñaba que aparecías, te había besado en sueños antes de que me besaras por primera vez. Pero, por el Creador, no imaginé que sería así tan… tan… También compartía el deseo impuro de que me visitaras aprovechando la noche.

—No es impuro, ni pecaminoso, aunque pudiese parecerlo. No hay nada más sublime y legítimo que lo que siento por ti. Te amo, Florence. Estoy enamorado hasta los huesos.

—Cailean, yo… Te amo, grandullón, te amo demasiado.

Él sentía que su corazón iba a partirle el pecho en dos de tanto rebotar contra las paredes que lo contenían… Estaba en el paraíso con ella entre sus brazos, y Florence aprobaba cada muestra de afecto y de cariño.

—También soñé que te tenía, así como ahora te tengo, pero soñaba despierto. —No quiso dar detalles de lo que hacía en sus ensoñaciones cuando el alivio llegaba de su propia mano, mientras imaginaba mil formas de recorrer su cuerpo desnudo. Ahora era diferente, ella estaba a su lado, no tenía que fantasear.

—Hazme cuanto imaginaste en tus sueños, Cailean, no te refrenes. —Cruzó los brazos sobre la espalda del hombre, aferrándose a su torso, deseando que su virilidad se frotara contra el

vértice de sus muslos. Sin darse cuenta, anhelaba encontrar la fricción exacta sobre ese punto palpitante de su anatomía que la hacía suspirar al menor contacto.

Esa forma de enfrentarlo sin pudor cuando estaban a solas, en contraste con el temor que se veía que la recorría cuando estaban rodeados de personas, hacía que él perdiese el control.

Así que, aún vestidos se posicionó mejor entre sus piernas, robándole un gemido cuando ella percibió contra su intimidad el enorme promontorio de sus pantalones. Comenzó a impulsar sus caderas para ofrecerle lo que ella pedía, mientras recorría el cuello de Florence con su boca, haciéndola caer en una espiral de locura.

—Oh, por Dios, justo ahí. —Cailean siguió besándole el cuello, mientras empujaba suavemente. Cuando nadie los miraba ella no negaba que lo deseaba, que lo quería, que era devorada por las mismas llamas.

Sin embargo, cuando alguien más los acompañaba se ajustaba a las normas, temerosa de dar rienda suelta a lo que guardaba dentro de su ser. Una dualidad que él adoraba, que se oponía y se complementaba porque Florence confiaba tanto en Cailean, que cuando estaban a solas, podía ser ella misma sin reservas.

—¿Sabes lo que estamos haciendo, Flor? —susurró cerca de su oído, y la joven se estremeció cuando su aliento la rozó.

—Eso creo. —También murmuraba—. Lo que se reserva para la primera noche de casados.

—No puedo tomar la iniciativa si tú no eres consciente de las consecuencias. Después, ya no podremos arrepentirnos. —Él trataba de razonar, pero el deseo lo hacía contradecirse. Porque la exquisita danza de su cuerpo contra el de ella, con los sexos encontrados y prodigándose placer, preparando el terreno para la entrega, no parecía tener intención de detenerse.

—No sé si, llegados a este punto, pueda renunciar. Me sentiría tan destrozada. No quiero dejarte ir. —Su sinceridad lo desgarró, era una mujer sintiendo, anhelando y dejando el pudor fuera de la habitación.

—Sé cómo aliviar tu necesidad e incluso la mía, sin llegar al final. —Le pareció justo compartir esa información, estaba al corriente de que las mujeres no tenían todos los detalles que él ya conocía.

—¿Puedes hacer eso? ¿Cómo se puede alcanzar ese alivio sin llegar al final? —lo preguntó con tal inocencia que lo hizo sentir como un Dios, poseedor de todos los secretos.

—Ya verás, mi florecita. Podrás gozar esta noche y levantarte a la siguiente mañana intacta.

—¿Eso es posible? ¿Y entonces por qué hay tantas jóvenes que pierden su reputación y no recurren a este método?

—Tal vez sus amantes no son dados a compartir el secreto, porque se quieren quedar con la mejor parte y no tienen la fuerza para esperar.

—¿Hay una mejor parte? Quiero saberlo todo.

—Shhhh. —La silenció con dulzura sobre la oreja, excitándola más en el proceso. Llevó dos dedos a la boca de Florence, le acarició los labios con estos y empujó suavemente, para darle a entender que los abriera y chupara. Ella lo hizo, era una alumna que anhelaba aprender.

Los dedos empapados del varón recorrieron el perfil de su rostro, el cuello y después bajaron hasta el ombligo, donde levantó el camisón y le arrebató los calzones, dejándola semidesnuda… Porque si la liberaba por completo de su vestidura, contenerse iba a ser una misión en la que podía fracasar. No podía correr tanto riesgo.

Sus dedos acariciaron entre sus piernas y ella se quedó gimiendo, se abandonó por completo… Era tan placentero…

A Florence ya no le importaba si todos descubrían que era la amante de aquel hombre… Menos si la lanzaban a la hoguera por dejarse vencer por las garras del impúdico placer… Que la condenaran, pero después de vivir esa experiencia hasta sus últimas consecuencias. Su intimidad ardía, era un cúmulo de pulsaciones,

sus pezones enhiestos, su piel completamente erizada… y él dándose un festín, ella era tan hermosa…

Cailean se saboreó los labios mientras veía sus dedos acariciar los pliegues femeninos, sabía que no tardaría mucho en probarlos, la boca se le estaba haciendo agua, pero quería disfrutarla con calma y hacerla gozar tanto como le había prometido. Jugó con su humedad, la frotó en círculos, con el nudo de nervios inflamado entre las yemas de sus dedos.

—Dime, Florence, ¿ya te habías tocado así? ¿Alguien te había tocado así?

—Por Dios, no. ¿Hay algo de malo en eso? No sabía que se podía…

—No hay nada de malo, pero te has perdido de mucho. Así que vamos a remediarlo de inmediato. —Era tan excitante tener su primera vez. Quería llevarla a la cima del placer para ver su cara cuando el primer orgasmo la golpeara—. No tenemos prisa, tómalo con calma, todos se fueron a dormir y he cerrado muy bien la puerta. Es nuestro espacio seguro. Escuché a mi madre pedirle un remedio a su doncella para dormir profundo. Nadie va a interrumpirnos. Estás a salvo conmigo…

Esas palabras la hicieron relajarse todavía más. Quería quedarse ahí para siempre y él eso buscaba, que toda preocupación se borrara de su mente, para que se entregara en cuerpo y alma a ese momento. Deseaba construir experiencias que ella pudiese recordar con una sonrisa, sin incomodidad o vergüenza.

Acunó uno de sus pechos con la mano libre, sin dejar de masajear el delicioso botón. Los pliegues estaban resbaladizos, y sería fácil introducir uno de sus dedos o dos, pero no podía correr… Ella merecía vivir cada paso con calma, para que el despertar de su intimidad fuera glorioso y memorable. Cailean no se conformaría con menos.

Acogió un pezón dentro de su boca y lo chupó con vehemencia. Lo acarició con su lengua, incluso con sus dientes, mientras sus dedos se jugaban todo allá abajo, tentándola, llevándola a las

puertas de la liberación y frenando, para hacerla anhelar más y que su deseo se volviera más álgido, más violento, más arrasador…

—Oh, por el Creador, ya no te detengas. ¿Por qué me torturas así? ¿Buscas mi placer o hacerme llorar de rabia? Harás que mi corazón colapse. —Y no mentía, todo su cuerpo vibraba, necesitaba desfogar las ansias que Cailean incentivó.

Él mismo estaba temblando, recurría a toda la fuerza de su voluntad para no enterrarse entre sus piernas y arremeter hasta terminar, hasta vaciarse estocada tras estocada… Pero puso el placer de ella por encima del propio, él podía esperar, lo que haría su propio orgasmo más placentero.

Acarició el seno con el que había estado jugando con la lengua y fue por el otro, capturó el pezón y lo mordió suavemente hasta que los gemidos de ella se descontrolaron.

—Oh, Dios bendito… Te amo, te amo. —Su voz se escuchaba afectada, lánguida y entrecortada.

En el justo momento que ella parecía alcanzar la parte más empinada de la cima, él dejó de castigar sus pechos y subió… Contempló su rostro mientras sus dedos arremetieron con movimientos más ágiles, más certeros, sobre el excitado botón. Un gemido áspero abandonó los labios de Florence y le clavó las uñas en la espalda, mientras se impulsaba contra sus dedos. Así supo que ella estaba tocando el cielo, y lo prolongó todo lo que pudo hasta que Flor buscó sus labios con desesperación, necesitaba un beso que calmara el descontrol de sus latidos.

—Yo también te amo, Florence, y espero que haya sido muy bueno para ti.

Ella lo contemplaba extasiada como si él fuera el Dios de la lujuria, experto en las artes amatorias y los secretos mejor guardados del corazón. Ya no volvería a mirarlo igual. Entonces, se topó con la evidente erección de él que parecía que iba a hacer estallar las costuras del pantalón.

Sin temor llevó su mano hasta la punta y la cubrió con la palma, él estaba tan sensible que cerró los ojos, no esperó esa respuesta.

Florence lo acarició por encima de la tela.

—Tú no te ves tan complacido como yo…

—Flor, yo…

—Prometiste que ambos quedaríamos exhaustos. Enséñame… —Se mordió el labio inferior y él que pensaba contener su deseo, para no abrumarla con tantas sensaciones y exceso de información, ya no pudo resistirse. Menos con la palma caliente de ella sobre la sedosa piel de su hombría.

—¿Segura?

Florence asintió con timidez, pero llena de expectación. Mientras lo instaba a liberarse del pantalón, el que apartaron, siguiéndole los calzones.

—Eres tan atractivo —dijo con los ojos clavados en sus piernas fuertes como robles, y en su erección que se elevaba como un mástil.

Cailean liberó los últimos botones de su camisa sin una gota de pudor, y los ojos de ella lo recorrieron como a una revelación o un espejismo, pero de carne y hueso, tan real como el calor que su piel desprendía. Él se dejó caer en la cama sobre su espalda y la arrimó a su costado.

—Tócame… —ordenó y Florence creyó que nunca iba a pedírselo. Estaba por tomar la iniciativa.

—Es… —Lo recorrió con un dedo de la punta hasta la base, sorprendida por la sedosidad de la piel y la dureza en contraposición.

—Sin miedo, sostenlo en un puño y sube y baja lentamente.

Ella, obediente, siguió la instrucción. El escocés cerró los ojos para concentrarse en su toque. Un gruñido gutural abandonó su garganta. La mano masculina no tardó en cubrir la de la mujer para mostrarle cómo brindarle placer. Fue receptiva y se dejó guiar llena de curiosidad, expectación y deseo. Como la estudiante aventajada que era, recordó que él agasajó su cuerpo mientras le acarició con tanta maestría su intimidad y supuso que eso era necesario.

Mientras la mano femenina subía y bajaba por el eje, guiada por la de él, Florence recorrió con la otra mano libre los pectorales de Cailean, y también probó suerte desperdigando sus besos sobre estos, sobre su torso, su cuello, sus hombros… Aquello lo puso a jadear… Ella aprendía rápido. El varón concluyó que en el lecho sería un hombre muy bendecido.

Excitado a más no poder, a nada de llegar a la cúspide, aceleró los embates de su mano sobre su hombría y ella terminó conmovida por tanta belleza masculina manifestándose ante sus ojos.

—¿Eso hacías cuando soñabas despierto conmigo, mi amor? —le susurró y avivó más la flama de su deseo.

—Sí, por el Infierno, sí. Pero es mejor ahora, teniéndote aquí. Sigue tú sola, más rápido, hazme terminar…

Ella se dejó guiar por los gemidos y lo agitó entre sus dedos hasta que, tras un gruñido masculino, sobrevino una potente descarga que premió sus esfuerzos. No dejó de moverlo hasta que él la arrancó del lecho para subirla sobre su cuerpo y se apoderó de sus labios. Entre jadeos de gozo y sensación de plenitud, la besó como si encontrara un riachuelo de agua clara tras vagar sediento varios días.

—Te amo, te amo, Florence.

Los besos fueron cada vez más apasionados. El pecho masculino se elevaba una y otra vez con la respiración acelerada.

—Yo también te amo, mi escocés dueño de los secretos más deliciosos. ¿Por qué tardaste tanto en compartirlos conmigo?

—Todo llega en el momento preciso, este era nuestro momento.

13

Estaba somnolienta cuando lo sintió deslizarse entre las sombras del amanecer, le dejó un beso en los labios y le pidió que continuara descansando. Se durmió de un tirón, en los brazos plácidos de Morfeo.

A la mañana siguiente, cuando la doncella llegó para correr las cortinas y dejar entrar los tímidos rayos de sol, ella no podía sentirse más colmada, más satisfecha. Incluso sonrió entre sueños. Todo eran buenas noticias y excelentes augurios, como un velero que el viento llevaba por el camino correcto.

Remoloneó todo lo que pudo, renuente a abandonar la cama y salir de debajo de las sábanas. Hizo inventario de sus victorias.

Se habían librado de Cornelius, Charlotte no era un impedimento. Y, además, la noche anterior en la cena, Hayden anunció que el negocio entre ambas casas era tan firme como una roca, lo que tranquilizó a Cailean, quien tal vez pensó que tras la pelea todo estaría perdido.

Por otro lado, ella tenía en la mira cómo podría ganar las libras del Premio Hayden-Cumberland. Ambos luchando con todas sus fuerzas por su amor. ¿Qué más podía pedirle a la vida? El hombre que amaba le correspondía. Luchaba codo a codo con ella para que ningún obstáculo fuese lo suficientemente elevado o poderoso como para apartarlos.

Y, además, ese hombre era poseedor de todos los secretos de la cama, la había puesto a rabiar sin siquiera corromper su pureza. Mientras se afanaban por conseguir sus metas, podrían continuar disfrutando de las bondades de sus cuerpos en el más absoluto y

delicioso secreto. Tenían la mejor coartada de todas, vivían juntos bajo el techo de una casa honorable, con cuidadores respetados. Nadie sospecharía que ardían bajo el manto protector de la noche. Estar juntos aligeraba la espera y las espinas del camino, en lo que uno de los dos resolvía el problema de fondos de las familias.

Cailean confiaba en Florence para salvar la relación, así como ella tenía fe en la habilidad de él para establecer el negocio que llenaría sus arcas. La forma en que se comunicaban y aceptaban la hacía quererlo más. La mayoría de los hombres no tolerarían que sus damas los sacaran del atolladero. ¿Quién lo diría de su rudo escocés?

El olor de estofado de cerdo caliente, pan recién horneado, mermelada de trufa con frambuesas y té hizo que el estómago le rugiera.

—¿Has traído comida, Fenella? —No se dio cuenta hasta ese momento.

—Sí, señorita. Lady Kennox supuso que seguiría sintiéndose mal porque todos despertaron hace rato y usted no dio señales. Y como anoche durmió sin cenar, le mandó una comida muy suculenta. ¿Le sirvo el té?

—Cailean… Es decir, lord MacAlister, ¿también estuvo en el comedor?

—Sí, señorita, parecía de excelente humor.

—Ayúdame primero a adecentarme y vestirme, por favor, y después probaré los alimentos.

Así lo hicieron y mientras añadía la leche tibia a su té, alguien llamó a la puerta. La sangre se le heló del susto creyendo que sería él. Fenella era de su total confianza, pero la discreción era su mayor reto. Al escuchar la voz de Charlotte intentó serenarse. Le pidió a la doncella que las dejara a solas.

Su amiga tomó asiento frente a ella, se notaba preocupada y llegó dispuesta a interrogarla sobre la razón por la que Florence se había ausentado dos veces ya del comedor. Tuvo que tranquilizarla.

—Ya estoy bien, solo dormí demasiado profundo, tanto que no me desperté a tiempo. No entiendo por qué Fenella no me despertó.

—Posiblemente tu madrina le pidió que te dejara reposar.

—Muy probablemente. Pero ya ves que estoy con ánimo renovado.

—Demasiado, podría añadir. —Charlotte la estudió perspicaz—. ¿Tu cambio de humor tiene que ver con un alto y pelirrojo escocés? ¿Conversaron después del altercado con Cornelius Banes? Supongo que un acuerdo entre ambos podría ser la causa de ese brillo en tu semblante.

Florence carraspeó y necesitó aclararse la voz.

—Sí, se puede decir que hablamos. Pero es un secreto, por favor no le digas a nadie. —Se sorprendió, Emily y Ettie eran las perspicaces, Charlotte solía estar más centrada en sí misma y despistarse ante ciertas señales que para la mayoría eran evidentes.

—Mi boca está sellada. —Sonrió con picardía—. Después de no descubrir el romance entre Emily y Zachary hasta que estalló delante de mis ojos, soy más observadora. Me perdía de mucho por vivir centrada en mi propio drama.

—Tu propio drama —repitió pensativa tras dar un sorbo a su bebida— ¿Algún me contarás tu historia, Charlotte? Porque yo sí soy muy observadora y aunque, a veces, pareces la más alegre de todas, cuando nadie te ve hay cierta languidez que no se borra de tu mirada.

Charlotte se puso de pie y sin contestar de inmediato se acercó a la ventana a simular que contemplaba el paisaje exterior. Florence la escuchó inhalar fuerte y después la vio regresar a la mesa. Se tomó su tiempo para responder, como si reuniera fuerzas para que no se le quebrara la voz.

—Algún día, no voy a mentirte y decirte que no hay un secreto. Pero ahora no tengo la fuerza necesaria para desenterrar ese capítulo de mi vida.

—Oh, amiga… —Sintió el dolor que recorrió a su amiga y se arrepintió en el acto de destapar esos recuerdos. No creyó que el fundamento de sus sospechas fuera tan profundo—. No tienes que… Sabes que estoy aquí para ti cuando lo requieras.

—Lo sé, mi querida Flor, mejor hablemos de algo bonito. ¿Ya arreglaste tus asuntos con Laird? ¿Habrá boda? Porque ese hombre no es de los que se dejen llevar por las riendas de otros. Así que, si sus padres desean que despose a alguien más, tendrán que acostumbrarse a la idea de que eres la elegida.

—Me ama. —Fue todo lo que pudo revelar y sus ojos expresaron lo que sentía sin palabras.

La sonrisa de Charlotte se ensanchó, al igual que la de Florence, como dos cómplices de un delicioso secreto, de esos que es adorable compartir.

—Y él derribaría un ejército por ti… —agregó juguetona—. Ayer lo dejó más que demostrado. Esto merece un abrazo.

Charlotte se puso de pie y Florence le siguió, se abrazaron con fuerza y afecto.

—Algún día llegará tu príncipe azul, también caerás.

—No lo creo, no soy tan romántica como tú o Emily. Y lo tuyo no es precisamente un príncipe azul. Laird parece todo menos uno. Es el antihéroe, el villano tentador y feroz de cualquier cuento de hadas que se pretenda escribir —bromeó con absoluta desfachatez y el premio fueron las carcajadas de Florence que lucía más y más enamorada de su escocés—. Si algún día me dejo conquistar, no quiero al caballero correcto. Tiene que superarme en ingenio, ser más atrevido que yo, de esos que rompen la cristalería completa. Lo contrario me aburre.

—Amiga, me dejas pasmada. Sabes exactamente lo que quieres. —Risas—. Si veo uno así por los grandes salones de Londres, te haré una seña para que no lo dejes escapar.

—Oh, no creo que mi enamorado frecuente salones de baile, pero permitiré que la vida me sorprenda.

Rieron hasta que les dolió el estómago. A veces esas charlas era lo más grato de la vida. Amigas con las que podías desnudar el alma, sin la necesidad de fingir ser alguien más.

14



Esa noche todos participaron de la cena y fueron muy amables con Florence. Había cierta complicidad entre los más jóvenes, como si reconocieran que la dama de Cailean sería Florence y nadie más. No se decía en voz alta, pero estaban felices por haberse librado de la sanguijuela. Incluso, brindaron y cantaron victoria por no tener que soportar la presencia indeseable de Cornelius Banes.

Cailean se sentía más seguro y pleno que nunca, estuvo a un suspiro de poseerla, aunque decidió usar su ingenio para calmar las ansias de ambos sin que quedara evidencia del encuentro. El selecto grupo celebró que firmarían los papeles del negocio entre Hayden y MacAlister al llegar a Londres.

Lady Kennox estaba más nerviosa por esto último, que por lo ocurrido con Cornelius Banes o la revelación de su hijo sobre los sentimientos que tenía por Florence. El insensato y el duque hablaban de la alianza comercial como si ya fuese un hecho irreversible.

La dama estaba muy temerosa, no sabía qué diría su esposo cuando se enterase de que su heredero y ella habían tramado todo a sus espaldas. Porque lord Kennox le había dado a Cailean el poder de firmar en su nombre cualquier contrato o documentación.

El pelirrojo notó el sobresalto de su madre, quien aguantó como pudo la larga cena y lo que aconteció después: juegos de mesa entre los invitados, seguidos de la charla de política y negocios de ellos en el salón para caballeros, y la tertulia de las damas en la estancia principal, mientras degustaban un jerez.

Y cuando más animada estaba la conversación entre MacAlister, Hayden y Zachary, el primero vio a su madre aproximarse para interrumpirlos. Le pidió a su hijo, sin más dilación, reunirse ambos en el estudio. Fiona jamás actuaba de esa manera, por lo que él decidió seguirla de inmediato.

Cuando estuvieron a solas, Fiona dejó escapar lo que la consumía por dentro. Ya no podía más.

—Hijo, espero que no estés pensando firmar esos papeles con el poder que te ha entregado tu padre para suplirlo de ser necesario… Lo tomaría como una traición. —Lady Kennox se negó a acomodarse en el asiento que le ofreció Cailean. Él tampoco se sentó.

—Madre, yo… —La miraba a los ojos, mientras pensaba muy bien cuál sería su respuesta.

—¿Lo has considerado? —Volvió a hablar, desesperada, sin darle tiempo a ordenar sus ideas—. Por todos los cielos. Reconozco que tu padre se comporta con una terquedad absurda e inquebrantable, pero no puedes traicionarlo… No te perdonaría… Lo conozco, sé que no lo haría. Por más difícil que sea la situación, debes hablar con la verdad.

—Madre, no deseo verme en la penosa necesidad de traicionar a mi padre. Menos terminar depositando mi firma en unos documentos que no solo van en contra de sus designios, sino que cambiarían el curso de la historia de los MacAlister para siempre. Pero amo a Flor… —Se acomodó el cabello en un acto desesperado. ¿Cómo podía hacerla entender que llevaba años tratando de convencer a su padre de emplear técnicas más avanzadas y que aquel seguía anclado en el pasado, como si el mundo no girara hacia el progreso a un ritmo constante? Negó—. Y ambas familias nos estamos hundiendo… Los padres de Flor están casi en la miseria y nosotros a un maldito paso de…

—No blasfemes en mi presencia, hijo. Sigo siendo tu madre. —Estaba entre su esposo y su razón de vivir. Qué difícil circunstancia.

—No quiero traicionar a papá… ¿Pero, acaso, no es él quien nos traiciona a nosotros, si se aferra a sus ideas y no nos da la oportunidad de salvarnos?

Fiona comprendió a lo que se refería. ¿Cómo ser leal a los dos cuando se oponían?

—Habla con tu padre… Aunque sea duro… Negocia con él… Eres tan convincente, por amor al Altísimo. A mí casi me tienes de tu lado. Todo lo que he hecho jamás me lo habría planteado antes. Me convenciste de ayudarte y ahora estoy metida en el fango hasta el cuello. ¿Eres consciente de que jamás le he mentido a tu padre? Quizás el daño vaya más allá de nuestra solvencia económica… Tal vez Malcolm deje de quererme y este engaño, también mío, me cueste el matrimonio. Accedí a acompañarte, pero no harías nada sin contar con él.

Cailean miró al techo, abrumado. Ese desenlace no lo vio venir. Sabía cuánto se amaban sus padres. No podía causarles un dolor tan grande a ambos. ¿Ser responsable de desavenencias en el matrimonio de sus progenitores?

—Regresemos a Londres, allá tomaré mi decisión —sentenció con la mirada tan afilada que podría cortar lo que se antepusiera en su paso.

—¿Y cuál es tu decisión? —Su madre era consciente de que aún no le respondía. No podría asegurar cuáles eran sus intenciones. ¿Hablar o aprovechar el poder para firmar sin el conocimiento de Malcolm?

—Hablar con mi padre… —dijo lo más lógico para un hombre de principios, de moral arraigada y valores familiares bien cimentados. La sangre antes que lo demás. Después pensó en la posibilidad de quedar arruinados y de perder a Florence, porque ella lo elegía antes que a todo. ¿Pero tendría el mismo valor cuando sus hermanos pequeños no tuvieran pan para subsistir o fuego en el invierno? Entonces, con la mandíbula tensa, pensó en voz alta, con la voz áspera y rasposa, haciendo que su madre temiera el desenlace entre

los hombres que más amaba—: O pasar por encima de la autoridad de mi padre, gracias a los poderes que me ha conferido.

—Oh, por Dios, ¡lo estás considerando! Cailean, no puedes. No permitiré que rompas el lazo que te une a tu padre. Eres lo más grande que tiene. Lo matarás en vida.

—Madre… —Avergonzado bajó la cabeza, decidido a salvarlos a todos por encima, incluso, de lo impuesto por su progenitor—. Por cualquier medio rescataré el patrimonio y me casaré con Flor. Si mi padre me ama y me respeta como aseguras, tendrá que poner sus ideas obsoletas y su orgullo a un lado, y dejarme conseguir lo que él por la vía elegida no ha podido lograr: librarnos de las garras de la ruina.

Lady Kennox sintió que un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Él hablaba con tanta seguridad que, aunque deseaba amonestarlo, creció la admiración que le tenía. Era igual a su padre en su juventud, la otra cara de la moneda, pero con idéntico espíritu inquebrantable, sin dudas.

—¿Y estás seguro de que ella quiere lo mismo? —Su voz era un susurro melodioso, estaba casi convencida de ponerse al lado de su guerrero Cailean. El muchacho, como le decían ella y su esposo con cariño, aunque ya era un hombre demasiado maduro, tenía derecho a probar una alternativa si la de Malcolm no estaba funcionando tras años de llevarla a la práctica.

—¿Por qué lo preguntas? —Titubeó. El acercamiento que había logrado con su *wee sìth*, su pequeña hada, podía obstaculizarse si su madre se enteraba de que la quería. Redoblaría la vigilancia para que la virtud de la damisela bajo su cuidado no fuera robada. Y Fiona conocía demasiado bien a su hijo, lo había visto crecer. Sabía que al menor descuido iría por Florence.

—Porque no voy a obligarla a casarse contigo, aunque seas mi hijo y la ames. —Fiona también era astuta, lo arrinconaba para que confesara qué sabía aquel sobre los sentimientos de su ahijada—. Primero debes preguntarle si quiere que sacrifiques la relación con tu padre… Segundo indagar si te corresponde… Porque no me

contestaste cuando te interrogué la otra vez. Me haces dudar de si es un capricho tuyo o estás confundido por pasar tanto tiempo a su lado. Sé que eres insistente y si ella no te corresponde, tratarás de conquistarla.

Cailean era valiente, así que, tras exhalar con fuerza, enfrentó a su madre —la carabina de la mujer que tenía su corazón y su cordura en un puño—. Ella lo miró con los brazos cruzados sobre el pecho cuando lo vio decidido a confesar

—Flor me ama, madre. Siempre me ha amado. Pero es incapaz de ponernos por encima de su familia, de la nuestra… ¿O por qué crees que se aferra a este nuevo concurso con tanta determinación? Perder el anterior Premio Cumberland fue devastador para ella. Quería la dote para convertirse en mi esposa y salvar a los Fairbairn y nosotros.

—¿Por eso dejó la vida en los retos de ese concurso? Esa muchacha es… Ay, por Dios. Nuestra florecita tiene un corazón de oro. —Tuvo que tantear con la mano la silla más cercana, acercarla y dejarse caer en ella. En su mente imágenes, frases, en fin, recuerdos, cobraban sentido. ¿Cómo fue tan ingenua? Suspiró y dos lágrimas corrieron por sus mejillas, mientras parecía entender la verdad más grande que acababa de escuchar—: Por el Creador, tú y Florence deben casarse cuanto antes. Qué ciega he sido. No solo se aman… ¿Qué dirá la alta sociedad si se entera de los sentimientos que comparten sin estar casados? Pensarán que han campado libre a sus anchas bajo nuestro techo… Y Malcolm y yo hemos sido tan laxos con las normas. ¡Espero, Cailean Malcolm Alexander MacAlister que no hayas corrompido la moral de esa muchacha mientras tu padre y yo permanecíamos ajenos como dos idiotas!

Lady Kennox soltó un par de maldiciones en un perfecto gaélico escocés que no sorprendieron a su primogénito. Cailean eligió de una estantería la mejor botella de *whisky* que tenía su padre en el estudio y le sirvió un trago muy generoso a su madre. No era la primera vez que la escuchaba maldecir cuando la ocasión lo exigía y estaba en un ambiente de confianza, donde no sería juzgada.

—Si lo que te preocupa exactamente es si sigue siendo virgen te informo que en sentido estricto lo es —dijo como si conversara sobre el clima. Siempre había hablado sin tapujos delante de sus padres, que le dieron más de la confianza habitual.

—¿Cómo puedes ser tan desvergonzado como para hablarme así sin que te tiemble ni un músculo? —No quiso esperar la respuesta—. Considero que es necesario encontrar una excusa para acelerar el viaje a Londres.

—No lo creo posible. Nuestros invitados esperan un mínimo de cortesía y les prometí pescar en el río, un paseo por el pueblo y un itinerario muy específico de diversión a la que no querrán renunciar, salvo que fuese de fuerza mayor. No voy a mentir porque tus nervios no acepten una realidad que no es nueva. Florence y yo llevamos años así y nos hemos comportado como corresponde, dentro de lo que cabe. Como te he dicho, sigue siendo virgen.

Le extendió la mano a su madre para regresar al salón, ya habían dejado solos mucho tiempo a los huéspedes. Fiona la tomó con un terrible dolor de cabeza.

—¿Me disculpas con los demás?

—Por supuesto —contestó y no pudo ocultar que le encantaba la idea de prescindir de la chaperona. Una sonrisa cínica y victoriosa afloró en su semblante.

—Cailean Malcolm Alexander MacAlister si le tocas un pelo… —Ella puso cara de tormento al imaginar de qué formas su hijo habría profanado a la joven que estaba bajo su custodia—. Te informo que Fenella dormirá esta y otras noches en un catre en la habitación de Florence.

Entonces la sonrisa en el rostro del escocés se transformó en una mueca retorcida. Justo lo que temía. La carabina extremaría el desempeño de sus funciones. Negó convencido de que debió alargar la revelación del secreto que Florence y él mantuvieron tan celosamente guardado.

15

Florence no se ofendió cuando su madrina ordenó que la doncella durmiera en un catre en sus habitaciones. Se lamentó por la pobre mujer. Probablemente terminaría con dolores de espalda. Pero entendía los temores de Fiona. Tras lo revelado, era previsible su proceder.

Cailean y ella habían encendido el fuego en los aposentos y no precisamente de la chimenea. Solo pedía que la vigilancia no se extendiese a Londres. Para ella no era suficiente compartir miradas furtivas, besos a escondidas y roces atrevidos cuando todos a su alrededor estaban distraídos.

La tortura era insoportable. Tan cerca y sin poder abrazar su cuerpo en busca de refugio. Era un suplicio no abandonarse a las caricias de sus dedos hasta que le hicieran perder la razón. Más, porque ya había tenido una muestra de lo que podían conseguir sus prodigiosas manos cuando la recorrían.

Se conformaban con prodigarse amor en los rincones cuando los demás estaban ausentes, o con la complicidad de Charlotte que los encubría. Sobre todo, porque lady Kennox se volvió más perspicaz y no los perdía de vista. Escapar de su mirada de águila avizora se volvió un reto.

Pero ellos siempre encontraban un momento para decirse cuánto se querían y darse fugaces muestras de cariño. Tendrían que buscar una solución, era imperioso distraer a la carabina a su regreso a Londres.

Tras una semana inolvidable en las Tierras Altas llegó la hora de regresar a la gran ciudad y a los compromisos ineludibles.

La espalda de Fenella fue la que más lo agradeció, esperaba que a su señora se le ocurriera un plan alternativo a dejarla de custodia designada de la señorita.

Llegaron a Kennox House tan tarde que decidieron tomar la cena en sus habitaciones. Malcolm estaba ansioso porque le contaran cómo había transcurrido el viaje de esparcimiento, pero tanto su hijo como su esposa estuvieron esquivos alegando cansancio.

Florence sabía la verdad y le dolía. Quería a Malcolm como a un padre.

Antes de dirigirse cada uno a sus habitaciones, justo donde el pasillo se bifurcaba, Cailean y Flor se detuvieron con la intención de intercambiar unas palabras. Aprovecharon que los condes acababan de retirarse a sus aposentos.

Fenella, como guardiana investida, se quedó de testigo. Para ella ya no había secretos, la condesa le confió la responsabilidad de ser sus ojos y sus oídos cuando no podía estar presente. Ni siquiera le pidió discreción, estaba de más. Solo le enfatizó que lord Kennox no podía sospechar lo que se cernía bajo sus narices, hasta que ella le informara apropiadamente. Temía que pondría el grito en el cielo.

Los jóvenes no tuvieron más alternativa que hablar delante de ella.

—Escocés enorme, piensa bien lo que harás. No me perdonaría que, por mí, arruines la relación con tu padre. —Trató de darle un aire jocoso a su comentario, pero su voz sonó triste.

Sin embargo, él no permitió que Florence se abrazara a la culpa.

—La situación entre mi padre y yo estallaría contigo o sin ti, pequeña hada. No te claves la daga en el pecho. Mi familia se hunde, era cuestión de tiempo que yo desafiara al patriarca y le exigiera que me dejase tomar el control.

—Malcolm no es un tirano, no tienes por qué desafiarlo, es el padre más amoroso que he conocido. Es verdad que es terco e inamovible; sin embargo, ¿no lo eres tú también? Habla con él, intenta razonar, pero no le rompas el corazón a ese viejo testarudo que solo hace lo que cree mejor para todos nosotros —agregó con afecto. No le dijo que, aunque ella quería a su progenitor, el señor Fairbairn, muchas veces deseó que hubiese sido la mitad de centrado y protector que lord Kennox—. Descansa, grandullón.

—Duerme y sueña con el paraíso.

Tras despedirse, siguieron el camino hacia sus aposentos.

Cuando Fenella cerró la puerta de la habitación, Florence pidió que le preparasen el baño. Estaba exhausta y si no se sumergía en agua casi hirviendo, no podría atenuar la tensión de todo su cuerpo.

Fenella no estuvo de acuerdo, así que trató de hacerla desistir.

—Va a resfriarse, señorita.

—Sé lo que te digo, si no lo hago despertaré hacia la medianoche y sufriré de insomnio hasta el amanecer. ¿Quieres ser responsable de que mañana tenga dos círculos enormes y oscuros alrededor de mis ojos?

—Pues me haría compañía —rezongó como de costumbre.

Florence sonrió con pesar, la doncella estaba pagando por los líos amorosos de ella y de Cailean.

—Tienes razón. ¿Qué te parece si mandas a alguna de las criadas a ayudarme con el baño y que me traiga la cena, y tú te vas a tu habitación para descansar debajo de tus mantas calientes?

—La condesa dijo…

—Querida Fenella, la condesa dormirá hasta tarde. Abrirá los ojos cuando tú descorras sus cortinas y la despiertes. Ni siquiera sabrá dónde has pasado la noche. ¿Crees justo que te inmoles otro día más en un catre? Descansa en la comodidad de tu cuarto, tu espalda te lo agradecerá.

La esperanza iluminó el rostro de la doncella, pero después a sus ojos asomó la más férrea responsabilidad.

—Si pasa lo peor, lady Kennox se hará un abrigo con mi piel.

—No seas dramática, querida Fenella. Primero, soy un dechado de virtudes. Segundo, mi madrina tiene un alma bondadosa inclinada al perdón y la caridad.

—En eso tiene razón, señorita, y, además, todos estamos rendidos. Nos merecemos descansar como es debido.

Florence bostezó y sus ojos parecían cerrarse. Fenella negó y le fue imposible seguir rebatiendo. Estaba exhausta y al siguiente día la jornada prometía ser igual de agotadora.

—Confío en que no me dará dolores de cabeza ni a mí ni a su madrina. Jamás ha hecho lo contrario. Como dijo lady Kennox: «es solo por extremar precauciones, pues mi ahijada es la joven más respetuosa del decoro y las buenas costumbres que he conocido».

Ella asintió y observó a la doncella partir.

Cuando otra criada apareció en la puerta, tomó su baño, cenó con premura y esperó con un sobresalto en el estómago… Pero, por todos los cielos, no daría marcha atrás.

Florence se escabulló con sigilo por los pasillos de la mansión hasta las habitaciones de Cailean. Con cuidado accionó el picaporte y agradeció para sus adentros al encontrar que no tenía seguro. Atravesó una sala previa con dos sillones y una mesita en medio. Después llegó a una amplia estancia donde había otra mesa con dos sillas. Parecía que él había terminado de comer hacía rato, porque ya habían retirado el servicio.

Lo encontró sentado en un sillón orejero, mientras observaba el brillo del licor ámbar de su *whisky* contra la luz del fuego de la chimenea que caldeaba el sitio.

—¿Pequeña hada traviesa? ¿Cómo conseguiste zafarte de Fenella? Seguro estaba tan cansada que te escurriste de puntillas… —Negó sorprendido por su osadía.

—Mejor aún. La convencí de que merecía dormir en su cama y en su habitación. Pero no le digas a nadie. Será nuestro secreto.

Una sonrisa ladina se dibujó en el rostro masculino.

—Eres ingeniosa, *wee sìth*.

—Mañana todo será diferente, tendrás que hablar con tu padre. Seguro tu madre le dirá que deseamos casarnos y que ninguno desposará a alguien más… No sé cómo reaccionará Malcolm… Tal vez me obliguen a volver con mis padres…

—No lo permitiría. —Le abrió los brazos, la sentó en una de sus rodillas y le acarició el pelo suelto. Adoraba perderse en su suavidad y su aroma a lavanda.

Florence estiró la mano y tomó la copa de *whisky*, bebió un sorbo largo y tuvo que toser cuando el alcohol bajó por su garganta. Era la primera vez que se atrevía a probarlo, a pesar de que la familia se dedicaba a producirlo.

—Tendré que enseñarte a tomar *whisky*, así no te timará el personal cuando el resultado de la producción no sea el esperado.

—¿Yo?

—Sí, cariño, los dos nos pondremos al frente del timón de nuestro barco. Jamás te dejaré en la casa como un florero de decoración. Por eso me enamoré de ti, tú eres diferente, eres capaz de guiar a la familia en medio de una tempestad… No necesitas a un hombre para ganar. ¿Recuerdas esa vez que todos nos enfermamos en casa con ese resfriado que dejó en cama hasta los criados? ¿Quién tomó el mando de las cocinas preparando caldo de aves y hierbas y esas infusiones calientes con miel, ajo y cebolla que nos hizo expulsar hasta el diablo del cuerpo?

—No fue nada. Me curé antes que el resto porque todos los días tomo dos cucharadas de la miel más nutritiva que sacamos de la colmena.

—¿Y cuándo aquella oveja recién nacida se quedó sin madre, y estaba más muerta que viva, sin esperanzas…? ¿Quién la acunó en sus brazos y la sacó adelante con una fuerza admirable? Oh,

florecita mía, no solo te quiero porque me calientas hasta el alma, te metiste dentro de mi piel, en mis entrañas… Eres la mujer que deseo a mi lado, no me conformaré con ninguna otra.

—¿Oh, entonces, no me elegiste porque te caliento hasta el alma? Creo que poner todo mi empeño para engatusar a la doncella y escabullirme a tu encuentro con la intención de que me enseñes otro de tus deliciosos trucos, no era tan imperioso… —Simuló indignación.

Se puso de pie fingiendo dirigirse a la puerta, espalda recta, cabeza erguida y nariz empinada.

Ipso facto, él la hizo aterrizar de nuevo sobre sus rodillas, apretándola contra su erección y apoderándose de esa boca perniciosa que lo enloquecía hasta niveles que él mismo desconocía.

Ella rio sobre los labios masculinos, mientras él la asolaba con su forma despiadada de besar.

—Te amo, pelirrojo pendenciero. Aún recuerdo cómo me salvaste de ese truhan de Cornelius y solo puedo quedarme con cara de idiota enamorada.

—¿De verdad? ¿A quién más hay que romperle los huesos? —Porque sí, el doctor que revisó al antes mencionado le diagnosticó un brazo fracturado.

Cailean se puso de pie con ella entre sus brazos, era como una delicada paloma a la que no le costaba levantar en peso. Caminó sin dejar de asediarla con sus besos hacia la cama y la depositó como a la carga más preciosa.

Esta vez no fue tan honorable. Ya no tenía dudas de que sería su esposa al costo que fuere. Se libró de su bata y sus demás vestiduras, mostrándose ante la señorita como Dios lo trajo al mundo.

Ella se mordió el labio al contemplar la figura masculina a la luz del fuego que ardía. Tuvo que tragar en seco, y sin temor, presa del deseo, se apuró a deshacerse de su bata, de su camisón y de todo lo demás que fuera un estorbo.

Jamás olvidaría la cara de aquel hombre al contemplarla por primera vez sin ninguna tela interfiriendo. Deseo, pasión, lujuria… Amor, sobre todo amor.

Cailean se lanzó a la boca de Florence y la exploró como jamás lo había hecho, con ansias desbordadas, con una sed asoladora, con un hambre que nunca había sido saciado… Degustó aquella boca de miel de lavanda con maestría, y después hizo una escala en su cuello, robándole gemidos casi agónicos… Reptó por sus hombros, y seguidamente, le dio especial atención a cada uno de los cremosos pechos.

El corazón de Florence jamás había latido tan rápido. Sus pezones estaban tan duros y firmes que fue una delicia sentir cómo él los mordía suavemente. Sus muslos se humedecieron todavía más, y la abertura entre sus piernas, palpitó en agonía, reclamándolo entero.

Flor no lo frenaría. Si el escocés decidía enterrarse entre sus muslos y robarle el pudor, ella respondería con deseo. La necesidad de ser tomada, de que su cuerpo quedara unido al de ese hombre la estaba desgarrando. Sin embargo, él le mostró otro de sus talentos, uno que la enloqueció por completo.

Cuando la lengua ávida de Cailean bajó por la línea central de su torso, gimió; pero cuando bordeó sus caderas tuvo que aferrarse a las sábanas y apretarlas para no deshacerse en quejidos. Su respiración marchaba acelerada. El calor la abrasaba. Pero, cuando la lengua del varón rozó su intimidad, se transformó en mariposa, después de haber sido solo una oruga…

Las piernas se abrieron todo lo que pudieron, como un acto reflejo, y la atrevida y varonil boca atrapó el nudo de nervios que ya palpitaba de un modo exquisito. Uno y otro lametón la elevó a las puertas del paraíso con el que soñaría esa noche.

Sí, ella subió al cielo y llamaba a los portones celestiales.

Cuando la intrépida lengua, en un intento más osado, quiso colarse por la apretada abertura, ella se aferró con más fuerza a la tela blanca de algodón entre sus puños. Y, cuando él dejó el alma en

cada lametón, cada embate y cada caricia de su boca al ritmo que ella precisaba, soltó las suaves sábanas y se aferró a la cabellera de su amado, empujando suavemente su cabeza contra su entrada.

—Te amo, te amo —susurró perdida en oleadas de placer que manaban de su cuerpo, que la enloquecían y le hicieron ver a los ojos al Creador. Ella estaba en el cielo, se sintió especial y poderosa.

Nadie la apartaría de ese hombre jamás. Si Dios permitía que se unieran en cuerpo y alma de una manera tan única y desbordante, era un hecho que bendecía la unión.

Él le habría dicho que también la amaba, pero su boca estaba ocupada dándole placer.

—Oh, mi amor, mi maravilloso amor… —susurró Florence.

Lo levantó por los cabellos y él subió hasta sus labios, se besaron como dos locos, con las respiraciones agitadas… Desbordados…

—Tu mano, necesito tu mano —reclamó él. Si ella no lo ayudaba a liberarse, terminaría derramándose de todas formas, estaba tan excitado que dolía.

Florence negó, lo empujó para que él se acostara sobre su espalda y cubrió con sus palmas parte de la hombría de Cailean, mientras la frotaba de arriba abajo. El resto trató de tomarlo con la boca, no supo cómo se le ocurrió. Pero si él podía, ella también…

El escocés jadeó sobrecogido y la dejó hacer, como quisiera, como le diera su joven entendimiento de las artes de cama. Le permitió descubrir. No fue más el maestro. Estaba tan excitado que no importaba cómo. El roce de la delicada y tibia piel de sus manos… Las calientes y húmedas caricias de su lengua a un ritmo constante… Todo su hacer lo catapultó a un orgasmo brutal.

Cailean gruñó mientras se vaciaba, extasiado, dejándola tomar el control.

—Por Dios, mujer. ¿Acaso eres consciente de lo que haces con mi juicio? Te amo, te amo.

Ella sonrió victoriosa. Darle placer de esa manera, verlo perdido y con la respiración entrecortada y jurándole amor, le daba valor para desafiar todas las normas… Para explorar las artes amatorias… Aunque fuera un reto para su escasa experiencia y los límites de su pudor.

16

Cuando a la siguiente mañana se encontraron en lo alto de las escaleras, una mirada cómplice los hizo sonreír para sus adentros. Bajaron conteniendo las risillas pícaras e imaginando cómo esquivarían la vigilancia esa noche para repetir las peripecias.

Sin embargo, Malcolm llegó apurado a los pies de los escalones, provocando que sus rostros no pudieran disimular la sorpresa. El conde estaba serio y parecía alarmado.

Lo primero que Cailean pensó fue que su padre ya estaría al corriente de lo que sentía por Florence y viceversa. No creía que su madre le hubiese revelado lo del contrato en puertas con el duque de Hayden, pues acordaron que él tomaría la decisión de hablar o no con su padre.

Su interés hacia Florence era un asunto que sabía que no podía aplazarse. Su madre estaba impaciente por sacarlo de la casa. Creía que así evitaría rumores sobre posibles reglas muy laxas en el hogar de los Kennox, donde el hijo de los condes y su protegida —bajo el mismo techo— habrían terminado enredados en asuntos del corazón. A la dama le atormentaban todas las habladurías que este hecho singular podría acarrear.

Fiona le compartió a Cailean algo que Florence aún no sabía.

Era una costumbre muy arraigada, para las familias aristócratas que podían permitírselo, que el primogénito tuviese una casa de soltero.

No era el caso de los MacAlister, pero había una pequeña vivienda adosada a las oficinas que usaba el administrador para

tratar con proveedores y compradores. No estaba en una zona elegante, aunque tampoco en los muelles.

Peor habría sido quedarse en St. Katherine Docks, en un cuarto, en la bodega donde almacenaban el *whisky* que llegaba a Londres, para su posterior distribución.

La madre habló con Cailean antes de que subieran al ferrocarril que los trajo a Londres. La condesa le exigió que debía quedarse en esa propiedad, hasta que hubiese otro hospedaje para él. Lo que en los horizontes más próximos era improbable. Esa misma mañana debía salir de la casa para evitar habladurías.

El joven no podía pedirle a Zachary que lo admitiera en Moray Gardens, su amigo estaba recién casado y él no haría mal tercio.

No le importaba ser desterrado al anexo de las oficinas, si contribuía a cuidar la reputación de su futura esposa. Con tal de que al final él y Florence estuvieran juntos para siempre, su propia comodidad pasaba a segundo plano.

¿Qué iba a comunicarle su padre?

Con el entrecejo arrugado, Cailean esperó de un momento a otro el sermón de su progenitor.

—Florence, déjanos a solas. Parece que papá tiene algo importante que decirme. —Trató de alejarla de la furia de Malcolm y ella se dispuso a caminar hacia el comedor para darles privacidad.

—Importante y urgente, pero no solo debo advertirte a ti, Cailean, a Florence también. —El conde nunca había estado tan adusto, aunque la sonrisa no era algo habitual en él.

El pelirrojo vio que ella se detuvo en seco al ser aludida y él se atrevió a tomarle la mano. Malcolm observó el gesto y negó, desconcertado.

—Sé que intentas protegerla, pero tal vez se escapa de nuestro alcance, muchacho. La queremos como una hija, y a pesar de que desearía que así fuera, no olvides que son sus padres quienes tienen potestad sobre su futuro. —Con tono solemne, añadió—: Eve y Joseph están aquí con su prometido.

—¡¿Su prome…?! ¡¿Qué demonios?! —Cailean esperó oír cualquier cosa, pero definitivamente eso no. ¿Qué estaba sucediendo? Muy probablemente los recién llegados también escucharon los gritos en la estancia donde aguardaban.

—Tu madre se sorprendió, no esperaba verlos aquí y menos con él. —El conde se veía muy disgustado por los visitantes y no se alarmó por el vocabulario de su hijo, su boca bramaba con más fuego y con un lenguaje más florido—. Ella los está atendiendo, aunque a Cornelius Banes no tan a gusto.

—¡Voy a matar a ese infeliz! —A Cailean le daba igual si lo escuchaban. Salió disparado con la intención de triturar los huesos del malnacido, pero una mano regia de palma callosa se estampó contra su pecho, impidiéndole avanzar.

—No en nuestra casa. —El conde enarcó una ceja sosteniéndole la mirada a su hijo, mientras continuaba frenándolo.

Un suspiro se escapó de los labios de Florence al escuchar que el padre le daba vía libre para aniquilarlo, siempre que no lo hiciera en su hogar. Malcolm miró de reojo a Florence tras el sonido que emitió. Ella no se alarmaba ante el despliegue de ferocidad de los dos escoceses. Terminar de crecer bajo su abrigo, hizo que oyera más de lo que le habría gustado. Ellos eran temibles. Pero hablar de extinguir la vida de un caballero sí la impresionaba.

—Suéltame, puedo controlarme. Es solo que… —Su frase terminó en un gruñido. Cailean necesitaría mucho coraje para mantenerse frío ante ese infame abusivo.

Malcolm quitó la mano del torso de su hijo y prosiguió:

—Tu madre aprovechó unos minutos previos a que el mayordomo los pasara al salón, tras anunciarlos, para relatarme brevemente la conducta impropia de ese hombre con nuestra Florence y cómo tú le diste su merecido. Bien hecho, hijo.

—¿Es todo lo que te dijo mamá? —Cailean compartió una mirada llena de desconcierto con Florence, ella estaba muy pálida y confundida.

—Sí, que trató de comprometerla en la biblioteca y que afortunadamente pudiste rescatarla a tiempo. Me contó igual quienes están enterados y que han prometido guardar silencio. Muy honorable por parte de cada uno —concluyó Malcolm.

El más joven de los MacAlister respiró profundo y puso su mente a trabajar. Al parecer su madre aún no había tenido tiempo de poner al corriente a su padre sobre el lazo que lo unía a Florence. Tampoco de la alianza con Hayden, si es que consideró hablarle al respecto. Lo único que pudo participarle fue el acto irrespetuoso de Cornelius y sus consecuencias, y eso llevada por la prisa. Acababan de llegar a Londres y se topaban con este problema.

—Hay que decirle la verdad a los Fairbairn, no querrán a ese hombre cerca de su hija cuando sepan la clase de sujeto que es. —Cailean estaba convencido, resolverían ese asunto de la manera más lógica.

—Recuerda todo lo que te he enseñado —puntualizó el conde.

—A pensar como pensaría el enemigo. —Sabía que debía hacerlo, aunque se aferraba a resolver aquel asunto con celeridad—. Si ese hombre ha sido tan atrevido de presentarse en nuestra casa con los padres de Florence es porque tiene un as bajo la manga. Escuchemos lo que tienen que decir para desenmascarar sus planes. Pero cuando descubra lo que Cornelius trama, seré implacable.

—Te lo exijo —gruñó bajo el rudo escocés de mediana edad. Después suavizó la dureza de su mirada para dirigirse a Florence—. Vamos a cuidarte, florecita, como lo hemos hecho siempre.

Florence no lo dudó ni un segundo.

En breve todos estaban sentados a la mesa del comedor, la sangre de Cailean hervía, pero trataba de contenerse porque sabía que la fuerza bruta podía ser derribada por la astucia. Cornelius podría lucir magullado y con un cabestrillo en el brazo izquierdo, pero el filo de sus palabras mordaces de aquella mañana cortaba el

aire. Para colmos, venía custodiado por sus tíos, los condes de Cumberland, quienes gozaban del respeto de la aristocracia. Principalmente, por ser los creadores del premio que llevaba el nombre de su título y que era motivo de orgullo para la sociedad.

Parecía que pequeñas agujas se clavaban en la garganta de Cailean, resultado del esfuerzo por no rugir y expresar todo lo que pensaba de aquel hombre. No entendía qué hacían allí los padres de Florence acompañados por el despreciable sujeto, y menos por qué los escoltaban los Cumberland. Era definitivo, no podía tomar al individuo por las solapas y zarandearlo, antes de echarlo de un puntapié. No solo había demasiados testigos, era consciente de que los Cumberland eran respetados y temidos por su riqueza, poder y conexiones.

Tras los saludos de rigor, y los agradecimientos llenos de elogios sinceros de parte del señor Fairbairn hacia los Kennox, por la magnífica labor que realizaron con Florence, todos pasaron al comedor. Los dueños de la casa se mantuvieron cautos por el momento.

—No sabíamos que estaban en Londres. ¿Cuándo llegaron? —preguntó Fiona a sus amigos, se notaba la tensión en su voz, aunque se esforzaba por disimular. Los Fairbairn solían escribirles con antelación cuando podían viajar para visitar a su hija. Lo que no ocurría con frecuencia debido a la falta de fondos.

—Llegamos hace dos días —contestó Eve, una mujer de unos cuarenta y cinco años y profundas ojeras, quizás por los desvelos por cuidar a su descendencia. A pesar de lo mal que la había tratado la vida, aún se le podía definir como hermosa. Florence guardaba cierto parecido con su progenitora. Pero sus ojos y cabello eran más oscuros, debido a la herencia paterna—. Cornelius nos informó que estabas en Kilbraith con nuestros hijos y unos amigos, por eso no nos acercamos a molestar a Malcolm. Preferimos esperar a tu regreso, querida Fiona.

—Siempre son bien recibidos en Kennox House —arguyó el aludido. Estuvo a punto de añadir que sin la compañía que habían

traído, pero solo se limitó a clavarle las pupilas a Cornelius Banes.

—Gracias, estimado Malcolm —convino Joseph, el padre de Florence. Era un buen hombre, pero para Cailean su futuro suegro no se tomaba tan en serio las responsabilidades que tenía sobre sus hombros. Los niños no venían al mundo para ser alimentados por Dios, la frase favorita de Fairbairn era: «El Altísimo proveerá». Vivía de sus escasas rentas. Sus pocos arrendatarios acumulaban deudas que él jamás les iba a cobrar, y por su generoso corazón o condescendencia, permitía que no le pagaran, aunque sus hijos sufrieran escaseces de todo tipo. Su capacidad de comprender las desgracias ajenas, lo dejaba desnudo frente a su responsabilidad de proveer a su familia.

Eve lo justificaba, en el fondo lo amaba y se enamoró de su alma caritativa, pero después le pesó. La falta de carácter de su marido era un mal que ya no tenía remedio. Llena de hijos, abandonarlo no era una solución, por lo que se conformó con el rumbo que le deparó la fortuna.

Tal vez era cosa de antaño porque la pareja se veía contenta, más que la última vez que los vieron, cuando la desesperanza se vislumbraba en el semblante de Eve, en contraste con la indiferencia a las penurias de sus hijos que mostraba Fairbairn. En cambio, en este momento, en sus rostros dos sendas sonrisas bobaliconas parecían señales de esperanza.

Cailean no entendía qué los trajo a Londres con tanta prisa. Para el debut de Florence pusieron varios pretextos. La verdadera razón se guardaba con pudor y eran las arcas vacías. Sin embargo, llegaron muy bien vestidos.

En la mesa también estaban sentados los hermanitos de Florence, había de todas las edades. Parecía que los Fairbairn se multiplicaban. Eran una fábrica que producía hijos. El más pequeño no pasaría de tres.

Cailean jamás opinó lo que pensaba al respecto, pero se le hacía irresponsable, más porque la razón por la que el matrimonio dejó a Flor en manos de los Kennox fue por no poseer la solvencia

económica para darle una educación. ¿Qué harían con el resto de la camada? Alzó los ojos al techo también exasperado con aquellos.

Definitivamente, la escasez de antaño parecía historia pasada. A pesar de que lucían muy delgados, similar al estado en que llegó Florence, los hijos estrenaban atuendos, y los más pequeños traían juguetes nuevos que los acompañaron a la mesa, para distraerlos de la conversación más acartonada de los adultos.

Tal vez la economía familiar tuvo un golpe de suerte reciente. No obstante, Cailean era escéptico cuando la historia versaba de que el dinero brotara de los árboles sin esfuerzo y trabajo arduo.

—Ahora son nuestros huéspedes —intervino lady Cumberland, y Cailean recordó por qué esa bruja no le agradaba. El premio que pudo ser muy honorable fue usado por ella y sus dos hermanas para su propio beneficio.

Él lo descubrió hacía unos meses, cuando se celebró el último concurso. Florence pudo haber resultado ganadora si ellas no hubiesen metido sus sucias manos para perjudicarla. La hicieron a un lado para favorecer a Lavinia Warrington. Pese a las trampas, las hermanas no pudieron salirse con la suya.

Los Kennox, Florence y Cailean se preguntaban en qué momento los Fairbairn pasaron de no ser nada para los Cumberland a convertirse en sus invitados. De haber escuchado algo así en el pasado habría creído que se trataba de una broma.

—La noticia del compromiso de nuestra Florence y el señor Banes nos tomó a todos por sorpresa. Es maravilloso. —Joseph Fairbairn se veía festivo, al parecer desconocía los incidentes acaecidos en Kilbraith, motivos por los que el malnacido fue echado sin contemplaciones.

—No sabía que estaban comprometidos. —Cailean fue cauteloso, pero no se tragó esas palabras que pugnaban por salir.

—No, no estamos comprometidos —ratificó Florence valiente. No permitiría que un malentendido o cualquier ardid entretejido por Cornelius le arrebatara su paz.

—¿No? —preguntó el padre con el rostro desencajado, la felicidad con la que arribó se esfumó de pronto.

—Estamos comprometidos, señor, usted mismo me otorgó su mano. —Cornelius arremetió, mas tuvo que callar ante la negativa de Fairbairn.

—¿Yo? Pero usted me dijo que… Espere un momento. —El hombre se vio abatido, confundido, parecía que necesitaba tiempo para organizar sus recuerdos—. Usted llegó a nuestra casa una mañana y nos comunicó que le hacía camino, pues regresaba de Escocia. Nos contó del estupendo compromiso que concertó con nuestra hija, gracias a los esfuerzos de lady Kennox, en quien confiamos ciegamente el cuidado de Florence. Traía el brazo lastimado por sufrir la caída de un caballo y era el sobrino favorito de los grandes condes de Cumberland, no podíamos dejarlo en la puerta o dudar de su honorabilidad. Lo recibimos como a un hijo. Por favor, lady Kennox, aclare qué está sucediendo.

—¿Están insinuando que mi sobrino miente? —Lord Cumberland estaba ofuscado tras escuchar lo que se debatía y su mujer tenía las mejillas ardiendo. Se notaba que su furia emergería de un momento a otro, aunque trataba de comportarse. Su sobrino y él jamás habían estado en lados opuestos de una contienda y los presentes lo sabían. Era otro hijo para él.

—Tío, no sé de qué habla Florence o lord MacAlister —se justificó Cornelius tratándola con tal intimidad que a Cailean le faltó poco para arrancarlo de la silla y echarlo de su residencia—. Lady Kennox fue muy insistente para tratar de unirme con su protegida, la señorita me pareció apropiada para convertirse en mi esposa. No había razón para rechazar su oferta. Incluso, la condesa me invitó a ese paseo en su propiedad en Escocia como futuro miembro de la familia. Estoy desconcertado por la reacción de mi estimada Florence con quien aún deseo formar un hogar.

—Pobrecito mío. ¿Será que hubo un malentendido? ¿Interpretaste mal las intenciones de lady Kennox? —intervino la tía

Cumberland—. ¿Es cierto o no, lady Kennox, que usted se propuso lograr un enlace matrimonial entre mi sobrino y su ahijada?

—Lo hice, sin embargo… —contestó la aludida, pero no la dejaron terminar.

Cornelius prosiguió con su relato.

—Por eso, me tomé el atrevimiento de acercarme al padre de Florence, el único que tiene la potestad para establecer un acuerdo en su nombre. No fue difícil que el señor Fairbairn y yo entabláramos las negociaciones y llegásemos a un acuerdo.

—Usted vino a mí con la bendición de lady Kennox, a quien confié a mi hija… —El padre de Florence miró a la muchacha que no podía reflejar más incertidumbre—. Lo siento tanto, hija mía. ¿El caballero no es de tu agrado? Aún están a tiempo de continuar con el compromiso.

—Querida Flor, pero si hacen una hermosa pareja. —Eve trató de sumarse al debate, al ver que la ingenuidad de su esposo había quedado en evidencia delante de los demás.

—Amigo Fairbairn, ¿no le pareció prudente esperar a reunirnos para verificar con nosotros que el candidato también tenía nuestra aprobación? ¿No consideró necesario corroborar que lo que le contó el joven señor era cierto? —Lord Kennox no sabía ni cómo ayudarlo, el hombre había cometido un desacierto considerable. No era la primera vez que Fairbairn pecaba de confiado.

—Pero, ¿no fue usted, lady Kennox, la que eligió al pretendiente para mi hija? ¿No fue usted quién se acercó a él y le ofreció la mano de Florence? —Fairbairn se veía aturdido.

—Lo hice, sí. Pero después me arrepentí —se defendió lady Kennox sin importarle lo que pensara el aludido.

—¿Se puede saber por qué ya no consideró a mi sobrino apto para el puesto? —La soberbia se escapó por cada poro de la condesa de Cumberland, incluso tomó la mano de Cornelius, quien estaba sentado a su lado, para refrendarle su absoluto apoyo.

Si Fiona contaba que su sobrino aprovechó la soledad de la biblioteca para insinuarse indecorosamente a Florence e intimidarla, quedaría esclarecido el motivo por el que retiró su apoyo al candidato.

Sin embargo, si lo decía abiertamente también perjudicaría la reputación de la muchacha. De hecho, ya el escándalo del «malentendido» la perjudicaría bastante. No pudo hablar con la verdad, tampoco mentir.

—Lo siento, hija —le susurró, Fiona solo atinó a disculparse.

—Sobrino, creo que no deberías perder tu tiempo con quienes no aprecian tus virtudes. —Lady Cumberland podía ser muy directa cuando se sentía humillada o cuando despreciaban a su hijo o a su sobrino, a quien se había acercado mucho desde la partida de su primogénito a América—. Para nadie es un secreto que la joven no tiene dote y Cornelius no la ha menospreciado por ese importante detalle. Tampoco porque sus conexiones solo se limiten a los condes de Kennox.

Los aludidos sintieron el desprecio de la dama a su rango, aunque tenían igual posición, el prestigio y la fortuna de los Kennox no podía compararse con el poder que los Cumberland, habían alcanzado, tras generaciones dedicadas a subir peldaño tras peldaño la escalera social, como principal propósito.

—Cornelius es otro hijo para mí, quien no lo valore no tiene mi favor ni mi respeto. —Lord Cumberland se puso de pie haciendo un ruido ensordecedor al arrastrar su silla—. Creo que es hora de retirarnos, jamás habíamos sido humillados de esta forma. Le deseamos suerte, señorita Fairbairn, para encontrar otro pretendiente que supere las cualidades de mi sobrino.

—Por supuesto, lamento el malentendido. —Cornelius se mostró compungido, como si le hubieran causado una herida mortal en el alma—. Romperé nuestro compromiso inmediatamente y no la culparé, dulce Florence, por el resultado de esta infructuosa mañana. Sin embargo, para disolver el vínculo exijo que se haga de ambas partes. Señor Fairbairn, espero que mañana a primera hora

devuelva lo recibido al cerrar un trato que no está dispuesto a cumplir. Y, todos felices, yo buscaré una señorita que acepte convertirse en mi esposa. Y Florence podrá continuar con su vida.

Tras esas palabras que desplegó con cierto aire de formalidad también se puso de pie.

—¿Qué es lo que debes devolver, padre? —Florence tenía las lágrimas a punto de escapar de sus ojos, como si temiera que lo peor apenas estaba por llegar.

Cailean gruñó bajo, recordaba las palabras de su padre, si pensaba darle un escarmiento a Cornelius debía hacerlo fuera de los límites de su propiedad. Ese pensamiento lo mantuvo en sus cabales, de lo contrario, el maldito sinvergüenza no habría tenido la necesidad de marcharse, habría salido expulsado hasta aterrizar sobre la grava de la entrada.

Pero qué infiernos estaba sucediendo. Ese despreciable sujeto se había intentado propasar con Florence, ella se negó con firmeza a sus avances y Cailean le había dado un escarmiento de miedo. Sin embargo, con su brazo en cabestrillo y todo, tras la paliza recibida, lejos de huir, ese infeliz estaba ahí, armado con su arrogancia y la poderosa alianza de sus tíos. Idiota no era, mártir tampoco y no le creía que se desviviera de amor por ella. ¿Sabrían los Cumberland que todo era una maquinación trazada con prisas por el sobrino para conseguir su propósito? ¿O también los había manipulado para tenerlos de su lado?

Como fuera, tras el falso discurso de Cornelius, Cailean se dio cuenta de que su rival no conocía la piedad en el camino de la venganza. Estaba ahí para desquitarse por la humillación recibida en Kilbraith. El afán del escocés por mantener a ese sinvergüenza alejado de Florence, ocasionó que se aferrara a la idea de arrebatársela para siempre. Porque era definitivo. Si el infeliz se atrevió a una puesta en escena tan osada esa mañana en Kennox House, era porque tenía los elementos necesarios para extorsionar al señor Fairbairn.

17

El desayuno había terminado convertido en un infierno y Florence con la certeza de que algo terrible temía su padre. Lo último que imaginó fue que toda su familia se presentaría en Kennox House, supuestamente para celebrar «su compromiso», acompañados de Cornelius.

Ese desdichado había embaucado a su progenitor, no tenía dudas, y le hizo creer que era lo que ella deseaba. Seguramente, aquellos se emocionaron por el compromiso de su hija mayor con un hombre rico y aparentemente honesto, que los salvaría de la ruina.

Mientras Cornelius se ponía de pie, indignado, con la intención de marcharse y sus tíos lo seguían con miradas altivas, Eve y Fairbairn no podían disimular el desconcierto.

Era evidente que su madre sabía lo que estaba en juego, porque se levantó también, rodeó la mesa y tomó de las manos a su hija para apartarla del resto.

—Querida, ¿por qué rechazas tan buen partido? Es un hombre rico, joven, dispuesto a apoyarnos en nuestras penosas circunstancias.

—¿Por eso quieres que me case con él, mamá? ¿Ha prometido ayudarlos? —Su mirada más que interrogante era una súplica.

Si era miedo a perder el posible favor, lo que veía como signo de preocupación en los rostros de sus padres, podría exhalar de alivio. Quiso aferrarse a la idea de que, tal vez, Cornelius prometió ser muy generoso con la familia si Florence se convertía en su esposa. Se consoló al pensar que el terror que exudaban sus padres

podría deberse a que perderían la fortuna que ya creían tener en sus manos.

—Hija mía, yo… —El desánimo la envolvía como una manta. Más cuando los Cumberland y Cornelius no mencionaron ni una palabra para preguntarles a los Fairbain si regresaban a la propiedad donde se hospedaban con ellos.

Los niños, también confundidos, comenzaron a ponerse de pie, al ver que sus padres ya habían abandonado la mesa. Joseph se acercó al lugar donde hablaban Eve y Florence.

—Querida, debemos apurarnos o nos dejará el carruaje —musitó con la voz casi ahogada el señor Fairbairn, en dirección a su esposa. Parecía que no le quedaba más remedio que pisotear su propio orgullo—. Después volveremos para hablar con Florence, previo a nuestra partida, la que tendremos que adelantar.

A Florence le dolió ver cuánto se humillaba, a pesar de que su padre no era hombre de grandes orgullos, no era un ser malvado. Incluso, a veces, era tan inocente que no distinguía las burlas a sus espaldas. Quizás era muy confiado y le faltaba ser más responsable a la hora de cumplir con sus obligaciones, pero no era cruel. Sabía que no le exigiría a casarse en contra de su voluntad. Despreció más a Cornelius por aprovecharse de la ingenuidad de su padre.

Los Fairbairn no tenían los medios para trasladarse hasta la residencia de los Cumberland y debían buscar sus pertenencias, y eran tantos… Flor imaginó que su familia necesitó un carruaje solo para ellos y que los condes habrían venido en otro junto a Cornelius. Por eso, la preocupación de su padre para que se apresuraran. Era evidente que ya no eran bienvenidos en Cumberland Place, y tendrían que hacer pronto sus baúles.

—No se molesten —indicó sin una gota de piedad lady Cumberland, ni siquiera le importó que los niños, que ya podían entender la situación, comenzaran a llorar y a ponerse nerviosos—. Ordenaré a mis sirvientes que reúnan su equipaje y mandaré al cochero a llevárselos a donde me indiquen. Por una parte, es un alivio que ya no seremos familia. La señorita me pareció rescatable

hasta que mostró su nulo juicio al rechazar a mi sobrino. Sin embargo, no estoy segura de que nos hubiese favorecido emparentar con c… —No terminó, pero todos comprendieron que quiso agregar «campesinos», lo que era completamente ofensivo.

—Querida, es comprensible tu irritación, mas no nos rebajemos. Nuestros modales y educación no merecen tal mácula en su haber. —Lord Cumberland, más cínico que ofendido, habló sin siquiera volverse, dándoles la espalda a los dueños de casa que acababan de recibirlos y al resto de los comensales.

—Su cochero no tiene que molestarse, el nuestro irá a buscar las pertenencias de los Fairbairn y la traerán a aquí donde continúan siendo bien recibidos. —Fiona habló tan alto y claro, que lady Cumberland al ser confrontada soltó un respingo de indignación, pero no se detuvo en su retirada.

—La señorita Fairbairn no se casará con su sobrino, lord Cumberland. Como sostuvieron la joven, mi esposa y mi hijo, al señor Banes se le dejó muy claro que el compromiso no se celebraría. —Malcolm no alzó la voz, pero logró que los Cumberland y Cornelius se detuvieran a escucharlo—. Quizás, Fiona creyó que podría ser un buen partido y tuvo la amabilidad de intentar que terminaran casados; pero la señorita dijo que no, y no estamos en el Medioevo para obligarla. Respetamos su decisión.

—¿Está diciendo que soy un mentiroso? —lo desafió Cornelius, dando media vuelta y mirando a Malcolm a los ojos.

—Le daré el beneficio de la duda, creeré que ha sido un malentendido, por su parte. —El conde de Kennox parecía sereno y con su comportamiento daba una lección a su hijo de cómo encarar situaciones similares a futuro. Cailean no había abierto la boca y sabía la razón. Se estaba conteniendo, si despegaba los labios, sus palabras no serían tan mesuradas como las de Malcolm. Podía ver la rabia ardiendo en la superficie de sus ojos—. ¿Quién se haría tan poco favor armando este teatro, sabiendo de antemano que sus intenciones de desposar a una damisela no fueron bien recibidas?

—No dilataré la visita. La señorita puede elegir con quién casarse. —Cornelius hizo una reverencia condescendiente con la cabeza. Después se volvió al padre de Florence—. Espero finiquitar nuestro asunto, señor Fairbairn, antes de que termine la semana.

Cuando por fin pudieron librarse de la presencia de Cornelius y sus tíos, los Fairbairn y los Kennox se encerraron en uno de los salones privados de la familia a discutir lo ocurrido.

Florence tomó al pequeño en brazos que comenzó a llorar al ver que su madre se alejaba. Y, no solo se ocupó de aquel, se quedó a cargo de sus hermanos, a los que casi no había visto crecer. Para algunos, los más pequeños, era una desconocida. Para los mayores era un recuerdo lejano, que no olvidaban del todo por la mención que hacían los padres de la hermana mayor que estaba siendo educada en uno de los colegios más elegantes de Londres, quien estaba destinada a conseguir un matrimonio que los salvara a todos de las terribles decisiones del señor Fairbairn y de la mala fortuna.

Ella trataba de entretener a sus hermanos más pequeños que ya estaban llorando por el aburrimiento, mientras sin éxito buscaba cómo conciliar a los medianos que terminaron peleando como lobos enjaulados por motivos intrascendentes —como el tedio o el sentirse fuera de lugar—. No importaba si hacía equilibrismo para tratar de calmarlos, terminó con dos lagrimones enormes recorriendo sus mejillas.

Había visto otra vez a sus hermanos después de tanto tiempo. Los encontró felices e ilusionados con todos los presentes que suponía que Cornelius les compró. ¿O de dónde habría salido la ropa nueva y los juguetes?

Y, momentos después, el caos se apoderó de todos con la noticia del supuesto compromiso. ¿Por qué el reencuentro con ellos fue ensombrecido de ese modo?

Cailean apareció en su rescate. Tomó en brazos al chiquillo que lloriqueaba en el regazo de Florence y le ordenó al mayordomo que

enviara a dos doncellas para colaborar con el cuidado de los infantes. Pidió que trajeran unas ricas galletas, alegrarían los ánimos. Richardson obedeció de inmediato y cuando las criadas se llevaron a otra estancia a las criaturas, al fin pudo quedarse a solas con Florence.

—Mi padre tendrá que renunciar a todo lo que Cornelius le prometió. Supongo que será difícil, lo que más añoraba era un buen partido para mí, y cree que lo ha encontrado. Pero, si supiera lo abusivo que es ese hombre, sería el primero en oponerse. —Los nervios le hicieron hablar sin comprender que la preocupación de Cailean era distinta a la suya.

—Tranquila, mi pequeña hada, todo va a resolverse. —La llamó así con afecto sincero, como solía hacer, pero en el fondo hubiese deseado llamarla «amor mío». Sin embargo, aunque los sirvientes eran leales, prefirió ser cauteloso con sus muestras de cariño. Bastante se habían arriesgado ya, estaban a las puertas del escándalo.

—Será imposible serenarme hasta que sepa qué está ocurriendo, pero de la boca de mis padres.

—Maldición —masculló bajo, dejó escapar su frustración y sin importar el desenlace, le tomó una mano y la sostuvo con firmeza, brindándole soporte.

—Me siento egoísta por no aceptar una propuesta matrimonial que le daría a mi familia la posibilidad de escapar de la miseria —lo dijo ya sin vergüenza. No reprimiría lo que no era un secreto para él —. Pero no puedo traicionarme a mí misma, no puedo quedar en manos de ese…

—Ni lo supongas, menos lo menciones. —Resopló para tratar de enfriar las llamas que amenazaban con hacerle perder la cabeza, buscar al canalla y darle más que una advertencia—. Flor, ese hombre es más peligroso de lo que pensaba. No descansará hasta hacernos pagar a ti y a mí por la vergüenza que sufrió en Kilbraith. Solo espero que tu padre no haya firmado un acuerdo con alguna penalidad, si tú desistías del compromiso. Digo, ¿será eso posible

legalmente hablando? Porque si no, me temo que estamos frente a algo mayor.

—¿Mayor? ¿Puede haber algo mayor?

—De ese hombre esperaría lo peor. Por favor, ve a reunirte con tus hermanos, hace tanto que no los veías. Ahora deben estar más calmados, pedí que les llevaran confituras y que les leyeran un cuento. Supongo que eso último lo estará haciendo Richardson. Alguna vez me leyó historias de corsarios y piratas para que la niñera pudiese respirar y reconsiderar si renunciaba.

Ella sonrió con pesar, sabía que Cailean fue un niño travieso, inquieto y que hizo desistir a más de una niñera.

—¿Crees que tus padres les contarán a los míos lo que hizo Cornelius en Kilbraith? Aunque ilustraría muchísimo la razón por la que es un pésimo partido, también me haría morir de vergüenza.

—Eso ahora es lo menos importante, son tus padres, tendrás que enfrentar la vergüenza. Ellos tienen que saber que hay razones de peso, que se portó mal contigo, que no te simpatiza y que, además… —Se cayó la última parte, no fue necesario añadir que el siguiente motivo era que estaba enamorada de Cailean—. Voy a aprovechar que tus padres y los míos están reunidos, necesito hablar con ellos. Ve con tus hermanos, por favor.

—¿Qué vas a decirles? —Palideció. Todo marchaba como un tren descarrilado y él amenazaba con empeorarlo. Lo conocía muy bien y no necesitaba articular cada sílaba para que ella intuyera lo que pretendía hacer.

—La verdad. Voy a pedir tu mano.

—Cailean, ahora no. Sé razonable. Malcolm quiere casarte con una señorita con medios. Si le dices que me pretendes estarías desafiándolo. Piensa, por el amor de Dios. Eso te obligaría a tener que decirle tus planes con el duque de Hayden. ¿O hay otra forma de explicar que estás a un paso de recuperar la fortuna de tu familia, si tu padre aprueba la alianza? De esa manera podrías casarte con quien elijas.

—Nada me hará desistir. —Su seriedad reforzó lo decidido que se veía.

—No quiero ser el motivo de tu desavenencia con mi padrino. Menos ahora. ¿Por qué no puedes esperar a que se solucione el asunto de mi padre y Cornelius? Pospón para otra ocasión la tormenta que se desatará cuando le cuentes a Malcolm sobre la visita del duque a sus tierras.

—Ya no puedo guardar silencio…. El plan perverso de Cornelius podría haberse evitado si mi padre y el tuyo supieran que yo… —Calló: «te pretendo».

—Mi padre no te rechazaría, menos frente a los tuyos, por el inmenso agradecimiento que les tiene.

—No voy a aprovecharme de la gratitud de Fairbairn para tomar ventaja y quedarme con tu mano. Le haré una propuesta de cómo sortear…

—No olvides que conozco tus planes. También tengo los míos. —Después añadió algo más como si hablara consigo misma o largara una maldición—. Solo espero que la bruja Cumberland no tenga injerencia en el nuevo concurso, ahora me odia con verdaderas razones, volvería a buscar la forma de descalificarme.

—Florence, tus esfuerzos se agradecen, pero seré yo quien nos saque adelante. —Sus fuertes brazos cruzados, su mandíbula tensa… El ego no lo dejó ver el posible efecto de sus palabras.

—¿Qué? —Se alejó más de Cailean, hizo un mohín y lo detalló de pies a cabeza, convencida de que el orgullo del varón había hablado por él—. ¿Estás insinuando que valen más tus esfuerzos que los míos? ¿Por ser hombre?

—No, pero es mi deber protegerte.

—Y lo aprecio con todo el corazón, grandullón. Sin embargo, tengo la capacidad, el valor y las alternativas para allanar nuestro camino y el de nuestras familias. ¿Acaso mis esfuerzos son menos apreciados? ¿No confías en que puedo lograrlo? —Sintió un dolor

agudo, más agónico que el ocasionado por Cornelius o las palabras aterradas en respuesta a este de su padre.

—No soy como el señor Fairbairn. Y no, yo no necesito que vengas en mi rescate, que ninguna dama acuda a salvarme. Pronto mi padre estará al corriente de mi alianza con el duque, tendrá que aprobarla.

—¿Hablas tú o tu arrogancia? ¿Tendrá?

—Por el Creador, no tergiverses mis palabras. Dije hace tiempo que me encargaría. No necesito que continúes recordándome que no he sido capaz de sacarnos de este maldito espiral de infortunio. —Su soberbia masculina se desbordó y, de inmediato, intentó repararlo. No solo había sido altivo al arrojar ese comentario sobre Fairbairn, también la había ofendido a ella, quien había luchado con valentía para ganar ese premio pasado que en este momento les habría evitado tantos quebraderos de cabeza.

Lo miró decepcionada. Sus discusiones antiguas jamás habían sido tan hirientes como esta. Ellos solían tirarse pullas, lanzarse indirectas, pero era coqueteo disfrazado de antagonismo, parte del juego de la seducción. Esta vez era la primera ocasión que se sentía herida por el contenido de sus palabras.

—Sé que mi padre no es… Es… No es… —Se le salieron las lágrimas.

Era difícil defenderlo. Fairbairn era desobligado y hasta cierto grado irresponsable, pero no por maldad. A veces creía que su padre en algún punto había perdido el camino. Siempre estaba triste, apagado, sin fuerzas y no había una razón para justificarlo, al menos una que ella pudiese encontrar.

Jamás les había faltado un plato de comida a la mesa, pero muchas veces era tan generoso con sus arrendatarios que las rentas eran escasas y, por consiguiente, la cena de la familia se servía, pero no era suficiente para que comieran hasta sentirse completamente saciados. Y así todo lo demás, la educación, el vestido, los paseos…

—Flor, no nos alejemos tú y yo, por favor. —Comprendió que ella estaba muy dolida por la forma en que él se expresó.

—Si tu arrogancia de salvaje macho de las agrestes Highlands, no te permite aceptar que una mujer posee cualidades para salvar al hombre que ama, entonces yo… —Las lágrimas cayeron gruesas por sus mejillas. No prosiguió, temerosa de arrepentirse después—. Lo siento. Voy a ver a mis hermanos, necesito estar con mis hermanos.

Parecía perdida, como si la conexión que siempre la unió a Cailean se estuviera debilitando. Porque estaba muy segura de la clase de hombre con la que deseaba casarse y con la clase que no.

18

Justo cuando Cailean pretendía retractarse y asegurarle: «No quise menospreciar tus esfuerzos, tampoco a tu padre», Fairbairn y Malcolm volvieron a presentarse frente a ellos.

—Necesitamos hablar con los dos, en mi estudio —informó el conde.

Cailean miró de soslayo a Florence. Le urgía conversar cuanto antes con ella para que no se quedara con aquel sentimiento, el que percibía entremezclado con su angustia por las circunstancias.

—¿Y nuestras madres? —preguntó ella.

—Eve está devastada. Fiona trata de calmarla. —Fairbairn dio razones.

Cailean negó preocupado. ¿Tan grave era la situación? Apretó un puño con fuerza, estaba preparado para oír lo peor.

—¿Devastada? —preguntó Florence—. ¿No aceptar a ese pretendiente con medios es tan delicado para mi familia? Apenas voy en mi primera temporada, se lamentan como si yo no pudiese interesarle a alguien más con fortuna. Estoy harta de que se refieran a mis posibilidades como escasas. Soy capaz de enamorar a un hombre que me quiera por quien soy, no por una dote. Uno que me valore lo suficiente para declinar los fondos y elegir el amor.

A Cailean se le encogió el corazón, y su musculoso pecho pareció ser atravesado por una lanza. ¿Qué quería decir con aquello? ¿Si aparecía alguien con fortuna, interesado en ella y que poseyera cierto atractivo, lo relegaría en sus afectos?

—Claro que habrá muchos caballeros con fortuna que podrán interesarse en ti, hija mía. Eres hermosa y con un alma tan noble. No te merezco, florecita, no te merezco. —Fairbairn bajó la mirada, apesadumbrado, y tomó a Florence de la mano para llevarla al estudio. Lo más correcto era que él enfrentara a su hija a solas; sin embargo, Malcolm ofreció ayudarlo, lo hacía por la muchacha. Así que, no excluyó a los escoceses de lo que tenía que revelar.

Como un cortejo fúnebre con Joseph Fairbairn al frente caminaron hacia el estudio.

El pelirrojo volvió levemente la cabeza, vio que ella iba enfurruñada, y miró de nuevo hacia adelante para no quedarse atrás. Su arrugado entrecejo era solo el principio, su boca fruncida y su expresión de orgullo era una pequeña muestra de su molestia por el comentario de ella.

Se arrepentía de lo dicho sobre que solo él podía sacarlos del atolladero. Sí. Entendía que ella estaba furiosa y que lo condenaba por esas palabras desafortunadas. También. Pero él mismo se culpaba. Su comentario se repetía en su mente, como un desatino que habría querido tener el poder de cambiar.

«No necesito que vengas en mi rescate». Había dicho él.

Sin embargo, las palabras de Florence fueron más allá y las interpretó como un castigo por la falta cometida. Como si le recordara que podía sustituirlo con solo chasquear los dedos. Coincidía, Florence podría enamorar y enloquecer al hombre que quisiera. Una mujer de su temple sabía cómo poner un varón a sus pies y obligarlo a ofrecerle la luna. Él era una prueba fehaciente.

El desdén de la señorita todavía le martilleaba en las sienes de manera punzante, sacándolo de quicio.

«Soy capaz de enamorar a un hombre que me quiera por quien soy, no por una dote. Uno que me valore lo suficiente para declinar los fondos y elegir el amor».

No soportaría verla con alguien más, sonriéndole, amándolo y entregándose como lo había hecho consigo mismo. Antes terminaba en la cárcel por hacerlo desaparecer.

—¡Maldición, si soy imbécil! ¡Por mi idiotez me pudriré en mi propio infierno! —rugió tan alto que sobresaltó a los demás.

Su padre lo reprendió con un gruñido, seguía estando en presencia de una señorita.

—¿Y ahora qué demonios te pasa? —exigió saber Malcolm, que no sabía amonestarlo de otra forma.

—Perdón, pensé en voz alta. Tal vez debí ser más enérgico en la paliza que le propiné a Cornelius. De haberlo dejado sin poder caminar, al menos, durante unas semanas, habría impedido que fuera a la casa de los Fairbairn a armar todo este alboroto.

Aprovechó para manifestar algo que también le daba vueltas en la cabeza. No podía revelar el verdadero origen de su desahogo. Que fue un caballero, incluso, en el lecho, al proteger la virtud de Florence como algo sagrado.

Se sentía tan posesivo, como si el mentado e inexistente pretendiente con medios y cierto atractivo de Florence tuviese la capacidad de volverse real en el acto. Por eso se llamó idiota.

Si la hubiese desflorado, todo sería tan fácil como confesarlo y que los progenitores de ambos los condujeran con ansias al altar. Y la tendría para siempre. Ya más adelante se encargarían de los vaivenes que asolaban a las arcas.

Aunque después, el regusto de aquella ensoñación fue más amargo que dulce, si ella no lo quería a su lado, él no podría aceptarla, besarla, tocarla.

—No reprendas al muchacho, Malcolm —concedió Fairbairn, quien no se pondría delicado por las frases altisonantes de Cailean. Él mismo habría gritado con todas sus fuerzas que era un idiota, un imbécil de ser menos cohibido—. Tu hijo tiene razón. A veces desearía ser un poco como tú o como él para resolver a los puños los agravios que me consumen. Todo sería tan fácil como borrar a Cornelius Banes del mapa.

Continuaron avanzando entre bufidos de unos, rumiaciones de otros y suspiros de la única mujer hasta que se encerraron en el

estudio del conde. El olor a madera de roble los envolvió. Kennox ocupó su sitio, desde donde firmaba papeles y tomaba importantes decisiones para toda su familia.

Cailean se sentó sobre el alféizar de la ventana, tanteando su destino, era un sitio propicio por donde podría escabullirse si Florence volvía a pronunciarse como lo hizo, ignorando su acuerdo, su amor y los excesos compartidos. Entendía que estuviera enfadada por las palabras que él emitió como descerebrado en un momento de furia. La situación en el comedor lo había llevado al límite y trató de contenerse. Y, además, estaban todos esos silencios que continuaban atormentándolo. ¿Qué los había traído con tanto secretismo al estudio de su padre?

Por otra parte, no soportó que, a la primera oportunidad, Florence le restregara en la cara que aun sin dote, muchos caballeros podían languidecer por sus encantos y ofrecerle la luna junto al cielo estrellado. Demonios, degollaría a cada valiente que se atreviera a hacer fila para cortejarla.

—Iré al grano —comenzó el padre de Florence—. Cuando el señor Cornelius Banes arribó a nuestra casa llegó armado con mil cortesías, palabras rebuscadas y un trato que hacía tiempo un hombre poderoso no tenía con los míos y conmigo. Es el sobrino de los condes de Cumberland, hasta ahí lo conocía, jamás habíamos hablado. Pero Fiona le había escrito a Eve para contarle que tenía en la mira al supuesto pretendiente, pidiéndole su aprobación para procurar un acercamiento en nombre de mi familia con Banes.

—¿Eso sucedió? —preguntó Cailean, entendiendo por qué Fairbairn fue tan ingenuo y no esperó a corroborar la información suministrada por Cornelius.

—Sí. Eve le escribió de vuelta no solo dándole su aprobación, sino casi suplicándole que no dejara escapar tan magnífica oportunidad. Todos nos ilusionamos. Un hombre rico, próspero, bien conectado. Además, joven, saludable, de buen ver. No estábamos sacrificando a nuestra Florence para que se casara con un vejestorio

para que nos sacara del fango. —Fairbairn no podía ocultar cuánta vergüenza le daba expresarse así, desnudar su alma ante ellos.

—Prosigue, no es momento de irse por las ramas ni de aferrarse al pudor —lo instó Malcolm.

—Él arribó con propuestas que difícilmente alguien en mi posición podría rechazar. Ahora analizo que tendría que haberme dado cuenta de que parecía demasiado bueno para ser sincero y desinteresado.

—Tú eres generoso, papá, y muy desprendido. Quizá por eso creíste que otra persona podría albergar sentimientos similares. —A Florence le dolía verlo así, como si se consumiera con cada palabra sobre sí mismo, como si de un momento a otro se hiciera tan pequeño que terminaría desapareciendo.

—Invitó a toda la familia a Londres, nos hospedaríamos en la casa de sus tíos, lo que nos deslumbró por completo. Los grandes condes de Cumberland abriéndonos sus puertas. Banes aseguró que su morada estaba siendo reformada para la boda. Ahora sospecho que solo lo dijo para impresionarnos. En fin, yo tenía aprietos económicos. No nos sentíamos a la altura de la invitación. ¿Con qué ropa nos presentaríamos en esa casa? También nos preocupaba el asunto de la dote y mi vergüenza al reconocer que era incapaz de aportarla. Entre muchas carencias, faltas, pérdidas… Fui franco, no quería aprovecharme de su generosidad y traté de declinar la oferta. Realizó muchas preguntas y, no sé cómo, pero me hizo sentir cómodo, escuchado. Terminó conociendo las afectaciones a nuestro patrimonio, las necesidades de los cultivos: semillas, maquinarias… Los problemas de los arrendatarios…

—Por Dios, Fairbairn, sin detalles. ¿Qué te ofreció el maldito? —Cailean exigió sin condescendencia y Florence hizo un mohín, como si le disgustara su forma de presionar a su padre.

—Aseveró que muy pronto seríamos familia y me hizo un préstamo tan sustancioso… No resolvería todos mis problemas, pero me daría un buen impulso… Aseguró que como mi yerno se haría de la vista gorda ante las letras de los pagarés, y que, tal vez, con el

tiempo incluso olvidaría hasta que había dejado esa cantidad en mis manos. La familia estaba por encima de una deuda, eso afirmó. Aseguró que no necesitaba ese dinero. Sin embargo, soy un hombre de honor y estaba dispuesto a devolver hasta el último penique, aunque fuésemos familia. Cuando su abogado sugirió que una garantía como la propiedad de mis tierras sería un aval suficiente, Banes se opuso, pero el abogado dio mil razones. Motivado por mi dignidad y la seguridad que pagaría terminé por aceptar. Sería temporal hasta la siguiente cosecha. Nadie había confiado en mí para inyectar de capital mis tierras, me sentí halagado.

—¿Ahora lo exige de vuelta? —lo cortó Cailean, negando e imaginando todo lo que le haría a ese oportunista manipulador.

—Pues devuélveselo, padre. De inmediato. —Florence no podía creer lo que escuchaba, pero se concentró en buscar una solución para el mal que los aquejaba.

—Ese es el mayor problema. En casa del pobre el dinero dura poco. —La expresión de Fairbairn era fatalista.

—¿Lo gastaste? —La joven casi temblaba. Contuvo la respiración necesitando escucharlo responder más que inhalar. Deseó oír «no» con todas sus fuerzas.

—Los niños carecían de ropa para Londres, para la boda… El mismo Banes nos prestó su carruaje para que paseáramos por los almacenes mejor abastecidos de Oxford Street. Tu madre necesitó alguna joya para lucir el día de la boda y mandarse a confeccionar su vestido, también visitamos Bond Street.

—¿Bond Street? —Florence exhaló temblorosa. Ahí se ubicaban los comercios más costosos.

—Sí, pequeña. —Bajó la cabeza, tan avergonzado. El arrepentimiento y la desesperación se instaló en su pecho. Los nervios que lo recorrían lo instaron a hablar sin freno—. Tu madre requería vestidos, chales, abrigos, sombreros… También me hizo creer que yo necesitaba mejores atuendos para estar a la altura de nuestra nueva situación. Había muchas deudas que cubrir con

bancos, con proveedores… Los arrendatarios necesitaban semillas, y un poco de….

—¡Basta! ¡Calla! ¡Calla! —Entonces fue Florence la que gritó negándose a continuar escuchándolo. La rabia brillaba en la superficie de sus ojos.

A Cailean le dolió verla tan deshecha, respirando con dificultad, cubriéndose el rostro mientras apretaba sus párpados, intentando retener las lágrimas sin éxito, pues estas brotaron a borbotones sobre sus mejillas.

—Hija mía, perdóname. Asumiré mi responsabilidad. No te obligaré a desposarlo.

—¿Cómo llegaste a esto? —lo increpó y los reclamos siguieron —: ¡En dos, tres días, una semana! ¡Es muy poco tiempo para gastar una fortuna! ¿Cuánto resta?

—Desahógate, muchacha. Es justo. —Malcolm se puso de pie y sirvió un *whisky* para Florence, según él lo necesitaba. Se lo acercó, pero ella no pudo ni sostener la copa entre sus manos temblorosas.

—i¿Cuánto queda de ese dinero, papá?! —Olvidó todo lo aprendido en English Roses School. ¿Una rosa inglesa? Ya no deseaba ser una rosa inglesa. Había estallado. Se sentía capaz de arder en llamas.

—Menos de la mitad, yo devolveré de inmediato lo que resta. Y venderé algunos terrenos para…

—Jamás quisiste vender. Son las tierras de nuestros antepasados, donde hemos nacido tantos Fairbairn. Decías que era lo único que nos alimentaría cuando llegaran tiempos peores.

—Hija, me contaron cómo te agredió ese hombre, no te obligaré a casarte con él. Venderé mi heredad para no sacrificarte. La casa podrá salvarse. Tus hermanos no quedarán sin un techo.

—¿Y los próximos años? ¿Cuándo no haya tierras que sembrar cómo sostendrás a la familia, papá?

Cailean que había escuchado con expresión iracunda, comenzó a sentir que la sangre hirviendo en su cuerpo iba a matarlo. Conocía

a Florence, y también a su genio.

Seguramente la situación de Fairbairn era todavía más precaria que la que exponía frente a su hija. De cierta forma, una joven honorable y sensible como Florence estaría meditando esa noche con su almohada, si era más simple casarse con su agresor y proteger a su familia de las garras de ese malnacido. Cornelius había acorralado a los Fairbairn para que arrojaran a Flor a sus brazos. O peor aún, para que ella se lanzara a las llamas ardientes con el propósito de rescatarlos.

Cailean se puso de pie, salió del estudio sin mirar atrás. Si se quedaba descargaría su furia contra el progenitor de la mujer que amaba, y sería tan violento que entonces sí, Florence no lo perdonaría.

19



Florence se levantó a la siguiente mañana llena de angustia y agotada, se había dormido cerca de las tres de la madrugada recopilando las hojas que trajo consigo de Escocia, ordenando sus ideas paso a paso con seriedad y juicio. Estaba harta de que su futuro lo discutieran otros cuando ella se sentía capaz de tomar las riendas de su destino. Incluso había cierto disgusto en su pecho hacia el grandullón de Cailean porque ella anhelaba que remaran juntos… En cambio, él tenía implantada en el cerebro la idea, de generaciones atrás, de que al varón le correspondía proveer, dirigir, ser el timonel. ¿Pero si hasta hacía poco le aseguró que se encargarían juntos del futuro de ambos? Tal vez lo intentó, con creces, pero pesó más la costumbre de ser el hombre el cabeza de familia.

Sus padres seguían en Kennox House y durante el desayuno comprendió que aún no encontraban una solución para librarse del asedio de Cornelius. No obstante, escuchó a su progenitor decir que acudiría al banco por un préstamo para pagar la totalidad de la deuda. Prefería deberle a dicha institución, aunque al final supusiera su ruina, que al hombre que le tendió tan vil trampa.

Para ella era solo dilatar o empeorar el problema.

En ese instante, tenía otro asunto que atender, un compromiso ineludible, uno al que se aferraba como última esperanza. De modo que cuando todos abandonaron la mesa del comedor tomó el carruaje de la familia con destino a su cita. Lo que no imaginó fue que en el interior del habitáculo se encontraría con el escocés.

El rostro con que la recibió se veía más peligroso que nunca, más feroz, como si la humanidad lo abandonara por minutos y su parte animal lo dominara.

—¿Qué haces aquí, Cailean? —espetó. Cruzó los brazos sobre el pecho e hizo un mohín. La verdad era que el corazón le palpitaba acelerado y se esforzaba por no demostrarlo. Eran tantas las emociones que la dominaban desde el día anterior.

—Me encargaré de Cornelius, dejará a tu familia en paz. —Su voz ronca era una certeza más que una amenaza, como si el plan para deshacerse de la molestia ya estuviese trazado y solo faltara ponerlo en marcha.

No la besó, tampoco la abrigó entre sus fuertes brazos, aunque era justo lo que ella anhelaba: encontrar refugio en el hombre que amaba. Se veía tan peligroso, como un dragón, minutos antes de incendiar una aldea completa. En el fondo, Florence creyó que a él lo único que le importaba, en ese momento, era ajustar cuentas con Cornelius.

Sintió un vacío inmenso. Temió que la forma de él de enfrentar el obstáculo los lanzara a un abismo más profundo que este donde estaban cayendo.

No se guardó lo que pensaba.

—Si te meten a la cárcel o te envían a la horca, grandullón insensato, no me servirías de nada. Al contrario, me harías más infeliz que ahora. ¿Pensaste en cómo me sentiría si te pierdo? —Su voz se rompió en un reclamo. Las ganas de abrazarse a su torso aún palpitaban en cada fibra de su ser; sin embargo, como él no cedió, ella tampoco lo hizo.

—Pero ya te habrás librado de esa sanguijuela —rugió tan convencido de que hacía lo necesario, tan soberbio, como si su forma de resolver el conflicto fuese la única salida.

Dos lágrimas se asomaron a los ojos de Florence y cayeron en torrente, gruesas, implacables.

Lo golpeó repetidas veces en el pecho duro como el granito que parecía no inmutarse tras la inclemencia de sus puños.

—¿Y cómo podría yo vivir sin ti, escocés arrogante? —protestó entre quejidos—. Déjame intentarlo a mí, si gano ese concurso mi padre podrá pagar su deuda. Cornelius ya no será un estorbo.

—Gana, mi dulce flor, y no le des ese dinero a nadie. Guárdalo para ti y úsalo con inteligencia. Si me ocurre aquello que temes, la cárcel o la muerte, lo necesitarás para vivir. Tu padre se librará de la deuda, con eso tendrá que bastarle, ya es responsable de bastantes idioteces.

—¿Prefieres arriesgar tu integridad que darme la oportunidad de probar si puedo hacerlo?

—No hay tiempo, Florence. Además, ese estúpido se metió con la persona equivocada. Te ha atrapado como a un ratón en su ratonera, pero lo hace para vengarse de mí, para fastidiarme. Debí ocuparme de él en Escocia, aquí tiene aliados poderosos que lo harán más complicado, pero no me importa. Si lo dejo seguir caminando tan campante por las calles de Londres, mofándose de su proeza, perderé el respeto que me he ganado. Quien te toca muere.

—¡Cailean! No hables así, como si no te importaran los valores. Él es un ser despreciable, pero tu alma es noble. No te ensucies las manos.

—Mi florecita ingenua, ¿sabes por qué te amo tanto? Nadie me mira como tú lo haces, encuentras la bondad que ni yo mismo hallo en mi corazón. Puedo ser honorable con quienes muestran respeto con los míos y conmigo, con los demás no tengo clemencia. Es lo que aprendí de mi padre. No sé vivir de otra manera. Tú ves la bondad de mi alma. Otros, cuando me contemplan, solo perciben peligro.

Él no le dio tiempo a replicar, sin siquiera un roce cariñoso abandonó el carruaje, dejándola con el alma en vilo, con el corazón desolado y los brazos cercando un vacío insondable.

Las aulas de English Roses School se abrieron para las debutantes que se inscribieron al nuevo concurso. Florence no podía dejar de asistir, aunque un vendaval azotara su vida.

Lady Bonnie y dos maestras estaban orientando a las que aún se mostraban confusas sobre lo que se esperaba de ellas. Y Ettie revisaba las propuestas de las debutantes encaminadas hacia la meta.

Florence atravesó el umbral aún temblando. Sentía que una carga enorme la aplastaba y que el miedo por lo que vendría la consumía.

Vio a Charlotte en una mesa y tomó el asiento vacío a su lado. Se saludaron como de costumbre. Habría querido soltarle todo por lo que pasaba de una vez, pero no era el lugar ni el momento. Además, la encontró tan entusiasmada que no quiso arruinarle la diversión. Su amiga no podía disimular su agitación por lo que estaban a punto de iniciar.

—Querida Florence, tienes tantas oportunidades de quedarte con el premio. En esta ocasión más de una podría resultar vencedora. ¿Te imaginas que las dos subiéramos a ese podio? Incluso, Valery podría compartirlo con nosotras. ¿Cuántas ganadoras dijeron que podría haber?

—Tres, dos o una —contestó la interpelada. Repasó con la vista la estancia en busca de lady Valery Belcher, pero no la vio. ¿Se habría arrepentido de participar?

—En un mundo ideal ganaríamos —bromeó Charlotte estudiando la expresión inquieta de su amiga.

—¿Qué tan probable podría ser algo así habiendo tantas concursantes con talentos notables?

—Indudable, seguramente. —Sonrió dando muestras de su espíritu juguetón—. Pero, déjame soñar. Si tan solo gana una de nosotras esta experiencia no será en vano.

—Las tres lo necesitamos. —Suspiró, no era egoísta. Sabía que la familia de Valery estaba sufriendo sobresaltos económicos. Y Charlotte necesitaba llenar un vacío, el conde de Blair no la dejaría tomar las riendas de su destino si ella no demostraba de lo que era capaz. A pesar de que estaba refundido en el campo, seguía siendo su tutor legal.

Florence contempló el cartapacio en sus manos. En su interior tenía varias hojas con la información que recopiló cuando estuvo en Kilbraith. Eran sus notas, donde estaba desglosado cómo conseguiría hacer realidad el sueño en el que trabajó durante años. Lo sostenía muy desanimada, pese a confiar en su potencial. No se quitaba de la mente la promesa de Cailean de librarla de la sanguijuela.

—¿Adónde ha ido a parar tu ilusión, amiga? Cuando supiste del premio parecías chispeante, incluso en Escocia. Pero ahora estás apagada… ¿Me estoy perdiendo algo? —Charlotte mejoró su habilidad para leer el alma en los últimos meses. Tras el romance de Emily y su hermano, el que se dio bajo sus narices mientras ella no se daba cuenta, se propuso ser más observadora.

—Mucho diría, pero será mejor que lo hablemos en otro momento.

—Me preocupas, Florence.

—Solo dile a tu hermano que visite hoy mismo a Cailean, tiene serios problemas. Necesita que alguien más sensato lo haga recapacitar.

—¿Laird? Iré a ver a Zachary cuando termine la reunión, si su amigo está en problemas debo ponerlo al corriente.

—Gracias, querida Charlotte. —Su vista estaba en sus escritos, pero la volvió a la otra con esas palabras.

El gesto de Charlotte fue de apoyo absoluto, asintió al entender la seriedad de lo que Florence no podía revelar rodeada de las otras estudiantes.

—Cuenta conmigo. Zachary acudirá a ver a Laird hoy mismo.

—Ahora necesito poner en orden mis ideas o todos mis esfuerzos quedarán anulados por mis nervios. ¿Y sabes con qué actividad vas a participar?

—Creo que heredé la habilidad de mi padre y mi hermano para los negocios, y he pensado… Quiero hacer algo propio, mío.

—¿Su hermano no es uno de los jueces del concurso, lady Charlotte? —La voz insoportable y orgullosa de lady Lavinia Warrington las interrumpió—. Y usted, señorita Fairbairn, ¿también participará? No pensé verla aquí otra vez.

Charlotte y Florence se volvieron a la mesa de atrás a la de ellas y descubrieron que les hablaba desde ahí. En sus manos sostenía una hoja con las bases del concurso.

Las amigas se miraron, con complicidad, sin poder dar crédito a semejante atrevimiento, entre ellas sobraban las palabras para comunicarse. Más allá de sentir que aquel comentario estaba fuera de lugar, ambas se preguntaban qué hacía lady Lavinia Warrington ahí. Estuvo en contra del improvisado concurso, además la dueña de la escuela no la quería.

—Aquí estoy de nuevo y no pienso irme a ningún lado. —Florence respondió con agallas, ¿por qué la atacaba esa demente? Jamás fueron ni cercanas, ni rivales declaradas. No olvidaba que la creadora del premio la favoreció en el pasado, aunque sin éxito.

—¿Qué intenta insinuar, lady Lavinia, que mi hermano cometerá fraude? Le exijo que sea directa, si es que puede. —Charlotte era el epítome de la hija de un marqués escocés. Orgullosa por la posición que ostentaba y rebelde por la sangre de sus antepasados de las Tierras Altas, fluyendo por sus venas. Respiró hondo para callar todo lo que deseaba responderle a Lavinia, pero le clavó sus pupilas tan cortantes como cuchillas afiladas. Estaban en un salón con más de veinte señoritas y las maestras y, de pronto, fueron el centro de atención.

—Es algo que jamás he entendido, que participen familiares en grado muy cercano a algún juez —esgrimió con fingido aburrimiento

Lavinia, como si dirigirse a la otra fuese tan tedioso como discutir con alguien insufrible.

—Mi hermano es un hombre objetivo y honesto, jamás haría trampa para que yo me quede con el premio. Será mío si los jueces consideran que mi idea lo merece. De lo contrario, no ganaré.

—Oh, desdichada Lavinia. ¿Cómo osa atacar a mi amiga? —Florence se levantó con el pie izquierdo, y su oponente le daba motivos para desahogar toda la furia que intentaba aplacar. Cansada de los ataques a los suyos y a ella, no estaba dispuesta a tolerar la petulancia de nadie más—. Tal vez juzga tomando como ejemplo su modo de pensar y actuar en ciertas situaciones. El león cree que todos son de su condición.

—¿Qué sucede aquí? —Bonnie se acercó con las manos en jarras con actitud conciliadora, pero lanzando una mirada reprobatoria a quien inició la pelea: Lavinia. Actuó en consecuencia —. Cuando desee elegir a los jueces, cree su propio concurso, lady Lavinia Warrington.

La amonestada despegó los labios para decir algo más, tampoco le simpatizaba Bonnie y su ascenso de simple maestra de Etiqueta y Modales hasta la dirección del colegio. Y, aunque a la nueva directora le sobraban actitudes para desempeñar el puesto desde hacía tiempo, Lavinia decidió poner en tela de juicio su posición delante de las estudiantes.

—Habló la hermana del dueño de English Roses School, por consiguiente, guardaré silencio. No deseo que me echen del concurso por exponer verdades irrefutables.

El murmullo de las señoritas por su osadía no se hizo esperar. Bonnie enarcó una ceja decidida a poner a la revoltosa en su lugar, pero escuchó a su cuñada acercarse y tuvo que morderse la lengua.

—Seré yo quien me encargue de este pequeño descontento. —Ante semejante alboroto, Ettie decidió tomar el asunto en sus manos, después compensaría a Bonnie. Pero creyó necesario, como dueña de la escuela, reivindicar a su cuñada en el papel de directora.

—Hazlo, querida Ettie. —Bonnie negó mortificada, pero no se dejó provocar por Lavinia, quien llegó esa mañana como la yesca, decidida arder al menor contacto. Su entrecejo arrugado era muestra de que estaba enfadada con Ettie y todas las de su círculo cercano—. No quiero ensuciar mi récord de buenos modales con una alumna disconforme y malcriada. Sería eso o evitar que se gradúe y tener que mandarla de regreso al curso anterior. Pero la idea de soportarla de nuevo en las aulas me produce una fuerte jaqueca.

—Lady Lavinia, su actitud cuando leímos las bases de mi concurso casi le hace perder su lugar. Si vuelve a abrir la boca para señalar de modo alguno a mi cuñada y le ordenaré a los sirvientes que la acompañen de regreso a su carruaje. —Ettie no se reservó lo que pensaba, estaba cansada de guardar las apariencias cuando se trataba de Lavinia, quien nunca se expresaba de forma amable, ni tenía ninguna deferencia con las demás—. No olvide que usted continúa participando porque lady Cumberland, quien de cierto modo patrocinó igualmente este premio, fue muy insistente para que le diéramos otra oportunidad.

—Yo solo estoy queriendo decir que… —chilló como un bebé que clama por el pecho de su madre.

—Lady Lavinia, si nos adherimos a su planteamiento, por no llamarle exigencia, de eliminar a quienes tienen algún lazo con miembros del jurado o del Comité de Damas, usted sería la primera en resultar descalificada —continuó Ettie poniéndola en su sitio—. Supe que ahora es la protegida de lady Cumberland, la creadora del premio original. Eso es escalar alto. Por consiguiente, tiene una madrina poderosa, no sé si será del agrado de sus compañeras. Pero si nos vamos al origen del premio, descubriría que, en esta escuela, muchas de las estudiantes están patrocinadas por el comité. Las damas que lo conforman han apoyado a quienes han necesitado un impulso para poder educarse en English Roses School.

—Yo… yo… —Se quedó sin palabras. Muchas la miraron señalándola por lo mismo que ella quería culpar a Charlotte: tener demasiadas influencias con las autoridades involucradas en el premio.

También se volvía de dominio público que estaba hospedándose con la condesa. Para nadie era un secreto que la hermana de Lavinia había dado un escándalo que involucraba al hijo de su protectora. Razón por la cual la joven fue enviada al campo junto a su madre, lady Warrington, quien la solapaba en todo.

Como resultado de lo anterior, lord Cumberland, irritado, mandó a su hijo a América. Lo que no sabían las demás, y que, tarde o temprano sospecharían, era que lady Cumberland se apoyaba en Lavinia y en su sobrino, tras la ausencia de Marcus, consumida por su terrible soledad.

—Sus conexiones parecen tener más peso que las mías, lady Lavinia. ¿Algo más que objetar? ¿Ha enmudecido? —atacó Charlotte cansada de Lavinia.

—Solo expongo lo que la mayoría piensa, como el hecho de que no entendemos por qué seremos evaluadas con un reto tan diferente al último concurso. Fuimos preparadas dentro de estas paredes para ser anfitrionas de grandes casas, brillar en bailes, convertirnos en esposas y madres —continuó Lavinia.

No era un secreto que el giro de las bases del premio estaba dando dolores de cabeza a más de una. Ettie y Bonnie no lo previeron. Quizás ellas lo veían todo muy simple porque eran adelantadas a su tiempo, pero a las demás les costaba adaptarse y preferían vivir bajo las reglas imperantes para la mujer en la sociedad.

Ettie quiso revolucionar lo que una señorita podía lograr, pero muchas de ellas aún no estaban listas.

Florence levantó la vista de las hojas que tenían en sus manos para defender a su amiga. El gesto de Ettie al volver a donar el premio recibido no podía pagarse con los reclamos de Lavinia, Ettie necesitaba oír lo que opinaba.

—Yo estoy de acuerdo con el concurso —confirmó Florence—. Es más, agradezco tener la oportunidad de demostrar que no somos solo un jarrón de fina porcelana. Puedo lograr más que bordar con hilos de oro o entretener con una conversación aparentemente

ingeniosa, pero sin alma, a un futuro pretendiente. Quiero que el hombre que me elija lo haga por mí, por quien soy en realidad, y no por lo que me obliga a mostrar la sociedad, para ajustarme a sus reglas.

Flor alzó la voz porque no deseaba volver atrás. A pesar de que en el concurso anterior tuvo buen desempeño, porque era una de las alumnas más aplicadas, le apasionaba más el nuevo reto y la oportunidad que representaba.

Algunas de las alumnas que estaban de acuerdo, entre ellas Charlotte a su lado y Valery que entró por la puerta —a tiempo para escucharla— aplaudieron. Y ambas eran hijas de un marqués y un duque, respectivamente. No era un tema que solo interesaba a señoritas como Florence con cierto grado de vulnerabilidad.

—Esto parece todo menos un concurso para jóvenes damas con las aspiraciones o los anhelos de una señorita egresada de este colegio. —Lavinia repasó con la mirada la hoja con las bases y leyó en voz alta. Era el tipo de persona que no sabía cuándo le convenía callar más que hablar—: *Las señoritas demostrarán sus talentos en las áreas de su elección, siempre que la habilidad que presenten demuestre ser viable para sostenerse mediante el inicio de un negocio rentable o dirigir una obra con futuro para la caridad.*

—¿Si tan a disgusto está por qué no se marcha? —Ettie arremetió ya sin contemplaciones—. Es su última oportunidad, lady Lavinia, si continúa obcecada con sus reclamos y la vuelvo escuchar la invitaré a retirarse, así lady Cumberland tenga una opinión al respecto. Haga con su dinero el concurso que estime conveniente, con el mío decido darles oportunidades a las señoritas que tienen una visión del mundo menos arcaica.

—Voy a quedarme. —Lavinia se mordió la lengua dispuesta a no renunciar, pero entendió que si otra frase venenosa abandonaba sus labios estaría fuera. Y ella también lo necesitaba. Las arcas de sus padres navegaban en aguas turbulentas. Más el reciente escándalo de su hermana, condenada al ostracismo social con su madre, solo le quedaba guarecerse de la tempestad bajo el techo de los

Cumberland. La condesa la apreciaba debido a su amistad con la caída en desgracia lady Warrington.

—Entonces, adhiérase a los requisitos del concurso y a las reglas de la escuela —concluyó Ettie antes de dirigirse a la mesa de Florence y Charlotte a revisar los apuntes sobre sus posibles propuestas.

—Ya entendí que no es un delito estar bajo el ala de lady Cumberland o ser hermana de un juez del concurso. Tal como ocurre con la señorita Fairbairn, quien pronto desposará al sobrino de la dama mencionada. Incluso sus padres hasta ayer fueron sus invitados y se hospedaron en Cumberland Place. —Lavinia lanzó un último dardo con cizaña.

Florence la miró intrigada y, como sabueso con una pista, olfateó en su dirección. Intuyó que estaba relacionado por su ataque del inicio.

—Continúa —le exigió.

—Aunque hay cierto secretismo al respecto, como si el prometido se sintiera estafado. Solo espero que el compromiso no termine en escándalo. ¿Es por lo que se aferra al concurso con uñas y dientes, señorita Fairbairn? ¿Teme no estar a la altura del señor Cornelius Banes si no gana el premio y no ofrece las libras de la recompensa como dote?

Ettie se volvió sobre sus pasos y miró a Lavinia a los ojos. Florence trataba de mostrarse aguerrida, pero la humillación le calaba el alma.

—¿Y usted por qué está tan interesada en mi vida privada, lady Lavinia? ¿Qué le aporta o qué le quita? Con quien me comprometa o no, solo nos incumbe a mis padres y a mí —contraatacó Florence, pero se sentía devastada. Las miradas de todas recayeron en ella.

La sonrisa llena de indolencia y triunfo en los labios de la susodicha maliciosa se ensanchó en su boca cuando los murmullos no se hicieron esperar. Más de una debutante preguntó a quien tenía al lado si era cierto que Florence Fairbairn había atrapado al excelente partido de Cornelius Banes con su nula dote.

—Lady Lavinia, ¿me acompaña a la dirección? —inquirió Ettie con el tono más formal que pudo imprimirle al momento.

—Si tiene algo que decirme, hágalo delante de todas, su excelencia. ¿O le preocupa tener testigos? —La rabia en el rostro de Lavinia pudo más que su miedo a quedar fuera del concurso. Hasta cierto punto se sintió intocable. En su mente había una idea fija: ¿Quién en su sano juicio desafiaría a lady Cumberland por muy duquesa que fuera?

—Como usted desee. Lo diré delante de todas. —Ettie sonrió todavía sin poder creer que su noble gesto había llegado a tales consecuencias—. Lamento informarle que no podrá participar. Está descalificada.

—¿Cómo se atreve? —gorjeó como si fuese lo último que esperó oír en su infinita arrogancia—. No puede actuar de esa manera, el certamen no le pertenece. Premio Cumberland, y ahora ese remedo de concurso que usted ha improvisado: Premio Hayden-Cumberland. ¿Se atreverá a desafiar a la condesa de…?

—Le ahorro terminar su triste discurso. No nos engañemos, lady Lavinia, usted no quiere estar aquí, nos aborrece a casi todas. Entonces, ¿por qué se tortura?

—¿Por unas libras que también necesita para su dote? —Lady Valery Belcher, que había escuchado en silencio y muy mortificada, le lanzó una estocada directo a la yugular, por lo despiadada que fue su lengua contra la noble Florence. Ya estaba al lado de su mejor amiga sosteniéndole la mano—. Seguramente, su patrocinadora buscará el modo de resarcirla. ¿O también se atreverá a juzgar mi participación en el concurso porque soy sobrina de lady Cumberland?

—Yo no dije nada en su contra, lady Valery… —Con ella no quería perder influencia, sabía que la tía la apreciaba. Además, el lazo de Valery con lady Cumberland era más fuerte que el de Cornelius. Mientras este era sobrino del esposo de la condesa, aquella era la hija de la hermana de la importante dama—. Es más, deberíamos estar unidas en esta contienda. ¿No lo cree?

—Solo estoy unida a mis verdaderas amigas —respondió la interpelada—. Y deje de atacar a Florence, ella no tiene la culpa de que Cornelius la prefiera. He visto como sus esfuerzos por «capturarlo» han sido insuficientes. Él no la quiere, acéptelo de una vez.

Ettie continuó dando su veredicto tras agradecer a Valery por mantener su fidelidad hacia ellas, tenían mucho que contarles a Emily, más valía que no volviera a ausentarse de las reuniones.

—Lady Lavinia, no dilatemos más una respuesta a su conducta tras sus intentos de sabotear mi concurso —precisó Ettie—. Tomaré las decisiones que considere con respecto a su permanencia. El monto del premio me pertenece y yo decidiré quién puede presentarse en el certamen. Como he dicho, usted queda excluida, carece del primer requisito para participar.

—¿Y se puede saber cuál es ese requisito? —Su nariz no podía estar más empinada, su piel estaba tan caliente que se podría cocer un huevo en su frente.

—Mi visto bueno, mi aprobación, la que, por supuesto, no tiene ni tendrá jamás.

Todas aplaudieron a la duquesa de Hayden, incluso las más reacias a aceptar el giro del premio. Ninguna otra volvió a objetar absolutamente nada. Nadie más quiso perder la grandiosa oportunidad.

Pero, aunque parecía un triunfo, no lo fue para las amigas de Florence, las que la querían bien… Ese asunto del compromiso con Cornelius Banes dejó a todas con un sobresalto y un regusto amargo en la boca. Se preguntaban: ¿Qué quiso decir Lavinia exactamente al relacionar a Flor con Cornelius?

20

Las palabras de Florence le daban vueltas a Cailean en la mente, ella tenía la capacidad de poner su mundo de cabeza. Por eso no citó a Cornelius en un paraje perdido para resolver sus diferencias como mejor sabía, a puñetazos. Prefirió acudir esa mañana a visitar a Zachary Moray en The Crest Studd, su criadero de caballos. Como su amigo era socio de su primo, lo recibieron los dos. Fue una suerte encontrarlos, eran hombres muy ocupados.

En sus manos llevaba los papeles del mal negocio, por llamarle así, que hizo el padre de Florence. Zachary era muy hábil para las transacciones y los contratos. Quizá podría encontrar alguna cláusula que le diera un giro a la situación de los Fairbairn.

Mientras el Rey Midas revisaba los documentos, Broc MacKenzie estaba sentado en el alféizar de la ventana con una pierna a cada lado. Su vista se perdía en los verdes campos que se extendían ante sus ojos.

Para armarse de paciencia, mientras su compañero analizaba lo escrito sobre el papel, Cailean decidió aproximarse a su primo para también mirar hacia afuera. Era una mañana deslumbrante, con el cielo de un azul casi límpido y el tono esmeralda del pasto brillando bajo el tímido sol.

Broc sopesó decir algo de valor y como quien habla del espléndido clima que hacía, opinó al respecto:

—Pierdes el tiempo si sabes lo que tienes que hacer y eres muy bueno en ello. Manda a tu abogado a redactar un nuevo documento donde se renegocien los términos del abusivo préstamo. Toma la mano izquierda del inglés y tritúrale los huesos de un apretón. Te

aseguro que usará la otra para firmar un acuerdo que beneficie a Fairbairn. —Al terminar lució una sonrisa ladeada.

—Es el mejor consejo que puedo darte también —aseguró Zachary tras devolverle los papeles—. Cada línea fue escrita con el propósito de atar a tu futuro suegro a los deseos del sinvergüenza pariente de los Cumberland. Un préstamo vulgar solo exige unos pagarés, Cornelius se ensañó en dejarlos atados de manos. ¿Cómo pudo ser tan ingenuo ese hombre? De la familia Banes el único rescatable es Frederick, el dueño del periódico.

Cailean asintió, también había conocido al periodista mencionado y aunque tenía un humor bastante sardónico, no se parecía a los otros Banes.

—Entonces no hay un atajo legal o una solución a la vista —sentenció Cailean volviendo al tema en discusión—. Podría hacer lo que sugiere Broc, pero Florence no lo aprueba y yo…

Sus interlocutores lo observaron acallando sus carcajadas, pero sus miradas dejaban entrever que para sus adentros sonreían cínicamente.

—Laird ha sido domesticado por una señorita —bromeó Zachary. Para los escoceses ver que Cailean daba su brazo a torcer, templando su ferocidad habitual, era el mayor signo de devoción.

—Si tanto la quieres, sugiero que sigas tu instinto, todo lo demás será solo retrasar el castigo de ese infeliz —apuntó Broc balanceando una pierna con tranquilidad—. Alguien que se ha tomado tantas molestias para amarrar a Fairbairn, solo con el propósito de fastidiarte, pide a gritos que le des una paliza.

—Por lo visto los dos coinciden conmigo, creo que la inquina de Cornelius es personal. Es hora de resolverlo de hombre a hombre.

—¿Cómo podemos apoyarte? —Zachary no pensaba dejarlo solo, aquel siempre estuvo a su lado.

—Después —masculló rechazando cualquier intento de manipulación de Cornelius. Iba a actuar. Bastantes problemas tenían

ya, antes de que su adversario se obsesionara con Florence, como para sumarle la encerrona a Joseph Fairbairn. No lo permitiría.

—¿A dónde vas justo ahora?

Tomó los documentos y doblándolos de forma irregular, por la prisa, los metió en el bolsillo de su chaqueta y salió sin darles tiempo a los otros a reaccionar. El caballo en el que llegó ya lo esperaba, lo soltó de su amarre sin dilación y lo montó de un salto. Como decía su primo debería haber seguido su corazonada, no solía darle tantas vueltas a un asunto.

Tras abandonar el camino serpenteante que bordeaba el criadero, continuó hacia Chelsea Street, donde Cornelius tenía su residencia.

Mientras se apeaba, contempló la moderna propiedad, que pecaba de todo, excepto de modestia.

Era una mansión de tres plantas que se llevaba la manzana completa. ¿Cómo fue posible que el malnacido no tuvo la decencia de hospedar ahí a la familia Fairbairn? Supuso que impresionaba más invitarlos a quedarse con sus ilustres tíos que ostentaban un título.

Debido a la celeridad con la que dejó las riendas de su caballo en las manos de un mozo, no se dio cuenta de quienes llegaron segundos después que él, hasta que se tropezó con ellos.

Su padre venía acompañado por el señor Fairbairn. El primero con cara de pocos amigos. El segundo, con el mismo gesto compungido, que no le abandonaba desde que su supuesto «futuro yerno» avisó que cobraría la deuda, si Florence no se casaba con él. Detrás de ellos, los escoltaba el abogado de la familia desde hacía una década.

—Hijo, al fin apareces… Te buscamos durante un par de horas. ¿A dónde fuiste? Y lo que es más urgente, ¿tomaste los documentos de ese turbio asunto de Banes con Fairbairn? En un segundo

estaban sobre mi escritorio y al siguiente se habían esfumado. —Hizo una pausa y al pensar en Cornelius, continuó—: Maldito embustero maquinador. Estoy seguro de que lo ha hecho para intimidar a Fairbairn y exigirle que obligue a Florence a desposarlo. Hemos venido con el abogado para llegar a un acuerdo que no sea tan perjudicial para nuestros amigos.

—Es legal —dijo Cailean cavilando sobre las palabras tan acomedidas de su padre, quien le había enseñado a resolver los asuntos de otro modo.

—¿Quién lo revisó? —indagó Malcolm al entender que su hijo se había adelantado a sus primeras conclusiones.

—Zachary tiene buen ojo… Lo estudió de inicio a fin. —Le extendió el documento al letrado.

—Estoy hundido —se lamentó Fairbairn con evidente dramatismo. El hombre parecía perdido, como si fuese un espectro que se movía entre ellos.

—Tal vez lo único que podría invalidar su firma sería ser declarado demente —soltó Cailean como si nada, solo una expresión sarcástica para aliviar la tensión. Pero había verdad en sus palabras y no tardó en percibirlo.

Cailean y el letrado miraron a la vez al padre de Florence, evidentemente el hombre no estaba en su sano juicio, y quién sabía cuánto tiempo llevaba así.

—Necesitaríamos un médico que avale su indisposición para tales efectos. —El abogado también estudiaba los documentos, y cada segundo se convencía más de que era la única opción.

—Tengo uno. —Cailean pensó rápidamente en el doctor Edward Raleigh, quien ayudó tanto a Zachary cuando atravesó por dificultades originadas por traumas de la niñez. Su amigo le había confesado cuan valiosa fue la ayuda del médico para su recuperación. Hablaba de su calidad humana y, además, tenían una sólida relación. No se negaría.

—¿Está seguro de querer seguir ese camino, señor Fairbairn? —insistió el abogado—. Podría inhabilitarlo para otras cuestiones.

El interpelado asintió, sabía que no tenía otra alternativa. No podía dejar a su hija en manos de Cornelius. Era capaz de sacrificarse, que lo creyeran demente. De por sí ya se sentía un inútil, un fracasado que no tomó las mejores decisiones para Flor. ¿Fallaría también al encaminar a todos sus demás hijos?

Cailean negó, había venido con otras intenciones, más oscuras, pero la respuesta parecía estar ante sus ojos. Varios habían opinado lo mismo al saber de la penosa situación. ¿Cómo Joseph pudo ser tan ingenuo? Tal vez no era ingenuidad, algo le pasaba a Fairbairn, hacía tiempo había perdido la voluntad.

—Señor Fairbairn, si se siente agobiado, deje sus responsabilidades en mis manos. Yo puedo hacerme cargo. —Cailean ofreció desinteresado.

—Es un gesto muy noble. —Malcolm miró a su vástago con orgullo, él se habría brindado primero. Sin embargo, otra vez su hijo fue más rápido—. Pero, Cailean, ¿podrás ocuparte de las finanzas de los Fairbairn, sin terminar de sortear las aguas agitadas que también sacuden nuestras arcas?

—Cuando resolvamos el problema del señor Fairbairn, tú y yo tenemos que hablar, papá. Hay un asunto…

Un mayordomo estirado, con cierta impaciencia, carraspeó. Llevaba rato en el umbral de la puerta, aguardando a que alguno se acercara a mostrar su tarjeta o tener la amabilidad de explicar por qué llevaban rato discutiendo frente a la entrada principal. Los mozos que recibieron el caballo y el carruaje le habían avisado de los inesperados visitantes.

—Venimos a ver al señor Banes —informó Malcolm mostrando su tarjeta.

—Milord. —El sirviente meditó las palabras que diría a continuación, indeciso.

—Es un asunto urgente el que nos trae a su puerta sin avisar —insistió el escocés de más edad con la paciencia al límite.

—No lo dudo, es solo que no lo espera y mi señor se encuentra muy ocupado. No creo que lo pueda recibir. Sin embargo, en consideración a su rango, informaré acerca de su presencia. —Con un ademán les indicó que los siguiera.

El mayordomo los condujo hasta un saloncito de recibir y los invitó a sentarse mientras aguardaban su respuesta. Y sin más protocolo, se encaminó a poner al corriente a su señor de la visita de los caballeros.

Diez minutos después, el hombre estaba de vuelta y en su rostro podía leerse la negativa.

—¿Y bien? —indagó el conde.

La mirada de Cailean se posó inquisitiva sobre el sirviente, que tras hacer un gesto de pesar se dignó a transmitir el mensaje.

—El señor Banes no podrá recibirlos, se encuentra muy ocupado. Justamente está reunido. Lamenta tener que pedirles que vuelvan otro día.

—Dudo que lo lamente —soltó Cailean poniéndose de pie.

Los demás le siguieron. Para ninguno era una opción dejar el tiempo correr, solo empeoraría la situación que aquejaba a los Fairbairn.

—¿No podría ser esta tarde? —insistió el conde con firmeza. Su expresión daba a entender que estaba dispuesto a incendiar el lugar si no satisfacía sus demandas. No dudó en dejarlo claro—. De lo contrario, me plantaría aquí hasta que se digne a recibirnos.

—Volveremos mañana después del desayuno —intervino Joseph antes de que su amigo se metiese en problemas por él. Bastante apoyo ya le estaba brindando—. Dígale que lord Kennox y el señor Fairbairn regresarán mañana.

—¿Fairbairn? La señorita Fairbairn… —Comenzó a explicar el sirviente como si pensase en voz alta, mas los rostros fieros de los dos escoceses lo previnieron de cortar abruptamente su discurso.

—¿Qué sucede con la señorita Fairbairn? —atacó el pelirrojo con cara de pocos amigos.

El mayordomo se encogió de hombros, ya era demasiado tarde para apelar a la discreción.

—Ella… —balbuceó el sirviente con el semblante azorado Su señor iba a matarlo, era muy celoso de su privacidad.

—Hable de una vez o se las verá con mi furia. —Cailean hervía por dentro, la sola mención de Florence lo hizo sentir pavor. ¿Por qué la conocía el mayordomo de Cornelius?

—Ella está… Verá, milord, la señorita Fair- bairn y lady Va-le-ry —tartamudeó.

Cailean dejó escapar de golpe el aire de sus pulmones para volver a llenarlos tras una profunda inhalación, como si fuese a sumergirse bajo el mar. Y siguiendo de largo, atravesó la estancia rumbo a donde suponía que debía estar el estudio.

Abrió un par de puertas que lo condujeron a otras habitaciones, haciendo gran estruendo al volver a cerrarlas, hasta que por fin se detuvo delante de la indicada. Las voces en su interior le confirmaron su peor pesadilla.

Cornelius estaba ocupado… Con Florence.

Por supuesto. Ella no necesitaba a un hombre para solucionar sus problemas, se creía suficiente para encargarse de ese canalla.

—No puede interrumpir al señor. —El mayordomo casi histérico susurró, presa del terror, tratando de disuadirlo de irrumpir sin permiso—: Ya le dije que está ocupado…

Con el sirviente llegaron dos lacayos, para ayudarlo a sacar al escocés que resoplaba con la furia de un toro embravecido.

No eran celos lo que bullía en la sangre de Cailean, era temor, temor a que el sinvergüenza hiriera de alguna forma irreversible al amor de su vida. Y ese miedo lo impulsaba a actuar como un protector, un guerrero despiadado, capaz de lo que fuera por la mujer que amaba.

Ni siquiera reparó en el mayordomo y sus lacayos, a los que sabía que podía espantar como insignificantes insectos, no podrían contenerlo. No con la furia dominándolo de pies a cabeza. Miró en busca de los ojos de su padre, que asintió en total sintonía. Incluso, Joseph, parecía más valiente que nunca, casi lo quita de un empujón para tomar el lugar de Cailean, pero no se lo permitió, Cornelius pagaría y él sería su verdugo…

Tres patadas contundentes bastaron para que la puerta se abriera en dos, dejándole una escena inquietante delante de sus ojos.

21

Florence, armada con su entrecejo fruncido y los puños apretados, estaba escoltada por un coro de mujeres. Las reconoció en el acto:

Ettie, Henriette Severn, duquesa de Hayden

Emily Moray, condesa de Moray

Lady Charlotte Moray

Lady Valery Belcher

Lady Bonnie Severn, directora de English Roses School

Parecía que tenían acorralado a Cornelius Banes con sus exigencias, y él lucía mortificado. Pero, tras el estruendo de la puerta, todos se fijaron en quien causó el ruido y entró de la forma menos civilizada.

—¡¿Cailean?! —indagó ella tan sorprendida, como los demás—. ¿Qué haces aquí?

—Ya sabes por qué estoy aquí…

—Ya nos estábamos encargando… —replicó, y volvió a lanzarle una mirada amenazadora a Cornelius cuando intentó abrir la boca para decir algo por la intrusión.

El conde y Joseph entraron también en el estudio, que comenzó a sentirse atestado con los presentes. El abogado de los MacAlister trató de hacerse un espacio entre el gentío. Cornelius lo miró con ojos azorados.

—¿Es usted el abogado? —preguntó Cornelius señalando al letrado que acompañaba a los recién llegados. Era evidente que tenía un nudo en la garganta, mientras luchaba con su corbata. Sentía que se estaba asfixiando.

—Soy el abogado —contestó el interpelado y colocó un maletín encima del escritorio de cedro para disponerse a sacar los documentos—. Le traemos nuestra exigencia para que otorgue un plazo prudente al señor Fairbairn para pagar la deuda contraída… Dadas las circunstancias abusivas en las que le hizo firmar valiéndose de estratagemas malintencionadas. Le aconsejo ceder o todo el peso de la ley y la opinión pública caerá sobre su cabeza.

—¡Ya sé! ¡Ya sé! ¿¡Dónde debo firmar!? —gritó abrumado por esos pares de ojos encima.

Cailean, su padre, el señor Fairbairn y el abogado lo miraron desconcertados, jamás creyeron que aceptaría sin dar batalla. Entonces, el primero hizo un gesto desconfiado mientras contemplaba inquisitivo a Florence. Las jóvenes mujeres seguían presionando con sus expresiones afiladas a Cornelius, lo que no le pasaba por alto.

—Florence, mientras el abogado prepara los documentos, ¿podemos hablar un momento? —Creyó con seguridad que ella podría aclararle la situación que aún no sacaba de su asombro a Malcolm y a Joseph.

Ella asintió.

—Creo que nosotras debemos marcharnos para dejarlos maniobrar ya sin tantos espectadores. —Lady Charlotte lanzó una mirada de pocos amigos en dirección de Cornelius, como un último recordatorio de lo que era capaz.

—Tienes razón, querida. La estancia ya se siente como una prisión y el calor es sofocante —musitó Ettie con aire triunfante.

—Hora de irnos, nos vemos pronto, Flor. —Emily estuvo de acuerdo con las primeras.

—Si me necesitas, no dudes en enviarme una misiva con un mensajero. Acudiré a tu encuentro con la rapidez de una locomotora, amiga de mi corazón. —La frase salió de los labios de Valery. Quien, después, negó con desdén lanzándole un último escrutinio a Cornelius—. Es una suerte que usted no sea de mi sangre, sería una desgracia tener que llamarlo primo. Nuestro

querido tío, el conde de Cumberland, sí se siente orgulloso de llamarlo sobrino. ¿Cómo es que le dice de continuo? Ah, ya recordé: «el digno heredero de su linaje».

Cuando las damas se encaminaron a la salida, como un vendaval de faldas, con el característico frufrú de su marcha triunfal, los hombres ahí presentes se miraron extrañados.

—Te acompaño —le dijo Florence a Cailean y él no tardó en señalarle la puerta de salida, para después escoltarla del brazo.

Antes de abandonar el estudio volvió a mirar la escena, confundido. Cornelius parecía dispuesto a colaborar con el abogado, mientras mascullaba maldiciones.

Anduvieron lejos de los lacayos y el mayordomo que no se veían tranquilos, pese a que el ambiente parecía más calmado. No obstante, ninguno los siguió, estaban más ocupados en aguardar las indicaciones de su señor.

Cuando por fin estuvieron lo suficientemente retirados del resto, cercanos a una ventana donde podían respirar aire fresco, él la contempló con una ceja arqueada.

—¿Qué hicieron tus amigas y tú, mi pequeña hada traviesa?

—Es una suerte que haya aparecido el abogado justo en el momento más pertinente —dijo con la misma expresión que usaba cuando de más jovencita protagonizaba una travesura.

—Nuestro abogado vino para intentar apelar a una enfermedad de la mente de Fairbairn, y así tratar de revertir los efectos de sus promesas de pago. Incluso, saliendo de aquí, íbamos a acudir al buen doctor Edward Raleigh para solicitarle su colaboración.

—No pueden hacer eso, mi padre no está loco. —Se opuso por completo. Cruzó sus brazos sobre el pecho para reforzar su negativa.

—Lo sé. Habla bajo. Tal vez se extinga el poder de la brujería que tus amigas y tú hicieron para dejar a Cornelius tan manso como un cordero, y nuestro recurso vuelva a ser necesario.

—No lo permitiré. Si mi padre debe consultar a un médico será para que lo ayude, no para invalidarlo frente a la sociedad. Ya bastantes problemas tenemos. Hombres —se quejó—. ¿No había un recurso más práctico, sin consecuencias abrumadoras a largo plazo?

—Deslúmbrame con tu ingenio. ¿Qué hicieron, *wee sìth*?

—Hoy me reuní con mis amigas en la escuela y entre la indiscreción de lady Lavinia Warrington y mi desahogo, ellas supieron lo que nos hizo Cornelius. Ettie jamás se queda cruzada de brazos cuando presencia una injusticia. Por lo que, se le ocurrió que entre todas podríamos disuadir al canalla. Bonnie, su cuñada, estuvo de acuerdo de inmediato. Nos hizo ver que con ingenio podríamos derribarlo legalmente. Así que no tardamos en actuar.

—¿Disuadir? ¿Derribar? ¿Eh? Me encantaría saber qué armas usaron para hacerlo claudicar.

—Ettie convocó a todas para encarar a Cornelius, aseguró que con nuestras conexiones podríamos amenazarlo con arruinarlo socialmente, expulsarlo de clubes y cerrarle las puertas de los sitios que más le gusta frecuentar. Charlotte, por su parte, compartió que hay muchos motivos para anular las consecuencias legales de la firma de mi padre, como por ejemplo haber accedido bajo amenaza.

—No recuerdo que Fairbairn haya firmado bajo una presión indebida, según él lo hizo ilusionado y con esperanzas puestas en su nuevo «salvador».

Florence puso los ojos en blanco y terminó dando el motivo, la verdadera razón…

—Valery, quien también es sobrina de los Cumberland, conoce muchos secretos que arruinarían por completo la reputación de Cornelius. Ventilar estos lo derribaría del pedestal donde lo ha encumbrado su tío. Y este secreto involucra nada más y nada menos que a lady Lavinia Warrington, la protegida de los condes.

—Habla —masculló arrugando el entrecejo, su información se ponía cada vez más interesante.

—Para Cornelius el aprecio de sus tíos es tan importante como el aire que respira, sin ellos no gozaría de los privilegios que ostenta. Se sabe que a su propio hijo el conde de Cumberland lo mandó a América. ¿Qué haría entonces con el sobrino? Valery asegura que le cerraría las puertas de Cumberland Place en las narices y no lo dejaría entrar nunca más. Sobre todo, porque bajo tan honorable techo deshonró a…

—Oh, ya entiendo. —Negó convencido de que tener una red de apoyo, como las amigas de Florence, era una valiosa fuente de sabiduría y alianza aseguradas. Solo a las mujeres, con su infinito ingenio, se les habría ocurrido presionar con los elementos necesarios para desquiciar al oponente—. He atado cabos. El secreto turbio, la necesidad de ser valorado por el tío, frenar su ascenso por la escalera social.

—Por eso Lavinia se lanzó a mi yugular hoy en la mañana. Cree que soy el obstáculo que impide que él le proponga matrimonio. Pero según Valery, él no quiere emparentar con una familia que tiene una mácula: una hija cuya reputación se vio comprometida. Me refiero a la hermana mayor, la que vive en el campo con su madre. La que cayó en las garras de Marcus, el primo de Cornelius.

—Tal para cual. No sé por qué lord Cumberland se asombraría de conocer las peripecias del sobrino. Lamentable para los Warrington, serían dos hijas en desgracia si lo de lady Lavinia queda al descubierto. No apruebo que los hombres sean unos sinvergüenzas sin escrúpulos con las mujeres. —Hizo una pausa para exhalar y expuso otra duda—. ¿Y por qué se mostró tan cooperativo al ver a nuestro abogado?

—Lo amenazamos con uno… Ettie iba a mandar a buscar al de su esposo, pero el tuyo apareció como enviado por Dios. Sin el apoyo de su tío, y con el hábil y bien conectado abogado del duque de Hayden tras su cabeza, la vida de Cornelius se convertiría en una pesadilla. Creo que tomó la decisión más fácil y sabia. ¿No te parece?

—Estoy de acuerdo. —Volvió a mirarla como si continuara sorprendido por sus agallas y la de sus amigas. Tras estudiarla un par de segundos con los ojos entrecerrados, prosiguió—: Cornelius sería un tonto si iniciaba una guerra contra un grupo con tales características… ¿Con la duquesa de Hayden como líder, la poderosa directora de una de las escuelas más prestigiosas de Londres, la esposa y la hermana del Rey Midas? ¿Y qué decir de la hija del duque de Richmond, esa amiga tuya, lady Valery? Es una suerte que conociera del resbalón del libertino, es la cereza del pastel.

—Aunque lady Cumberland está decepcionada porque Cornelius no quiere desposar a Lavinia, lo ha solapado. Justo como hacía con su hijo Marcus. Valery escuchó por accidente cuando su tía se lo contaba a su madre. Trataba de ocultarle la indiscreción a su esposo. El conde es muy estricto, no perdonaría a su sobrino.

—Son temerarias tus amigas. Pero, en ninguna circunstancia me enfrentaría a Florence Fairbairn. Ya veo que no está decidida a dejarse vencer ante nada ni nadie.

Él la miró con ansias vivas de besarla, ella en esa tesitura de paladina de la justicia lo estaba enloqueciendo de deseos. Si ya la amaba, saber de su osadía, de su capacidad de hacerle frente a las adversidades del complejo mundo en que vivían, la hizo venerarla, respetarla más, admirarla.

—¿Repruebas que no necesite un hombre para poner mis asuntos en orden? —Fue una pregunta decisiva. Ya habían tenido ciertas tiranteces sobre lo mismo. Tal vez, con tantas preocupaciones en la mente, ella no notaba que él la contemplaba con devoción.

—No, no. Por todos los cielos, no. —Esa mujer sería la madre de sus hijos, y saber de su acto de valentía le aseguraba que había elegido muy bien.

Cailean, con su abrumadora fuerza varonil y un guiño de picardía, miró de un lado a otro para asegurarse de que estaban completamente a solas. Emitió un gruñido bajo, complacido, al descubrir que la sala seguía desierta.

Con el deseo por esos labios irreverentes, ardiendo en su pecho, la envolvió en sus brazos para robarle el más ardoroso de los besos. Estaba convencido de que ninguna otra podría llenar sus días de tanta vida, fuerza y pasión.

Ella, sobrecogida, respondió aferrándose al fuerte torso de Cailean con la misma necesidad.

—Por el Creador, grandullón, ¿qué hacemos? Estamos en la casa del canalla. —Suspiros entre beso y beso. Si en algo destacaba Cailean era en hacerle perder la razón a Florence, cuando la envolvía con su aroma masculino, con su calor corporal, cuando saqueaba su boca con total maestría. Pero ella no se resistió, se apretó contra los duros músculos del escocés y dejó que aquel dominara sus sentidos.

Se perdieron unos instantes el uno en el otro, como si todo lo demás no existiera, como si estuvieran lejos de allí, en el lugar que más amaban los dos sobre la tierra: Kilbraith.

—Hoy le pediré formalmente tu mano a Fairbairn… —soltó en un jadeo cuando al fin pudo despegarse de esos labios, pero aún la abrazaba con firmeza.

—¿Cómo piensas lograrlo? —inquirió tratando de recuperar el aliento—. Aún no le revelas a Malcolm sobre el negocio que harás con el duque de Hayden.

—De esta noche no pasa, mi amor. Mi padre tendrá que aceptar que o nos asociamos con Hayden o nos hundimos. Nuestro *whisky* lo agradecerá. Oh, mi dulce hada traviesa, bésame de nuevo.

Un carraspeo a sus espaldas los hizo soltarse apresurados, ella intentó alejarse lo más posible de sus brazos. Pero Cailean se recompuso *ipso facto*, le atrapó la mano a Florence y, con determinación, la aproximó a su pecho, para asegurarle que todas las batallas que librarían desde ese día, las iban a pelear juntos. No bajó la vista, al contrario, miró al recién llegado a los ojos, con firmeza.

Malcolm gruñó irritado. Los segundos en que el conde los escrutaba con la mirada parecieron eternos. Al fin, volvió a

carraspear y se decidió a expulsar la lava que le estaba quemando la garganta.

—¡¿Se creen tan listos como para dejarme vivir engañado como un imbécil?! No soy idiota, hace rato empecé a sospechar que se atraían. Incluso, estaba considerando darles mi bendición, aunque nuestras arcas quedaran a la deriva. No tendría corazón para negarles estar juntos. Pero, hijo mío, pensé que no la tomarías entre tus brazos sin antes pedir su mano de forma honorable.

—Florence es pura, no hemos…

—¡Basta! No es el lugar… Hablaremos en casa. Al menos tuviste decencia de no profanarla bajo mi techo. ¿Cómo pudiste hacerla caer en tentación? ¿A la niña de nuestros ojos? Si no fueses de mi sangre te retaría a duelo.

—Padrino, yo lo quiero —defendió Florence a Cailean con valentía—. En todo caso, caímos los dos.

—Hija mía, a mis ojos siempre serás una santa. Sin embargo, a este sinvergüenza, le daría una tunda si no fuese ya más alto y fuerte que yo. Te casarás con ella. ¡De inmediato! ¡La harás honorable!

Cailean bajó la cabeza, avergonzado, pero nunca soltó la mano de Florence. Ella se abrazó más a su costado, y continuó:

—Me ha ofrecido matrimonio, padrino, pero buscábamos la manera de lograrlo sin ofenderlo. ¿Recuerda que usted y mi madrina nos exigieron a ambos casarnos con otras personas? ¿Y la forma tan imperiosa en que nos instaron a hacerlo?

Malcolm negó, esa misma noche se cercioraría de que su hijo le pidiese a Joseph la mano de Florence. Antes de preservar la fortuna estaba el honor de las dos familias, y ese solo estaría a salvo si Florence y Cailean dejaban de besarse a escondidas por los rincones. Sin embargo, algo más aún no le quedaba claro. En un principio se exasperó al verlos en pleno romance, pero había otro asunto que necesitaba que fuese esclarecido.

—¿Qué firmarás con el duque de Hayden, hijo mío? ¿De qué sociedad hablas? ¿Por qué has mencionado nuestro *whisky*?

Cailean sabía que su padre había escuchado lo referido al duque y que Florence se lamentaba por el descuido, por sacar el tema. Él no la culpaba, los besos, el deseo, la tentación, el amor, todo jugó en su contra para volverlos confiados. Tampoco fue precavido al ventilar lo pactado.

—Este no es el lugar para discutir sobre nuestros asuntos, padre.

—No, no lo es. —Malcolm estaba enardecido; sin embargo, se mostró como el hombre sabio que era, no ventilarían más de sus problemas en la casa de alguien más—. Menos con lo que acaba de ocurrir, por lo que vine a buscarte con tanta prisa.

—¿Cornelius no firmó? —Cailean comenzó a preocuparse.

—Lo hizo, gracias a Dios, justo a tiempo… —Malcolm lucía aliviado por esto último, pero era contrarrestado por la decepción de escuchar las palabras sobre la traición de Cailean. De todos modos, hizo a un lado su molestia, y siguió con el asunto que les atañía—. O no sé en manos de quién habría quedado Joseph. Tiene un plazo para pagar las libras gastadas y a la brevedad traerá el resto del dinero, el que aún tiene a resguardo, la menor parte. Aunque ahora tendrá que esperar a que la herencia sea cobrada por quienes…

—¿De qué herencia estás hablando?

—Cornelius está muerto.

Tuvo que apretar más fuerte la mano de Florence que se sacudió por la impresión, la noticia los tomó desprevenidos.

—¿Cómo que muerto? ¿Has sido tú? —Sí, a su padre no le importaría ir a la cárcel por librar a un buen amigo y a Florence de ese malnacido. Tenían que moverse con agilidad si querían darle una rápida solución al apuro—. Yo asumiré la responsabilidad.

—Aguarda, hijo. No, el salvaje de tu padre no es responsable —agregó con incomodidad por la poca fe que Cailean tenía en su mesura—. Pude controlarme. Sin embargo, no sé si corras con la

misma suerte cuando me expliques ese asunto con Hayden que me has ocultado.

No quería discutir allí sobre sus negocios, pero su padre insistió, así que trató de resumir.

—No voy a permitir que nuestra familia y la de Florence continúen intentando mantener el equilibrio sobre aguas turbulentas. Tengo un negocio que nos hará ricos, de nuevo. Y lo único que falta es que lo revises con cuidado y lo apruebes. Me enseñaste a hacerle frente a la vida… Ahora no pretendas que me quede cruzado de brazos…

—Seguro es mi culpa que tengas esas ideas. ¿Tiene algo que ver con lo que aprendiste en Oxford? —negó con la cabeza fastidiado.

Cailean asintió.

—Lo que aprendí en Oxford, lo que tú me enseñaste, lo que he visto hacer a Zachary con gran éxito desde años.

—Cuando resolvamos el embrollo de lo que está ocurriendo ahora, y yo pueda respirar sin querer darte una paliza, revisaré tu propuesta. Tal vez, si es buena, considere que ya es hora de dejar nuestros destinos en tus manos. Tu madre hace años quiere regresar a Escocia por tiempo indefinido. Quizás ahora es tu momento de tomar el mando de la familia y conducirnos a puerto seguro.

Cailean exhaló aliviado por el voto de confianza que le estaba dando sin aún estudiar su idea. Estaba convencido de que la encontraría razonable.

—¿Por favor, padrino, dígame que no fue mi padre quien mandó al más allá a Cornelius Banes? —Florence indagó preocupada. ¿Cómo esos dos hombres estaban tan tranquilos con un difunto en esa casa? Rogaba al cielo porque su padre no estuviese involucrado —. No podría sortear otro desastre.

—No, Joseph no mataría ni a una mosca. Es el hombre más inclinado a ayudar al prójimo que conozco. El mayordomo…

—¿Fue el mayordomo? —Cailean no imaginaba al estirado y pomposo criado capaz de tal acto.

—Tampoco, pero está dispuesto a asumir la culpa. Resulta que Banes siempre fue abusivo con sus sirvientes, y tras firmar enloqueció delante de nuestros ojos. No sé si fue la frustración de que Florence se le escapó de sus manos…

—Seguro lo que más lo atormentaba era perder la protección de su tío —intervino Florence aliviada porque su padre no era culpable.

—Como sea, le recriminó al mayordomo por dejarnos pasar sin invitación a nosotros y a las damas que estuvieron antes. Y como un desquiciado lo agarró por el cuello tras asestarle un par de bofetadas —explicó Malcolm.

—Pobre hombre, quién sabe cuánto tiempo habrá soportado esas humillaciones —murmuró Florence y se llevó las manos al estómago, asqueada.

—Le preguntamos por qué permitió todo ese tiempo tales tratos con él y con el resto de la servidumbre… Y dio sus razones para atarse a tan mala posición —continuó el conde—. Tiene deudas que cubrir, su esposa está muy enferma y los tratamientos son costosos. Resulta que mientras Banes sujetaba por el cuello al mayordomo, hasta casi arrebatarle la vida, un lacayo golpeó en la cabeza al agresor con un busto de bronce de uno de los antepasados Cumberland, el abuelo si mal no recuerdo. Banes murió en el acto. Quise intervenir, pero todo fue muy rápido.

—¿Podemos marcharnos de aquí, por favor? —suplicó Florence con el estómago revuelto.

—No hasta que venga la policía y tome declaración para su reporte —manifestó Malcolm—. Hay demasiados testigos.

—¿Qué pasará con el pobre hombre? —Florence se compadeció.

—Se pone peor, es el hijo del mayordomo. Actuó para salvar la vida de su padre —reveló Malcolm—. Fuimos testigos de lo ocurrido, hablaremos a su favor y contrataremos un defensor competente.

—Cuenta conmigo, padre, buscaremos al mejor.

22



Londres, 12 de agosto de 1874

Ese Duodécimo Glorioso Florence se despertó en Kennox House, a diferencia de los años anteriores que para esa fecha ya estarían en el campo, disfrutando de las actividades de verano en Kilbraith. Algunos aristócratas muy conocidos en la sociedad tampoco habían viajado a sus fincas a celebrar el día cazando al urogallo rojo, como se acostumbraba. Por el contrario, se habían quedado en la ciudad para un evento que fue anunciado con gran entusiasmo.

Unos toques en la puerta la previnieron, y dio la autorización para que Fenella pudiese entrar. La doncella llegó temprano a traerle el desayuno y el periódico *The Golden Gazzete,* para que Florence no dejara de leer el artículo sobre el anuncio oficial.

—Hoy es el día, señorita —recordó la buena mujer tan entusiasmada como Florence. En sus manos traía un ramo de peonías rosadas del propio jardín—. El joven MacAlister pasó a desayunar con su padre esta mañana y antes de encerrarse en el estudio con él, me dio las flores para usted.

—Por el Creador, sí, es hoy el día —contestó, tomó las flores y las llevó a la nariz con una sonrisa. Por supuesto no traían nota. Cailean dejaría el jardín desierto, casi todos los días le regalaba un ramo—. Tanto lo esperé y ahora es una realidad. Deséame suerte, Fenella, voy a necesitarla.

—¿Cómo amaneció? ¿Pudo descansar?

—Con los nervios a flor de piel, pero pude dormir.

—Me dijo su madrina que tomaría los alimentos en sus aposentos. Debemos darnos prisa, hay tanto que hacer esta

mañana.

Todo estaba listo en la habitación, el vestido que usaría, los documentos y los materiales que llevaría para la demostración delante de los jueces del concurso.

Un suspiro ahogado se alojó en su pecho cuando la doncella le extendió la bandeja con los alimentos.

Florence tomó el periódico antes que su desayuno y con la emoción recorriéndola entera, leyó el artículo:

EL GRAN DÍA HA LLEGADO
The Golden Gazette
Escrito por Frederick Banes
12 de agosto de 1874

La vida con sus sorpresas, o más bien, mi querida amiga la duquesa de Hayden obrando milagros este deslumbrante verano. ¿Quién me diría que tres meses antes anunciaría como ganadora del prestigioso Premio Cumberland a la debutante que no solo se quedaría con la presea, sino también con el corazón de su excelencia el duque de Hayden?

La ahora felizmente casada duquesa, en su infinita devoción a lo que representa el espíritu de English Roses School, tomó una decisión loable y sensata: donar el monto recibido de treinta mil libras. Su determinación ha hecho felices a las otras debutantes que no corrieron con igual suerte. Hoy se decidirá quién o quiénes, serán las ganadoras del concurso especial, que solo ocurrirá este año y que tiene por nombre: Premio Cumberland-Hayden.

Señoritas, jóvenes damas que pondrán todo su empeño en quedarse con la victoria, desde este periódico les deseamos la mejor de las suertes.

Pero, antes de despedirme, mis enhorabuenas para las jóvenes rosas inglesas que egresaron este año de la

escuela para señoritas más reconocida de Londres: English Roses School. Muy pronto el colegio abrirá sus puertas para una nueva generación de alumnas, que seguro vivirán una época inolvidable donde se prepararán para ser las damas más distinguidas de la sociedad.

La nueva directora, lady Bonnie Severn, les da la bienvenida a sus aulas deseándoles que este próximo septiembre, llene de dicha sus días y de orgullo a sus familias. No olviden que las pupilas de hoy son las concursantes de mañana, en este premio que no deja indiferente a ninguna debutante egresada del colegio.

Ahora sí, damos por inaugurado el nuevo concurso: ¡Qué gane la mejor y reciba el honor quien más lo merezca!

Repetiré mi frase acostumbrada de cada año y que tanta satisfacción me da escribir:

Matronas, caballeros solteros, damas casaderas, padres urgidos por ver a sus hijos hacer un buen matrimonio y, mis queridos cotillas que observarán todo y juzgarán con avidez, haré mi anuncio oficial:

Si creían que la temporada de caza más esperada del año, el mercado matrimonial de 1874 languidecería con la huida de los nobles a sus fincas para pasar el verano, lamento renovar sus ilusiones.

Desde este humilde periódico declaramos para las damas casaderas que aún pueden encontrar al pretendiente adecuado. Los especímenes más cotizados no se perderán el concurso y han retrasado sus respectivos viajes a sus fincas. Nadie olvida que la ganadora o las ganadoras del premio serán acreedoras a una pequeña fortuna que, representará un cambio importante en dotes poco abultadas.

La pregunta que me hago es si, la ganadora o las ganadoras, estarán dispuestas a invertir el premio en una

dote para conseguir marido.

El mundo gira a pasos agigantados y las hermosas damas no dejan de sorprendernos.

Mientras Fenella le ponía la cadenita con el colgante de perla y los aretes a juego, que Cailean le regaló cuando debutó, Florence sonrió y recordó que sus esponsales estaban corriendo. En una semana se casaría con Cailean, a quien sus padres desterraron a una habitación adosada a las oficinas de su administrador. Un sitio pequeño y sin ninguna comodidad.

Gracias a Dios, su primo Broc salió a su rescate y lo invitó a vivir en la desvencijada casa de campo de los Wetherby, que Broc y Zachary compraron para usar las tierras de la propiedad para su criadero de caballos. No había lujos y las comodidades eran escasas. A pesar de que las cañerías eran un desastre, el techo tenía goteras, entre otras necesidades de mejoras, fue más factible que la alternativa de sus padres. Solo viviría ahí un tiempo breve en lo que podían casarse y todos se marchaban a Kilbraith.

La situación económica de los MacAlister aún no se había resuelto, pero ya no era un impedimento que Florence y Cailean se unieran en matrimonio. El patriarca había entendido que no podía separar a esos dos jóvenes que tanto quería. Así que tendrían que esforzarse mucho para que las arcas de los MacAlister volviesen a sus mejores tiempos si pretendían evitar la ruina económica y el declive de su casa.

Casarlos a cada uno por una dote ya no era una solución, lo intentaron con Florence y todo terminó en desastre.

Por otra parte, el padre de ella todavía se tambaleaba en sus finanzas. Había vendido algunas tierras para saldar parte de la deuda contraída, pero conservó las que se podían cultivar. Y gracias a lo negociado por el abogado antes de que Cornelius falleciera, tenía un plazo —aunque no tan considerable— para pagar lo que restaba.

Por sugerencia de su hija, Joseph comenzó a acudir con el doctor Raleigh para tratar el mal que lo aquejaba y lo dejaba sin ganas de enfrentar la vida. Cailean y Florence lo acompañaron a la primera consulta, con toda la fe puesta en que el médico desplegaría sus bondades sobre Joseph.

El doctor se interesó con rapidez en el caso, y los progresos poco a poco comenzaron a notarse. Con su padre en vías de mejorar, y su madre tomando las riendas de la familia, sus hermanitos tendrían la oportunidad de crecer y prosperar en un hogar estable.

Por eso y más, para Florence ganar el premio significaba todo. Lo necesitaba para ayudar a su familia. Confiaba en que Cailean encontraría los medios de levantar a la suya, pero igual quería ayudar a sus padrinos.

—¿Lista para acabar de vestirse? —le preguntó Fenella, sacándola de sus reflexiones.

El vestido no era nuevo, pero sus ilusiones estaban renovadas.

—No sé si estoy lista; sin embargo, vamos a ello. No hay tiempo que perder.

Florence llegó acompañada de Eve, Fiona y Cailean, que no podía sentirse más orgulloso de su prometida. Para ella era muy especial que su madre pudiese acompañarla. Los Fairbairn habían regresado a Londres para la boda y se quedarían durante un tiempo, mientras Joseph era tratado por el doctor Raleigh.

Después de ella entraron las demás señoritas. Pudo ver a Charlotte en compañía de su madre, su hermano y Emily, que con alegría le brindaban todo su apoyo.

Vio a su querida amiga Valery introducirse con valentía por las enormes puertas del salón de eventos, venía sola y eso hizo que el corazón de Florence se encogiera. ¿Por qué su madre no pudo acompañarla?

Seguramente, la duquesa de Richmond no apoyaba el concurso, como su tía, porque la condesa de Cumberland tampoco acudió. Se escudó en el luto por su amado sobrino, pero era de dominio público que los condes de Cumberland quedaron decepcionados al destaparse el escándalo sobre los motivos de la muerte de Cornelius.

Más grave aún fue la reacción de lord Cumberland al conocer que, antes de partir, el infeliz corrompió a lady Lavinia Warrington. Era la joven que habían apadrinado sus tíos.

El lamento de los condes aún daba de qué hablar. Incluso se rumoreaba que mandarían —si no lo habían hecho ya— a buscar a su hijo desde América para tratar de sanar sus corazones.

Florence hizo una seña discreta a Valery para pedirle que se sentara junto a ella y su familia. No la dejarían sola. Eve y Fiona sabían lo bien que la joven dama se portó con Flor durante su permanencia en el internado, así que trataron de arroparla sin hacer preguntas. Cailean fue amable con la muchacha, habían hablado poco, pero conociendo del cariño que su amada le tenía, se comportó amigable.

—No hay rastros de lady Lavinia —advirtió Florence—. ¿Quién habrá divulgado su indiscreción?

—La verdad es que no estoy segura, pero creo que fueron los criados de Cumberland Place, algunos harían cualquier cosa por dinero —respondió Valery que estaba al corriente de lo que sucedía en la propiedad de sus tíos.

—Dicen que tu primo volverá a Londres.

—Mi tía clama por él, y mi tío ha decidido perdonarlo. No creo que sea una buena idea. Marcus jamás dejará de comportarse como el libertino que, por desgracia, es. Ojalá las damas casaderas sepan de su reputación y sean cuidadosas, porque hay varias que no han podido recuperarse aún de haber puesto sus ojos en él.

Las autoridades del colegio desfilaron delante de las debutantes y sus familias, dejándolos sin aliento. Los duques de Hayden tomaron sus lugares, precedidos por Bonnie, que lucía hermosa y

distinguida en su papel de directora, el que cada día desempeñaba mejor.

El Comité de Damas, con la excepción de lady Cumberland y la duquesa de Richmond, siguieron a los dueños de la escuela. Se había extendido la noticia de que seguirían desempeñando sus funciones, pero las decisiones se tomarían en consenso con un nuevo comité que estaba formando la duquesa de Hayden, los nombres de las convocadas para dicha función todavía no eran de dominio público. Pero los murmullos de lo que vendría ya llenaban los salones más encumbrados.

—Después del concurso, tendremos mucho trabajo. Ettie quiere que nuestro comité de damas se ponga en función —le susurró Florence a Valery.

—Será muy emocionante. Creo que mi madre y mis tías se desmayarán cuando me vean ocupar un sitio en esa mesa directiva. Eso a veces me hace dudar…

—No, mi querida Valery, no les permitas que influyan más en tus decisiones. Seguir sus consejos no te ha traído nada bueno.

Valery suspiró llenándose de valor y Florence le sonrió para transmitirle seguridad.

El llamado a atender al podio las hizo guardar silencio, y se quedaron observando a lady Bonnie, ahora su querida amiga, hacer un anuncio oficial. El concurso estaba comenzando.

Tras la inauguración, el duque de Hayden, seguido de su esposa, dieron unas palabras que llenó a todos de esperanzas sobre el futuro de la escuela. Incluso, a los padres de familia que tal vez dudaban si la institución se desempeñaría al nivel que había funcionado hasta la fecha. Pero todo lo que escucharon les encantó. English Roses School traería grandes enseñanzas para la vida de sus estudiantes.

Tras las breves palabras, Bonnie presentó al jurado, únicos encargados de elegir a la o las ganadoras. En algún punto, Ettie decidió que no debía haber lazos cercanos entre los que tomaban la decisión final y las concursantes. Por eso, el sitio de Valentine fue

cedido al maestro de música de la escuela, y el lugar de Zachary fue otorgado al marqués de Bloodworth.

Bonnie presentó a cada uno con gran distinción:

—Rose Osborne, marquesa de Bloodworth, ganadora del concurso de las rosas, creadora de la rosa Blushing Girl y dueña del imperio de las rosas de invernadero en Londres.

Daisy Montagu, la condesa de Pembroke, quien ha destacado como escritora de cuentos de hadas.

Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice, quien dedicó su dote y lo recaudado anualmente en eventos de caridad, para una bella misión: una biblioteca donde enseña a leer y brinda abrigo a niños de familias humildes.

Kilian Everstone, vizconde Sadice, excelso pintor, coleccionista de arte y dueño de la galería Dance of the Starlings.

Frederick Banes, influyente periodista y editor, propietario de *The Golden Gazette*.

Emery Osborne, marqués de Bloodworth, exitoso hombre de negocios, quien desde muy joven tomó en sus manos el imperio familiar y acrecentó su valor, invirtiendo en los rubros más destacados de la economía.

Ernest Hill, excelso pianista, y conocedor de variados instrumentos, maestro de música de English Roses School durante más de veinte años.

Los aplausos irrumpieron llenando la estancia, los jueces sonreían a medias, incrédulos de causar tal furor ante las jóvenes concursantes y sus familias. Cuando cada uno de ellos tomaron asientos, se les otorgó unos instantes a las participantes para prepararse. Ya no había vuelta atrás.

23

Al llamado, lady Charlotte Moray, se despidió con una mirada de su hermano, quien cedió su puesto como juez con orgullo, con tal de verla participar. Mil veces, él le aseguró que la ayudaría a lograr cualquier sueño que tuviese, pero ella no aceptó. Sabía que Zachary tenía su capital invertido en sus propios negocios, y no le permitió alejarse de sus propósitos. Además, la satisfacción del mérito personal era algo que Charlotte necesitaba experimentar.

Unos lacayos trajeron una mesa de madera pintada de blanco, después tres cajas grandes que colocaron encima de la mesa. Las cajas venían forradas de terciopelo color marfil. Dentro de estas, con total secretismo, permanecía el material que ella misma había mandado a confeccionar.

Todos se quedaron expectantes a lo que mostraría.

Tras dirigirles un saludo a los miembros del jurado, continuó:

—Mi padre, el marqués de Blair, cree que solo traspasó a su hijo su habilidad para los negocios. Pero tanto tiempo observando a mi hermano convertir todo lo que toca en oro, ha despertado en mí, el deseo de probar si yo también heredé tal don. Aunque mis ambiciones son más modestas, estoy convencida de que es un legado que nos pertenece a los dos. Sueño y pretendo hacer mi proyecto fructífero. Hay un periódico que leo asiduamente, porque el ingenio que usa la pluma de su redactor principal me ha inspirado. Él refiere que: «la palabra escrita es más poderosa que la hablada porque queda en un papel hasta que este se desgaste con el tiempo». Yo voy más allá, considero que la palabra escrita puede tocar el alma. Por lo tanto, he decidido abrir mi propia Casa de

Correspondencia, una suerte de papelería de lujo para damas aristócratas, señoras de la burguesía y aquellas que puedan permitírselo. Considero que las cartas significan todo. Con una carta se puede enviar noticias de todo tipo: sellar alianzas, declarar la guerra, negociar un compromiso, invitar a una celebración, consolar a un amigo. Incluso, se puede iniciar un cortejo. ¿Qué hay más romántico que una carta de amor? —Lo último fue osado; de todos modos, provocó algunas risas entre los presentes.

Con gracia y destreza abrió las cajas y sacó lo que había dentro, colocó cada objeto sobre la mesa de manera ordenada. Había hojas de papel finísimo, artístico y personalizado: tintas artesanales, sobres perfumados con monogramas, papel para carta, invitaciones para casas nobles, tarjetas de presentación y de baile, sellos, cera para lacrar.

—Muy ingenioso, lady Charlotte Moray —dijo Frederick Banes, y se puso de pie para inspeccionar los materiales de cerca.

Los demás jueces, intrigados por tocar la calidad de las texturas, también se acercaron a investigar, con los rostros muy complacidos.

—¿Algo más que desee añadir antes de terminar su presentación? —le preguntó con una amplia sonrisa lady Pembroke, Daisy, a Charlotte, tras oler el aroma a papel nuevo que engatusó sus sentidos.

—Claro que sí —contestó emocionada. Si no ganaba, no importaría, la satisfacción que sintió al poder llegar tan lejos por sí misma no se equiparaba con nada—. En cada noticia que queremos dar dependemos de papel, tinta, sellos de lacres con escudos, sobres, plumas estilográficas… El papel que utilizo proviene de Somerset, fabricado con fibras de algodón, sin ácidos, y con una durabilidad probada. El mismo cuidado he tomado con cada material. A veces la calidad de los elementos que utilizamos en nuestra correspondencia no transmite quiénes somos. Si pudiesen elegir, ¿escogerían los materiales ordinarios que están en el mercado

o visitarían mi Casa de Correspondencia para que sus mensajes sean entregados con elegancia y delicadeza?

—Seguramente yo la visitaría, lady Charlotte —contestó Daisy, la condesa de Pembroke.

El público estalló en aplausos mientras en susurros respondían que elegirían sin dudar la opción que Charlotte ofrecía.

Florence se quedó maravillada con lo expuesto por su amiga y aplaudió con efusión, mientras compartía una sonrisa cómplice con Valery que también estaba impresionada. Tal vez su producto estaba dirigido preferentemente a la alta sociedad, pero era algo muy propio de Charlotte que la distinguía y le pareció acertado. Pensó que, indiscutiblemente, su amiga también heredó la veta de habilidad para los negocios del marqués de Blair.

Después, llegó el turno de otras concursantes, que también traían mesas y productos como bordados, costuras, pinturas en diferentes técnicas; pero ninguna demostró hasta dónde estaba dispuesta a llegar con lo que sabía hacer, y menos argumentaron cómo ganarían dinero con aquello, a pesar de haber varias vías posibles. Pero las jóvenes no habían sido formadas para algo diferente. En cambio, Charlotte había crecido en Francia y tuvo el ejemplo de negocios de su padre y hermano.

Al escuchar su nombre lady Valery Belcher acudió al frente. A diferencia de las anteriores señoritas, no llevaba nada en sus manos. Aquello causó gran expectación. Se plantó sola, sin mesa, sin artículo alguno, y ante el silencio que se cernió sobre ella como una duda, carraspeó.

Sabía que hasta el momento la presentación más relevante había sido la de Charlotte. ¿Conseguiría superarla? No lo creía, era tan humilde su propuesta.

—¿Qué va a mostrarnos, lady Valery Belcher? —preguntó Kilian Everstone, vizconde Sadice, para animarla a decidirse a hablar.

Los jueces trataban de ser comprensivos, pero en el público ya se escuchaba el cuchicheo y algunos enarcaban sus cejas en señal reprobatoria.

Valery hizo una reverencia casi perfecta y después se dignó a presentar su idea.

—Mis padres, los duques de Richmond, me educaron para ser una dama de sociedad. Me mandaron al colegio para aprender bordado, música, etiqueta y modales. Pero hay algo que comprendí sin que nadie tuviese que enseñármelo: existe un instrumento casi místico capaz de aplacar el miedo, consolar a los que sufren y encender la llama de la esperanza. Y me refiero a la voz. Deseo crear una Escuela de Canto para Niños, sin importar su origen. Pretendo que los pequeños puedan encontrar su voz, educarla y alegrar el alma propia o la de quienes los rodean. Podrían pagar inscripción las familias que cuenten con los medios, las que no, igual tendrían una oportunidad. La escasez de fondos no sería una razón para negarles la entrada —lo último lo agregó con timidez—. En cuanto al sitio, tengo una propiedad que me legó mi abuela materna, desligada de todo título, aparece en su testamento. Solo que está en condiciones muy… Por lo mismo no se ha podido utilizar. Necesita mantenimiento, usaré el monto del premio para hacer las reparaciones pertinentes y comprar el mobiliario necesario. Empezaré siendo la única maestra, pero con el tiempo, contrataré personal. Veo a mi escuela de música como un referente de distinción en Londres, un sitio donde se apoye el talento sin importar estatus o bolsillos.

Quizás ella no tenía la visión de los negocios de Charlotte, pero sus intenciones eran honestas.

—Lady Valery Belcher, ¿me permite hacerle una pregunta? —El maestro Hill se puso de pie. La aludida asintió—. En los tres años que le di clases de piano, instrumento que usted domina con habilidad digna de elogio, jamás la escuché cantar. Me cuesta entender que su aspiración radique en abrir una escuela de canto y no de piano. ¿Por qué ese cambio repentino? ¿Considera que tiene las dotes necesarias para ser maestra de canto?

—Claro, puedo responder. Comenzaré por la segunda pregunta. Creo que no canto mal y sé que mejoraré, estoy dispuesta a tomar las clases necesarias para convertirme en una maestra de canto —dijo con sencillez. El murmullo de los espectadores se inclinó a su favor, el público hizo expresiones de aprobación— En cuanto a lo anterior, no venía preparada para hablar del tema, pero la verdad es que mis padres consideran que las voces privilegiadas deben lucirse en la intimidad del hogar, no hacer ostentación en público.

—Pero muchas de sus compañeras de estudios eligieron el canto en el Reto de Música del Premio Cumberland de esta temporada. ¿O es que usted considera que no es tan buena cantando? —El maestro Hill seguía sin entender, porque él la habría ayudado a pulir su voz, si ella hubiese manifestado sus aspiraciones.

—Tomé clases de canto en el salón de música de nuestra casa desde los seis hasta los catorce años, con una afamada maestra. Después, a mi madre no le pareció una idea tan acertada, y sin más explicaciones despidió a la buena mujer. Mi madre opina que mi voz no es la adecuada para una joven dama, que es mejor mantenerla en privado. Sin embargo, si deseo enseñar canto debo empezar por romper la barrera de mostrarle mi voz al público. Esta canción es de mi autoría, espero que pueda tocar el alma de cada espectador.

Valery miró al público, inspiró y comenzó. Su voz era tan cristalina, tan clara que embelesó a toda la sala. No entonaba un aria, era una nana, una canción de cuna, que fusionaba lo antiguo con lo sagrado y lograba calmar el corazón.

La melodía de su voz se esparció como una brizna suave entre las personas del público. No fue pretensiosa, pero quienes sabían de música entendieron la razón por la que sus padres prefirieron mantener aquella joya en casa, más siendo la hija de un duque.

Lady Valery podría haberse plantado en los escenarios más importantes del mundo, y equipararse a las sopranos más célebres.

Cuando su voz se apagó en un susurro, el público se quedó en silencio, sin poder emitir una palabra, asimilando aún, lo que habían presenciado.

—Usted, lady Valery puede enseñar, veo su escuela perfectamente posible. —El maestro Hill, sacó sus gafas y un pañuelo para limpiarlas y poder ver con claridad a su alumna de piano. ¿Por qué no descubrió antes su talento?, se preguntaba—. Mi hermana, la señorita Hill, estará feliz de colaborarle. Me encantaría escucharla cantar otra vez.

—Será un honor para mí contar con la colaboración de su hermana y poder cantarle algún día. —La señorita Hill era una dama que pasaba de los cincuenta años, y que ayudaba al maestro en la escuela con las jóvenes que cantaban.

—¿Algo más que desee añadir, lady Valery Belcher? —preguntó el marqués de Bloodworth, más conocido como lord Oso, tras emitir un corto gruñido.

—Por supuesto, milord. —Tembló ante el imponente entrecejo arrugado del marqués. ¿La increpaba porque su presentación lo había aburrido soberanamente? Carraspeó y se llenó de valor para añadir—: No tengo máquinas, ni talleres, ni productos que poner al mercado. Solo puedo ofrecer mi voz y mi idea de enseñar a los niños que también tienen una, para que jamás tengan que esconderla.

—Milady, no necesita más, su presentación ha sido magnífica —añadió Rose, marquesa de Bloodworth, y tocó con delicadeza el brazo de su esposo para que dejase de amedrentar a la concursante. Sabía que su gesto serio y duro era parte de su personalidad, no un regaño, y que aquel había disfrutado tanto como ella la presentación de la joven.

—Coincido, querida. La dama canta estupendo —agregó, captando la intención de su esposa para que suavizara sus maneras y no ahuyentara al resto de las concursantes. Trató de sonreír, para que su rostro luciera más amigable—. Tan bien lo ha hecho usted, milady, que el público aún continúa sin poder emitir una palabra, los ha dejado boquiabiertos.

Los espectadores estallaron en una ovación con todos de pie. Solo entonces, Valery pudo dejar de estar tensa y soltarse. Dos lágrimas de alegría recorrieron sus mejillas.

Florence la abrazó cuando volvió a su lado, sin poder creer que su amiga hubiese guardado aquel secreto durante tanto tiempo. La felicitó con afecto sincero, y sin poder recuperarse aún del descubrimiento, escuchó a Bonnie llamarla. Las amigas se miraron a los ojos. Con un gesto solidario y sincero Valery le deseó la mejor de las suertes.

Ella había esperado ese momento toda su vida, no importaba si ganaba o perdía, el mundo conocería de lo que era capaz. Cailean le tomó la mano a escondidas de todos y le susurró:

—¿Sabes que pase lo que pase estaré muy orgulloso de ti, mi amada Florence?

—Lo sé, te besaría si eso no desatara un gran alboroto que podría terminar en mi descalificación —bromeó para aligerar la tensión que sentía.

—Vas a deslumbrarlos a todos. Estoy seguro. Mi abuela te bendice desde el cielo.

Sus manos se soltaron fugazmente y ella caminó con paso firme.

Mientras los lacayos cargaban una mesa de madera oscura que parecía llevar construida un siglo, los asistentes estiraron el cuello todo lo que pudieron para no perderse detalles.

En una esquina su viejo libro de plantas, abierto en la página de las propiedades de la lavanda, por si algún miembro del jurado lo deseaba consultar. En la otra en un cuenco hondo de cerámica descansaban trozos de un panal recubiertos con una gran cantidad de miel. En los extremos estaban colocados dos manojos grandes de ramas frescas de la misma planta, anudados con cintas de algodón. El aroma se esparcía por la sala.

Unos frascos de vidrio se extendían en dos hileras con tapas de latón artesanal. Todos contaban con etiquetas de lino con una caligrafía a mano sobre su contenido, un pequeño listón blanco

alrededor con unas ramitas violetas a modo de decoración. En el interior de los tarros se observaba una sustancia dorada ambarina resplandecer por la luz de las amplias ventanas abiertas, que se proyectaba en ellos. Detrás de los recipientes de vidrio había otra hilera de unas bolsitas de gasa con ramitas secas de lavanda.

Cuando Florence revisó que todo estaba en su lugar, saludó cortésmente al jurado, después comenzó su explicación.

—En las Tierras Altas, las mujeres siempre tienen un remedio para curar a sus familias. La fórmula que uso para preparar este ungüento no se las puedo revelar, traicionaría la memoria de la anterior lady Kennox, la madre del actual poseedor del título. Lo que sí puedo contarles es que los materiales principales que utilizo son lavanda y miel de lavanda, procedente de abejas que liban en los campos de lavanda de las tierras de la propiedad Kilbraith en Escocia. Y que, con la miel y las bondades de la lavanda preparo varios productos que es mi intención comercializar en herbolarias, boticas o grandes almacenes. Por ahora, comenzaré con el primero, y con el tiempo, planearé expandirme: aguas de colonia con olor reconfortante para conciliar el sueño, jarabe para aliviar la garganta en los resfriados, productos de belleza para el cuidado de las señoras, bolsitas de tul de olor, para las almohadas o la ropa, como estas que he traído. Pero hoy, el rey de mi presentación es mi ungüento estrella. El nombre que me distinguirá en el mercado será *Sweet Lavanda* y este producto será etiquetado como: «ungüento sanador».

—Qué extraordinario, señorita Fairbairn. ¿Puedo acercarme para ver? —Lady Bloodworth, Rose, amante de las rosas, se interesó de inmediato. Su padre había sido botánico y creció entre hierbas. Su cuñada preparaba remedios con plantas medicinales y estaba muy familiarizada con el tema, pero involucrar la miel le pareció un añadido muy acertado.

—Por supuesto, lady Bloodworth —dijo aliviada al ver que su propuesta le interesaba a la gran dama—. Este ungüento se hizo popular entre mis amigas, permite que los labios luzcan muy sanos.

—¿Entonces lo usaremos las damas para cuidar nuestros labios? —preguntó lady Sadice.

—Los caballeros también pueden usarlo, evitará que sus labios se agrieten por el frío. Es para todos —contestó Florence diligente—. Pero no surgió con esa única intención, puede ponerse en heridas, rasguños, magulladuras, ayuda a suavizar zonas ásperas del cuerpo.

Rose se acercó junto a Florence, y mientras la segunda continuaba exponiendo para qué servía lo que había en el interior de cada frasco, la marquesa metió uno de sus dedos para probar la suntuosidad del ungüento. Isabelle, vizcondesa Sadice, no quiso quedarse rezagada y también se unió a la fiesta de olores y texturas.

—¿Por eso es sanador? —preguntó Isabelle—. Yo le llamaría milagroso si tiene tantos usos y bondades. ¿Me regalaría una de esas bolsitas de lavanda seca? No puedo dejar de olerlas.

—Por supuesto, milady.

—¿Y también podemos llevarnos uno de esos frascos? —preguntó Rose que ya había tomado vía libre y tenía una bolsita en sus manos.

—Será un honor —añadió Florence con total humildad y le extendió un frasco a cada dama—. También hay para la condesa de Pembroke.

Daisy al sentirse aludida no tardó en aproximarse para reclamar su botín.

—Nuestras amigas, querrán también tener una dotación. Más vale que pronto estén asequibles —musitó Daisy como una niña en una tienda de dulces.

—He estado hablando con un boticario de la calle Harley, milady —le hizo saber Florence, lo que llamó la atención de los caballeros del jurado.

—Usted es toda una empresaria, por lo que puedo apreciar, señorita Fairbairn. Se ha adelantado a nuestro veredicto —elogió el marqués de Bloodworth, lord Oso.

—¿Me encantaría saber cómo lograría poner esta idea en marcha si no obtiene el premio? —preguntó lord Sadice.

—Milord, jamás renunciaré a mi propósito. Supongo que tendré que estudiar nuevas alternativas —explicó Florence.

—¿Algo más que agregar, señorita Fairbairn? —preguntó Frederick Banes, deseando ya pasar a la siguiente etapa. Ardía en deseos de saber quién sería la ganadora.

—Por supuesto, es imposible calificar lo que no pueden probar. Así que invito a los caballeros del jurado y a los aquí presentes a juzgar con su propio tacto. Los invito a probar la textura y el aroma. Incluso si tienen algún rasguño, herida menor o simplemente una zona de piel que desean sentir más suave y aliviada, los invito a frotarse una pequeña cantidad. No es únicamente miel y lavanda lo que hoy les traigo, es una tradición ancestral que todos deben resguardar en sus casas por el bien de sus familias.

Seis lacayos, tres a cada lado, aparecieron con unas bandejas con diminutos frascos de cristal con una muestra del ungüento, misma que ofrecieron en el público a quienes deseaban probar. Las madres de las demás concursantes y sus hijas no dudaron en exigir la suya y seguir las recomendaciones de Florence.

—Hoy todos nos iremos con un exquisito olor a miel y lavanda —dijo Frederick Banes, con su particular sentido del humor, tras quitarse uno de sus guantes y poner un poco de la mezcla en el dorso de una de sus manos.

Después de esas palabras, el jurado pidió unos minutos para deliberar y Florence volvió junto a Valery, su madre y Fiona, que le dedicaron palabras de aliento. Ella tomó asiento junto a Cailean y él le sostuvo la mano con discreción, a escondidas de los ojos de todos.

—No estés nerviosa, lo hiciste admirablemente. Lo más importante es que estaremos juntos, pase lo que pase. Teniéndonos el uno al otro, será más fácil construir nuestro futuro, y el de nuestros hijos.

—¿Aún no nos hemos casado y ya estás pensando en los hijos? —le preguntó con ternura, hablar con él de sus planes futuros aliviaba la tensión de escuchar un resultado que sería irreversible.

Él se alzó de hombros.

—Es que me encantaría tener todos los hijos que tú me quieras dar. Una familia nuestra.

—No tan grande como la de mis padres —suplicó ella en sorna. Y su madre, a su lado, la amonestó, porque jamás se había arrepentido de tener tantos.

—Ni tan pequeña como la mía. —Suspiró, sabía que su madre le habría encantado tener mayor descendencia, pero la vida solo le otorgó uno.

—Ya han deliberado —le avisó Valery y la sala se sumergió en un sordo silencio.

El jurado se puso de pie y un representante, en este caso, lord Bloodworth se acercó al duque de Hayden para entregarle en sobre cerrado la deliberación.

Su excelencia no tardó en abrirlo y mirar el contenido. Arqueó una ceja al ver el resultado, no era que no lo creyera, sino que seguía impactado tras escuchar la presentación de esa concursante en particular.

Carraspeó y le pasó el sobre con el resultado a su esposa, dueña de la escuela y Ettie tuvo su misma reacción.

—Creo que solo los jueces podrán explicarnos lo que aparece en el interior de este sobre —dijo la duquesa con una sonrisa de satisfacción.

—Por supuesto —aceptó Rose—. Nos encantaría explicar nuestra decisión y develarla.

Los jueces miraron a lord Bloodworth y este indeciso de si era el más apropiado para explicar la resolución dio un paso al frente. Frederick Banes amaba adornar con palabras las grandes noticias, lord Sadice era menos áspero que él al comunicarse. Y qué decir de

las damas, todas eran excelentes oradoras. Incluso, el maestro de música se había expresado muy elocuentemente.

Sin embargo, la emoción lo recorrió al saber que todos lo eligieron para comunicar la resolución. Era difícil. Él trataría de no romperles el corazón a las que se irían esa noche sin nada a casa. No quería cargar con el peso de todas esas lágrimas sobre sus hombros, pero el honor sería solo para quien se lo había ganado palmo a palmo. Aún se preguntaba quién lo había metido en ese embrollo y miró a Rose, ella lo había arrastrado. ¿Qué no haría por la mujer que amaba?

—Damas y caballeros, estimados respetables miembros de nuestra sociedad, es un honor para mí presidir el jurado. —Lord Bloodworth, Oso, misterioso y lleno de secretismo, tenía una expresión que avivó más la intriga del expectante público—. En nombre de cada uno de los jueces extendemos el agradecimiento a la directiva de la escuela English Roses School, por elegirnos para esta noble misión. Una responsabilidad gigantesca porque impactará el futuro de todas. El premio de treinta mil libras es una cantidad considerable. Hemos decidido fraccionarlo y apoyar a más de una participante.

La sala estalló en exclamaciones, sabían que podía suceder, pero no se había confirmado todavía. Varias señoritas contuvieron el aliento. Significaba que más de una no se iría con las manos vacías.

—No obstante, el sitio de honor, el primer lugar indiscutible será la vencedora de este certamen —continuó el marqués cuando la sala hizo silencio—. Para ganar, la participante debía cumplir con uno de los siguientes criterios: *Sostenerse mediante el inicio de un negocio rentable* o *dirigir una obra con futuro para la caridad*. Los jueces hemos considerado que esta concursante cumple con ambos y, por lo tanto, recibirá catorce mil libras para financiar su proyecto. Ella es… ¡Lady Valery Belcher!

Los gritos de sorpresa de las damas no se hicieron esperar, nuevamente lord Bloodworth tuvo que aguardar hasta que su

audiencia logró serenarse. La aludida se llevó ambas manos a la boca y sus ojos se humedecieron.

—Nos impactó por su impresionante voz, por su noble corazón y, sobre todo, por su acto de valentía al desafiar las cadenas que la mantuvieron prisionera hasta el día de hoy. O, mejor dicho, a su voz. —Aplausos—. En consenso, creemos que ese desafío es lo que perseguía la duquesa de Hayden cuando planeó las bases de este concurso. Su escuela, lady Valery, es perfectamente viable. Mi esposa y yo nos brindamos para asesorarla en el aspecto financiero y comercial. Y, en cuanto al giro caritativo que ha contemplado para aquellos niños que no podrán pagar su inscripción a las clases, lady y lord Sadice se han ofrecido para guiarla a buen puerto. Para finalizar, con respecto a las técnicas vocales y las habilidades para enseñar, también le tenemos noticias. El maestro Hill y su hermana han aceptado ser sus mentores. No solo ha ganado el premio, sino que nos ha vuelto sus aliados en esta loable empresa.

Los murmullos del público aumentaron hasta convertirse en un ruido ensordecedor, a muchos les tocó el alma que la eligieran. Secretamente, ya empezaban a amarla y rogaban por volverla a escuchar. Aunque no faltó alguna matrona disconforme que soltó su veneno al asegurar que era muy poco decoroso que la hija de un duque cantara como una soprano de teatro, y menos que fuese en contra de los designios de sus padres, quienes no habían asistido porque probablemente los avergonzaba. Valery hizo caso omiso y decidió disfrutar su triunfo.

—Querido, ¿adoras alimentar mis ansias? Di ya qué pasará con las libras que faltan. —La marquesa instó con cariño a su esposo.

Lady Abbott desde su silla sonrió con picardía, Rose y lord Oso conformaban una de sus parejas favoritas en la alta sociedad.

—El segundo lugar será para lady Charlotte Moray, acreedora a ocho mil libras —disparó lord Bloodworth al ser espoleado, dejando sin palabras a la aludida por la sorpresa—. Cumple con el criterio número uno. Además, consideramos que es el negocio con más potencial porque es elegante, rentable y se apega a las normas

sociales. Esto último no lo destacamos porque no amemos los cambios que trae el progreso, todo lo contrario. Pero siendo estrictos, en términos de rentabilidad, es el proyecto que tendrá menor resistencia y mayor aceptación para su público. Como hombre de negocios asumo que usted, lady Charlotte, pronto se volverá la dueña de un negocio sólido, y será la primera en ver llegar las ganancias. Su elección ha sido brillante y su camino resultará el más llano y rápido hacia sus propósitos. Lady Pembroke y el señor Banes, han quedado tan impresionados que les gustaría guiarla, si usted está de acuerdo.

Charlotte asintió sin palabras, feliz del galardón y el apoyo que recibía. Su madre, su hermano y su cuñada se habían puesto de pie y la aplaudían muy emocionados.

Florence y Cailean seguían tomados de la mano, y sin darse cuenta la mano de su madrina también sostenía las de ambos. Había abandonado su lugar para acercarse a la joven que había ayudado a formar. Su madre, del otro lado se aferraba al brazo que le quedaba libre. Flor estaba feliz por sus amigas, pero rogaba para sus adentros que alguna mención fuese para ella, aún quería saldar la deuda que le quedaba a su padre y ayudar a sus padrinos. Suspiró y Cailean al unísono.

¿Cuántos premios más otorgarían? Pensó en las dos mil libras que aún debía su padre y rogó porque, al menos, pudiese contar con esa cantidad.

El marqués de Bloodworth carraspeó y volvió a la carga.

—El tercer lugar, será el último premio que entregaremos hoy.

Los murmullos se extendieron por toda la sala. La esperanza mezclada con incertidumbre flotaba en una nube de vapor encima de las concursantes y su familia.

Cailean sostuvo con más fuerza los dedos laxos de Florence, que habían perdido su tono muscular. La frialdad de su piel podía percibirse incluso por encima de la tela de sus guantes. Sus mejillas estaban muy pálidas.

—Querido, ¿disfrutas de asustar a las señoritas? —lo reprendió con amor la marquesa. Rose suspiró enamorada. Seguía amándolo como al principio.

—El último puesto no es menos importante que el segundo, tanto así que constará de ocho mil libras al igual que el lugar número dos. La distinción es solo porque la Casa de Correspondencia es un negocio que rendirá frutos en un futuro más cercano. La ganadora del último premio de esta mañana tendrá más retos que afrontar, pero tras su excelente presentación estoy seguro de que lo hará con tal brío que incluso nos tendrá como clientes. —La cara de Bloodworth era inescrutable. Florence tembló al escuchar que era la última oportunidad de obtener algo—. Señorita Fairbairn, muchísimas felicidades. Mi esposa ha quedado tan encantada con su presentación y sus productos que ha decidido ser su mentora, si usted se lo permite. Y, por supuesto, puede contar conmigo para asesorarla en el aspecto financiero. Será un honor verla crecer.

Cailean no pudo evitarlo y abrazó a Florence frente a todos, era una suerte que la mayoría ya tenía noticia de las próximas nupcias. De lo contrario, aquello habría sido un escándalo. Pero la efusión del escocés fue perdonada porque no todos los días se ganaban ocho mil libras. La madrina y la madre de Florence también reclamaron su turno.

Y mientras las ganadoras celebraban con sus familias, Valery recibió el cariño de sus amigas que no tardaron en abrazarla y felicitarla, para intentar llenar el hueco de sus padres quienes decidieron no apoyarla.

Florence al fin pudo ir hasta Charlotte y ambas se abrazaron incrédulas.

—¿Puedes creerlo? —preguntó la primera aún impresionada con el veredicto.

—Es una locura —respondió la interpelada.

—Tu Casa de Correspondencia es… buenísima idea. ¿Cómo se te ocurrió?

Uno de los jueces, que estaba cerca, Frederick Banes, se les acercó con discreción y tras felicitarlas, dijo algo que respondió la pregunta de Florence.

—«La palabra escrita es más poderosa que la hablada porque queda en un papel hasta que este se desgaste con el tiempo». Me parece haber leído esa frase también. Me pregunto ¿quién será el autor de ese planteamiento tan acertado, que la inspiró de tal modo, que se le ha ocurrido esa gran idea para su negocio?

—También me lo pregunto —secundó Florence.

—No me harán revelarlo. —Charlotte negó con picardía.

Flor los miró de reojo sin entender nada, ¿sería qué…? Lo que dijo Frederick Banes a continuación le dio claridad al asunto.

—¿No sabía que era mi asidua lectora, lady Charlotte?

—Empecé a interesarme en su pluma por los rapapolvos en público y con ingenio que redactaba dirigidos a mi padre. Era una época en que papá me reprimía en exceso y yo disfrutaba, secretamente, de que alguien lo pusiera en su lugar.

—Qué interesante. Me erigí como su justiciero sin saberlo —dijo el periodista ajeno hasta ese momento al efecto que causó en la joven.

—Después me interesó todo lo que escribía, entendí que usted tenía mucho qué decir, más allá de insultar a mi padre con estilo delante de todo Londres.

Cuando la sonrisa de Frederick se ensanchó tras el elogio peculiar de su amiga, Florence se retiró discretamente para dejarlos conversar. Su amado escocés ya la esperaba, con una expresión de orgullo y amor que jamás olvidaría.

Con todo en su sitio, las dos mil libras para sacar a su padre del apuro antes de que el plazo de saldar la deuda se cumpliera, otras dos o tres para dejarlas en manos de su padrino para que resolviera sus aprietos económicos… Le quedaría suficiente para emprender su negocio.

No permitiría que los suyos volvieran a naufragar en aguas turbulentas nunca más. Ahora solo quería pensar en una cosa: casarse con ese grandullón escocés que le había robado el corazón.

—Laird —le dijo coqueta cuando todos estaban distraídos—. ¡Vamos a casarnos!

24

Para ellos la boda perfecta bien podría haber sido en la capilla de Kilbraith solo con su familia; sin embargo, sus amigos se lo habrían perdido. Además, para Malcolm era importante que quedara asentado para la sociedad, que la jovencita que había terminado de educar junto a su esposa se casaba delante de todos. Así que la ceremonia fue en la hermosa iglesia a la que asistían cuando estaban en la ciudad. Las amonestaciones habían corrido y nadie puso objeción a que el escocés y Florence se uniesen ante Dios.

Cuando Florence entró a la iglesia con un vestido blanco perla, el juego de collar y aretes que Cailean le regaló en su puesta de largo, y un ramo de lavanda y rosas blancas, anudado con un listón lila buscó con la mirada a su prometido en el altar. Él tenía esa cara de pícaro bribón y trataba de no estallar a carcajadas por las bromas que, seguramente, compartía con los otros dos escoceses: Broc y Zachary. Aquellos tres formaban una hermandad peligrosa.

En cuanto él descubrió la presencia de Florence se irguió y buscó su mirada. Los dos quedaron conectados, por una fuerza única y electrizante. Florence desfiló por el pasillo central de la nave principal hasta él, escoltada por Joseph y Malcolm.

A diferencia de otras bodas, la marcha nupcial del órgano no asistió la entrada de la novia. Un clavicordio discreto acompañó la voz de Valery Belcher, mientras su amiga desfilaba al altar. Una canción jamás escuchada, cristalina y esperanzadora, que encendió los corazones de los presentes.

Cailean estaba más elegante que nunca y logró robarle el aliento una vez más. Y no era la primera vez que lo veía usar su

traje de gala escocés, pero esa vez su mirada verde menta tenía un brillo inusual. Ella caminaba con pasos lentos, sin dejar de contemplarlo, absolutamente enamorada. Ese hombre con el tartán que representaba a su clan, de doble ancho, con caída hasta la rodilla se había adueñado lento y con fuerza de su corazón, pero sin vuelta atrás.

Lucía imponente. Chaqueta negra de lana fina, con botones plateados y chaleco marfil, camisa blanca con puños almidonados. Su *sporran* al centro del *kilt*. Y un broche de estaño que perteneció a su abuelo, para sujetar su *plaid*. Ella tuvo que tragar antes de seguir avanzando. El escocés era suyo, por voluntad propia, y en su noche de bodas consumarían lo que habían dejado inconcluso.

Cuando llegó hasta él, su mirada podría recitar la historia de amor que vivieron desde que se conocieron. No había otro final para ellos que quedarse el uno con el otro. Se sonrieron con complicidad y escucharon al religioso dar inicio a la ceremonia.

Cuando el oficiante preguntó:

—¿Quién entrega a esta mujer en matrimonio?

—Yo, su padre… —respondieron Malcolm y Joseph al unísono asustando al párroco que los miró confundido.

—Perdón —se disculpó Malcolm— Joseph es el padre, pero también la quiero como si fuera de mi sangre.

—Ambos podemos entregarla a su futuro esposo, Malcolm. Sé que mereces compartir ese honor conmigo —concedió el padre de la novia.

Eve y Fiona se miraron con complicidad, y en el semblante de la primera se podía observar un profundo agradecimiento, porque Florence no sería lo que era sin la influencia de su madrina en su vida.

—Pues es una bendición para la señorita que ambos le profesen tanto cariño —contestó el religioso.

Cuando por fin los declararon marido y mujer, Florence y Cailean se sintieron plenos. No necesitaban un papel para ratificar su

amor, pero ante el mundo serían reconocidos como una nueva familia que recién comenzaba.

Tras pasar a firmar las actas, se apartaron del resto de curiosos que morían por colmarlos de felicitaciones. Y antes de que llegara la horda de amigos y familiares eufóricos, disfrutaron de unos minutos de paz.

Se abrazaron con un infinito amor, consumiéndolos.

—Te amo tanto, mi querida hada traviesa. Será una suerte poder dormir esta noche en la casa. La cama que me ofreció Broc, estaba acabando con mi espalda —protestó.

—No seas quejumbroso, si te he visto dormir hasta encima de las piedras. Voy a creer que te has casado conmigo porque extrañabas más tu colchón que por amor —bromeó, adoraba provocarlo.

—No, Flor, la verdad de dejarme conducir como un manso cordero al altar, es porque no podía desflorarte y quedarme tan tranquilo. Dios, eres una tentación de esas que me encienden al punto de hacer una locura. Lo más sensato ha sido casarnos. Mi padre me habría despellejado vivo. Eso de poner los ojos en la fruta prohibida, no es muy aconsejable. —La contempló serio, aguantando las ganas de no estallar a carcajadas, porque sabía que la broma le costaría caro. Ella era su dulce tormento cuando se molestaba por culpa de sus bromas pesadas. Le buscó la boca, hambriento, con ganas de perderse en su elixir, pero ella se escapó de sus brazos y dio un paso hacia atrás.

—¿Entonces, lo único que te ha atado a mí es el honor? Hum. —Hizo un mohín—. No podías robar mi virtud y seguir tan tranquilo en la vida.

Él volvió a atraparla entre risas.

—No me devolviste el «te amo» —reclamó mirándola a los ojos, como si nada más existiera en aquella iglesia.

—Y no lo haré mientras te comportes tan majadero.

Ella trató de esquivar su mirada exigente.

—Flor, mírame. —El color verde menta de sus iris se oscureció y ella supo que revelaría algo importante—. Eres mi vida, el aire sin el que mis pulmones se marchitarían. Y ahora lo eres con la bendición de Dios. Voy a cuidarte, por todos los cielos, voy a amarte y velaré por tu felicidad como mi propósito más genuino. *Flor, haría lo que fuera por complacerte, cumpliría tus caprichos, te bajaría la luna. Solo tienes que pedirlo.*

—Te amo, grandullón. *También haría lo que fuera por complacerte, cumpliría tus caprichos, te bajaría la luna. Solo tienes que pedirlo.* —Lo golpeó suavemente en el pecho duro como el granito de Escocia y después, se paró de puntillas, le lanzó los brazos al cuello y lo besó con entrega absoluta.

—¿Tan melosos son los recién casados? —preguntó Broc, interrumpiéndolos, saliendo de la nada. El enorme escocés de cabello oscuro parecía divertido de sorprender a su primo en esa tesitura—. Creo que alcancé a escucharlos. Es incómodo, pero haré como si no hubiera oído nada. Enfrentémoslo, he sido testigo de ese momento tan.. tan… azucarado. —Aguantó las carcajadas lo mejor que pudo, Cailean puso todo su empeño en no darle su merecido. No era el lugar para comportarse como solían hacerlo a menudo—. Y sí, es bonito, pero no sé si pueda quitármelo de la cabeza en un par de semanas. Siempre supe que Cailean era de esos románticos empedernidos. Solo faltaba que se decidiera a ir por ti, querida prima.

Ellos se separaron de golpe, Florence ruborizada por ser sorprendida en esa situación tan comprometida dentro de la misma iglesia.

—Broc, compórtate delante de mi esposa… —Cailean lo sermoneó en voz baja, para que Florence no siguiera sonrojándose.

—Llevamos rato buscándolos. ¿Pretenden escapar tras la boda y que nadie les pueda dar sus enhorabuenas? Pensé que huirían a Kilbraith después del delicioso banquete del festejo. Tu padre prometió un estofado de cordero de montaña, no pretendo perderme la fiesta. —Broc adoraba jugar con Cailean.

—Te decepcionarás, no es el estofado de cordero de las Highlands que tienes en mente.

—Será lomo de cordero asado con salsa de menta fresca y reducción de vino de Madeira —recitó Florence con orgullo, ella misma lo había elegido.

—Y te servirán tan poco en el plato que ni sabrás con qué tenedor deberás comerlo —se mofó Cailean de la mueca de Broc—. Te aviso que será con cubiertos de plata, los de la abuela. En Londres, mi padre sigue las reglas de etiqueta, aunque también las deteste. Te advierto que el banquete de la boda será un desayuno muy inglés.

—Entonces, tendré que poner un poco para llevar. —Las sonoras carcajadas de Broc MacKenzie llenaron la estancia, y recibió una amonestación del párroco que pasaba justo en ese momento por el lado de los tres.

—Como sea —continuó Broc—. Felicidades, primo. Igualmente, para ti, Florence, te has llevado al mejor. Que Dios los llene de bendiciones y los cuide durante una larga, larga vida.

—Mi primo se ha puesto serio —bromeó Cailean, estrechándole la mano a Broc.

Los familiares de ambos llegaron a llenarlos de mimos, felicitaciones, abrazos y buenos deseos. Joseph y Eve estaban muy emocionados de ver a su hija casada. Fiona y Malcolm también. Apenas terminó la ceremonia y ya estaban dando consejos sobre los nietos que pedían con gran anhelo, deseaban llenar Kilbraith de criaturas corriendo por los verdes prados.

Después de que las amigas de Florence se turnaron para abrazarla, todas suspiraron de regocijo. Extrañaron a Bonnie que tuvo que ausentarse por un viaje inherente a sus obligaciones de directora, que no pudo posponer.

—Valery y Charlotte, no debieron conspirar a mis espaldas. No era necesario, yo también resulté favorecida tras el concurso. —Negó con la cabeza, conmovida. Ellas se habían puesto de acuerdo para poner mil libras cada una, y cuando Florence y Joseph llegaron

a finiquitar la deuda que heredó el conde de Cumberland, único heredero de su sobrino Cornelius, se encontraron con que ya estaba saldada por aquellas.

—Aprende a aceptar lo que te brindan de corazón, querida Florence —le dijo Charlotte—. Yo ni siquiera pensaba ser una de las ganadoras, no contaba con ese dinero. Con lo que queda ya me siento dueña de una inmensa fortuna. Estoy por comprar un local para mi Casa de Correspondencia, Zachary me está asesorando. Por fin tengo un propósito en la vida, uno que me hace inmensamente feliz.

—Sí, mi querida cuñada… —comenzó Emily.

—Hermana —la regañó Charlotte, interrumpiéndola.

—Como decía, mi hermana está revolucionada con los planes para su Casa de Correspondencia. Nunca la había visto albergar tanta ilusión. Muchísimas felicidades, Florence. Les deseo a ti y a Cailean amor, prosperidad y sobre todo salud. No olviden tenerse paciencia. Los escoceses son… A veces son un poco testarudos. —Emily sonrió lanzándole una mirada enamorada a Zachary, quien no tardó en corresponderle.

—Como dijo Charlotte, solo acepta nuestro regalo, Florence —pidió Valery con amabilidad—. Y, por Dios, disfruta tu luna de miel. Ettie ya ha convocado una reunión para las damas del Comité de Rosas Inglesas, justo para la fecha en que se espera tu regreso.

Todas miraron a la aludida que se acercaba del brazo de su esposo para felicitarla. Zachary también caminó hasta ellas para reclamar a su esposa, Cailean venía a su lado.

Mientras los recién casados recibían las felicitaciones de sus amigos, el duque de Hayden le dijo algo a Cailean que lo tomó por sorpresa.

—No sé cómo aguardaré la emoción durante las dos semanas que dure tu luna de miel, pero ya ardo en deseos de firmar ese contrato.

Cailean y Florence se miraron el uno al otro haciéndose mil preguntas. Ninguno entendía.

—Querido, los negocios pueden esperar —sermoneó Ettie a Valentine—. Ellos ahora solo tienen cabeza para… Ya sabes qué…

Su coquetería hizo que su esposo se humedeciera los labios y le susurrara algo que solo ella pudo escuchar. Parecían dos tórtolos en pleno cortejo, siempre se comportaban así. Pero Cailean y Florence seguían confundidos.

—Aún no hemos establecido la fecha, me encantaría firmar en dos semanas, pero mi padre… —Comenzó a sincerarse. Desde que Malcolm supo de los planes de su hijo, habían conversado por horas. Sin embargo, su padre aún no decía la última palabra.

—Lord Kennox acaba de confirmarme que nuestros abogados se pondrán de acuerdo para redactar el contrato de alianza comercial. Me ha recalcado que será solo para el *whisky* de tu creación, que el ancestral de los MacAlister continuará atado a las viejas costumbres, pero no tuve problemas con eso. Sé que tu creación triplicará nuestras arcas y es lo que hemos visto en nuestro futuro. Me adelantó que en dos semanas, cuando estés de vuelta, podremos firmar. Me aseguró que tienes poder para hacerlo, hablando en términos legales.

—Eso es increíble… y maravilloso. Nada me dará más placer —afirmó Cailean.

—¿No me digas que no lo sabías? —El duque que casi nunca sonreía, curvó la comisura derecha al darse cuenta de que le anticipó la noticia a su próximo socio.

—Mi padre, a veces, obra de maneras misteriosas. ¿Me permites un momento? Me encantaría hablarlo con él.

Cailean tomó a su esposa de la mano y avanzaron hasta los padres de ambos que conversaban animadamente. Respiraron hondo los dos cuando llegaron hasta ellos. Y sin dudarlo, le comunicó lo que acababa de decirle el duque. Su padre confirmó la noticia, y al parecer los cuatro lo sabían porque a nadie le sorprendió lo que hablaban.

—Me pareció un regalo de bodas apropiado para ti, hijo mío —confesó Malcolm—. He decidido dejar nuestros destinos en tus manos, algún día serás el conde y es justo que ya tomes las riendas, para que llegado el momento sea menos difícil.

—Espero ser conde en un futuro muy lejano. Pero tomar las riendas de la familia es un honor para mí —confesó Cailean y su madre suspiró complacida, sus dos amores habían arreglado sus diferencias.

—Ahora sí eres nuestra hija por todas las leyes, mi florecita —dijo Fiona.

—Nosotros también hemos ganado un hijo —añadió Eve.

Mientras se sonreían unos a otros, llenos de dicha, con los niños Fairbairn corriendo y riendo a plenitud, se dieron cuenta de que todos habían ganado. Los Fairbairn y los MacAlister eran una gran familia.

Epílogo

Y sí, Broc había tenido razón, no esperaron a que terminara el festejo, tras celebrar apenas un rato con sus seres queridos, partieron en un carruaje hacia la estación ferroviaria.

Aquel viaje no se pareció a ninguno que habían hecho antes. Esta vez eran esposos. Quienes los habían visto crecer los recibieron en Kilbraith con auténtica algarabía. Adoraban a Florence y profesaban un cariño sincero por Cailean. Por eso, apenas supieron el día exacto que arribarían, los criados comenzaron a preparar un gran recibimiento.

En cuanto el carruaje que los recogió en la estación cruzó los lindes de sus tierras sintieron que sus pechos se llenaban de dicha y las almas se regocijaban. Era una mañana brillante y apacible. El aire dulzón —mezcla de miel, lavanda, grano molido y *whisky* envejeciendo en los almacenes— los envolvió en un abrazo sagrado. Las ovejas pastando en las colinas, las ramas de los árboles cargadas de hojas verdes ondeando al viento, y la imponente mansión señorial dándoles la bienvenida eran sinónimos de hogar. Supieron de inmediato que estaban en casa.

—Pensamos que llegarían antes —le dijo el ama de llaves deseosa de complacerlos con todo lo que habían preparado.

Lacayos y doncellas compartían risitas cómplices, porque fueron testigos del amor que se fraguó a fuego lento entre los dos.

—Más de diecinueve horas de viaje. Pensé que llegaríamos ayer. Un total despropósito —explicó Cailean.

—¿Niebla u ovejas en la vía? —dijo la diligente mujer sin dejar de dar órdenes a la vez a los lacayos, para que prepararan un baño

de inmediato para el matrimonio y alimentos en la habitación del joven lord.

—Roturas en un puente, pero la espera no es tediosa cuando tenemos la mejor compañía —contestó Florence y lo sermoneó con una sonrisa por quejarse tanto.

Sabía cuál era la prisa de Cailean por llegar a casa. Reclamaba la «noche de bodas» que se estaba tardando más de lo planeado, cuando le sugirió escapar tras la ceremonia a Kilbraith. Era el lugar donde los dos preferían estar en ese momento. Él le sonrió con picardía a su esposa, no podía creer que ya estaban ahí.

—Suban el agua caliente y los alimentos —le dijo a la buena mujer, planeando echar a todos para quedarse a solas con Florence —, y después pueden tomarse el resto del día libre.

—Pero, milord, ¿quién se encargará de la cena? ¿Del baño? ¿De ayudarlos a vestirse de nuevo? —inquirió alarmada. Sin embargo, al ver el brillo en los ojos de los recién casados, negó y propuso que solo quedara en casa el personal indispensable para que no se murieran de hambre y, sobre todo, el más discreto.

Cailean elevó a Florence en volandas e hizo lo que siempre soñó desde que comenzó a sentir esa atracción por ella, esa que se transformó en amor, uno que jamás se podría arrancar del corazón.

Subió con ella en brazos, como si sostuviera la más preciosa de las cargas. La depositó justo a la entrada de la habitación que ocupó de soltero.

—Sus nuevos aposentos, milady —bromeó poniéndose ceremonioso.

—Qué vergüenza, grandullón, echas a todos como si fuésemos unos… unos... —El sonrojo en sus mejillas finalizó la frase que no tuvo valor de acabar con palabras—. Atarán cabos y van a sospechar lo que estaremos haciendo aquí encerrados muchas horas.

Él disimuló su sonrisa todo lo que pudo. Era una delicia verla sofocarse por lo que ambos tanto anhelaban.

—¿Eso sucederá? —simuló seguirle la corriente.

—Si nadie sube a asistirnos con lo que necesitamos después del baño o de la comida…

—Mi hada traviesa, te adelanto, que eso justo está por ocurrir —dijo cerrando la puerta tras de sí y colocándose a su espalda—. Pero no necesitas doncella, tú misma lo has dicho, y para mí un ayuda de cámara es la mayoría de las veces innecesario. Yo seré tu asistente…

—¿De qué estás hablando? —se escandalizó.

Cailean adoraba provocarla, hasta el punto de enloquecerla.

—Voy a bañarte. —Comenzó a desvestirla ante la cara impávida de ella—. Y, además calificaré de forma muy exigente si tú me sabes bañar.

—Pero… —La dejó sin poder continuar.

Más cuando sus dedos recorrieron la línea de su nuca y comenzó a despojarla del vestido. Ella se estremeció ante su poderoso toque.

—Bañar a tu cónyuge es una habilidad indispensable. Que tal si arde en fiebres, podrías salvarle la vida. O, que tal, si atraviesa un período de convalecencia tras…, por ejemplo, caer de un caballo —relató con una calma envolvente, mientras la liberaba de cada pieza hasta dejarla como Dios la trajo al mundo.

—Tú no cae-rías de un ca-ba-llo —dijo titubeando. Ya no tenía fuerza para pelear, él la estaba enloqueciendo con sus caricias, con sus miradas, con los sonidos de placer que producía.

Él se deleitó en la curva de la espalda femenina que terminaba en sus posaderas bien proporcionadas, en sus piernas fuertes y esbeltas…

Pero se sorprendió cuando Florence giró entre sus brazos con una sonrisa pícara, entendiendo por dónde venía su impaciente escocés. Aquel ni siquiera necesitaba tiempo para recuperarse del largo viaje… Al pelirrojo se le escapó un jadeo cuando contempló el generoso pecho de su mujer, su cintura delgada…

—*Mo ghràdh*[8]—soltó sobrecogido y lleno de excitación. Ella también sabía sorprenderlo y engatusarlo, por eso se había ganado palmo a palmo su corazón.

—Pensé que necesitabas descansar después de tan agotador viaje…

—¿Agotador para quién? Con la mejor compañía se puede dormir muy bien en los vagones de primera clase —la retó devolviéndole sus palabras.

Florence entrecerró los ojos, él era imposible.

—Te lo dije en la boda, tú puedes dormir hasta encima de las piedras. ¿Entonces no estás cansado?

—Para nada.

Ella lo acarició sobre la ropa, y sin proponérselo se topó con la evidente protuberancia de sus pantalones, que hablaba del vigor que ningún viaje a las Tierras Altas disminuiría.

—¿Te apetece bañarte?

—Con urgencia —murmuró esperanzado, ya no podía seguir aguantando. Necesitaba hacerla suya sin más dilación.

—Entonces, llevas demasiada ropa puesta. —Se inclinó juguetona y tras tomar agua con la mano acunada le lanzó un poco sobre el rostro.

Él ya no pudo refrenarse más, la atrapó entre sus brazos y la besó lleno de ardor.

—Ven.

—¿La comida? Va a enfriarse —soltó acallando una carcajada, solo una estocada más para llevarlo al límite.

—Mi ham-bre aho-ra es de otra ín-dole, tengo ape-tito de Florence —jadeó con la voz entrecortada, entre beso y beso.

Con el fuego recorriendo sus cuerpos, tentándolos, imponiéndose, ya no pusieron resistencia. Entre los dos se libraron de la ropa de Cailean que les estorbaba, y cuando quedó completamente desnudo la alzó en brazos y se metió a la enorme

tina de bronce con ella. El agua estaba tan caliente como podían soportarla. Entre besos y jadeos lavaron sus cuerpos para borrar las huellas de la jornada anterior, en un acto de amor y devoción, y cuando ya no podían más alargar el deseo, él la invitó a montarlo con la mirada.

Florence sintió el llamado primigenio a pertenecerle… Él la estaba reclamando.

Lo obedeció como si acatara un designio ancestral, uno que estaban destinados a cumplir.

Se deseaban tanto, y habían alargado durante tanto tiempo la entrega absoluta de sus almas y sus cuerpos, que llegaron al punto de no retorno sin una gota de paciencia. Se sentían devorados por una necesidad devastadora. La temperatura del agua ayudaba a sus cuerpos, el crepitar del fuego en la chimenea, y el aroma a lavanda los seducía con total complicidad.

Cailean le hizo un juramento de amor en gaélico escocés, y ella no necesitó que tradujera cada palabra, su alma entendió lo fundamental. Sus torsos se pegaron hasta no quedar un resquicio para el agua que los envolvía, sus sexos se encontraron ardientes y listos para conseguir más. Él empuñó su erección y le acarició la entrada hasta que ella entre gemidos imploró que la tomara…

La despegó lo suficiente de sus pectorales para tener acceso a sus pechos, ya no podía seguir posponiendo las ganas de llenarlos de besos cálidos y húmedos.

—Oh, por Dios —susurró ella cuando las atenciones de él la llevaron cerca de la cúspide.

Llena de gozo, impulsó sus caderas para buscar alivio a la creciente necesidad que con cada roce de él se volvía más demandante.

Cailean supo que era el momento, la tomó por la cintura para acomodarla, y guio su hombría por el inexplorado canal que, poco a poco, fue recibiéndolo, como si lo hubiese anhelado toda la vida.

—Oh, Florence —gruñó bajo cuando la ocupó por completo. Su cuerpo entero le impelía moverse, embestirla hasta saciarse. Pero solo un hombre hecho a la medida encontraba placer en hacer disfrutar a su mujer, hasta que llegase su turno de desbocarse por completo. La tomó por las caderas—. Móntame, busca tu propio placer, yo te seguiré cuando sea el momento justo, para que acabemos al mismo tiempo.

Y ella, valiente, lo hizo. Se abrazó más a su torso y cabalgó a su enorme escocés hasta que su cuerpo entero comenzó a estremecerse. No necesitó indicarle a Cailean que había llegado el momento. Él lo supo. La impulsó por las caderas, y se sacudió bajo ella en frenéticas embestidas hasta que juntos alcanzaron un glorioso y arrebatador orgasmo. Gritaron al unísono temblando de satisfacción, mientras se decían una y otra vez: te amo.

—Oh, por Dios cómo te amo —le reiteró exhausta.

Él sonrió buscando su boca para besarla. Se lo había ganado, la había hecho gozar tanto, que esa luna de miel, ella le exigiría repetir la experiencia.

—Te adoro con locura, mi hada traviesa.

Se amarían por el resto de sus vidas hasta la saciedad.

Nota de la autora

Aquí podrás enterarte de qué sigue *PRÓXIMAMENTE*.

Querida lectora, casi siempre que termino un libro de una serie, lo hago con la portada de la siguiente entrega. Sin embargo, en esta ocasión no será así. Eso no quiere decir que las historias de los siguientes personajes no se contarán, todo lo contrario. Ya estoy preparando con mucho cariño las novelas de Charlotte, Valery y Bonnie y sus respectivos futuros pretendientes. Pero como ya no serán debutantes, sino que ahora formarán parte de ese club que formaron con sus amigas de los libros anteriores: Comité Rosas Inglesas, he decidido que iniciaré una nueva serie para las tres.

Si deseas saber quiénes conquistarán los corazones de Frederick Banes, el doctor Edward Raleigh y el irreverente escocés Broc MacKenzie no te pierdas mis anuncios. Espero darles fecha lo más pronto posible, porque ya estoy escribiendo la historia de uno de ellos y la futura dueña de su corazón.

Una serie, tres historias y seis personajes que ya desean darse a conocer.

Escribir el libro de Florence y Cailean ha sido un viaje hermoso, romántico y lleno de sonrisas. Un amor que se coció a fuego lento, con miradas furtivas y secretos inconfesados, hasta que sus corazones ya no pudieron más.

Gracias por acompañarme hasta aquí, y espero de corazón volver a encontrarnos muy pronto en una nueva aventura.

No me queda más que agradecerles, de nuevo, por esperar mis libros con tanto cariño, por aguardar mis lanzamientos, por leer, compartir, reseñar y hacer publicaciones sobre mis libros tan preciosas en diversas redes sociales. Adoro verlas, y compartirlas, me alegran el día.

Antes de despedirme, agradezco a mi familia por su apoyo constante, a mi querida Pame Díaz, por la magnífica portada y diagramación de este libro en particular. La serie gracias a tus diseños quedó hermosa. Muchísimas gracias a Janette Bajuelo,

Marlene Fernández e Hilda Rojas Correa por arriesgarse a leerme y siempre darme sus más sinceras y edificantes impresiones.

Gracias, mis queridas Cecilia Pérez, Fanny Musa y Melissa Mitchel por apoyar mis lanzamientos con tanto cariño.

Si desean conocer más de lo que seguirá después de este libro, no duden en contactarme en mis redes sociales, en todas me encuentran como @milebluett.

Por aquí les dejo Mi Instagram para que lo tengan al alcance de un clic.

Mis libros de Romance Histórico

Serie Romances Victorianos (disponible completa en Amazon)

https://mybook.to/romancesvictorianos

Libro 1. El corazón del duque

Libro 2. La nobleza del conde

Libro 3. La pasión del marqués

Libro 4. La redención del vizconde

Libro 5. La promesa del barón

Libro 6. El destino de una rosa inglesa

Libro 7. Una oveja descarriada para Norfolk

Libro 8. El regreso del caballero

Serie Debutantes Victorianas (la más nueva)

https://mybook.to/debutantesvictorianas

Libro 1. El beso del villano

Libro 2. Por una vida amándote

Libro 3. El alma de un escocés

Único

Amor Sublime.

Serie Amor Amor

Libro 1. Una esposa para el heredero

Libro 2. Un ángel se enamora

Libro 3. Una marquesa enamorada
Libro 4. El deseo de una flor

Otros

Porque manda el corazón
Cómo reformar al diablo escocés
Un laird para Navidad

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Debutantes Victorianas, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best sellers* por los que se siente más agradecida son *El corazón del duque, La pasión del marqués, Amor Sublime* y *Una oveja descarriada para Norfolk*.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon: http://relinks.me/MilePDBluett

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

[1] Wee sìth. Pequeña hada.

[2] Och, nae. Oh, no en gaélico escocés.

[3] Diabhal*:* Expresión para referir "Demonios" o "Maldita sea" en gaélico escocés.

[4] Quaich: Recipiente poco profundo de origen gaélico, con dos asas, que simboliza amistad y hospitalidad para escoceses.

[5] Slàinte mhath: Buena salud para ti en gaélico escocés.

[6] Slàinte: Salud en gaélico escocés.

[7] *Scones*. Panecillos individuales típico de Reino Unido y originarios de Escocia.

[8] Mo ghràdh: Mi amor, en gaélico escocés.